TRATADO

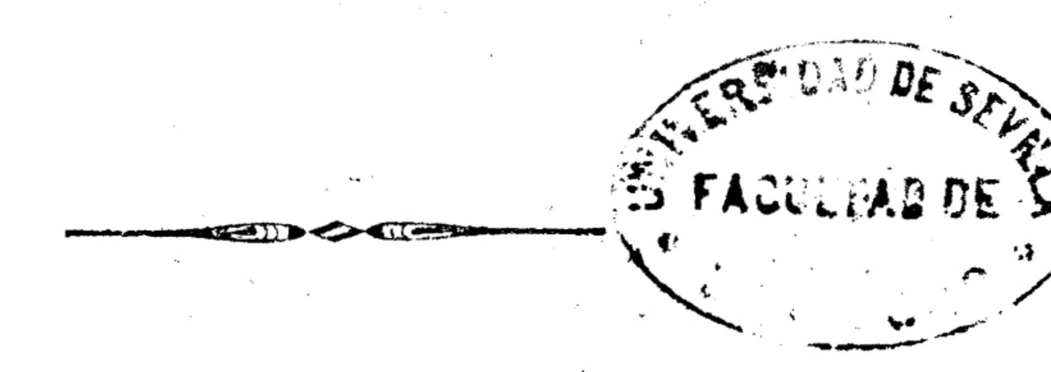
DE LA

VERDADERA RELIGION

CONTRA LOS INCRÉDULOS Y LOS HEREJES

POR EL P. PERRONE,

PROFESOR DE TEOLOGIA EN EL COLEGIO ROMANO.



MADRID: 1844.
Imprenta de D. José Felix Palacios, *editor*.

INTRODUCCION DEL EDITOR FRANCES.

Muchas obras, y algunas muy estimadas, existen en todas las lenguas de Europa bajo un título casi idéntico; pero nos parece que ninguna ha resumido hasta aqui las objeciones de la incredulidad con tanta precision, ni las ha rebatido con tanta fuerza.

El autor divide su tratado en dos partes: en la primera combate á los incrédulos que toman el nombre de deistas y naturalistas, refutando asi á un tiempo los errores de los siglos pasados y del actual, cuya fuente, como es sabido, está principalmente en la filosofía de los delirantes mas ó menos célebres de los diversos paises de Alemania. La marcha que ha seguido el autor en esta refutacion, es tan sencilla, como elegante y preciso su estilo. Sienta en primer lugar las verdades de la religion cristiana y desenvuelve sus pruebas: despues presenta las objeciones de la incredulidad bajo su forma mas sorprendente, sin que pueda jamás echársele en cara que las omite y debilita en ninguna cuestion, y va respondiendo victoriosamente á ellas una tras de otra. Su buena fé es tan evidente, su lógica tan firme, tan vigoroso su raciocinio, que penetra la luz en el entendimiento por todos lados, y no puede salir de alli.

Negando los adversarios á quienes combate en la

primera parte de su obra, la posibilidad, la necesidad y la existencia de una revelacion divina, consagra el autor un capítulo á cada cuestion de estas. Primeramente prueba que es posible una revelacion divina y sobrenatural, porque no repugna en nada, sea á la nocion de Dios que revela, sea á la nocion del hombre que recibe la revelacion, sea á las cosas reveladas. Probada esta posibilidad, demuestra en seguida que existen señales de una certidumbre absoluta para distinguir esta revelacion divina y sobrenatural de cualquier otra revelacion fraudulentamente inventada por los hombres. Divide estas señales en interiores y exteriores: las señales exteriores de la verdad y de la divinidad de la revelacion de Cristo son los milagros y las profecías que los acontecimientos han verificado: la señal interior es la santidad de la doctrina que ella enseña. Considerando despues esta revelacion en la parte de aquellas doctrinas que no superan de un modo absoluto la fuerza de la inteligencia humana, es decir, en la que abraza los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con la sociedad, prueba que esta revelacion es no solamente útil, sino hasta de una necesidad moral absoluta, y apoya esta demostracion en tres hechos atestiguados con una fuerza invencible por todos los monumentos históricos. «El primer hecho de estos, dice, es que no ha existido jamás, ni existe una nacion que privada de esta revelacion divina y sobrenatural haya tributado á Dios un culto digno, y no haya caido mas ó menos vergonzosamente en errores torpes contra los principios de la sana moral.» El

segundo hecho es que adoleciendo los filósofos y sabios de todos los siglos de tres defectos inherentes á su doctrina y personas, es á saber, falta de unidad, falta de autoridad y falta de sancion, no han podido, ni pueden, ni podrán nunca sin esta revelacion apartar á los hombres de sus errores mas groseros y perniciosos, hacerlos entrar en el deber y mantenerlos en él. Por último el tercer hecho es que la razon humana despojada de todo auxilio extraño no puede presentar al hombre motivos suficientes para contenerle en el deber y apartarle del vicio, aun respecto de las cosas que puede conocer por las luces naturales de la razon. Tal es el resumen que el mismo autor hace de su obra al fin de la discusion que ha sostenido; pero es necesario ver con qué vigor y claridad expone los argumentos.

Sentados estos principios se pregunta si hallándose los hombres en tan grande necesidad, los ha abandonado enteramente la bondad divina á sí mismos, ó si al contrario ha acudido en su auxilio; en otros términos, si Dios les ha hecho una revelacion; y responde al punto que Dios no ha faltado á los hombres, y que él mismo los ha traido á la verdadera religion y á la sana moral en la persona de Cristo. Prosiguiendo su demostracion pone fuera de duda la divinidad de la mision de Jesucristo con argumentos exteriores, es decir, con las profecías y milagros que Jesucristo cumplió, y sobre todo con su gloriosa resurreccion de entre los muertos, que es á un tiempo mismo el mayor de los milagros, la profecía mas patente de las que los acontecimientos han

verificado, y como la confirmacion y sello de todas las demas. En esta parte de su obra indignado el autor por la mala fé de los adversarios, ya antiguos, ya modernos, redobla el vigor de su estilo y argumentacion. Las contradicciones, los sofismas, las mentiras de la incredulidad quedan descubiertas á la luz del dia, y yo iba á decir, escarnecidas justamente sin ningun miramiento. ¿Qué respeto puede infundir la supuesta gloria de algunos impíos á un verdadero cristiano, cuando Dios es ultrajado abiertamente?

Tales son los argumentos exteriores que emplea el autor en esta cuestion, las profecías, los milagros y la resurreccion de Cristo. En cuanto á los interiores los saca de la santidad de la doctrina evangélica que procura la gloria de Dios en el mas alto grado, y cuyo sistema entero es tan adecuado á la naturaleza del hombre, que no deja nada que desear con respecto á la utilidad que le trae, ya relativamente á la doctrina, ya á los motivos, ya á la sancion; de suerte que es imposible añadir ni quitar nada. A estos argumentos principales expuestos con gran fuerza de lógica agrega otros que llama subsidiarios, la admirable propagacion de la religion cristiana, su conservacion no menos admirable y el testimonio de los mártires, que cuando se le considera en todas sus circunstancias, no puede atribuirse mas que á una causa sobrenatural y divina. Por último termina con esta reflexion: «Todas estas pruebas reunidas tienen una fuerza tan grande, que no puede resistirse á ellas ningun hombre sincero y de buena fé, mucho mas cuando estos tres últimos argumentos, la pro-

pagacion, la conservacion de la religion y la constancia de los mártires, encerrando en sí mismos el cumplimiento de las predicciones de Cristo, se reunen naturalmente por un vínculo sagrado é indisoluble á los argumentos principales.

Conócese que el autor ha debido tocar en esta discusion, como era su plan, todas las objeciones suscitadas por los incrédulos contra la autenticidad de la Biblia, las profecías, los milagros &c.; y puede decirse que las ha resuelto todas en favor de la religion de un modo victorioso. Por lo demas, como él mismo dice al concluir, si de los argumentos empleados por los incrédulos y los racionalistas para combatir la revelacion divina y sobrenatural se quitan la mentira hábilmente engalanada, las chanzas, las calumnias y todo ese aparato vano de falsa erudicion con que las cubren, el resto inspira un profundo desprecio. En efecto ¿á qué se reducen? Véase aqui su análisis exacta: «El hombre se basta á sí mismo como se bastan los otros animales. — Toda revelacion está sujeta á una multitud de errores y engaños. — Hay revelaciones falsas; luego todas las revelaciones son falsas. — Muchos milagros y profecías son falsos; luego todos lo son. — Muchos hombres han abusado de la religion; luego debe desecharse toda religion. — El paganismo, el islamismo y el protestantismo se han propagado rápidamente y conservado por causas naturales; luego otras causas naturales produjeron el mismo efecto en favor del cristianismo. — Muchos individuos de diferentes sectas han sufrido la muerte por fanatismo; luego los mártires

cristianos no eran mas que unos fanáticos. — Se han cometido y se cometen aun grandes abusos y hasta grandes crímenes en la religion cristiana; luego la religion cristiana entera no es otra cosa que una gran seduccion y engaño.»

Véanse pues los argumentos de los incrédulos despojados de su oropel. Pero ¿quién no ve, prosigue el autor, que tales argumentos, á pesar del ruido que se mete con ellos, y de que se presentan bajo tantas formas, no solo no debilitan las pruebas de verdad y divinidad en que se apoya la religion cristiana; pero ni siquiera las tocan superficialmente? Porque al fin si la religion cristiana no es otra cosa que un hecho, y este es un punto demostrado con una fuerza invencible; es evidente que para destruir este hecho deben los incrédulos echar antes por tierra todos los monumentos que prueban su existencia. Mas estos monumentos tienen tan alto grado de certeza, que su ruina, si fuera posible, acarrearia en el mismo instante la ruina de la certeza misma.

Despues de descubrir y reducir á la nada los sofismas de los incrédulos pasa el autor á la segunda parte de su obra, dirigida enteramente contra los herejes antiguos y modernos de todas las sectas. La forma de su argumentacion es la misma, es decir, que presenta primeramente las verdades y luego las objeciones, que discute una despues de otra: solo que siendo en la realidad innumerables los errores de las diversas sectas y los mas contradictorios, para no verse precisado á retroceder á cada paso sienta un principio general cuya de-

mostracion basta evidentemente para el objeto que se propone, la refutacion de todas las herejías. Representan este principio, del que dimana todo, las dos cuestiones siguientes. La primera: ¿ha abandonado Dios su revelacion al juicio individual de cada hombre, ó la ha cometido á una sociedad pública, infalible y perpetua establecida por él? La segunda: ¿cuál de las sociedades religiosas es la que presenta al mundo los títulos legítimos de donde debe inferirse que le corresponde esta autoridad? Al desenvolver clara y precisamente el autor estas dos cuestiones toca todas las objeciones y las resuelve con el mismo vigor de estilo y de raciocinio que desplegó en la primera parte.

Sirve de fundamento á su argumentacion una serie progresiva de proposiciones enlazadas entre sí y que se prestan mutuo apoyo. Trátase de probar que Dios fundó una sociedad para conservar su revelacion, y que esta sociedad es la iglesia católica. ¿Cuáles son las pruebas de estos dos hechos, en vista de las cuales no queda otra alternativa á los herejes que someterse y obedecer á la autoridad de la iglesia establecida por Cristo, ó ser condenados por su propio juicio? Estas pruebas son la imposibilidad moral absoluta de que Dios haya abandonado las leyes que tuvo por bien de establecer, á la interpretacion voluntaria y caprichosa de cada hombre, porque en esto se hubiera mostrado menos sabio que los legisladores humanos, que confian la defensa de sus instituciones á magistrados y jueces. En efecto ¿no es absolutamente necesaria esta precaucion en todo sistema de legislacion? y ¿qué absurdo mayor que querer que el

código que produce las dificultades, esté establecido para resolverlas?

Probada asi la necesidad de la autoridad se ocurren en tropel las pruebas para demostrar que esta autoridad reside y no puede menos de residir en la iglesia católica, y serian capaces de convencer el entendimiento de los herejes mas obstinados, si no se supiera que esta obstinacion es justo castigo de Dios, cuyos soberanos juicios no puede escudriñar la flaqueza humana. El autor dispone estas pruebas con el órden mas luminoso. Hace valer sucesivamente las palabras de Jesucristo á sus apóstoles, la conducta de estos para con los herejes del primer siglo, la tradicion, los testimonios de los Padres de todas las edades, los milagros, las profecías, los dones ó gracias magníficas con que favorece Dios á su iglesia; testimonios siempre vivos de su asistencia á favor de ella.

Apóyase luego en la unidad de la iglesia católica de que hace una pintura admirable, y pasa á tratar de la multiplicidad y division de las sectas. El principio que las formó, la soberanía de la razon, es el que las destruye. Conociendo ellas mismas este mal interior que las devora, hacen esfuerzos para neutralizar su naturaleza disolvente. El autor cuenta muy extensamente y año por año las tentativas que han hecho para reunirse las dos sectas principales, luteranos y calvinistas, y todas se han frustrado á pesar de los auxilios, los estímulos y hasta las amenazas de la potestad civil. Pero lo que se lee especialmente con el mas vivo interés, es la comparacion que hace el autor entre las misiones católicas y

las protestantes. Aquí el raciocinio cede el lugar á los hechos, que en toda materia son sin duda los argumentos mas convincentes. El protestantismo tiene de su parte todo el poderío ingles, es decir, la fuerza y la riqueza. El catolicismo no cuenta en su favor sino con la pobreza animosa de sus ministros; y sin embargo el primero es tan estéril como admirablemente fecundo el segundo. ¿De dónde proviene esta diferencia? Evidentemente de la voluntad de Dios. En otros términos, la fecundidad perpetua de la iglesia católica es una prueba perentoria de la divinidad de su institucion y de la proteccion que Dios le dispensa, asi como la esterilidad del protestantismo en su mision entre los infieles es una nueva prueba de su falsedad.

¿Qué importa pues la imputacion de proselitismo que con tanta frecuencia hacen los protestantes á la iglesia católica? ¿Sienta bien esta acusacion en ellos que gastan enormes cantidades, y esparcen por el mundo entero un número incalculable de Biblias y tratados religiosos? ¿Es culpa nuestra que todos sus esfuerzos sean estériles? En realidad ¿de qué nos acusan? De hacer lo que ellos quisieran y no pueden hacer. ¿Cómo pues ha de tener fuerza un cargo dictado únicamente por la envidia?

Al hacer el autor la recapitulacion de su obra cita un pasaje de S. Agustin que la corona dignamente, al paso que confirma las doctrinas defendidas en ella. Parecenos que este libro forma un todo acabado. No se ha omitido nada de lo que era útil al plan del autor, ni ha tenido cabida nada de lo que pudiera haber parecido

inútil. Ha querido probar por un lado la existencia de la revelacion divina contra los incrédulos, y por otro la autoridad de la iglesia católica contra los herejes; y nos atrevemos á decir que despues de leido este tratado nadie dudará que el P. Perrone ha conseguido completamente los dos objetos que se habia propuesto.

TRATADO

DE LA

VERDADERA RELIGION

CONTRA LOS INCRÉDULOS Y LOS HEREJES.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Dos clases de hombres se oponen á la religion verdadera y la combaten, los incrédulos y los herejes. Los incrédulos á quienes basta la sola religion natural, si todavia la admiten en su sentido verdadero, desechan toda revelacion como superflua é inventada por el hombre: los herejes, sometiendo la religion al juicio privado, la ultrajan y destruyen con sus extravagantes comentarios. Es menester pues demostrar por un lado la necesidad de la revelacion y su existencia contra los incrédulos, y al mismo tiempo abrirles una senda segura y fácil, donde puedan, si quieren, cerciorarse de la verdad; y por otro hay que probar contra los herejes la autoridad divina de esta iglesia, á quien quiso Dios confiar el depósito de su revelacion, y sin cuya ayuda no podemos comprenderla, ni creerla.

Asi este tratado se dividirá en dos partes: en la primera combatiremos á los incrédulos y á los que se llaman deistas ó naturalistas, que confesando la existencia de Dios y la necesidad de tributarle un culto piadoso, reconocen ademas que su providencia castiga ó recompensa al hombre segun sus méritos ya en esta vida, ya en la otra. En cuanto á los ateos nos reservamos combatirlos cuando tratemos de Dios y de sus atributos. Aqui pues combatimos únicamente á los que concuerdan con nosotros en todos los puntos que acabamos de enumerar; pero que disienten al afirmar que sola la religion natural, como ellos la llaman, es necesária al hombre.

En la segunda parte refutaremos á los sectários ó herejes que admiten la revelacion, pero debilitada y mutilada, por decirlo asi: desechan las tradiciones divinas, abren el campo á la incredulidad, y niegan que la iglesia haya recibido en depósito, para explicarla, defenderla y conservarla pura de todo error, la revelacion cuyo conocimiento someten temerariamente al aprecio del juicio individual.

Esta obra exige que empleemos toda la diligencia y esfuerzos de que somos capaces, á fin de corresponder en todas sus partes á lo que requiere una tarea tan importante. Abrazamos la defensa de la verdadera religion: se trata de la fé católica, de los derechos de la iglesia, de la doctrina de los santos, de la tranquilidad de los gobiernos, de la salvacion de los pueblos, de la eterna felicidad de los hombres; cosas todas que en vano se buscarian fuera de la verdadera religion, porque todas se encuentran en ella y solamente en ella.

PARTE PRIMERA.

CONTRA LOS INCRÉDULOS.

Nuestro primer designio era partir del hecho mismo que se disputa, es decir, de la existencia positiva de una revelacion divina. En efecto una vez sentada y probada esta existencia caen por su propio peso todas las objeciones opuestas por los incrédulos, ya contra su posibilidad, ya contra su necesidad; y es menester confesar que este camino seria el mas corto para confundir á sus enemigos. Sin embargo no queriendo que pueda acusarsenos de haber buscado otro diferente del de nuestros antecesores por amor á la novedad, ni privar á los jóvenes de los medios empleados ordinariamente para probar la posibilidad y la necesidad de una revelacion divina; distribuimos la primera parte de este tratado en cuatro capítulos principales. En el primero trataremos de su posibilidad: en el segundo de su necesidad: en el tercero de la verdad de esta revelacion y de lo que la distingue de las revelaciones falsas; y en el cuarto de su existencia.

CAPITULO PRIMERO.

Posibilidad de una revelacion divina.

La palabra *revelacion* en el sentido en que aqui la tomamos, significa manifestacion de una ó muchas verdades; y esta revelacion se llama divina si viene de Dios por un medio extraordinario ó fuera de la marcha conocida y acostumbrada de la naturaleza. Dios puede manifestar verdades á un hombre, ó á varios hombres que las transmitan á otros, ó por fin á todos los hombres indistintamente. Si se hace una manifestacion de este género á todos los hombres, se llama revelacion general y comun: si solamente se hace á algunos hombres escogidos, se llama particular y privada: si la hace directamente la divinidad á alguno, se llama inmediata, y mediata cuando pasa de un hombre á otro.

De las verdades que Dios puede manifestar, las unas no son superiores á la inteligencia humana: otras la superan enteramente y por eso se llaman *misterios*.

Entre los incrédulos unos niegan la posibilidad de una revelacion cualquiera: otros admiten una revelacion mediata, adecuada á nuestra naturaleza y transmitida por un hombre á otros: por último los hay que combaten como absolutamente imposible toda revelacion de misterios. Nosotros respondemos sucesivamente á estas tres clases de incrédulos.

Y en primer lugar debe admitirse como posible una

revelacion divina inmediata, si no repugna en nada, ya se la considere relativamente á Dios que revela, ó relativamente al hombre que recibe la revelacion, ó relativamente á la cosa revelada. Con respecto á Dios que revela, infinitamente sabio y poderoso, es evidente que puede manifestarnos ciertas verdades, y que para darnos á conocer su naturaleza ó su voluntad tiene infinitos medios á su disposicion: solo el ateo puede dudarlo. En efecto si el hombre puede descubrir su pensamiento á otro, ¿cómo no podria hacerlo Dios? Con respecto al hombre inteligente y dotado de razon nada estorba ciertamente que pueda recibir la verdad que se le propone: ¿no la recibe en las comunicaciones habituales con sus semejantes? Con respecto á las cosas reveladas, si estas conducen á un conocimiento mayor de Dios por un interes de su gloria, si son útiles á los hombres; ¿por qué no habian de ser objeto de una revelacion divina? Nada se opone á ello, y el consentimiento universal nos testifica que la especie humana no ha repugnado jamás admitir revelaciones sobrenaturales. Lejos de eso la historia nos dice que todos los pueblos las han recibido verdaderas ó falsas.

Pero se dirá: nosotros no podemos conocer los medios que Dios emplea para manifestar ciertas verdades: ademas toda revelacion es dudosa y ambigua por su naturaleza: luego nadie está tan seguro de la verdad de la revelacion que ha recibido, que podamos desechar toda sospecha de error involuntario ó supercheria de su parte. Esto es tan cierto que en todos tiempos han sido engañados torpemente muchos con inspiraciones de esta especie, fantasmas de su cerebro enfermo, vanas invenciones producidas por el estado de sueño. Por último ¿no es degradar la majestad divina el abatirla hasta hablar á miserables criaturas?

Respondo á estas objeciones que si no podemos de-

terminar exactamente el modo preferido por Dios, á lo menos podemos indicar varios como capaces de producir este efecto. Dios puede manifestar su voluntad ó las verdades de que quiere instruirnos, ya por medio de sueños, ya por el lenguaje, por signos ó símbolos, ya por otros medios que estan en su mano y de que es el único juez, y no nos toca á nosotros determinar cuál es el mejor de los que haya tenido por bien de emplear.

Se dice que toda revelacion es incierta por su naturaleza. Falso: no lo es si se mira al objeto que Dios se propone. En efecto cuando la verdad que manifiesta Dios, importa á la felicidad del individuo, y con mucha mas razon de la especie entera, puede y debe cerciorar de tal modo á aquel á quien la descubre, que no quede lugar alguno á la duda, ni al temor del error. De otro modo la flaqueza del hombre podria mas que el poder de Dios.

Los que no han tenido verdadera revelacion, y sin embargo han creido tenerla, se han equivocado torpemente; al contrario los que han tenido una verdadera, no han podido equivocarse: luego es injusto aplicar el mismo raciocinio á los unos que á los otros. Los primeros, vano juguete de la ilusion, se han figurado tener lo que no han tenido realmente: los segundos honrados con una revelacion verdaderamente divina poseen interiormente una certidumbre tan absoluta y tan íntima de ella, que no pueden equivocarse, porque cuando Dios habla ú obra, su sabiduría y prevision que no tienen límites, dan tales señales de su obra que se disipa y desvanece en un instante todo temor de error.

Mas ¿cómo distinguiremos el hombre que ha recibido una revelacion verdadera, del que la recibió falsa?

Ademas de la certidumbre íntima de que acabamos de hablar, se distinguen tambien los hombres de Dios de un modo seguro por los signos exteriores siguientes: la

santidad de su vida, los milagros, las profecías justificadas por los acontecimientos, el testimonio de otros profetas, el objeto mismo de la revelacion, cierta aprobacion universal etc.; de suerte que cuando todos estos signos exteriores y otros semejantes concurren á la confirmacion de las verdades que nos revelan, no puede quedar ninguna sospecha de fraude.

En cuanto á la última parte de la objecion que combato, á saber, que se degrada á la divinidad abatiendola hasta hablar á miserables criaturas; diré que no nos toca á nosotros decidir lo que conviene ó no á Dios. Pero suponer que es indigno de su divinidad hablar al hombre, principalmente en las cosas que interesan á su dicha, es ocurrencia propia de un insensato ó de un impío. No fue indigno de Dios criar al hombre y criarle para ser feliz; ¿cómo pues habia de ser indigno del mismo Señor mostrar el camino que puede conducirnos á la felicidad para que fuimos formados, y que tan ardientemente deseamos?

De la posibilidad de la revelacion inmediata que hemos probado, resulta evidentemente la posibilidad de la revelacion mediata. Sin duda puede un hombre comunicar á los demas las verdades que ha recibido divinamente. Si hay alguna dificultad, proviene mas de la cosa revelada, que de los hombres que no quieren dar fé al revelante. Pero si el revelante es el mismo Dios, y si la revelacion se ha hecho con la mira de la felicidad comun por los medios determinados mas arriba, principalmente por los milagros y las profecias; Dios hará sin duda que pueda y deba creerse. Supóngase por el contrario que faltan estos signos exteriores, y nadie está obligado entonces á creer las predicaciones del revelante.

Confírmase esto con el ejemplo de todos los pueblos, que lejos de ver nada absurdo en esta clase de revelaciones, han escuchado á sus jefes cuando se anunciaban

como enviados de los dioses para instruirlos en los deberes de la religion, darles leyes, y formarlos en las buenas costumbres, como Minos, Licurgo, Numa y otros que enseñoreándose asi del entendimiento del hombre se valieron de la revelacion para dar mas autoridad á su persona y á las instituciones políticas que fundaban.

Pero de esto mismo se sigue, dicen los contradictores, que toda revelacion mediata está sujeta á fraudes innumerables. Véase por qué, continuan, han sido engañados no ya algunos hombres, sino pueblos enteros, y engañados con tanta mayor facilidad, cuanto que faltan los medios para descubrir el fraude, y que si los hubiera no podrian producir nunca mas que una certeza moral, insuficiente para excluir del todo el temor de errar. Asi seria mucho mas provechoso para los hombres que los instruyese el mismo Dios de todas las verdades que necesitan saber, del mismo modo que de las verdades de la religion natural que con razon pueden llamarse la revelacion primitiva, y que nos enseña por la razon. Entonces en efecto bastaria consultar esta voz interior que ha puesto Dios en nosotros, y con su respuesta cesaria al punto toda controversia religiosa.

¿Con que es cierto, responderé yo á estas dificultades, que el hombre no tiene medios para distinguir una revelacion verdadera de una falsa? Esos pueblos engañados cuyo ejemplo se nos opone, ¿lo fueron por una imposibilidad absoluta de descubrir el error, ó mas bien por falta de cuidado y examen? Por último ¿es cierto que la certeza moral no puede ser tan plena y perfecta como la física y la metafísica? Ya he resuelto la primera parte de la dificultad: en cuanto á la segunda los críticos y los lógicos reconocen unánimes que la certeza moral no tiene menos fuerza que la de cualquier otro género.

Dios, decís, deberia dar á cada hombre la verda-

dera religion por un medio íntimo como le da la razon. Decid para ser consecuente que deberia cambiar la naturaleza humana, y extinguir en ella la llama interior de las pasiones; porque si el hombre no ha cesado de abusar de esta luz divina que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; si á pesar ó mejor á causa de esta luz ha incurrido en mil errores absurdos y criminales al mismo tiempo; ¿cómo no abusaria de una revelacion divina del mismo modo que de la razon? Y entonces cuando se valiera de esta revelacion divina para decorar cosas torpes con un nombre honroso, ¿cómo podria acusarsele y convencerle de falsedad? Cada cual convertiria en revelaciones divinas los delirios de su imaginacion, y habria tantas religiones como individuos sobre la tierra. Y no se diga que esta es una hipótesis puramente gratuita, porque eso es lo que ha sucedido constantemente en la religion que los incrédulos llaman la revelacion primitiva. Queda pues sentada y probada la utilidad de una revelacion mediata, es decir, de hombre á hombre, en el sentido de que por la unidad y el consentimiento general de que es madre, viene á ser el fundamento mas sólido y la fianza mas segura de la duracion de toda sociedad humana. Ahi estan las señales principales de la verdadera religion: al contrario si se admite una revelacion individual; cada hombre, cuando se apodere de él la duda, deberá exigir al cielo las profecias que le son propias. ¿Quién no ve que esto es llevar el absurdo mas allá de todos los límites? ¿Quién no ve tambien que contra la asercion de los incrédulos, por el hecho solo de ser cada uno juez en causa propia, crecerian indefinidamente las disputas de religion, y se abriria un campo ilimitado al entusiasmo, como lo atestiguan las sectas sin número que pululan en Inglaterra y en los Estados Unidos americanos?

De las pruebas de la posibilidad de una revelacion

mediata ó mas bien de su verdad y necesidad pasemos á la revelacion de las verdades que superan nuestra inteligencia, es decir, de los misterios, y probemos contra los incrédulos y deistas que es posible esta revelacion.

La palabra *misterio* que significa una cosa oculta, se toma aqui por una verdad á donde no puede llegar nuestra inteligencia, no ciertamente porque se nos oculte del todo toda verdad misteriosa y cuya expresion conocemos sin embargo, sino porque no concebimos cómo se han ligado los dos términos de la proposicion que expresan el misterio. De ahí proviene su obscuridad. Pero procedamos con órden.

Hay verdades que exceden las fuerzas de nuestro entendimiento: los deistas que niegan que Dios pueda revelar misterios, no lo niegan. De esta clase es la naturaleza del hombre y aun la de todos los cuerpos que nos rodean: todo es misterio en el universo. La ciencia moderna á pesar de sus inmensos y reales progresos no ha podido levantar el velo. Ha descubierto en verdad leyes y fuerzas; pero le son desconocidas las causas de estas: asi lo confiesa ella, y desconfiando de explicarlas las llama causas ocultas. Ahora bien si la naturaleza finita de este universo tiene sus misterios, ¿cómo no los tendria la naturaleza infinita de Dios? Y si este Señor quiere manifestarnoslos, ya para ejercitar nuestra fé, ya para probar nuestra obediencia y respeto, ¿qué hay en esto que repugne á la razon?

Pero se dirá que el mismo sentido de la palabra *misterio* excluye su revelacion. Revelar es descubrir lo que está oculto; luego un misterio revelado cesa de ser misterio. Ademas repugna revelar al hombre lo que su razon no puede comprender. ¿De qué puede servirle esta revelacion? ¿No es hablarle una lengua desconocida? ¿No es (y esto tiene mas gravedad) suscitar por diversion eternas disputas entre los hombres por la obs-

curidad inherente á todo misterio, como lo prueba por desgracia el zelo ciego de los cristianos, zelo empleado en la defensa ó impugnacion de la fé ortodoxa, es decir, en combatir obstinadamente por fórmulas vanas de sentido? Por lo tanto refiriéndonos á Locke que niega que nadie está obligado á dar su conformidad á una proposicion cuyos términos son absolutamente incomprensibles, ya por su afirmacion, ya por su negacion, rehusamos creer en los misterios.

Sin duda la revelacion de un misterio, considerado en cuanto á su misma naturaleza, implica contradiccion en los términos; pero lo que no la implica es la revelacion de su existencia. Y ¿no es esto únicamente de lo que se trata aqui? Luego los deistas juegan del vocablo cuando objetan que un misterio revelado no es un misterio.

Esta revelacion de una verdad desconocida y oculta, añaden ellos, no puede sernos de ningun modo util.— Mas ¿desconocemos absolutamente los misterios que nos propone la revelacion? Cuando decimos que la naturaleza divina tiene tres personas, enunciamos dos ideas cuyo sentido nos es familiar, solo que no comprendemos cómo puede ser que tres personas distintas esten en una naturaleza simplicísima. Cuando decimos que en Cristo hay dos naturalezas subsistentes en una persona divina, conocemos bien los dos términos de esta verdad; pero se nos oculta el modo de su reunion. ¿Puede decirse que nos son inútiles estos misterios, que nos dan ideas mas grandes y sublimes de Dios, sobre las cuales se apoyan las virtudes morales como sobre un fundamento inmoble, y que nos excitan á la perfeccion? ¿Puede decirse que su revelacion, si pudiera verificarse, para hablar el lenguaje de los incrédulos, no seria mas que un ruido vano de palabras que hieren nuestros oidos sin fruto alguno? ¡Qué! Cuando decimos que el hijo de

Dios se revistió de la naturaleza humana para salvarla, que murió para que vivamos, ¿hablamos una lengua extranjera para el hombre y que no le ofrece ningun sentido? ¡ Ah! sin duda esta obscuridad de los misterios ha producido miserables disputas entre los hombres; pero estas disputas ¿han nacido de los que desechan toda autoridad legítima, ó de los que la admiten? No, no han nacido y nacen aun todos los dias esas controversias deplorables de la naturaleza misma de los misterios, sino de la falta de obediencia á la potestad constituida por Dios. Ademas ¿se disputa solo sobre los misterios? La rebeldia del espíritu humano ¿respeta los otros artículos de nuestra santa religion? ¡ Vanas declamaciones! ¡ Torpes calumnias de los deistas! Imputais á crímen á la iglesia el haber defendido fielmente de siglo en siglo el santo depósito que le fué confiado, contra toda innovacion; pero si hubiera aflojado en su defensa, si hubiera cedido en un solo punto, ¿qué seria hoy la religion cristiana? Ruinas y escombros difíciles de conocer. Asi sus armas mas seguras son esas fórmulas de palabras que llamais vanas y vacias de sentido, y jamás debe quitarse de ellas ni una letra.

El principio de Locke que se nos opone, parece que se sentó por odio á los misterios de la religion cristiana. Felizmente es de todo punto falso, porque si fuera cierto que hubiera que rehusar la creencia de toda proposicion cuyos términos ó mutua relacion desconociésemos, habria que desechar los misterios de la metafísica, de las ciencias exactas y de la misma naturaleza; misterios innumerables como lo prueba Feller, y como lo confiesan los corifeos mismos de los deistas, Voltaire, Hume, Diderot y otros mil. El ciego de nacimiento no podria ser persuadido á creer el fenómeno de la luz cuya existencia testifican todos los demas hombres, y el ignorante deberia condenar como absurdos los teoremas de la geo-

metria, porque no puede comprender su demostracion. A ese punto conduce el principio de Locke tan ponderado por los deistas.

El hombre dotado de razon, se dice tambien, no debe admitir sino lo que la razon le demuestra ser cierto. La inteligencia que Dios le da, es para que la consulte y la siga principalmente en materia de religion, porque es la mas importante de todas. Siendo la religion necesaria á todos los hombres, debe ser comun á todos, y por consecuencia tan evidente que pueda comprenderla aun el mas ignorante. Nosotros no creemos á la fuerza, sino por persuasion. La claridad y la evidencia de las cosas es la que determina nuestra fé. Pues si un misterio no es claro, ni evidente, ¿cómo se ha de creer? Nuestro Dios, dice Rousseau, no es el Dios de las tinieblas, sino de la luz, y no nos ha dado la inteligencia para no comprender nada, ni la razon para combatir aquella. Bayle por su parte observa en muchos lugares de sus obras que los misterios son contra la razon en el hecho solo de ser superiores á la razon, y apoya esta idea con la comparacion de una torre vista de lejos, que por la distancia parece redonda, aunque sea cuadrada; de suerte que me veo obligado á creer en esto la relacion de otro contra el testimonio de mis ojos. Por eso no hay religion falsa que no se suponga revelada y no tenga sus misterios, sin duda á fin de reinar mas fácilmente en el ánimo de los ignorantes. De todo esto concluye Gibbon con razon que el arte de fundar una religion ha consistido siempre en presentar misterios incomprensibles como fundamentos de la fé, y en establecer ritos cuya causa y motivo no pueden señalarse.

Si el hombre no debiera admitir como verdadero mas que lo que su razon le demuestra ser claro y evidente; ¿cuántas verdades no deberia desechar, aun de las naturales? Dios ha puesto límites á nuestra inteli-

gencia. ¿Cuál es pues el oficio de la razon cuando en su nombre se le proponen verdades misteriosas? ¿Querer penetrarlas? No, si ella se juzga, no puede. Examinar la naturaleza de la autoridad que se las propone, y los motivos que tiene de creerlas, ese es su derecho y su deber en tales materias, y no tiene ni puede tener otro.

Nuestro Dios es sin duda el Dios de la luz; pero con respecto á él y no con respecto á nosotros. Esta luz hace el mismo efecto en los ojos de nuestra alma, que la llama del sol en los de nuestro cuerpo cuando no pueden soportarla: ¿Cómo pues se sostiene que los misterios repugnan á la razon que nos ha dado Dios? ¿Son los misterios dos ideas claras, opuestas una á otra, como seria preciso para que repugnaran á la razon? No, son superiores á la razon; pero no estan en oposicion con ella. Hay obscuridad; pero no contradiccion.

Asi es que el hábil lógico Bayle no ha podido probar con todos sus sofismas que los misterios son contrarios á los principios naturales de la evidencia. Las cosas se presentan aqui bajo tres aspectos que es preciso distinguir cuidadosamente y no olvidar jamás. Las unas concuerdan con la razon: las otras son contrarias á ella; y las otras no tienen relacion de conformidad, ni relacion de oposicion con ella, porque son superiores á ella, es decir, de un órden demasiado elevado para que puedan comprenderse en los límites señalados á la misma. Bayle mismo sienta como principio que hay una gran diferencia entre no comprender la posibilidad de una cosa, y comprender su imposibilidad. Por lo primero se niega, y este es el caso de los misterios; y por lo segundo se afirma. Mas Bayle no probará nunca que esta afirmacion pueda tener por objeto los misterios. La comparacion de una torre vista de lejos está mal escogida, y no conduce

al objeto. Si los sentidos mal aplicados engañan y representan un objeto de diversa manera de lo que es en realidad, la razon bien aplicada no se engaña; porque aunque una torre cuadrada vista de lejos parezca redonda en virtud de las leyes de la óptica, sin embargo los sentidos no afirman nada preciso sobre su verdadera forma mientras que la distancia no les permite distinguir sus ángulos y sinuosidades. Aquel pues que concede por relacion de otro que es cuadrada la torre de cuya forma está aun incierto, porque la ve de lejos, ú omite las leyes de la óptica aunque las conozca, ó las ignora enteramente. Si las omite solamente, es natural que crea en un efecto cuya causa le es conocida: si las ignora, no está obligado mas que á confesar su ignorancia y creer en el relato de aquel que habiendo visto aquella torre de cerca le afirma que es cuadrada, mientras que él, separado por una distancia tan grande, no puede absolutamente decidir si tiene esta forma ó la otra. Pues asi han de considerarse los misterios: es verdad que se nos oculta su conformidad con la razon; pero una vez que Dios nos asegura que no son contrarios á ella, debemos admitir su verdad apoyados en esta autoridad infalible.

Todas las religiones falsas se suponen reveladas y todas tienen sus misterios; pero ¿estan estos enlazados uno con otro y son útiles á la moral como en la religion cristiana? ¿En qué se parecen sus fundadores? Esta supuesta semejanza es una de las armas predilectas de la incredulidad: conviene pues detenerse un instante en ella. ¿Qué es lo que se hace para engañar á los débiles y á los imprudentes? No solo se compara la religion verdadera con las falsas, sino que para que la mentira tenga apariencia de verdad, sin lo cual careceria de fuerza, se vacian revelaciones imaginarias en el molde de las revelaciones reales, y forjadas asi, se pre-

sentan descaradamente como una prueba irresistible de la falsedad de toda revelacion. Sin embargo penétrese en el fondo, y fácilmente se descubrirá la malicia: se verá que las invenciones del hombre, las fabulas de la supersticion no tienen nada comun con el sistema de la religion cristiana. En efecto en este sistema todo se une y se liga: todo se sigue y enlaza de manera que forma una unidad indisoluble, la cual excita la admiracion de aquellos mismos que se empeñan en negársela. El misterio de la santísima Trinidad es el fundamento del de la Encarnacion: este supone el misterio del pecado original y de la transmision de este pecado de Adam á todos sus descendientes; y de estos tres misterios resalta evidentemente la excelencia de la naturaleza divina y sus atributos, de su omnipotencia, de su sabiduría, de su bondad, de su misericordia, de su justicia, y por último la explicacion, sin esto imposible, de las miserias y contradicciones de nuestra naturaleza. No hay pues que considerar los misterios de un modo abstracto, como hacen los deistas, sino tales como nos los propone la religion, es decir, sucediéndose y enlazándose unos con otros.

CAPITULO II.

Necesidad de la revelacion.

Por el nombre de revelacion divina, como se ha visto en el capítulo anterior, entendemos aquí aquella operacion sobrenatural, por la que Dios instruye á ciertos hombres que sucesivamente instruyen á los otros en las verdades de la moral y de la religion, y los enseñan á praticarlas.

En esta discusion la mas grave de todas tenemos delante no solo á los deistas antiguos y modernos, sino tambien á los racionalistas, que no son de ayer, y que niegan cualquier otra revelacion que la natural, es decir, una manifestacion de Dios obrada por la naturaleza misma, y que dividen en universal ó comun y en particular. Segun ellos la revelacion universal es producida por las facultades del espíritu y por la universalidad de las cosas que se prestan en esto mútuo auxilio. Por ellas es llevado naturalmente el hombre al conocimiento y al culto de las cosas divinas. En cuanto á la revelacion particular ó mediata se encierra en el círculo de los acontecimientos que se suceden segun el órden de la naturaleza; acontecimientos de que Dios es autor, y por los cuales son excitados ciertos hombres mas bien que otros á conocer los principios de la verdadera religion, y á enseñarlos con gran fruto despues de acomodarlos á los deseos del vulgo. Tal es el sistema

expuesto por Wegscheider en sus Instituciones de teología cristiana dogmática, en donde se ve hasta dónde ha avanzado el protestantismo aleman, y cómo se empeña en destruir absolutamente toda revelacion divina.

Pero antes de penetrar mas adentro en la cuestion notemos por amor á la claridad que el objeto de la revelacion pueden ser ya verdades de un órden superior á la razon humana, como los misterios, ya verdades cuyo conocimiento puede adquirir por sus propias fuerzas, como son la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, los deberes del hombre para con la divinidad, para consigo mismo, para con sus semejantes &c.

Las verdades del primer órden no pueden servirnos para probar la necesidad de la revelacion divina, porque está reconocido que estas verdades no nos son necesarias mas que de una manera hipotética y en tanto que ha querido Dios darnoslas á conocer y creer para asegurar nuestra salvacion. Asi estas verdades, que mas bien suponen que prueban la revelacion, no entran en la demostracion que me propongo.

Restan las verdades de segundo órden; y como estas son del patrimonio de la razon, la cual puede conocerlas por sí misma; es evidente que no puedo tener intencion de probar la necesidad absoluta de su revelacion, sino solo la necesidad moral; y en efecto en este último sentido asiento que es necesaria su revelacion.

En primer lugar para salir de las innumerables objeciones de nuestros adversarios, deistas y racionalistas, que nos acusan de desconocer las fuerzas de la razon y ultrajar la dignidad del hombre para fundar la necesidad de nuestra revelacion sobre su abatimiento; y ademas para evitar la apariencia de una peticion de principio, de que se quejan de nuestra parte cuando suponemos que la flaqueza humana es el triste fru-

to del pecado de nuestro primer padre; para evitar, digo, todas estas dificultades y declamaciones, nos ha parecido mas cómodo, seguro y breve partir en nuestros raciocinios de un hecho conocido, público, universal, constante y de que nadie puede apelar como dudoso.

Dos cosas resaltan evidentemente de todos los monumentos de la historia: la primera que el género humano entero, abandonado á sí mismo, se apartó mas ó menos vergonzosamente de los caminos de la verdad en lo que mira á la religion, á las costumbres y á los deberes: la segunda, que ninguna industria ó sagacidad humana ha podido jamás atraer los pueblos á los verdaderos principios. De donde tenemos el derecho de inducir que es necesaria al hombre una revelacion sobrenatural, tanto para hacerle entrar en aquellos verdaderos principios, cuanto para mantenerle en ellos una vez que ha entrado. Tal es pues el órden que seguimos en esta demostracion.

La primera parte de esta proposicion está admitida tan universalmente, que podriamos suponerla verdadera y pasar adelante sin que nadie reclamase; pero nos parece útil traer rápidamente á la memoria algunos de los hechos que la apoyan.

En primer lugar todos los pueblos á quienes no ha ilustrado la revelacion, han admitido la pluralidad de dioses. Esto es incontestable y no disputado. En Oriente los caldeos, los persas y los fenicios adoraron los astros: los pueblos mas antiguos de aquella parte del mundo tuvieron por fundamento de su religion y teología la doctrina de los dos principios, que todavía profesan los indios y japones. Otros, como los egipcios, doblaron la rodilla ante los animales irracionales, los arbustos y hortalizas de sus huertos; y casi todos en fin adoraron como dioses vanos simulacros; porque aunque reconoz-

camos que no todos fueron tal vez tan insensatos que miraran como dioses la madera y la piedra ; sin embargo si vamos de buena fé , si no queremos ponernos en contradiccion con los monumentos mas auténticos , confesaremos que aquella creencia era casi general. Los griegos y romanos , á mas de sus genios, veneraban tambien como dioses á los héroes muertos ó vivos. La historia de esta aberracion del entendimiento humano es demasiado conocida: asi no alargaremos los ejemplos.

Tambien es cosa averiguada que las naciones paganas atribuyeron todas las pasiones y vicios á sus dioses, y las pusieron expresamente bajo su patronato: testificanlo los antiguos poetas , sobre todo Homero y Virgilio. Por último es cierto que todo el culto de los paganos, representaciones obscenas, fiestas, sacrificios, donde no solamente corria la sangre humana , sino que era inmolado hasta el pudor, las acciones de las divinidades, los templos, los ritos , todo lo que tocaba ó se referia á aquel culto, no era mas que una excitacion manifiesta y perpetua á los crímenes y á los vicios de toda especie ; ó por mejor decir, aquel culto era la verdadera apoteosis del vicio y del crímen. No hay quien no se estremezca de horror al leer lo que nos cuentan Orígenes, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Lactancio de aquellas supersticiones obscenas y sanguinarias. Pues si tal era el culto, ¿cuáles debian ser las costumbres de las naciones que le profesaban? Sus teatros y juegos públicos eran escuelas de corrupcion ; y el uso y á veces hasta las leyes sancionaban ciertos vicios infames, cuyos nombres apenas nos atrevemos á recordar ; la fornicacion , la pederastia y la exposicion de los niños.

Se ve pues, porque seria inútil y aun vergonzoso detenernos mas tiempo en esta pintura execrable de las costumbres paganas, que cualquiera que sea la fuerza de la razon humana ó para establecer un culto digno de

Dios, ó para conocer los principios de la sana moral (fuerza que ponderan tanto los deistas y racionalistas); no por eso deja de ser un hecho público, universal y constante que ningun pueblo ya civilizado, ya bárbaro, ha podido en una larga serie de siglos tributar á Dios un culto digno de él á falta de una revelacion divina, ni evitar el incurrir en los mas torpes errores contra los principios de la sana moral. ¿Y qué se sigue de ahí? Evidentemente la necesidad de un medio superior á la razon humana para fundar legítimamente la religion y las costumbres, en otros términos la necesidad de una revelacion divina y sobrenatural. Las mismas objeciones que oponen los incrédulos á esta verdad, no hacen sino confirmarla mas. Lo probaremos.

El principal atributo de la humanidad, dicen ellos, el que la distingue de los brutos, es la perfectibilidad. Asi aunque los hombres se hayan desviado mucho tiempo de la justicia y de la virtud, no puede inferirse que hubiesen continuado siempre en la misma ignorancia y los mismos errores. Hácia los últimos tiempos de la república romana se descubrian indicios de una mudanza próxima: un desprecio general del politeismo y las chanzas de los filósofos contra todas las supersticiones idolátricas; chanzas que han llegado hasta nosotros en las obras de Ciceron entre los latinos y en las de Luciano entre los griegos. Por fin habia una tendencia al misticismo y al retiro, de que da fé entre otros el historiador Josefo y con muchos pormenores. Ademas no todos estaban acometidos de esta lepra de la supersticion y de los vicios. La historia nos transmite muchos ejemplos de eminentes virtudes, dados por hombres y mujeres en diversas épocas, tanto que el mismo Agustin manifestó grande admiracion á las virtudes de los romanos. Nunca feneció enteramente entre los hombres el conocimiento de un solo y supremo Dios y de la diferencia en-

tre lo justo y lo injusto: pruebalo el que los criminales fueron siempre castigados con el desprecio de los particulares y los suplicios de la justicia pública. En vano pues se infiere de esta condicion general de los pueblos antiguos la necesidad de una revelacion sobrenatural, cuando este medio está enteramente en la naturaleza racional de los hombres, los cuales para valernos de los mismos términos de Wegscheider reclaman todos los conocimientos en materia de religion como su propiedad mas santa y legítima.

Voy á responder á estas objeciones. La perfectibilidad humana, real hasta cierto punto en las ciencias y las artes, es una quimera si se aplica á la religion y á las costumbres, mientras haya en los hombres pasiones y propension natural á lo malo por el mal ejemplo. Asi una lamentable experiencia prueba que el hombre abandonado á sí mismo ha caido siempre en errores monstruosos, ya especulativos, ya prácticos. De ahí proviene que para alcanzar la verdad en estas materias no se ha de considerar al hombre ó á la humanidad en abstracto, sino tal como es, á saber, instigado y seducido por las malas inclinaciones, rodeado de ejemplos perniciosos, imbuido en las preocupaciones de su infancia y arrastrado en fin por un modo de vivir público, general y universal. Ciceron describe en estos términos la fuerza irresistible de estos impulsos al mal: «La naturaleza no nos ha dado mas que débiles rayos de luz, y por nuestras malas costumbres y opiniones obscurecemos hasta tal punto la antorcha que hemos recibido de ella, que en ninguna parte se la ve..... Apenas descubrimos la luz, apenas venimos á este mundo, nos entregamos á toda especie de errores y á las opiniones mas perversas: casi diria uno que mamamos el error con la leche de nuestras nodrizas. El hecho es que entregados á nuestros padres y luego encomendados á los maestros pronto nos imbui-

mos en tantos errores, que la apariencia triunfa de la verdad, y la naturaleza misma cede á las prevenciones..... Si á esto se agrega el mayor de todos los maestros, el pueblo, la multitud, que en todas partes concuerda con todos los vicios; entonces nos dejamos inficionar de las máximas mas viciosas, y rompemos enteramente con la sabia naturaleza.» De donde se sigue indudablemente que el hombre abandonado á sí mismo no va á lo mejor, sino á lo peor.

Si la perfectibilidad que se nos objeta se aplicara á las costumbres y á la religion, resultaria que cuanto mas adelantase una nacion en la via de la civilizacion, mas puras serian sus costumbres y mas santa su religion; pero ¿quién no sabe que los monumentos históricos prueban abiertamente lo contrario? La infancia de los pueblos es la época de la virtud, y la vejez la del vicio. Asi los chinos cuyo imperio es tan antiguo, debieran haber llegado á la mas alta perfeccion, supuesto que no carecen de artes ni de ciencias; sin embargo perseveran en sus supersticiones y en la depravacion de sus costumbres; y siguiendo en esto la marcha inevitable de todas las sociedades humanas son hoy mucho mas depravadas que en los siglos anteriores.

Los indicios de un cambio próximo que se advertian hácia los últimos tiempos de la república romana, solamente prueban que cediendo al impulso maléfico del epicureismo, se aproximaba rápidamente á una disolucion social y religiosa, y que si vivia aun, lo debia á algunas instituciones conservadas de las edades anteriores y á los restos cada dia mas débiles de la probidad y honradez naturales. Ademas cuanto mas supersticiones hay en un pais, mas corrompida es la multitud.

Por último si los epicureos y los ateos despreciaban el politeismo, ¿es cierto que el pueblo y los magistrados participasen de este desprecio? Aquellos filósofos no

combatían solamente el politeismo y la idolatría, sino que parecidos á los deistas de nuestro tiempo y sin duda por los mismos motivos combatian toda religion sin pensar siquiera en sustituir á este vínculo y alma de las sociedades humanas alguna otra cosa que evitara su disolucion y perecimiento. En cuanto á lo que pensaban los magistrados y el pueblo del politeismo y sus torpes supersticiones, bastante lo probaron tres siglos enteros de odio y furor inaudito contra los cristianos.

La propension al misticismo y al retiro que se nos opone con el fin de apoyar esta prevision de un cambio para mejorar por las solas fuerzas de la naturaleza, podia muy bien encontrarse en algunos individuos; pero no en la multitud. Ademas el historiador Josefo ¿no habla de esto á causa de su trato con los judios como judio que era, ó mas bien con los cristianos que comenzaban á difundirse por todo el imperio romano?

En cuanto al corto número de individuos de uno ú otro sexo que se escaparon como por milagro de la corrupcion universal, no hubieran podido conseguirlo jamás por sí mismos, y lo debieron ya á los auxilios de la revelacion primitiva, ya á alguna comunicacion con el pueblo escogido de Dios. Observemos sobre todo, para dar mayor claridad y evidencia al asunto, que una cosa es hablar de la multitud, y otra de algunos individuos. Cuando decimos que la razon humana por sí misma era impotente para corregir estos males, hablamos de los pueblos ó la multitud como lo prueba el hecho: en cuanto á algunos individuos particulares de la especie humana podian, absolutamente hablando, evitar la supersticion universal y la vergonzosa corrupcion de las costumbres, porque si nadie hubiera podido, hasta los mas corrompidos serian disculpables. Por eso en todos tiempos han sobrenadado algunos hombres puros é íntegros, semejantes á islas flotantes, en el mar de vicios

en que habia naufragado el mundo entero; pero al confesar estas felices excepciones no concederé que aquellos hombres se hayan salvado sin el auxilio de la revelacion primitiva, cuyo conocimiento llegó á todas las naciones como lo probaré mas adelante, ó á lo menos sin alguna comunicacion con los adoradores del verdadero Dios. Y de este mismo ejemplo resalta con mas fuerza la necesidad de una revelacion sobrenatural.

Los ejemplos sueltos de virtudes en algunas personas no destruyen el hecho constante y general que hemos sentado, porque no ha de partirse de una ó dos acciones ilustres para juzgar el verdadero modo de vivir de los pueblos antiguos, sino de la serie, de la perpetuidad y enlace de todos los hechos.

La admiracion de S. Agustin hácia los romanos requiere explicarse. Admirabalos en comparacion á los otros pueblos, en los primeros tiempos de su república, y sobre todo prescindiendo del culto de los falsos dioses y de los demonios. Leanse sus palabras: «Aunque los romanos, semejantes en esto á todas las demas naciones, si se exceptúa únicamente al pueblo judio, adorasen á los falsos dioses é inmolasen víctimas, no á Dios, sino á los demonios; sin embargo amaban la gloria y despreciaban el dinero. Aspiraban á una gloria inmensa, y no querian las riquezas sino en cuanto eran puras y honestas. Amaron pues esta gloria con ardor, quisieron vivir por ella, y no vacilaron en morir por ella, sofocando con esta gran pasion todas las demas.» Vease en qué sentido y con qué restriccion elogia S. Agustin á aquel pueblo ilustre. Ademas no hay sino echar una ojeada por los primeros libros de la *Ciudad de Dios* para ver en efecto lo que pensaba de las costumbres romanas.

Dícese tambien: el conocimiento de un Dios supremo y único ha existido siempre entre los hombres. Sí,

pero desfigurado, sofocado con una multitud siempre creciente de errores, fábulas y supersticiones, y en ninguna parte en su primitiva sencillez. Sin duda no seremos nosotros los que neguemos este pensamiento de Tertuliano que *el alma es naturalmente cristiana*; pero ¡con cuántos absurdos comentarios habian desfigurado los paganos, corrompido y hecho ininteligible esta idea sublime de la unidad de Dios! Lo mismo sucedia con aquellos conocimientos generales sobre lo justo y lo injusto, sobre la virtud y el vicio, impresos en nuestra alma por la mano omnipotente de Dios. Corrompidos y extraviados de su fuente estos conocimientos que envanecen con justicia á la naturaleza humana, se habian convertido en ignominia suya: ¡tan perversa é insensata era su aplicacion en la práctica enmedio de la depravacion general!

En vano pues afirman los deistas, considerando al hombre en abstracto para eludir estos documentos de la historia, que hubiera podido aquel reformarse por sí mismo y sin necesitar de ninguna revelacion sobrenatural: todas las teorías y raciocinios no pueden destruir un hecho constante y universal. Ante este hecho tan evidente como el dia y que no pueden negar sin rechazar, como ya hemos dicho, todos los monumentos históricos, se hunden ya las objeciones que sacan unas veces de la fuerza nativa de la razon, otras de la ley natural, ya sus mas ingeniosos sistemas.

En efecto, y aqui entramos en la segunda parte de la proposicion sobre que fundamos la necesidad de la revelacion divina, es decir, la imposibilidad en que se vió el hombre, una vez caido en el error, de abandonarle por sí mismo, aunque los sacerdotes de Egipto, los gimnosofistas de la India, los magos de la Persia y los filósofos de Atenas y de Roma se dedicasen al estudio de la sabiduría, instituyesen escuelas y academias, y for-

masen sectas por una larga serie de años y de siglos; sin embargo no pudieron jamás llevar los pueblos al conocimiento de la verdad y al culto del Dios verdadero. Esta empresa sublime fue superior á sus fuerzas, porque siempre hubo de su parte tres faltas invencibles: falta de *unidad*, falta de *autoridad* y falta de *sancion.*

Falta de unidad: no solamente las escuelas, sectas y academias, sino cada uno de los filósofos diferian entre sí en la enseñanza de la moral y de la religion. Lo que una escuela aprobaba, otra lo combatia, y aun á veces se levantaban los discípulos contra los maestros; de suerte que todas aquellas escuelas filosóficas degeneraron en el escepticismo á resultas de la falta de consentimiento y unidad. Asi los mismos filósofos se imposibilitaban para persuadir á los pueblos.

Falta de autoridad: no habia en ellos una autoridad personal, supuesto que no tenian por sí ninguna potestad sobre el pueblo: no habia autoridad de doctrina, supuesto que por muy grande admiracion que infundiese la suya, no bastaba jamas para hacer dejar á los pueblos las vestiduras manchadas de que los habian revestido sus pasiones. No habia en ellos una autoridad real, ó para decirlo mejor, no habia autoridad de ninguna especie. Y ademas ¿cómo pudieran haber librado á los pueblos del yugo de la supersticion, cuando ellos mismos le llevaban voluntariamente y hasta habian erigido en principio que era preciso someterse á él y acomodarse á todas las supersticiones populares, ya para evitar la venganza de los magistrados y los castigos de la ley, ya para conservar su vida y bienes? El mismo Sócrates, considerado ordinariamente como el mártir del monoteismo, sacrificaba á los dioses de su pais, segun lo atestigua Jenofonte, su biógrafo y apologista.

Por último falta de sancion: no teniendo aquellos filósofos ninguna especie de autoridad no habian podido

proponer ni recompensas, ni penas á los observantes y transgresores de sus preceptos, y aun destruian con sus chanzas toda creencia, comparativamente util, en los calabozos del Tártaro y en los campos Eliseos. Pues sin una sancion cierta ¿de qué pueden servir á los pueblos los tratados de moral mas elocuentes para atraerlos á la luz de las virtudes ó sacarlos de las tinieblas del vicio?

He dicho tres faltas, no solo para explicar la impotencia de los antiguos filósofos, sino tambien para probar contra los deistas y racionalistas de nuestros dias que adoleciendo ellos de estas tres faltas no podian ni podrian jamás dejando á un lado la revelacion divina, acudir en socorro de los pueblos, como tampoco pudieron sus antecesores.

Sentado esto continuo y digo: Es un hecho patente é indudable que ninguna sabiduría é industria humana ha podido sacar á los pueblos privados de revelacion de la depravacion moral y religiosa en que habian caido. Aun cuando aquellos filósofos lo hubieran deseado ardientemente, no hubieran podido á causa de las faltas que hemos enunciado y que les eran inherentes: luego es absolutamente necesario un auxilio fuera de todos los recursos humanos y que encierre estas tres condiciones, unidad, autoridad y sancion, de que carecieron los filósofos. Y ¿qué puede ser este auxilio sino la revelacion divina y sobrenatural en que brillan en sumo grado la unidad mas absoluta, la autoridad mas grande y la sancion mas eficaz?

Mas ¿qué responden nuestros adversarios? Oigamos á Ammon y á Wegscheider. Es constante, dicen, que la razon, en cuanto es una potencia expresa de concebir las ideas ó por mejor decir, la *idea* misma, es una facultad que Dios ha dado al hombre para cultivarla asiduamente, de suerte que viniendo en su auxilio ciertas

circunstancias felices, traidas por la divina providencia, pueda curarse á sí misma y librarse de las tinieblas del error. Por tanto hay que distinguir entre la razon fuera de los hechos y en los mismos hechos. Ademas no puede dudarse que casi todas las grandes escuelas filosóficas se mostraron admirablemente acordes acerca de las materias mas graves que tocan á la religion y á las costumbres, como tambien en cuanto á los preceptos del arte de raciocinar; y aun entre los escritores que llamamos profanos, y que los *defensores de las tinieblas* aborrecen y calumnian injustamente, hay muchos cuyos pensamientos sobre la religion y la verdad son bellos, admirables y poco diferentes de las máximas y doctrinas de Jesucristo. Al contrario entre los que se glorian de confesar y seguir la misma revelacion, se observa gran diversidad de opiniones: y esta autoridad de la revelacion no ha podido evitar que sus partidarios incurran en una multitud de errores y supersticiones, unos absurdos y perniciosos los otros. Pero si Dios hubiera querido que todos los hombres en todos tiempos tuvieran las mismas ideas de las cosas divinas; si hubiera querido que la esencia y la forma de las ideas religiosas fuesen absolutamente las mismas en todos; ciertamente que aquel cuya voluntad es omnipotente, hubiera hecho en esto lo que hubiera querido; y los medios empleados por él hubiesen conseguido el objeto sin que se hubiera podido dudar ni negar.

Respondamos sucesivamente á estas objeciones como hemos hecho hasta aqui. En primer lugar en cuanto á la posibilidad ideal, con que los incrédulos arguyen, de ilustrarse y dirigirse la razon por sí misma, no destruye de ningun modo la verdad del hecho sentado por nosotros. No es mas que una teória imaginaria, que trae su oríjen, como probaremos mas adelante, de la existencia de esta revelacion que combaten con tanta injusticia. Asi

nada vale esta teoria contra la realidad; porque ¿qué produjeron los antiguos filósofos, y qué producen los deistas y racionalistas de nuestros dias en beneficio de los pueblos? A esta cuestion es preciso responder con hechos y no con raciocinios.

Cualquiera pues que sea la fuerza íntima de la razon, la experiencia prueba que es nula en este caso. No se trata de lo que puede hacer, sino de lo que ha hecho hasta aqui.

En cuanto á la supuesta concordia de las escuelas filosóficas, sin subir á los sofistas del último siglo, los doctores del racionalismo aleman, siempre en pugna unos con otros en sus escuelas y sus libros, nos manifiestan bastante lo que debemos juzgar de aquella asercion del todo gratuita. ¿Se trata de los antiguos filósofos? Los nombres solos de las diversas sectas, estoicas, epicureas, pirrónicas y cínicas responden lo bastante. Por lo que hace á la relacion entre los preceptos del arte de raciocinar y los de la probidad confieso que no la veo.

Hállanse admirables pensamientos sobre la religion en las obras de los antiguos filósofos; sí, pero ¿en qué se fundan? ¿Cuál es su conexion y objeto? ¿Forman un cuerpo completo de doctrinas, un sistema unido en todas sus partes, perfecto y sobre todo practicable? ¿No son mas bien teorias y generalidades sin ninguna aplicacion posible? Sin duda los antiguos filósofos, y con mas razon los modernos ilustrados por las luces del cristianismo, pudieron decir buenas cosas sobre la religion y las costumbres; pero ¡cuánto distan estos pensamientos sueltos y las disertaciones especulativas y generales de un sistema completo de religion y moral donde se encuentran juntamente unidad, autoridad y sancion para que le sirvan de basa sólida é indestructible, y cuya aplicacion práctica está enteramente de acuerdo con todos los grandes principios que viven en el corazon del

hombre! Pues eso es lo que no han producido nunca, ni producirán los filósofos sin la revelacion divina. Jamas se han puesto de acuerdo sobre el fin del hombre, sobre los principios fijos é inmutables de la moral y del deber, sobre las reglas que se han de establecer en los diferentes casos que tocan á la virtud y á la probidad: por fin jamas han separado con exactitud los preceptos de los consejos, determinado los diversos grados de las culpas, ni presentado motivos suficientes y comunes á todos los hombres para excitarlos á la virtud y apartarlos del vicio. En todas estas cosas y en otras mil que omitimos por no ser prolijos, los filósofos, deistas y racionalistas han manifestado y manifiestan aun en nuestros dias tan gran diversidad de pareceres, que les es abiertamente imposible dar á los pueblos no diré yo una teoria religiosa como ellos la llaman; pero ni aun un simple sistema de moral adecuado á sus necesidades. Asi pues los amigos de las tinieblas, es decir en su lenguaje los católicos, no aborrecen injustamente, ni calumnian á los escritores profanos: no hacen mas que referir un hecho que no lograrán destruir todos los esfuerzos de los supuestos amigos de las luces.

Pero, dicen ellos, no hay menos incertidumbre, dificultades, dudas y controversias entre los que admiten la revelacion sobrenatural, que entre los que no la han conocido ó la desechan: esto es cierto en cuanto á los cristianos separados de la comunion de la iglesia; pero no en cuanto á los que estan sometidos á su autoridad, porque en el instante que dejan de creer lo que ella cree, dejan de ser católicos, y no pueden atribuirse á la religion verdadera las disputas y errores de sus hijos rebeldes. Es necesario juzgarla por sus hijos y no por sus enemigos.

En cuanto á la objecion sacada del poder de Dios para establecer entre los hombres una religion comun á

todos, de suerte que si no lo ha hecho es porque no ha querido, supuesto que puede todo lo que quiere; responderé que Dios no ha faltado jamás al hombre. Mas si á pesar de la revelacion primitiva y de la fundacion de la religion, cuyos auxilics dulces y eficaces vienen á favorecer á nuestra razon sin destruir su libertad, han querido los hombres desvanecerse con sus propios pensamientos en vez de creer y obedecer, ¿á quien son imputables estas disputas religiosas que los dividen?

Ademas prosiguiendo la demostracion que me he propuesto despues de haber probado la necesidad de la revelacion divina con este hecho: que ninguna industria ó sabiduria puramente humana ha podido sacar á los pueblos de la corrupcion; iré mas adelante, y probaré que si no se ha hecho es porque no se ha podido, porque la razon humana entregada á sus solas fuerzas no tiene en sí esa facultad.

Y aqui previniendo á los filósofos, deistas y racionalistas les concedemos espontaneamente que la razon humana puede conocer por sí misma que el hombre está obligado á un culto hácia la divinidad suprema: que el alma es inmortal: que la esperan castigos ó premios despues de la muerte: que debe huir del vicio y seguir la virtud, y otras mil cosas semejantes que se derivan de la condicion de la naturaleza humana y de sus relaciones con Dios. Pero en cuanto se penetra mas adentro en los pliegues secretos de nuestra alma, no puede negarse que estas nociones naturales son insuficientes al hombre para conducirse de modo que en todas las circunstancias se mantenga en el deber y obre segun la virtud.

Digo que estas nociones son insuficientes: 1.° porque no pueden todos, ni aun los mas, comprender la fuerza de las demostraciones que prueban su realidad: esto es tan cierto, que muchos filósofos no solo las pusieron en duda, sino que las negaron abiertamente.

2.° Porque aparecen circunstancias difíciles en que dejado el hombre á sí mismo no puede sino con suma dificultad ó no puede absolutamente adherirse insensiblemente á la virtud y evitar el cometer una accion injusta si no tiene otros motivos que los ofrecidos por la razon: como por ejemplo cuando se halla en el acceso de una pasion violenta, cuando estan en riesgo su fama y su vida, cuando se ve oprimido injustamente por hombres poderosos; todas circunstancias difíciles y peligrosas en que cae uno ordinariamente.

3.° Porque en estos combates ardientes se persuade uno con facilidad que no está obligado á tal ó cual accion: se originan dudas sobre la fuerza y verdad del precepto natural: se obscurece el entendimiento, y ve solo por entre una nube lo que creia ver claramente: llama en su auxilio las dudas de los filósofos, y adopta con facilidad una opinion falsa.

4.° Porque no presentandonos la razon mas que principios generales con respecto al culto y á los premios y castigos de la vida futura, no determinando nada sobre cada objeto de estos en particular, ya acerca de la forma del culto que se ha de tributar á Dios para que le sea agradable, ya acerca de la naturaleza de aquellos premios y castigos, ya acerca de su duracion, y afirmando ademas los deistas que no pueden ser eternos; por todos estos motivos es evidente que estos principios pierden enteramente su fuerza y dejan al hombre en la duda y la perplejidad, lo mismo que si no los conociera, sobre todo cuando el vicio es util, y la virtud está erizada de dificultades, como sucede las mas veces.

5.° Finalmente porque todo esto se confirma con el modo de vivir de los antiguos filósofos, de los modernos deistas y de todos los que desechando la revelacion divina siguen y profesan sus principios. En efecto los mas de ellos no observan públicamente ninguna religion,

abundan en vicios y desatienden en un todo ó desprecian los actos de amor y caridad para con el prójimo con especialidad en las circunstancias difíciles. Con que si esto sucede con los hombres que se jactan de cierta probidad y honradez natural, y que en realidad tienen medios particulares de vivir virtuosamente, como una instruccion doméstica, gran amor á las alabanzas y á la gloria, cierto respeto á la clase social etc.; ¿qué será de las clases populares sin ningun recurso del mismo género, suponiendo que se hagan comunes para ellas estos principios detestables? Lo que sucederá es que la naturaleza entera sin freno se precipitará en el mal, y como dice el poeta:

Jam vaga prosiliet frœnis natura remotis.
Hor. lib. II, sat. VII.

En efecto en cuanto se da completa libertad á las pasiones, no hay vicio en que no caigan los malos, y la razon impotente para contenerlos, como lo prueba la experiencia, les recuerda en vano la existencia de Dios y los suplicios que los aguardan.

Asi concediendo que la razon humana posea en sí cierta fuerza para conocer los deberes que obligan al hombre para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo; como esta razon no tiene motivos suficientes y comunes á todos que puedan eficazmente y en todas circunstancias determinarnos al bien, lo que prueba la experiencia de todos los siglos, es preciso ó que los hombres queden entregados á sí mismos sin ningun freno con peligro inminente de toda sociedad, ó que exista fuera de la naturaleza humana un motivo poderoso que le socorra; y ¿dónde ha de encontrarse este motivo si no en la revelacion divina? Luego esta es necesaria aun relativamente á los deberes que nos es

dado conocer por las luces de la razon; y esto es lo que hemos querido probar.

Pero, dicen nuestros adversarios, la esencia misma del espíritu humano y la justa idea que debe formarse de la divinidad suprema, excluyen la necesidad de una revelacion sobrenatural. En efecto del mismo modo que los animales estan dotados de fuerzas suficientes al objeto para que fueron criados; asi el hombre, superior á todos los animales por la razon, ha recibido la facultad de comprender y observar lo que le conduce á sus fines sublimes, es decir, sus deberes y la religion. Ademas el hombre llegado á la edad en que tiene conciencia de su razon, está obligado á considerar esta como el supremo medio de conocer, y á conformarse con los decretos de ella en todos sus pensamientos y acciones. Aquel pues que desechando esta soberanía de la razon concede tal autoridad á una revelacion que supone haber bajado del cielo por medios sobrenaturales, que sea necesario obedecer sin vacilar y por una especie de instinto ciego, obra evidentemente contra la verdadera naturaleza del hombre, y destruye su dignidad. El entendimiento humano, obedeciendo á las leyes del pensamiento innatas en él, se ve precisado á referir todo lo que percibe por los sentidos y descubre por el pensamiento y la meditacion, ya á alguna causa del mundo sensible, ya á algunas fuentes secretas de conocimientos ocultos en él mismo. Seria pues un orgullo insensato en el hombre si porque no descubriese inmediatamente la causa de un acontecimiento natural ó el orígen de la verdadera religion entre los hombres descubierto por las facultades íntimas del alma, las negase absolutamente, inventando para explicarlas un acontecimiento sobrenatural y maravilloso, que es imposible demostrar jamás completamente. Aquellos mismos que tomando la defensa de lo que llaman el sobrenatu-

ralismo racional, sostienen que la religion cristiana está en perfecta armonía con la razon, y sin embargo dan una causa sobrenatural á esta religion, combaten las leyes del pensamiento que dió Dios al hombre, porque toda doctrina religiosa que se supone concordar con la razon, debe por lo mismo concordar con las leyes naturales que constituyen la razon. Ademas habiéndose arrogado muchas de las religiones llamadas vulgarmente positivas la dignidad de una revelacion divina, sobrenatural y milagrosa, no hay otro medio para preferir la una á la otra, á no que se quiera proceder temerariamente y á ciegas, que examinar con cuidado si sus doctrinas concuerdan con las de la recta razon que hemos recibido inmediatamente de Dios mismo. Esta es la regla indispensable: todo el que en este examen rehuse someterse á ella y seguirla en la verdad, debe temer que si por casualidad un demonio ó un hombre, suponiéndose enviados de Dios, se atreven á enseñarle lo falso en vez de lo verdadero y el mal en lugar del bien, se lo persuadan y le hagan adoptar las doctrinas mas injuriosas á la divinidad como reveladas por esta misma divinidad. La historia de los pueblos nos enseña cuántos crímenes se cometieron entre los hombres durante aquel sueño voluntario de la razon y bajo el yugo de esta creencia sin examen en los dogmas de una revelacion divina. Recordémos ademas, continúan nuestros adversarios, que apoyándose toda revelacion, asi como la historia, en los testimonios de otro, no hay ninguna que pueda conducirnos á una persuasion tan absoluta como la que nace de la razon, cuyos decretos intima al hombre su propia conciencia. Cuanto mas impresa está naturalmente una religion en el corazon del hombre, mas siente su fuerza benéfica en todas las circunstancias en que puede hallarse. Por último el argumento mas especioso en que se apoyan los partidarios

de la revelacion divina, no es mas que una verdadera peticion de principios en términos de escuela. En efecto lo sacan de lo que leen en cierto libro cuya composicion, segun ellos, es sobrenatural; y porque este libro sobrenatural contiene una revelacion sobrenatural, quieren que demos fé á esta revelacion. Pero ¿quién no ve que esto es sentar por demostracion lo que precisamente hay que demostrar? Tambien es incurrir sin duda alguna en el mismo defecto de lógica el querer fundar la debilidad de la razon humana y la insuficiencia natural en la doctrina del pecado original. Es proceder contra las reglas lógicas el fundar sobre argumentos sacados de la razon y de la filosofía una fé religiosa que es completamente agena de Dios, y que no se quiere que la razon y la filosofía puedan juzgar por los medios propios de ellas. — Tales son los raciocinios de Wegscheider en su obra ya citada para probar su sistema de racionalismo. Si algunos parecen obscuros á los lectores, quéjense al autor aleman: en este párrafo todo es suyo, pensamiento y forma; yo he traducido palabra por palabra.

Respondiendo primero en general diré que no solo no destruyen las objeciones de nuestros adversarios el hecho sentado por mí, sino que ni le desvirtúan siquiera: asi quedan intactas la fuerza del argumento que he invocado, y las consecuencias que se derivan necesariamente de él. Pero ya es tiempo de volver á mi método, y responder punto por punto á las dificultades propuestas.

La objecion sacada de que el hombre, lo mismo que los animales, debe tener en sí los medios propios de alcanzar el fin para que fue criado, carece absolutamente de valor. En efecto si es cierto que los animales, obrando instintiva y necesariamente, deben haber recibido todos los medios de conseguir el fin que les es pro-

pio, no puede suceder lo mismo con el hombre, que ha recibido la razon para elegir y conducirse libremente. Puede pues apartarse, si quiere, de su fin propio, y ciertamente los testimonios de la historia y la experiencia prueban lo bastante que respecto del culto que debe á Dios y de las diversas obligaciones que tiene que cumplir, se desvió en los tiempos antiguos, y se desvia vergonzosamente todos los dias. La misma experiencia nos prueba que no ha podido jamás salir de aquel olvido público y universal de sus deberes sin auxilio extraño, que no solo establezca leyes positivas para recordarselos, sino tambien para hacerselos amar y observar. Por este auxilio ageno del hombre es protegida la dignidad del hombre y defendida contra el hombre mismo: por este auxilio es conducido con mas seguridad al bien; y en fin por este auxilio se le da ocasion de ejercitar las virtudes que le son propias, y de conocer mejor las perfecciones admirables de la divinidad.

La razon basta al hombre, añaden, para conocer sus deberes é intimarle motivos suficientes de cumplirlos; pero esta es una hipótesis enteramente gratuita que la experiencia y los hechos destruyen absolutamente. Esto es lo que se disputa, y los racionalistas mismos cometen esa peticion de principios de que nos acusan, porque dan por prueba lo que hay que probar, y que ademas es de todo punto falso. No se ha de conceder todo á la razon, ni negarselo todo; y los partidarios de la revelacion no tocan á los derechos legítimos de aquella. Luego es mala fé de los racionalistas cuando afirman que se exige una creencia ciega en nombre de esta revelacion, que por el contrario recomienda á cada paso el uso de la razon lejos de proscribirle. Las prerogativas de la razon con respecto á la revelacion son examinar los fundamentos en que esta se apoya, y una vez reconocidos aquellos fundamentos como legí-

timos é inexpugnables su deber es someterse en las cosas que exceden las fuerzas del entendimiento. La misma razon reconoce como justa esta distincion. En cuanto á las cosas que no exceden sus fuerzas, puede y aun debe examinarlas y estudiarlas bajo todos sus aspectos. Este modo de obrar no menoscaba en nada los derechos de la razon humana, por mas que digan los racionalistas; al contrario evita la caida de la razon, que es inevitable cuando el hombre está privado del auxilio de la revelacion divina.

Nuestros adversarios suponen; pero no prueban que la razon humana privada de un auxilio divino se basta á sí misma para conocer sus deberes y cumplirlos. Los hechos los condenan, ya lo hemos demostrado. ¿Qué importa pues que ocupen la trípode, y desde allí pronuncien sus oráculos? El hombre seria un insensato, dicen ellos, si inventara un acontecimiento sobrenatural para explicar uno natural que no comprendiese. Pero nosotros no inventamos nada en el suceso de la revelacion: esta existe, y hay señales ciertas para conocer que este acontecimiento es de todo punto milagroso. Lo probaremos mas adelante con entera evidencia. No es mas cierto que las doctrinas de los católicos esten en oposicion con la razon, porque aquellos confiesan deber el conocimiento de ciertas verdades á una revelacion divina. En efecto una cosa es, cuando una vez se han revelado ciertas verdades contenidas en el órden de la naturaleza, reconocer que estas verdades concuerdan con los principios de la recta razon, lo cual no es dificil; y otra cosa llegar al conocimiento de estas mismas verdades sin el auxilio de la revelacion; lo que por el contrario es tan dificil, que han quedado á una distancia inmensa de ellas no solamente pueblos enteros durante una larga serie de siglos, sino hasta los filósofos mas sabios, segun hemos demostrado. Nuestros ad-

versarios pues mezclan dos cosas que no deben estarlo: separadlas, y se desvanece la objecion. Ademas la revelacion, como ellos dicen, no solo encierra verdades de un órden natural, sino que abarca otras superiores á las fuerzas del entendimiento humano; y asi el raciocinio de nuestros adversarios cae por sí, porque se funda en una suposicion falsa. Todas sus acusaciones versan sobre un equívoco perpetuo. Asi los crímenes que achacan á la religion, no han provenido de la revelacion tal cual realmente es, sino de la revelacion mal estudiada y entendida.

La persuasion que nos proporciona esta revelacion, implica la completa certeza tan bien como cualquier otro modo de persuasion. Segun todos los lógicos hay tres especies de certeza: metafísica, física y moral: esta última (omito las otras dos que no tienen relacion con mi objeto), con tal que sea completa, y ofrezca todas las condiciones requeridas, nos demuestra la verdad con tanta fuerza como la certeza metafísica, y al cabo se asemeja completamente á ella. Asi yo estoy tan cierto de la existencia de Roma y Paris como de la mia propia, aunque la una certeza venga de mi sentido íntimo, y la otra del testimonio de otro. Pues en esta última especie de certeza se funda la existencia de la revelacion.

Por último es igualmente falso que la divinidad de nuestros libros santos sea el argumento *mas especioso* de los nuestros. En toda esta discusion no le hemos empleado una sola vez, ni aun hecho siquiera alusion á él, y no por eso hemos dejado de probar el hecho de la necesidad de una revelacion divina. ¿Qué es pues lo que queda de las objeciones de nuestros adversarios? Nada, absolutamente nada, y sin embargo en unos argumentos de tan poco valor se fundan los profesores de teología de las universidades alemanas para engañar y se-

ducir á la juventud que les está encargada. Esos hombres que se glorían de llevar el nombre de cristianos, echan por tierra los fundamentos del cristianismo, quitándoselo todo á la revelacion para dárselo á la razon: son deistas, y ¡todavía se dicen cristianos! Tales son los frutos que ha producido el protestantismo en Alemania.

CAPITULO III.

De las señales de la revelacion divina y sobrenatural.

En vano habria probado yo la posibilidad y la necesidad de la revelacion divina y sobrenatural, si no estableciera ademas señales ciertas para distinguirla de las revelaciones inventadas por el fraude.

Las señales mas seguras de este género son los milagros y profecías por consentimiento de todos. Si existen *verdaderamente* estas señales en apoyo de una doctrina ó de una mision que se anuncia como obra de Dios; debe desvanecerse toda duda.

No admitiendo los deistas y racionalistas ninguna revelacion sobrenatural, no admiten de consiguiente ninguna obra sobrenatural para confirmarla.

En el sistema de los racionalistas la religion que se llama sobrenatural, no es otra cosa que la religion natural bajo una forma positiva, propuesta en nombre de Dios y envuelta en dogmas arbitrarios y en fabulas para establecer mas fácilmente su autoridad sobre el espíritu de los simples é ignorantes. Asi con respecto al dogma llaman ellos *arbitrarias* las religiones de Moisés y de Jesucriso; y con respecto á las narraciones que prueban milagros, las llaman *mitológicas*. Por consiguiente lejos de admitir ningun hecho milagroso en

apoyo de la revelacion sobrenatural, ó ven fábulas en estos hechos, ó los explican por las leyes de la naturaleza.

Siendo tales estos sofismas impíos, ¿qué hemos de hacer para refutarlos? Nada mas que definir las palabras *milagro* y *profecía* en el sentido católico; porque con esta sola definicion probaremos que son las señales mas seguras de la verdad de una revelacion en favor de la cual se verificaron: solo que siendo vasta la materia dividiremos nuestra respuesta en dos artículos principales para evitar la confusion: en el primero hablaremos de los milagros, y en el segundo de las profecías.

En cuanto á los milagros antes de entrar en discusion examinaremos las muchas dificultades que se suscitan contra ellos.

Viniendo la palabra *milagro* del verbo *admirar*, y acostumbrando los hombres admirar todos los efectos extraordinarios cuya causa ignoran, ocurre una primera dificultad. Si la causa es natural, es decir, si se encierra en las leyes de esta naturaleza corporal y visible; el efecto será *asombroso ó admirable* sin ser por eso un milagro, y las leyes de la naturaleza, que una vez le produjeron, deberán producirle muchas mas.

De los agentes naturales unos pertenecen al mundo visible, otros al invisible, tales como los ángeles buenos ó malos, cuya existencia (y sea dicho de paso) no admiten los deistas y racionalistas sino cuando conocen su necesidad para combatir la autoridad de los milagros. Ahora como desconocemos las fuerzas positivas de estos espíritus, decimos que puede suceder á veces que no distingamos bastante en un milagro si proviene de Dios ó inmediatamente por él mismo ó mediatamente por los ángeles; y de ahí nacen algunas dificultades sobre la de-

finicion del milagro. He dicho *algunas veces*, porque en efecto hay milagros, como veremos, que solo pueden atribuirse á la accion inmediata del mismo Dios. Y sin embargo no siendo todos los milagros de esta última clase, es oportuna y necesaria una discusion sobre este punto.

Supuesto que el milagro propiamente dicho puede ser tal por su naturaleza ó circunstancias, la dificultad que procede de la fuerza y eficacia de los ángeles, no puede recaer sino sobre los milagros que son tales por sus circunstancias, es decir, como probaremos mas adelante, sobre los milagros de segundo y tercer órden. Mas no pudiendo obrar los ángeles buenos sobre la naturaleza material sino por órden de Dios, ni los malos sin su licencia, desaparece toda dificultad de esta especie. En efecto cualquiera que sea el poder que se suponga en los ángeles, es cierto que si son buenos obrarán milagros para confirmar la verdad como ministros de Dios; y si son malos no podrán hacer nada para la confirmacion del error, á lo menos en el sentido de que no pueda ser destruido este error, porque se oponen absolutamente á ello los atributos morales de Dios. Luego no hay para que nos detengamos mas tiempo en esta dificultad.

Conforme á estas observaciones preliminares no hay inconveniente en definir el milagro con Santo Tomas una cosa hecha fuera del órden de toda la naturaleza criada, ó como él mismo explica su pensamiento en otra parte, solo se debe llamar milagro lo que se hace divinamente fuera del órden comun de las cosas; porque aunque los ángeles esten contenidos en el círculo de las naturalezas criadas, como sin embargo no pueden hacer nada sin la órden ó licencia de Dios, siempre será cierto que el milagro es lo que se hace fuera del órden de toda la naturaleza criada, ya intrínsecamente, ya por sus circunstancias exteriores, como hemos probado. Si esta de-

finicion no agrada á algunos espíritus descontentadizos; no rehusamos definir el milagro *una obra sensible, asombrosa, contraria al órden acostumbrado de la Providencia y á las leyes de la naturaleza.* Con esta definicion concuerdan, salvo la diferencia de los términos, todas las que dan del milagro los mas de los filósofos y teólogos, si se exceptuan algunas ó enteramente singulares, ó dispuestas artificiosamente con el intento expreso de engañar. Ademas con esta definicion concuerdan tambien los cuatro puntos que se exigen para probar la verdad del milagro: 1.º que el efecto sea sensible: 2.º que ninguna causa criada pueda producirle en el órden expuesto; 3.º que sea sobrenatural: 4.º que tenga un objeto divino.

Yo no he atribuido esta definicion á todos los teólogos indistintamente, porque es bien sabido que Carlos Bonnet y Claudio Houteville tomaron otro rumbo, y segun ellos el milagro no es mas que un suceso sorprendente, cuyo orígen está en las leyes armónicas de la naturaleza, aunque nosotros no podamos descubrirle. Sin embargo muchos desechan esta definicion del milagro, tal vez con razon. Yo no la juzgo aqui; pero confieso que la conceptúo poco necesaria para el objeto de aquellos dos autores, la refutacion de los sofismas de Espinosa.

He exceptuado tambien algunas definiciones singulares y dispuestas fraudulentamente con la intencion expresa de engañar: tal es por ejemplo esta de Locke: El milagro es una obra sensible que supera el entendimiento de los espectadores, les parece contraria al curso de la naturaleza, y la reciben como una obra divina. Esta definicion del milagro destruye su misma nocion, porque hace depender todo el valor de él del juicio que forman los espectadores. Otro tanto digo de todas las demas definiciones de esta especie, mas ó menos viciosas, que no tengo tiempo de refutar.

Asi pues para quitar toda excusa de equívoco recordamos los cuatro puntos que se exigen para establecer la naturaleza divina del milagro: que sea una obra sensible: que no pueda producirle ninguna causa criada: que suceda contra el órden acostumbrado de la naturaleza; y que tenga un objeto manifiestamente divino.

Por lo que toca á la division del milagro, la sustancia, la materia y el modo, y la otra division que considera si se hizo sobre, fuera ó contra la naturaleza remitimos á nuestros lectores á la célebre obra de Benedicto XIV: *De la beatificacion y canonizacion de los santos.*

Prosiguiendo pues nuestro camino diremos que de los adversarios de los milagros unos niegan con Espinosa su posibilidad, y otros admitiéndola se resisten á mirar los milagros como pruebas ciertas é invencibles de la divinidad de una revelacion, ya porque no se los puede distinguir con certeza de las obras naturales y de las operaciones del demonio, ya porque no se les puede prestar asentimiento por la falta de certeza histórica. Tenemos pues que probar aquí contra nuestros adversarios primeramente la posibilidad de los milagros, y luego su fuerza invencible en favor de la divinidad de la revelacion sobrenatural.

Los milagros, decimos, son posibles. En efecto no es imposible nada de lo que no implica contradiccion: es asi que no la implica el que Dios pueda hacer milagros: luego estos son posibles.

Dios que crió libremente el mundo y libremente le dió leyes, puede tambien derogar libremente estas leyes: ademas una derogacion de esta especie, hecha en el tiempo, no implica ninguna variacion en la voluntad de Dios, que pudo al principio cuando crió el mundo, decretar derogaciones particulares para manifestar su gloria al decretar las leyes generales. Dios, dice S. Agustin, mudando sus obras no muda de designio.

Tales son estas cosas segun el modo de concebir natural al hombre; pero si se penetra mas adentro y se examinan mas de cerca, es muy diferente. En efecto Dios, hablando con propiedad, no rige los géneros y las especies, que no son mas que ideas abstractas; sino que rige á los individuos, únicos que son reales, y no los rige por leyes universales, que tampoco existen mas que en nuestra imaginacion, sino individualmente por una voluntad particular. De ahí viene que cuando Dios manda á tal planeta por ejemplo detenerse en su carrera, no deroga por eso una ley establecida por él, sino que manda solamente á aquel planeta moverse cierto tiempo al rededor del sol, luego detenerse, luego volverse á mover, todo esto como quiere y le agrada. Ya se ve que no hay nunca en realidad una derogacion de cierta ley universal de la naturaleza, ni siquiera puede concebirse ninguna: solo hay un acto simplicísimo de la voluntad divina, por el cual uno de los seres individuales que componen el conjunto de la naturaleza, obra de una manera mas bien que de otra en circunstancias creadas por Dios. Luego los que parten de aqui para combatir la posibilidad de los milagros, se fundan en una suposicion falsa, y miden á Dios por su propia flaqueza.

Primeramente objetan que Dios no puede hacer milagros sin variar. Las leyes que rigen el mundo, dicen ellos, son los decretos de Dios mismo, y estos decretos no pueden mudarse sin que él se mude tambien; lo cual es absurdo. A lo menos, añade Salvador, los milagros son poco dignos de Dios, porque ¿quién quitaba que al establecer las leyes universales de este mundo las hiciese abarcar todas las circunstancias futuras? Podia quererlo: ¿por qué no lo quiso? ¿Acaso Dios, parecido á aquellos legisladores ignorantes que al fundar sus repúblicas no pudiendo abarcar su forma entera recurren á excepciones cada vez que se ven apurados, habria deja-

do lugar á excepciones fortuitas é imprevistas en el sistema del mundo?

Respondo que las leyes que rigen el mundo no son propiamente los decretos mismos de Dios, sino los efectos de estos decretos; ó si son estos decretos mismos, tienen juntamente por objeto las leyes y las derogaciones de ellas que han de hacerse en tiempo. Asi cae la dificultad suscitada por Espinosa y prevista y refutada por Santo Tomas mucho antes que la propusiera aquel impío.

Se dice que los milagros son poco dignos de Dios: sí, si los obrase como una correccion necesaria del sistema defectuoso del universo que no hubiera sabido coordinar en todas sus partes; mas no, si se los reservó y los emplea, como es cierto, en sorprender el espíritu de los hombres adormecidos en un sueño vergonzoso de que no los sacarian los medios ordinarios. Dios estableció leyes universales para regir el mundo con órden; pero tuvo por bien de reservarse algunos hechos extraordinarios que alteran el órden comun, para probar mas evidentemente á los hombres su soberanía, su providencia y sobre todo la verdad de la religion que habia resuelto revelarles.

¿Es cierto que Dios parecido á un mal legislador, si es que se puede repetir sin impiedad esta blasfemia, cuando obra milagros, es guiado de la necesidad de reparar faltas imprevistas en su obra, y no por una eleccion libre y por una voluntad preexistente de conducir aquella obra á sus fines? ¿Destruye la ley universal del mundo porque la suspende momentáneamente y en un caso particular? Cuando quitó la fuerza al fuego para que no redujera á cenizas la zarza ardiendo, ¿destruyó en el mundo entero la ley general que hace que el fuego queme y consuma? Luego todo esto no es mas que un equívoco voluntario de parte de los incrédulos. Dios

no introduce excepciones á la ley general para ocurrir á un acontecimiento fortuito é imprevisto; al contrario previó estas excepciones, las ligó á su sistema, y son una parte regular é integrante de él. Lo que se dice de un mal legislador que recurre á excepciones por falta de ciencia, ¿puede decirse de Dios cuya ciencia es infinita, si con todo deben llamarse excepciones los milagros, porque debajo de este nombre empleado sin razon en este caso se oculta tambien un equívoco?

Hasta aqui he seguido la senda ordinaria trazada por nuestros teólogos; por lo demas ella basta y sobra contra las vanas dificultades tantas veces suscitadas y resueltas.

Las nuevas objeciones con que meten tanto ruido los racionalistas de nuestros dias, se desvanecen con igual facilidad. Oigamos á los incrédulos hablando por boca de Wegscheider: « Los sobrenaturalistas piensan que Dios rige las cosas humanas en el universo por un órden natural, y que en cuanto no puede este órden satisfacer su voluntad, lo remedia con milagros. Los racionalistas al contrario sientan que Dios desde la eternidad dispuso sabiamente todas las cosas haciéndolas seguir un curso regular y no interrumpido; de suerte que lo que sucedió muchos siglos antes, prepara y produce lo que suced en nuestros dias, sin que haya jamás necesidad de intercalar milagros Asi reconocen toda la fuerza y extension del gobierno divino, que en su infinita sabiduria abarca simultáneamente las cosas mas ínfimas y mas altas, las mas grandes y las mas pequeñas, las primeras y las últimas, mientras que los sobrenaturalistas prefieren ver el gobierno divino en algunos efectos singulares, en algunos sucesos extraordinarios que descubren su poderío, bien dignos por esto solo de compararse á los hombres de las edades ignorantes, en que se buscaba á Dios mas por la observacion de su fuerza que de su sabidu-

ria.» Asi hablan esos impíos desde su trípode, y es difícil decidir si descubren mas impiedad que ignorancia; sin embargo ellos se dan unos á otros los títulos de doctos y sabios.

En segundo lugar se objeta con Espinosa: El milagro es una cosa que sobrepuja nuestro conocimiento y que nos conduce al conocimiento de Dios ó de algun atributo suyo; pero no es posible que una cosa que sobrepuja nuestro conocimiento, nos lleve al conocimiento de otra; porque ¿qué puede inducirse de lo que no se comprende? Luego todo milagro es imposible.

Un incrédulo anónimo ha hecho esta tercera objecion: Los milagros son en el órden natural lo que las mentiras en el órden moral; y asi como no se creen las mentiras, tampoco deben creerse los milagros.

Respondo á Espinosa que si el milagro supera nuestro conocimiento en cuanto al modo que hace que exista por un poder divino, no le supera en cuanto á su existencia, y que ademas tenemos medios de distinguirle de las obras naturales y de cerciorarnos de su divinidad. Mas adelante deduciré estos medios.

La objecion del incrédulo anónimo rueda enteramente sobre una ambigüedad. ¿Cómo se ha de fundar un raciocinio sobre la paridad insensata entre los milagros y las mentiras? Los primeros dependen de la voluntad libre de Dios, y las segundas no pueden depender jamás de ella, porque estan en oposicion con sus atributos morales, la santidad, la justicia etc.

Sentada asi la posibilidad de los milagros tengo que probar que son la señal mas segura que podemos tener para reconocer la verdad de la revelacion divina y sobrenatural.

El milagro segun las definiciones dadas no puede venir mas que de Dios: pues si Dios hace milagros en favor de una revelacion propuesta en su nombre, es evi-

dente que estos milagros dan la prueba mas cierta de la divinidad de aquella revelacion.

Dios es verdad, y no puede nunca ayudar al error ni á la mentira, ni poner á ella el sello de su autoridad, ni aun permitir, si alguno quiere objetarnos el poder de los demonios, que las obras de estos espíritus malos induzcan á los hombres en un error absolutamente invencible.

Dios no puede engañar á los hombres ni por sí, ni por los otros: con que si emplea los milagros como señales infalibles para atestiguar y descubrir la verdad de la revelacion divina y sobrenatural que es su obra, no puede permitir que los demonios hagan dudosa esta prueba con milagros semejantes á los suyos, y precipiten asi á los hombres en un error inevitable. ¿Dónde estaria la justicia del que debe premiar á los buenos y castigar á los malos?

Sin embargo esta seria la única objecion plausible que podria oponerse á mi proposicion; objecion sacada del poder de aquellos espíritus malignos, cuya extension ignoramos, y cuyas obras seductivas podrian en ciertas ocasiones pasar por verdaderos milagros á nuestros débiles ojos. Pero si se considera que esta potestad de los demonios, sea la que quiera, no es libre, sino que está sujeta á la divina providencia en cuanto á sus actos, se conocerá que esta misma objecion no tiene peso ni fundamento.

Y sin embargo nuestros adversarios no dejan de suscitar innumerables dificultades sobre este punto, sacadas de la razon, del poder de los demonios, de la historia, de la falta de certeza en los milagros etc. Evitemos la confusion como hemos hecho hasta aquí, y respondamos por órden.

Objeciones sacadas de la razon. — Nadie conoce todas las fuerzas de la naturaleza; luego nadie puede juz-

gar entre una obra natural y una obra milagrosa. Asi es que juzgamos con frecuencia muy falsamente de una cosa que la naturaleza no puede obrarla, y que es contraria á sus leyes; lo que puede acontecer en especial á los ignorantes, incapaces del profundo exámen necesario en tal caso. Supuesto pues que en los juicios de esta clase subsiste siempre la duda, no puede decirse que los milagros sean una prueba cierta de la divinidad de una revelacion, y en vano invoca esta el testimonio de aquellos. Los discípulos de Kant y los racionalistas adoptan estas ideas de los antiguos deistas, y las deslien de mil maneras diferentes. El entendimiento humano, dice Kant, adolece de una especie de orgullo, considerado sin razon por modestia, que le hace atribuir sin vacilar al poder de Dios ó á cualquier otro poder sobrenatural todos los acontecimientos extraordinarios del universo que no puede explicar inmediatamente por las leyes físicas y morales. La verdadera modestia por el contrario consiste, cuando no se descubren inmediatamente las causas naturales é intermedias de un acontecimiento, en esperar su explicacion de lo futuro mas bien que atribuirle á un agente sobrenatural; porque este es un delirio de nuestro orgullo y sobre todo de nuestra ignorancia. Las causas de muchos acontecimientos ó actos de la naturaleza, sus razones y sus leyes suelen ocultarsenos por debilidad de espíritu ó falta de experiencia nuestra, como por ejemplo el misterio de la generacion. Sin embargo no puede concluirse que no existan estas causas y leyes, ni que Dios mismo obre de tiempo en tiempo en este mundo sensible por la intervencion de causas intermedias, es decir, de una manera inmediata y sobrenatural. En efecto Dios estableció el pensamiento humano sobre tales basas, que cuanto acontece en el universo, por extraordinario que sea, debe atribuirlo á las causas y leyes constitutivas del universo; y solo despues

de un exámen atento y escrupuloso debe buscarse en Dios la causa primera y suprema de las cosas, de donde todo dimana por una serie no interrumpida de efectos. Asi lo ha dispuesto todo de manera que no suceda nada que no pueda examinar el entendimiento humano y comprenderlo despues de este exámen. Siendo esto asi, al paso que se conceda que el poder de Dios es superior á las leyes de la naturaleza que él mismo hizo, es menester confesar que el hombre, sujeto á las leyes del pensamiento innatas en él, no puede entender la fuerza y el poder divino en el gobierno de las cosas de este mundo, á no ser por el enlace de las causas y de los efectos cuya experiencia adquiere con la ayuda de los sentidos.

Nadie sin duda (responderé yo á estas objeciones) conoce bastante las fuerzas de la naturaleza para afirmar con seguridad en todos los casos hasta dónde se extiende su poder; pero la experiencia enseña asi al hombre instruido como al ignorante que hay casos en que estas fuerzas de la naturaleza encuentran límites que no pueden traspasar. Asi cuando se traspasan, evidentemente hay milagro. Y para dar un ejemplo positivo, en cuyo terreno rehusan siempre colocarse nuestros adversarios á fin de quedar ocultos en las tinieblas de la abstraccion, aunque confesamos ignorar hasta dónde puede elevarse el noble arte de la medicina, sin embargo sabemos con plena certeza que ningun médico puede curar á un enfermo por su sola palabra, ni restituir la vida á un muerto, cuyo cadáver encerrado cuatro dias en la sepultura ha entrado ya en putrefaccion. Asi cuando acontezcan estas cosas, ¿quién se atreverá á dudar del milagro? ¿No le proclamarian los mismos deistas y racionalistas dejando á un lado sus sofismas y razonamientos embrollados? Por fin ¿no podriamos imitar aqui á aquel hombre sensato, que para responder á la negacion absoluta del movimiento se contentó con echar á andar?

Se ve pues que si no conocemos todas las fuerzas de la naturaleza, sabemos lo bastante para distinguir en ciertos casos lo que no puede absolutamente.

Hacese hincapie en la dificultad del exámen y en la imposibilidad de los ignorantes para hacerle: en algunos casos particulares tal vez; pero en los que acabo de enumerar ¿qué dificultad hay en juzgar de la resurreccion de un muerto? No hay mas que *ver*. Ademas en los casos difíciles de que no pueden juzgar los ignorantes, deben someterse al juicio de las personas instruidas. Añado que Dios para dar testimonio á la verdad de su revelacion emplea milagros en que nadie puede equivocarse, porque su misma providencia está comprometida en ello; de modo que los deistas se forjan dificultades imaginarias en todo esto.

Desechar todos los milagros por exceso de modestia ó admitirlos todos indistintamente por exceso de orgullo, como habla Kant, no es mas racional lo uno que lo otro, y es preciso evitar igualmente los dos extremos. Nosotros mismos, acusados de ser crédulos en demasía, enseñamos que en materia de milagros no ha de creerse ligeramente y sin exámen. Pero ¿no seria el colmo de la ridiculez si al ver por ejemplo que salia un muerto del sepulcro á la voz de un hombre, se titubease y se esperase, para fundar su juicio sobre tal hecho, á que la naturaleza y el tiempo le renovasen? Nuestros adversarios suponen falsamente, ó á lo menos parece que suponen, que los milagros se asemejan á los fenómenos químicos, eléctricos ó magnéticos cuya causa física puede encontrarse, y de consiguiente pueden explicarse; pero no es esa la naturaleza de los milagros que obra Dios en apoyo de su revelacion: estos no dejan lugar á ninguna duda, ni suspension de juicio; y aun el mas ignorante no puede engañarse, ni ser engañado, atendidas sobre todo las circunstancias en que se obran aquellos.

Sin duda hay algunos acontecimientos extraordinarios que exigen un exámen atento y un estudio profundo de sus causas por parte del hombre; pero ¿sucede eso con todos los acontecimientos indistintamente? Acabamos de probar lo contrario. Asi nuestros adversarios pecan contra la buena fé y la razon diciendo de todos lo que no puede decirse mas que de un corto número, y colocando en la misma línea lo dudoso y lo que no lo es.

El pensamiento humano, dicen tambien, de acuerdo en esto con las leyes que Dios le dió, refiere forzosamente á las causas naturales todo lo que acontece en la naturaleza; pero hallándose los milagros fuera de esta ¿cómo podria aquel referirlos á ella? — ¿Con que hemos de creer con nuestros adversarios que en el sistema ordenado y perfecto cuya sabiduria proclaman ellos mismos, lo dió Dios todo al pensamiento humano y no reservó nada al suyo? Si el hombre en las cosas ordinarias no comprende siempre el gobieruo de Dios, ¿cómo le comprenderá en las extraordinarias?

Objeciones sacadas del poder de los demonios. — Los demonios pueden hacer cosas asombrosas que son milagros ó á lo menos equivalen á milagros en cuanto al efecto; y por consecuencia siempre estaremos inciertos si lo que consideramos como milagro porque excede las fuerzas de la naturaleza que conocemos, debe atribuirse á una operacion diabólica en vez de atribuirse á una operacion divina. En esta duda, antes de formar juicio sobre el autor del milagro, es menester examinar su doctrina y cerciorarse de si es buena ó mala; pero fuera de que los mas son incapaces de hacer semejante exámen, sobre todo cuando se trata de una doctrina evidentemente superior á las facultades humanas, no puede decirse que los milagros sean una prueba de la divinidad de una revelacion, porque hay que juzgar por esta misma re-

velacion de la divinidad de los milagros que se alegan en su confirmacion.

Ya he probado que la justicia de Dios se opone á permitir á los demonios que obren milagros que puedan obscurecer la evidencia de los suyos: con que asi las dudas con que se arguye en esta parte, no existen realmente. En efecto es evidentísimo que si se obra un milagro en apoyo de una doctrina que proporciona juntamente el bien temporal y espiritual del hombre y la gloria de Dios, este milagro no puede ser obra del demonio, que es el enemigo de Dios y del hombre. Ademas hay que pesar las calidades morales del autor de esas cosas asombrosas, los fines que se propone, y todas las circunstancias en que se coloca.

Antes de fundar su juicio sobre el autor de un milagro, es menester, se dice, cerciorarse por medio de un exámen atento si es buena ó mala la doctrina que predica: sí, de una manera general y de que sea capaz el hombre menos instruido: no, de un modo analítico y erudito. Ademas no se ha de perder nunca de vista que Dios no puede permitir á los demonios hacer milagros de todo punto semejantes á los suyos, sin lo cual seria siempre imposible en las cosas sobrenaturales distinguir la verdad del error. Pero reconocida la bondad general de la doctrina, el milagro es como el sello de su divinidad.

Sin embargo, continúan nuestros adversarios, la Escritura concede á los demonios el poder que vosotros les negais, como lo testifican los pasajes siguientes: «Si se levanta entre vosotros un profeta ó alguno que diga que ha tenido una vision, y que prediga un prodigio y una maravilla, y sucede lo que anunció, y os dice: Vamos y sigamos á dioses extraños; no escuchareis las palabras de aquel profeta ó soñador, porque el Señor vuestro Dios os prueba.» En el nuevo testamento dice

el mismo Cristo: «Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes prodigios y cosas asombrosas; de modo que seducirán, si fuera posible, á los mismos escogidos.» El Apostol, hablando del hombre del pecado, dice: «Este hombre que vendrá segun la operacion de Satanás, rodeado de poder con signos y prodigios falaces......» Por último en el Apocalipsis se dice de la bestia que lleva dos cuernos en la frente como el cordero: «Obró grandes prodigios hasta hacer caer fuego del cielo sobre la tierra...... y sedujo á los habitantes de la tierra con los prodigios que obró á presencia de la bestia.» Y mas adelante: «Los espíritus de los demonios son los que hacen prodigios y van hácia los reyes de toda la tierra.» Son innumerables, añaden, los pasajes de esta clase, y seria tan prolijo como inútil citarlos todos.

Sí, respondemos nosotros, la Escritura testifica que los demonios pueden hacer cosas asombrosas de cuando en cuando con el permiso de Dios, ya para probar á los buenos, ya para castigar á los malos aumentando su ceguedad; pero no dice en ninguna parte que esos prodigios tengan todas las señales de los verdaderos milagros, ni sobre todo que no se los pueda absolutamente distinguir. Asi es que la mayor parte de los teólogos niegan que en los pasajes citados se trate de milagros verdaderos y propiamente dichos, y se fundan en las mismas palabras de S. Pablo que llama *signos falaces* á estos prodigios, como acabamos de ver. Pero aun admitiendo que en los textos que se nos oponen se trate de verdaderos milagros, á lo menos con respecto á la debilidad del hombre, en este caso siempre acude Dios en nuestra ayuda ó con milagros mas patentes, ó quitando á los espíritus malos y á sus ministros toda posibilidad de ejercer su poder maléfico, ó precipitándolos en una vergonzosa confusion, de suerte que no pueda prevale-

cer el error sobre la verdad. Esto es lo que sucedió á los mágicos de Egipto en presencia de Faraon, cuando no pudiendo hacer salir mosquitos del polvo se vieron obligados á exclamar: «Aqui está el dedo de Dios.» Lo mismo aconteció á los profetas falsos de Baal á vista de todo Israel congregado; y esto sucederá en los últimos dias del mundo á aquellos profetas falsos que combatan la religion verdadera, sobre todo si reflexionamos que Cristo por su prediccion quitó de antemano toda su fuerza á los prodigios que les sea permitido obrar. De estos prodigios sacará Dios su gloria, el mérito de los justos y la obcecacion de los malos.

Dificultades sacadas de la historia. — No hay religion que no se apoye en milagros. Sin duda son verdaderos milagros restituir la vista á los ciegos, dar la vida á los muertos, curar súbitamente á los enfermos, llevar agua en una criba, sacar con un ceñidor una nave pesadamente cargada y encallada en la arena, cortar un pedernal con una navaja de afeitar, y otras mil cosas por este estilo. Pues Vespasiano y Adriano restituyeron la vista á algunos ciegos al decir de Tácito, Suetonio y Esparciano: Esculapio resucitó á Androgeo, hijo de Minos, y á Hipólito, hijo de Teseo, segun nos cuenta Diodoro de Sicilia, el cual afirma tambien que el mismo Esculapio curaba repentinamente las enfermedades de todo género en los templos de Isis que le estaban consagrados: la vestal Claudia llevó agua en una criba, y sacó á rastra una pesada nave con solo su ceñidor; y Attio Navio cortó un pedernal con una navaja de afeitar. Luego ó hay que decir de toda religion que es divina, ó hay que confesar que los milagros no pueden dar un testimonio sólido acerca de la divinidad de ninguna.

No hay religion que no se funde en milagros; pero de estos ¿cuáles son los verdaderos y los falsos? Esa es

la cuestion. Los que se nos oponen, no tienen ningun fundamento real en los monumentos históricos. Los autores citados no los refieren como testigos oculares, sino por rumores inciertos y noticias vanas. Ciceron los desprecia, Luciano se burla de ellos, y los mas los atribuyen á los fraudes de los sacerdotes. Ademas ninguno de estos supuestos milagros se hizo expresamente para apoyar una religion falsa, y la mayor parte pueden explicarse por causas naturales.

A estos prodigios del paganismo se agregan otros que obraran los herejes; y sobre esto se cita á Sócrates y Sozomeno que atribuyen diferentes milagros á los novacianos y eutiquianos; y se añade que no solo Tertuliano, sino el mismo S. Agustin creia en la posibilidad de este hecho, supuesto que quiere que se juzgue de la verdad no por los milagros que los donatistas tenian á su favor, sino por las señales de la verdadera iglesia. Por último lo que destruye toda duda en esta parte, son los milagros obrados en el sepulcro del diácono Paris, hereje jansenista; milagros que algunos prelados de la iglesia confesaron ser verdaderos, y cuya relacion exacta y circunstanciada nos ha conservado un sacerdote parisiense.

Todas estas dificultades, responderé yo, no tienen el menor fundamento: los herejes no han obrado jamás milagros. José Bingham, hereje tambien, lo confiesa ingénuamente, y aun prueba muy á la larga que ninguno de ellos pudo, aunque muchos lo desearon ardientemente. Asi se cumplió á la letra aquel pensamiento de Tertuliano en la comparacion que hace entre los herejes y los apóstoles. «Reconozco, dice, todo el poder de los herejes en imitar malamente á los apóstoles: estos hacian de los muertos vivos, y aquellos hacen de los vivos muertos.» De aqui proviene sin duda que los protestantes de nuestros dias se desatan con

tanta violencia contra los milagros: como no pueden hacerlos, no quieren que los otros los hagan. Por lo demas los ejemplos referidos no tienen absolutamente ningun valor, como ni tampoco las observaciones con que se confirman. Lo que cuentan Sócrates y Sozomeno en favor de los novacianos, lo sacaron de los escritos ó de la tradicion engañosa de aquellos sectarios, y Sócrates mismo confiesa que su relacion se funda en el testimonio de un tal Auxenon, sacerdote novaciano. Ni Tertuliano, ni S. Agustin, al hablar de los supuestos milagros de que se jactaban los herejes, los admitieron jamás como verdaderos; y en cuanto á los del diácono Paris, fuera de que han causado la ignominia de la secta de los jansenistas por lo absurdos é infames, nunca los ha reconocido la iglesia, y hasta los partidarios mas ciegos de aquel los han abandonado al desprecio público hace mucho tiempo.

Dificultades sacadas de la falta de certeza. — Supuesto que yo no he visto los milagros, dice el incrédulo, estoy obligado á creer por el testimonio de otro, y de consiguiente no puedo averiguar la verdad de la revelacion con plena seguridad. En efecto siempre queda en mi ánimo una duda invencible: los testigos de los siglos pasados que refieren estos milagros, ¿se engañaron ellos mismos, ó quisieron engañar á los otros? Y ¿puede acriminárseme porque no quiero creer en semejante materia mas que aquello de que yo mismo sea testigo?

Si hubiera de admitirse la exactitud de esta objecion, no habria ninguna especie de certeza moral é histórica para el hombre; y esta consecuencia arredra á nuestros mismos adversarios. En vano dicen que los milagros requieren otras pruebas que los sucesos ordinarios acaecidos en el universo: no ha de examinarse el hecho en sí mismo, sino la calidad de los testigos

que le refieren y afirman. Si está probado por su carácter y virtudes que han sido incapaces de engañar voluntariamente, y ademas si se han visto en tales circunstancias que haya sido imposible que se engañasen, su testimonio requiere forzosamente completa fé de nuestra parte.

En efecto no siendo diferentes de nosotros los hombres de los tiempos antiguos y gozando de las mismas facultades; es de presumir que obraron en las circunstancias en que se hallaron, del mismo modo que nosotros mismos hubieramos obrado. Por ejemplo si supieramos que ha resucitado un hombre, ¿cómo nos conduciriamos? Sin duda examinariamos atentamente el hecho y todas sus circunstancias: querriamos saber si el hombre que se decia haber resucitado, estaba realmente muerto, en qué lugar habia resucitado, de qué modo, por quién &c. Respecto de un ciego de nacimiento que nos dijesen habia recobrado la vista, y respecto de todos los hechos de esta clase nos conduciriamos exactamente del mismo modo, sobre todo si se habian efectuado para servir de principal testimonio á la verdad de una doctrina cualquiera; porque todas estas investigaciones son peculiares del entendimiento humano, y fácilmente pueden hacerse. Es pues de presumir que los hombres que nos han precedido, se condujeron asi, á no que queramos suponerlos de otra naturaleza y carácter que los hombres de hoy. Pero semejante suposicion seria el colmo de la impudencia y de la locura.

Nuestros adversarios insisten diciendo: Un argumento que se funda en el testimonio de los hombres, solo produce una certeza moral, es decir, una certeza incompleta que no puede destruir la posibilidad del hecho opuesto. Asi aunque se reunan muchos hombres para afirmar que ha sucedido una cosa, no por eso deja

de ser siempre posible, absolutamente hablando, que engañen ó sean engañados. Luego existe una duda que no puede vencerse; y supuesto que la revelacion divina no puede tener señal mas segura que esta certeza moral, no podemos tener plena y entera fé en ella.

Sin duda que los hechos no pueden probarse con razonamientos metafísicos, y aqui se trata de hechos; pero de este principio, que es cierto, deducen los incrédulos una consecuencia absurda. En efecto la certeza se funda en principios no menos evidentes en su clase que aquellos que se emplean para probar la verdad de una proposicion matemática: por ejemplo estos: la sociedad humana no puede subsistir si los hombres no se dan mutua fé: los hombres de las generaciones pasadas no fueron todos insensatos y estúpidos, sobre todo en las cosas que les concernian positivamente. Digo que estos principios y otros semejantes son tan evidentes como todo axioma de ciencias exactas: para negarlos hay que combatir la evidencia misma y hacer voluntariamente violencia á su sentido íntimo: en otros términos, es menester ser un insensato.

Cuando dos cosas apoyadas en la evidencia moral, prosiguen los incrédulos, son contrarias entre sí, la prudencia y el sentido comun nos mandan que creamos aquella que tiene á su favor la mayor fuerza de evidencia. Ahora concediendo que de la autoridad de testigos fidedignos nazca una evidencia moral con respecto á la resurreccion de un muerto ejecutada en otro tiempo á la voz y por la voluntad de otro, no puede negarse que resalta una evidencia contraria y mucho mas fuerte de esta experiencia perpetua y sabida de todos, que los muertos no resucitan. Asi forzado yo á optar entre una y otra proposicion de estas debo creer que los muertos no resucitan, y persuadirme mas fácilmente que los hombres que atestiguan el milagro de la resurreccion,

se engañaron ó quisieron engañar, que admitirle contra la experiencia que me prueba la imposibilidad de él.

Este sofisma de los incrédulos consiste en reunir bajo el mismo punto de vista dos objetos de diferente naturaleza, y de consiguiente cae por sí mismo. Ademas por probar demasiado no prueba nada. De admitirle hay que rehusar el dar crédito á la historia, siempre que refiera un acontecimiento extraordinario en el órden físico ó moral. Los hombres por ejemplo aman la vida y todo lo sufren antes que perderla; hay pues que desechar como fabuloso lo que leemos ó sabemos de los suicidios de antes y de ahora: no se habrá ocurrido ningun meteóro sorprendente, ningun fenómeno extraordinario, aunque perfectamente atestiguado: todavia mas, segun los principios de nuestros adversarios, aunque viesemos con nuestros propios ojos salir un muerto del sepulcro, no deberiamos creerlo, por ser contrario á la experiencia comun que resuciten los muertos. Este sofisma es falso hasta no mas, porque estriba en el principio que no acontece nunca nada en la naturaleza ó en la sociedad que no esté conforme con nuestras observaciones precedentes.

Ademas afirmar que no puede haber ninguna excepcion en los fenómenos naturales es suponer lo que se disputa. En efecto hágase la suposicion contraria, y toda esta argumentacion cae al instante, y vuelve la cuestion á su punto natural, es decir, á cerciorarse de si los testigos que nos confirman la realidad de un acontecimiento, son fidedignos. Obtenida esta seguridad por las reglas que da la sana crítica, seria una locura dudar únicamente porque la costumbre es que suceda lo contrario. Es verdad que la fé de vuestros sentidos produce una evidencia; pero la fé de los sentidos en los otros no la

produce menor, á no que se pruebe que pudieron engañarse ó que quisieron engañar. Estas son dos verdades del mismo órden y de ningun modo contrarias entre sí. Los que cuentan la resurreccion de un muerto, no atribuyen este efecto á la naturaleza; lo cual estaria en contradiccion con sus leyes; sino que lo dan como un efecto extraordinario del poder divino.

Cuanto mas extraordinario es un hecho, se dice tambien, hace mas probable el error, la astucia y la mentira de los que le refieren ó testifican; por eso el mismo hecho disminuye la fé de los hombres instruidos á medida que aumenta la de los ignorantes: ademas la multitud de los testigos no aumenta un grado mas de probabilidad al relato de un acontecimiento extraordinario. Sabido es con qué ardor abraza el vulgo, cuando es ignorante y supersticioso, la fé de los prodigios: sabido es por la historia que muchos aconteeimientos de esta naturaleza, mirados generalmente en otro tiempo como sobrenaturales y milagrosos, se han referido á causas naturales cuando han adelantado las ciencias, y se han explicado satisfactoriamente en este sentido: de donde se sigue que habiéndolo sido algunos, puede suceder que todos lo sean, y por consecuencia el testimonio de los hombres en materia de milagros debe ser siempre sospechoso para nosotros.

Entre los hechos extraordinarios, digo yo, hay que distinguir los que tienen su origen en las leyes de la naturaleza, y los que le tienen en el poder de Dios.

En algunos de estos hechos dudosos en sí mismos puede titubear el hombre instruido, sobre todo si se trata de determinar su causa y formar un juicio sobre su naturaleza; pero es imposible la vacilacion en todos indistintamente y cuando se trata del mismo hecho. Por fin es falso que la multitud se componga siempre y necesariamente de ignorantes: ademas la naturaleza pro-

digiosa é insólita del acontecimiento hace mas atentos á los testigos y espectadores para examinarle bajo todos sus aspectos y buscar la causa de él; de suerte que su testimonio en igualdad de las demas cosas tiene mas peso en los hechos extraordinarios que en los ordinarios.

La multitud ignorante se equivoca fácilmente en el aprecio de un suceso; pero en cuanto á la existencia del suceso en sí mismo juzga tan bien como el hombre mas instruido. Luego cuando la multitud testifica un hecho extraordinario y le atribuye á una causa sobrenatural, el hombre instruido no debe desechar por eso el hecho: solo debe examinarle á fin de cerciorarse de si su causa real es en efecto la que le atribuye la multitud.

De que muchos acontecimientos mirados al principio como milagrosos se han explicado naturalmente despues (notemos de paso que nuestros adversarios no los citan), no puede inferirse que todos los acontecimientos de esta clase puedan explicarse del mismo modo. Asi porque se haya descubierto la causa de un meléoro cualquiera que el vulgo atribuia á prodigio, ¿se hallará mejor la explicacion de la curacion del ciego de nacimiento y de la resurreccion de Lázaro? Pero se me olvidaba que la dialéctica no es la primera dote de los incrédulos y racionalistas.

Nuestros adversarios meten sobre todo mucho ruido con la objecion sacada de la ignorancia supersticiosa de nuestros padres: basta para reducirlos al silencio proponerles la resolucion de las tres cuestiones siguientes:

1.° ¿Por qué despues de la venida de Jesucristo no se jactan ya de milagros obrados entre ellos los judios, nacion supersticiosa é ignorante en general y de ningun modo curada de sus añejas preocupaciones?

2.° ¿Por qué las provincias del Asia, del Africa y de Grecia, aunque muy distantes en el dia de aquella

civilizacion y luces de que gozaban en tiempo de los apóstoles, de los Ciprianos, Agustines y Basilios, han cesado de hablar de milagros obrados en su seno como hablaban en otro tiempo?

3.° Finalmente ¿por qué entre las diversas religiones que toman el nombre de cristianas, solo la católica publica milagros verificados en su seno, y esto en nuestros mismos dias y delante de nuestros ojos, aunque ciertamente no sean los católicos inferiores en las ciencias, las letras y las artes á los otros pueblos, y aunque la iglesia romana llamada á fallar sobre estos milagros no lo haga hasta despues de examinar con la mayor prolijidad, minuciosidad y rigor los hechos en cuestion, su naturaleza y todas sus circunstancias (1)?

(1) Basta leer la célebre obra de Benedicto XIV *De la beatificacion y canonizacion de los santos* para cerciorarse de la rigidez extraordinaria de este exámen; y con este motivo creemos deber recordar la anécdota siguiente, aunque bien sabida. Un ingles de distincion que profesaba la religion protestante como los mas de sus compatriotas, fue á Roma y entabló amistad con un prelado de la iglesia católica. Habiéndole prestado este un libro que contenia la relacion circunstanciada de varios milagros y las pruebas en que se apoyaban, el ingles le leyó con la mayor satisfaccion, y al devolvérsele le dijo: «Vea V. ciertamente el modo mas seguro de probar los milagros. Si todos los que se admiten en la iglesia romana, se fundaran en pruebas tan evidentes y auténticas como lo estan estos, no tendriamos nosotros ninguna dificultad en aceptarlos, y asi evitarian VV. la burla que hacemos de sus supuestos milagros.» = «Pues sepa V., respondió el prelado, que de todos esos milagros que á V. le parecen tan averiguados y fundados, no ha admitido la congregacion de ritos ninguno, porque no los ha creido suficientemente probados.»

Objeciones sacadas de la fuerza y poder íntimos del hombre.—Los acontecimientos extraordinarios de que el vulgo forma milagros, suponen una fé viva y una confianza exagerada en el que los recibe ó en el que los obra, ó en los dos. Y estos acontecimientos ó milagros ¿qué otra cosa son sino curaciones cuya causa debe atribuirse á la imaginacion del enfermo? En efecto se cura este porque su imaginacion le persuade vehementemente que se curará. Tenemos un sinnúmero de ejemplos de curaciones de esta especie. Antes se atribuian á la imaginacion que obraba fuera de la naturaleza de los cuerpos: en el dia se atribuyen al magnetismo animal ó mesmerismo, cuyo efecto es tanto mayor cuanto que se une mas cerca á la fé el contacto mediato ó inmediato. Si la fé del operante se mezcla íntimamente con la del operado, es decir, la fuerza del magnetismo con la de la imaginacion; los muertos que se dice han recobrado la vida, podrán haber muerto en la apariencia solamente; y el magnetismo animal deberá ser utilísimo sobre todo en estos casos de muertes aparentes. ¿Quién sabe si la fuerza de la voluntad y de la fé no puede producir la lluvia ú otros fenómenos semejantes, como lo creyó Avicena? ¿Quién puede fijar límites á la fuerza de la imaginacion ó del magnetismo? ¿Quién conoce bastante las fuerzas de la naturaleza? ¿Qué hombre ha descubierto las facultades indefinidas de que él mismo es capaz? Asi pueden explicarse todos los milagros que trae la revelacion cristiana en testimonio de su verdad, sin que haya necesidad de recurrir á un poder sobrenatural. ¿No está probado que Cristo mismo exigia la fé de aquellos en cuyo favor obraba los milagros? ¿No está probado que por carecer su patria de esta fé no pudo hacer allí sino pocos milagros? Cristo imponia las manos á los enfermos á quienes curaba, sobre todo á aquel ciego de quien nos refiere S. Marcos que veia primero á

los hombres como árboles en movimiento, y que no sanó completamente hasta que se repitió la ceremonia de la imposicion de manos. Así solamente bajo esta condicion transmite á sus apóstoles la potestad de curar á los enfermos: «Les impondreis las manos, dice, y serán curados.» A lo menos los apóstoles y discípulos no los curaban mas que con la uncion del oleo; y ¿qué cosa mas parecida á lo que conocemos del poder del magnetismo?

Nuestros adversarios ven siempre la cuestion bajo el punto de vista que les conviene, y nunca bajo el que les es contrario. ¿Qué buena fé hay en suponer que todos los milagros sean curaciones cuya causa pueda depender de la fuerza de la imaginacion? Ciertamente la multiplicacion y transmutacion de las sustancias no son de esta clase. Cuando los fautores del magnetismo y sus iniciados hayan alimentado y hartado á cinco mil personas con cinco panes y dos peces, ó convertido el agua en vino, como hizo Cristo; podrán ponderarnos la poderosa eficacia de su imaginacion sin que nadie se oponga á ello. Hasta entonces sus objeciones quedarán reducidas á lo que son, sofismas vanos y pueriles.

Sin duda que en algunos casos se exige una fé viva como condicion; pero como causa eficiente y en todos los casos jamás. Por ejemplo si se trata del sugeto del milagro los muertos ó los hombres privados de sus sentidos no pueden tener esta fé. Supongamos al contrario que se trate no del sugeto, sino del agente del milagro; empiezo por notar que á veces obra Dios milagros por mediacion de hombres malos, no seguramente para la confirmacion del error, lo cual no puede ser, sino para la manifestacion de su gloria. En efecto él mismo nos enseña que los hombres perversos deben clamar en el dia de sus venganzas y justicias: «¿No hicimos muchos prodigios en tu nombre? Si muchas veces se exige la fé

para el cumplimiento de los milagros, es solo como condicion y nunca como causa eficiente del milagro segun suponen nuestros adversarios. Notemos ademas que esta fé, por viva que sea, no tiene eficacia sino en cuanto se refiere á Dios mismo, á Cristo ó á sus santos como objeto, y que es nula si se refiere á cualquier otro, ya persona humana, ya demonio.

Algunas enfermedades de un género particular pueden curarse por la imaginacion, es decir, que esta facultad tan poderosa de nuestra alma puede en algunos casos deshacer lo que habia hecho. Si, la persuasion íntima de que uno se curará produce á veces la curacion casi infaliblemente. No tenemos dificultad en concederlo, porque no lo reconocen solamente los médicos, sino el mismo Benedicto XIV en su ya citada obra, donde trata esta cuestion muy por extenso. Por eso la congregacion de ritos tiene siempre á la vista este poder particular de la imaginacion humana al apreciar y juzgar los milagros. Pero querer extender á todos los casos lo que es peculiar de algunos; querer que las fracturas de huesos ó de algun miembro, las heridas y las enfermedades tenidas por incurables puedan repararse ó curarse completamente por la fuerza sola de la imaginacion obrando fuera del cuerpo, no solo es una obstinacion ridícula, sino hasta una locura. Si en efecto sucediera asi, si la imaginacion sola tuviera este poder y le tuviera siempre; se destruiria el arte de la medicina y de la cirugia lo mismo que los milagros. ¿Es eso lo que quieren nuestros adversarios?

La mayor parte de los efectos atribuidos al magnetismo son falsos y gratuitos: si algunos son reales, provienen de la persuasion íntima cuya eficacia hemos admitido en algunos casos respecto de las enfermedades imaginarias. Por lo demas ni podemos ni queremos examinar todos los absurdos y extravagancias de los mag-

netizadores: hay pocos hombres instruidos que no los desprecien, y Mesmer, jefe de aquellos, es considerado generalmente como un charlatan. Ademas ¿qué importa á la presente discusion que el magnetismo produzca efectos admirables en todos los casos de muertes aparentes? Nosotros hablamos de muertos reales, de muertos resucitados á la voz y por orden del taumaturgo: hablamos de Lazaro encerrado cuatro dias hacia en el sepulcro y que ya olia mal.

La experiencia enseña á todos los hombres que nadie puede atraer la lluvia del cielo por la fuerza sola de su imaginacion: de otro modo en tiempo de sequía el remedio seria fácil y pronto. Pero á la verdad es vergonzoso responder con formalidad á tales locuras. Sentemos pues á nuestra vez una cuestion del mismo género, y propongamosla á estos disputadores. ¿Quién sabe si los hombres lograrán algun dia por la fuerza sola de la imaginacion pasarse sin comer ni beber? Este es un experimento que deben hacer los fautores del magnetismo. Entretanto la ridiculez de sus objeciones basta para destruirlas.

Dícese que Cristo exigió siempre la fé de aquellos en cuyo favor hacia milagros. ¿Acaso exigia la fé de nadie para multiplicar los panes, convertir el agua en vino, resucitar al hijo de la viuda de Naim y la hija de Jairo, y otros muchos milagros que omito por bastar estos y no poder referirlos todos? El Evangelio no lo dice: ¿dónde pues está la prueba de esta asercion? Si á veces exigió la fé como condicion, era únicamente porque los milagros que obraba probaban la divinidad de su mision; pero nunca la exigió como causa eficiente y necesaria. Por falta de esta fé, añaden, no pudo hacer milagros en su pais. No le faltó el poder, sino la voluntad por haberse mostrado sus compatriotas indignos de sus beneficios; fuera de que si por esta razon no hizo muchos mi-

lagros entre ellos, á lo menos es cierto que hizo algunos. De la imposicion de manos que empleó Cristo una ó dos veces para curar á los enfermos, hacen nuestros adversarios una ceremonia general sin la cual no los curaba jamás. Que lean el Evangelio: se detienen con complacencia en el ejemplo del ciego cuya historia nos cuenta S. Marcos, y no dicen nada de aquellas curaciones obradas por la sola palabra y aun en ausencia de los enfermos, extendiendo asi, segun su costumbre, un caso extraordinario á todos los demas, aunque esté probado lo contrario. Bajo esta sola condicion, dicen tambien, legó Cristo á sus discípulos su maravilloso poder: no, jamás les prescribió Cristo este rito; solamente les predijo que siempre que impusieran las manos á un enfermo, sanaria. Estas palabras de Cristo con que se nos arguye, no son una órden, sino una prediccion: la prueba irrecusable es el contexto de la historia evangélica. En ella leemos que el cojo sentado delante de la puerta del templo de Jerusalem fue curado por Pedro y Juan sin imposicion de manos y sin uncion de oleo: que la sombra de Pedro curaba al tiempo de pasar á todos los que cogia: que las vestiduras de Pablo producian el mismo efecto milagroso etc. Pero el último rasgo de la objecion de nuestros adversarios da completa idea de su buena fé. «Todo esto, dicen, se parece enteramente á los prodigios obrados por el magnetismo.» Pues ¿dónde estan en los milagros del cristianismo ese aparato, esas convulsiones, esas contorsiones, ese sueño letárgico, esos preparativos de toda clase, indispensables á las operaciones del magnetismo y sin embargo las mas veces sin efecto como ellos mismos lo confiesan? ¿No es el colmo de la impudencia esta comparacion que se atreven á hacer?

Ademas de los milagros se apoya la revelacion divina en las profecias. La profecía se define generalmen-

te un conocimiento anticipado y una prediccion cierta de un suceso futuro que no puede preverse naturalmente, ó mejor aun, la manifestacion de una cosa venidera oculta á las criaturas. De esta definicion resulta que la profecía, para serlo verdadera y propiamente, debe encerrar las tres condiciones siguientes: 1.º debe ser una prediccion cierta y no una prediccion conjetural: 2.º debe ser la prediccion de una cosa futura, libre ó contingente, que por consecuencia no pueda saberse por ningun arte ó ciencia natural: 3.º esta prediccion debe determinarse de manera que el acontecimiento no se acomode á la profecía, sino que mas bien la profecía determine el acontecimiento. — En otros términos es menester que la prediccion que forma el objeto de la profecía, no sea vaga, ni obscura, ni equívoca, que no se pueda plegar á todo acontecimiento, ni aplicarse arbitrariamente. Siendo estas condiciones las únicas que imprimen un carácter divino á la profecía, los tendremos siempre á la vista para responder á los sofismas de nuestros adversarios. Pero ¿á qué vienen estos sofismas? Porque la profecía es un milagro y aun el mas fuerte de todos, porque lleva la prueba consigo. En efecto cualquiera puede cerciorarse de la verdad de una profecía, con tal que sepa que se hizo antes del acontecimiento, y que sus ojos ó su entendimiento conozcan que se ha verificado. Sigamos pues á los incrédulos en todos sus rodeos: ellos niegan la posibilidad de la profecía: demostremos esta posibilidad: ellos combaten su certeza: probemos que esta certeza es forzosa: ellos se empeñan en arrancar á la revelacion divina su arma mas poderosa: pongamosla en manos de aquella, y quedarán confundidos.

Colofonio, Epicuro y Carneades entre los antiguos, y Espinosa, los socinianos y los racionalistas entre los modernos negaron ó niegan la posibilidad de la profe-

cía. Estos son los adversarios que nos salen al encuentro, y á ellos tenemos que responder.

Esta proposicion: Dios conoce lo futuro y es dueño de manifestarlo, es de una evidencia incontestable, y no hay contradiccion ni repugnancia en admitirla. Fúndase en la idea misma que se forman los hombres de Dios, y en la persuasion íntima en que estan y han estado siempre de que Dios lo sabe todo. Quítese esta facultad á Dios, y no verá ya á un tiempo todas las cosas que existen, no abarcará todos los tiempos en la eternidad, cesará de ser perfecto, en una palabra no será Dios.

¿Con qué sofismas tratan los adversarios de obscurecer la evidencia de esta proposicion, que prueba invenciblemente la posibilidad de la profecía? — Lo que no es aun, dicen ellos, no es nada: es asi que el objeto de la profecía es lo que no es aun, es decir, lo que no es nada, y lo que no es nada, no puede preverse ni predecirse; luego la profecía es imposible. Ademas es difícil, por no decir imposible, que el profeta esté positivamente cierto de haber recibido de Dios la profecía que anuncia. Mas todavía, toda prediccion divinamente inspirada que descubre claramente el destino inevitable de un hombre ó de un pueblo, destino dependiente de cierta accion precisa ejecutada por ellos, repugna á la idea de un Dios santísimo y bonísimo, establece la doctrina del fatalismo, y destruye la libertad moral del hombre.

Fácil es la respuesta á estas objeciones: el objeto de la profecía que no existe en las cosas actuales, existe en las cosas contingentes, y por consecuencia es perceptible á la inteligencia infinita y soberana. Las cosas futuras son con corta diferencia relativamente á Dios lo mismo que las cosas pasadas son relativamente á nosotros. Las cosas pasadas no son nada en sí mismas; sin embargo es cierto que han sido: las cosas fu-

turas no son actualmente; sin embargo es cierto que serán, si es que puede decirse que las cosas son pasadas ó futuras para Dios, en vez de decir que todas estan presentes á un tiempo ante él. Asi propiamente hablando, no hay presciencia en Dios, sino ciencia.

Es imposible, se objeta, que el profeta esté positivamente cierto de haber recibido la profecía que anuncia. Ya he respondido á esta dificultad tratando de la posibilidad de la revelacion divina: no volveré á hablar de ella, mucho mas cuando la profecía lleva la prueba en sí misma, y el cumplimiento del suceso que anuncia, demuestra su verdad de un modo irrecusable.

En vano alegan los incrédulos en esta cuestion la justicia y la bondad de Dios só pretexto de fatalismo. En efecto no sucede la cosa porque está prevista y predicha; pero está prevista y predicha porque está aun por venir. Luego si las predicciones verdaderamente divinas encierran alguna necesidad en sí mismas, es una necesidad deducida de una causa y simplemente hipotética, porque es menester que una cosa sea antes de verse y descubrirse (1).

Considerada la profecía bajo este aspecto tiene mucha mas fuerza que el milagro para probar la divinidad de la revelacion. Su luz es tan brillante, que no saben los incrédulos cómo apagarla ú obscurecerla siquiera. Asi está menos expuesta á sus tiros que el milagro propiamente dicho. Freret por ejemplo, ó mas bien el autor

(1) Epicuro y Carneades cuyos argumentos no hacen mas que reproducir los racionalistas en su nombre, habian suscitado ya esta dificultad que Wegscheider y los suyos ponderan tanto. Es inútil detenerse en una materia agotada. Ciceron entre los paganos y S. Agustin y Santo Tomas entre los cristianos no dejan nada que desear en cuanto á la refutacion de este sofisma.

de la obra publicada en su nombre, despues de haber recogido trabajosamente acá y acullá argumentos de toda especie contra las pruebas del cristianismo y contra su doctrina y milagros, se detiene al llegar á las profecías y las pasa absolutamente en silencio como si no las hubiera visto. Pero lo que no hizo Freret ó su homónimo, lo hacen los racionalistas, no perdonando diligencia para quitar esta señal evidente de su orígen á la revelacion divina y sobrenatural. Examinaremos inmediatamente sus argumentos; pero antes es bueno sentar con solidez esta prueba tan decisiva.

La profecía, decimos nosotros, es la señal mas cierta de la divinidad de la revelacion sobrenatural. En efecto no pudiendo venir mas que de Dios toda profecía propia y verdadera, cuantas veces hay profecía, otras tantas hay prueba irresistible é invencible. Todas las naciones juzgaron asi, y sus sabios consagraron esta creencia comun en un adagio que conservó Ciceron: «Si hay profecía, hay dioses: si hay dioses, hay profecía.»

Esta creencia general de las naciones que puede decirse que se funda en el sentido comun, no detiene á nuestros adversarios. Segun ellos toda profecía es el fruto de la imaginacion humana. Dicen que esta facultad ardiente excitada mas por alguna pasion extraordinaria evoca lo futuro ante sí, y se figura que ve presente el objeto de sus esperanzas ó temores: por otra parte lo pasado la instruye, por decirlo asi, sin saberlo ella; de suerte que hay circunstancias dadas en que los acontecimientos pueden realizar algunas conjeturas puramente humanas; de lo cual nos suministra muchos ejemplos la historia de todos los pueblos.

¡Con que se nos oponen predicciones inciertas, conjeturales, indeterminadas que pueden suceder ó no suceder! La imaginacion mas viva y excitada con mas vehemencia ¿puede tener alguna influencia en las volun-

tades libres de los hombres y en sus acciones, que por estar por venir, no son determinadas por ninguna causa particular ó general? Eso es lo que habria que probar, porque al fin dando á Dios lo que es de Dios ¿quitamos al hombre lo que es del hombre? Porque se verifica un acontecimiento predicho, ¿decimos que necesariamente es obra de Dios? Nosotros mismos hacemos profecías, y no hay hombre que no las haga. Del carácter de un niño, de sus hábitos y de sus inclinaciones conjeturamos su suerte futura, y la de los imperios de las circunstancias políticas en que se encuentran. Unas veces los sucesos realizan nuestras conjeturas, y otras las contradicen. Y ¿por qué? Porque el hombre no puede como Dios abrazar todos los casos posibles en sus previsiones.

Pero si las profecías vinieran de Dios como afirmais, nos responden los racionalistas, deberian ser perfectamente claras é indudables. Mas en vano buscamos algunas que lo sean en el antiguo y nuevo testamento: no las hay. La misma prediccion de Jesucristo sobre la ruina de la república judia no se enuncia bastante claramente. Ademas de esta falta de claridad las profecías llamadas divinas encierran otras de toda clase. Unas veces se hallan en boca de hombres manifiestamente indignos de la inspiracion divina: otras el suceso no concuerda con la profecía, y en mil parajes se contradicen unas á otras, ó se fundan en las tradiciones mitológicas y supersticiosas de los pueblos. Otras veces el artificio de los escritores hebreos consiste en fingirlas en vista del suceso verificado. En otras partes, torcida su significacion propia, se acomodan al acontecimiento ó se ponen fraudulentamente de acuerdo con él. Aun hay mas: el mismo Jesus juzgó poco honoríficamente á los profetas hebreos, y los apóstoles confesaron que las profecías de aquellos son obscuras é imperfectas. Por último Jesus

siguió en la interpretacion de las profecías el método empleado por los talmudistas y rabinos, que hallamos muy por extenso en las obras de Filon y Josefo, es decir, que se aprovechó hábilmente de que varios oráculos de los profetas parecia que se referian á su persona y acciones para aplicarselos, á fin de que los judios creyesen en él persuadiéndose por esta conformidad engañosa entre las ideas de aquellos y los hechos que era el Mesías destinado á fundar cierto reino espiritual (1).

(1) Estas proposiciones blasfematorias de los racionalistas van acompañadas de muchas citas de nuestras santas escrituras; pero solamente con la indicacion de los capítulos y versículos, cuyas palabras se guardan bien de copiar Tal es su método, del que se separan muy rara vez Obran asi por dos motivos: primero por engañar á los ignorantes y ocultar mas fácilmente su mala fé; y segundo para mostrar su ciencia en estas materias. El primer motivo de estos es indigno de un escritor que se tiene en algo: el segundo es pueril, porque no hay quien no pueda ostentar la misma ciencia tomándose el trabajo de hojear la *Concordancia de las escrituras.* Ahora para dar un ejemplo de la mala fé y de las aserciones enteramente gratuitas de VVegscheider en los pasajes que cita, bastará observar que la materia del capítulo XXIX de Isaias es la destruccion futura de Jerusalem confirmada á la letra por los acontecimientos · que el capítulo XXXIV predice la venganza de Dios en las naciones; prediccion cumplida en los caldeos: que el capítulo LXIII, donde se anuncian el triunfo de Cristo sobre sus enemigos y el abandono de la nacion judia, se ha efectuado plena y enteramente; y por último que lo mismo sucede con el capítulo LXVI, donde se profetizan la vocacion de los gentiles y el abandono ó reprobacion de los judios, asi como con el capitulo II de Daniel que trata de la vision de Nabucodonosor y de las cuatro monarquías. Lo que digo de estos capítulos, puede decirse de todos. Pero ¿de qué sirve que nos detengamos en esto? Cuando la mala fé es tan evidente, ¿no basta indicarla?

Difícil es mentir con mas audacia que lo hacen aqui los racionalistas. Suponiendo que algunas profecías del antiguo y del nuevo testamento sean obscuras, ¿lo son todas? Las promesas hechas á Abraham que poseeria la tierra de Canaan, que el pueblo que naciera de él entraria en Egipto, estaria esclavo cuatrocientos años y seria libertado á la cuarta generacion; la prediccion del nacimiento de Isaac en el término de un año y contra toda esperanza: la promesa de que todas las naciones de la tierra serian benditas en un hijo de Abraham: esas profecías y otras mil, como por ejemplo las amenazas de Moises á Faraon cuando á la voz de aquel bajaban y se retiraban las plagas, ¿no son bastante claras y evidentes? ¿No estan bastante probadas con los sucesos? Y en el nuevo testamento ¿qué dejan que desear las predicciones de Jesucristo con respecto á su pasion y á todas las circunstancias que debian acompañarla, á su resurreccion al tercero dia y á las tres negaciones de Pedro antes de cantar el gallo en la noche misma del suceso? — Mienten pues impudentemente los racionalistas cuando sostienen esta tésis. La prediccion de Jesucristo sobre la próxima ruina de Jerusalem y la destruccion del templo con que nos arguyen, sirve tambien para confundirlos Dicen que no es bastante clara; ¿por qué no se toman el trabajo de leer atentamente y de buena fé el pasaje de S. Lucas y el de S. Marcos en que se refiere aquella, compararla con las circunstancias de tiempo, personas etc., y con la historia de la guerra judaica que nos ha dejado Flavio Josefo?

Dícese que las profecías se hallan á veces en boca de hombres indignos; mas el don de profecía es un don gratuito que puede subsistir sin el de santidad; de suerte que la indignidad de las personas no quita nada á la fuerza de la profecía, cuando la verificacion del suceso ha demostrado ser verdadera.

Se añade que muchas profecías no se han cumplido. — Hay muchas que son condicionales: si no se efectúa la condicion, ¿qué extraño es que la profecía aneja á aquella condicion no se cumpla? De este número son los oráculos del Apacalipsis que quedan por cumplirse ó se cumplen en nuestros dias, los que se refieren á la vocacion de los gentiles, los que debajo de la corteza de la letra ocultan un sentido espiritual, aunque no le admitan nuestros adversarios, como lo que se dice de la felicidad futura de la sinagoga, del trono de David, del reino del Mesías; cosas todas que los racionalistas tienen á bien explicar á su antojo y acomodar á sus sistemas, y con que arguyen para probar que el suceso no correspondió á la profecía. Mas si todos los oráculos del antiguo y nuevo testamento son tan obscuros é indeterminados como ellos dicen, ¿cómo pueden afirmar que no se han cumplido? A esto se responde que para mentir se necesita memoria.

Los escritores judios han forjado sus predicciones despues de cumplido el suceso. — Esta es otra mentira impudente en contradiccion con todas las reglas de la crítica y el testimonio general de los judios y cristianos. Entre estas profecías fabricadas artificiosamente cuenta Wegscheider lo que leemos en el capítulo XXIII de San Mateo, versículo 35. ¿Con qué fundamento? Es imposible descubrirle (1). No añadiré mas que una reflexion:

(1) Importa dar aqui otra prueba de la honradez de los racionalistas y de la erudicion bíblica que sospechan en ellos algunas personas. Wegscheider al enumerar los pasajes de la Biblia en que segun él se encuentran predicciones forjadas artificiosamente, comprende el capítulo XXXIX del Génesis; pero este no contiene ninguna profecía y es todo histórico, porque solamente cuenta que la mujer de Putifar tentó á José. ¿Con qué fundamento se figura Wegscheider que los oráculos

si estas predicciones se hicieron despues del suceso y en vista de él, ¿cómo es que ninguna es clara ni determinada, segun afirma nuestro adversario?

Las profecías han sido torcidas en su significacion, y acomodadas á los acontecimientos. — Otra mentira; pero muy útil á la mala fé de nuestros adversarios, lo confesamos. En efecto ¿qué cosa mas cómoda, cuando no puede uno destruir la fuerza de evidencia de una profecía, que afirmar gratuitamente que es fingida y está vaciada en el hecho mismo? ¿Qué cosa mas cómoda que

los que anuncian la futura superioridad del pueblo judio sobre los idumeos, son oráculos forjados? Lo ignoro absolutamente. Otro tanto digo de la interpretacion de los sueños de los criados de Faraon hecha por José en su prision, y de las bendiciones que Jacob echa á sus hijos antes de morir. ¿Por qué no indica el calumniador el tiempo, los autores y las circunstancias de un fraude tan importante?

Pero vengamos á Daniel desde el capítulo VII hasta el XII. Porfirio antes que los racionalistas habia supuesto que un tal Epifanes debia haber forjado estos capítulos en la Judea en tiempo de Antioco. Pero ademas de la tradicion de los judios en cuyas manos estaba el libro de Daniel, esta objecion de Porfirio hecha á la desesperada no puede defenderse en vista del testimonio de Flavio Josefo. Cuentanos este historiador que cuando Alejandro el Grande se acercaba á Jerusalem, los sacerdotes judios que salieron á recibirle, le enseñaron en el libro de Daniel la prediccion de la derrota futura del rey de los persas por el de los griegos (y esta prediccion se halla en el capítulo VIII, uno de los que se suponen forjados). Es asi que Alejandro el Grande existió mas de ciento y cincuenta años antes de Antioco: luego el libro de Daniel no pudo componerse bajo el reinado de este príncipe. Asi desaparece esta objecion de Porfirio, que Wegscheider no se ha avergonzado de sacar del desprecio en que habia caido justamente.

atribuirle un sentido particular contrario al del escritor sagrado, y afirmar despues que se torció su significacion propia despues del acontecimiento? Pero aun aquí se contradice nuestro autor en sus alegaciones. Asi el capítulo IX de Daniel que pone primeramente entre los que se compusieron despues del suceso, le coloca luego entre los que solo se torcieron de su significacion propia. Podriamos multiplicar estas citas extraordinarias; pero basta con un ejemplo.

Cristo mismo habló de los profetas hebreos en términos poco honrosos. — Mas ¿qué expresion se halla en los pasajes citados por nuestros adversarios para fundar esta mentira, tal vez la mas impudente de todas? Solo estas palabras: «Entre los hijos de las mujeres ninguno es mayor que S. Juan Bautista.» ¿Es esto hablar en términos poco honrosos de aquellos profetas que tan á menudo cita Jesucristo para apoyar la verdad de su mision?

Los apóstoles confiesan que las profecías son obscuras é incompletas. — Nunca dijeron los apóstoles semejante cosa, y esta es otra mentira gratuita de los racionalistas. Estas palabras de S. Pablo en el capítulo XIII, v. 9, de su primera epístola á los corintios: «Nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías limitadas,» fuera de que no deben tomarse en un sentido absoluto, sino relativo, se explican tambien por este pasaje de S. Pedro (II epíst., c. I, v. 19): «Tenemos ademas el firme oráculo de los profetas, al cual haceis bien de atender como á una antorcha que luce en un sitio obscuro, hasta que amanezca el dia, y nazca el lucero de la mañana en nuestros corazones.» Aqui habla el Apóstol como si hiciera la profecía superior aun á la vision que tuvo sobre la montaña santa. Por último leemos en el libro de los Actos: «No os toca á vosotros conocer los tiempos ó los instantes que el Padre ha dispuesto en su

poder.» A la verdad nuestro adversario no hace mas que abusar de la autoridad de la sagrada escritura y de la buena fé del lector, y engañar á los ignorantes con impudente descaro.

Cristo se prevalió de que algunas profecías concernian á él en la apariencia, para aplicarselas positivamente. — Aqui la impiedad supera á la mentira. En efecto se presenta á Cristo como un seductor que abusa de la simplicidad de los judíos; y ¡todavía se glorían los autores de estas aserciones impías de llevar el nombre de cristianos! ¡y todavía enseñan impunemente la teología en academias públicas (1)!

Pero no hemos concluido con las objeciones de nuestros adversarios, que insisten diciendo: El estilo de los profetas varía segun su espíritu y educacion: no pueden profetizar sin algun aparato ó preparativo: testigo Eliseo en el libro IV de los Reyes, c. III, v. 15: entre los hebreos habia escuelas en que se enseñaba el arte de profetizar, como lo demuestra (lib. I de los Reyes, cap. X) la multitud de profetas que salió á recibir á Saul: algunos de estos entusiastas cometian acciones vergonzosas, por ejemplo la de presentarse desnudos en público. ¿Cómo pues ha de creerse que eran los intérpretes inspirados del pensamiento de Dios?

(1) El autor de esta proposicion blasfematoria no la apoya con prueba de ninguna especie en el texto de su obra; pero dice en una nota: «Asi Josefo, interpretando la Escritura segun acostumbran los judíos, refiere á Vespasiano los oráculos que conciernen al Mesías.» ¡Y qué! diremos nosotros, porque Josefo aplique sin razon á Vespasiano los oráculos concernientes al Mesías por una increible aberracion de entendimiento y contra la opinion de todos los judios, ¿se infiere que Jesucristo los aplica tambien injustamente á su persona? ¡Qué buena fé, y sobre todo qué modo de raciocinar!

Responderemos que el estilo de los profetas varía, ó porque Dios se acomodó á su ingenio, ó porque son de diversa naturaleza las cosas que profetizan. El ejemplo alegado del profeta Eliseo es único y singular: pidió un instrumento músico para tranquilizar su ánimo y no para excitar en él el espíritu profético. Las escuelas públicas con que se arguye, no se habian instituido para enseñar el arte de profetizar, sino para educar en piadosas doctrinas á los jóvenes entre los cuales se servia Dios muchas veces elegir á los que habian de anunciar lo futuro. Notemos aqui con Bergier que el nombre de profeta tiene muchas acepciones diferentes en los libros santos. Unas veces quiere decir orador, otras cantor de las alabanzas divinas, otras doctor é intérprete de la ley; diferencias que debieran haber estudiado y entendido los incrédulos antes de poner la ciencia profética entre las artes puramente humanas.

Los profetas cometen acciones vergonzosas, por ejemplo la de presentarse desnudos en público. — ¿En qué fundan nuestros adversarios esta suposicion? Sin duda en una accion de Isaias; pero cuando este profeta para expresar simbólicamente las calamidades de Egipto y Etiopia se despojó de su manto, no se quitó la vestidura de debajo. Los antiguos orientales decian de uno que iba desnudo, si se presentaba en público solamente con esta última vestidura que llamaban *Ehram*; y aun en nuestros dias los habitantes de aquella parte del mundo que van en peregrinacion al sepulcro del falso profeta Mahoma, van vestidos asi sin escandalizar á nadie.

Objeciones sacadas de las profecías de los paganos. — Todas las religiones tienen sus profecías, adivinaciones y oráculos, y si se comparan con los que trae la Biblia, casi no se halla ninguna diferencia. ¿Quién no sabe lo famosos que eran en la antigüedad los oráculos de Júpiter en Dodona de Epiro, de Júpi-

ter Ammon en Libia, de Apolo en Delos, Delfos y otras partes, de Latona en Egipto bajo el nombre de oráculo sebenítico, y otros mil que seria muy prolijo enumerar; pero que pueden verse circunstanciadamente en la erudita obra de Mussard sobre esta materia? ¿Quién no sabe ademas que los paganos les pedian y las mas veces alcanzaban profecías, es decir, respuestas sobre cosas obscuras, ocultas y enteramente fuera de los acontecimientos humanos? Luego nada tiene de extraño que los paganos hayan mirado aquellas respuestas como inspiradas por la divinidad. Los paganos y los cristianos admiten igualmente los versos sibilinos tan célebres; y á lo menos es imposible negar que los demonios pudieron predecir ciertos acontecimientos que ellos mismos debian ejecutar.

De estas objeciones unas se han destruido con nuestros anteriores razonamientos, y otras van á serlo. Dícese que casi no hay ninguna diferencia entre los oráculos paganos y bíblicos: al contrario las hay completamente características y esenciales, aunque apoyados nosotros en los testimonios de los santos padres no creamos con Van-Dale y Fontenelle que deban atribuirse todos los oráculos gentílicos á los fraudes de los sacerdotes. Indiquemos solamente algunas diferencias de estas, y bastarán y aun sobrarán. Los oráculos y adivinaciones de los paganos eran algunas de una naturaleza singular, sin enlace ni conexion, relativas á sucesos muy próximos, á los asuntos de ciertas personas ó pueblos, y tan ambiguas, que sucediera lo que sucediera, siempre parecia que se habia predicho. Son notables las palabras de Ciceron á este propósito: «Ahora, dice, vengo á tí, Apolo, porque Crisipo ha llenado su libro entero de tus oráculos, en parte falsos, segun mi opinion, en parte verdaderos por casualidad, en parte equívocos y obscuros &c.»

Al contrario los oráculos bíblicos son muchos y concuerdan perfectamente entre sí: se dirigen á un objeto comun, grande y digno de Dios: anuncian acontecimientos que deben cumplirse en la mas remota posteridad: lejos de ser ambiguos son determinados y definidos por ciertas circunstancias y tan claros como se necesita. De este género son las profecías que anuncian con una armonía admirable la serie de acontecimientos que por espacio de veintidos siglos se alargaron desde Abraham á los hebreos y los otros pueblos; oráculos encaminados á probar la mision divina de los profetas, y por esta mision la verdad de la doctrina de un Dios único, perfectamente sabio, próvido y santo, á fin de que conservada esta doctrina benéfica por los hebreos hasta la venida del Mesías que debia nacer de la posteridad de David, se propagase despues en su nombre por todo el universo. La forma de estos oráculos no es vaga y general: los mas se presentan con sus circunstancias de tiempo, lugar y persona, sin ninguna ambigüedad, claros y evidentes. Ya hemos citado varios que encierran todas estas condiciones: añadamos por via de ejemplo, aunque no lo necesitamos para nuestra causa, los que estan esparcidos en los capítulos XII, v. 2, 3, XV, v. 4, 5, XVII, v. 4, 8 &c. del Génesis, el XXI de Isaias y los L y LI de Jeremias sobre la ruina de Jerusalem por los medos y los persas. Si estos últimos oráculos se cotejan con la narracion de Jenofonte sobre este famoso suceso; parece que el historiador es solamente el comentador de los profetas, segun se ha cumplido la prediccion de estos en todas sus circunstancias y hasta la última sílaba.

Mas no solo se diferencian los oráculos bíblicos de los paganos en su esencia misma, sino hasta en las circunstancias exteriores. La mayor parte de los oráculos gentílicos eran fruto de la destreza: estaban anejos

á ciertos lugares como Dodona, Delfos, Delos &c. entre los griegos, de modo que se contaban trescientos á lo menos en el mundo entero: ademas dependian de ciertas estaciones del año ó del vapor que exhalaban las cavernas soterráneas, de una corona de laurel, de la trípode, del murmullo de un riachuelo, de una estátua de bronce &c. Ciertos sacerdotes se metian en el tronco de una encina para pronunciar sus oráculos, y se los ganaba con presentes; lo cual explica aquel dicho célebre de Demóstenes: *la Pitonisa filipiza*. Cada uno de estos oráculos y adivinos tenia sus partidarios entre los contemporáneos; pero á medida que adelantando el tiempo se descubrian la vanidad y mentira de sus predicciones, caian en el desprecio y en un profundo olvido. Al contrario los profetas hebreos no estaban fijos en ningun lugar particular: salian de todas las condiciones de la sociedad: pronunciaban sus oráculos sin ningun aparato ó preparativo: los pronunciaban no solo sin ser rogados, sino á despecho de los reyes, de los grandes y del pueblo: en vez de conseguir alabanzas ó provecho eran despreciados y aborrecidos, perseguidos y amenazados, aprisionados y aherrojados, y condenados á crueles suplicios y á la muerte. «¿Cuál es el profeta, dice S. Estevan á los judíos en el libro de los Actos, á quien no persiguieron vuestros padres?» Muchos de ellos no lograron que los creyeran sus contemporáneos, y solo fueron creidos despues de su muerte cuando los sucesos habian realizado tan claramente las profecías, que muchos paganos reconocieron la verdad de los oráculos de la Biblia.

Asi ¿qué hacen aqui ó la fé de los paganos ignorantes de sus oráculos, porque las personas instruidas no los creian, ó los versos sibilinos enteramente perdidos, sobre los cuales no se puede fundar ningun argumento? porque es imposible formar opinion cierta de ellos,

¿Qué hace el poder de los demonios, supuesto que los atributos morales de Dios se oponen á que induzcan á los hombres en un error invencible, obrando prodigios que no puedan distinguirse de los del Señor? Nos causa vergüenza repetir tantas veces las mismas verdades; pero ya que nuestros adversarios no se avergüenzan de reproducir sin cesar los mismos errores, fuerza es seguirlos en el terreno que han elegido.

CAPITULO IV.

Existencia de la revelacion divina y sobrenatural.

Si la revelacion divina y sobrenatural es posible, si es necesaria, si puede reconocerse y distinguirse de todas las demas revelaciones por caracteres ciertos é indudables, como creemos haberlo demostrado contra los deistas y racionalistas en los capítulos anteriores; ¿qué nos queda que hacer? Examinar si Dios ha faltado al hombre, ó si conforme á la bondad suprema que hay en él, ha venido en auxilio de la humanidad por una revelacion positiva. En otros términos nos resta examinar si existe esta revelacion: los deistas y racionalistas lo niegan: nosotros lo afirmamos. Trátase de una cuestion de hecho; pues por los hechos ha de resolverse. Moises, Cristo y los profetas se anunciaron como enviados de Dios para manifestar su voluntad á los hombres: con que si probamos con monumentos ciertos é irrefragables que Moises, Cristo y los profetas ademas de la utilidad y santidad de su doctrina confirmaron su mision con milagros y profecías, habremos probado evidentemente la divinidad de su mision, la divinidad de la doctrina que enseñaron á los hombres, en una palabra la existencia de la revelacion sobrenatural.

Toda mision, apoyada en milagros y profecías ver-

daderas, es necesariamente divina, sobre todo si el objeto de estos milagros y profecías ha sido demostrar la verdad de aquella mision. Pues asi probó Jesucristo la mision que habia recibido de su Padre.

Los milagros de Cristo no son pocos, ni sospechosos, ni obrados en secreto: los mas se hicieron en las plazas públicas, en el templo, en las ciudades mas célebres por su poblacion, delante de un gentío innumerable: muchos se obraron en favor de personas ricas ó eminentes en dignidad. Por último eran tan célebres en todo el pais, que excitaron la atencion pública hasta el punto de ser objeto de un informe del gobierno, del odio de los grandes y de la curiosidad del rey; de suerte que si hubieran envuelto algun fraude, le hubieran descubierto inevitablemente las personas instruidas, y estas lo hubieran manifestado á las que no lo eran.

La multitud de estos milagros proporcionaba la ocasion mas favorable de cerciorarse de su verdad, y desvanecia todo riesgo de ser engañado. Supongamos con efecto que hubiera podido probarse que una sola de aquellas obras maravillosas era fruto de la habilidad de un charlatan: en el acto perdian su fuerza todas las demas, sobre todo cuando Cristo las obraba para probar la verdad de su mision, y las oponia á sus adversarios.

Por fin aquellos milagros eran de tal naturaleza, que bastaba tener el uso de los sentidos para juzgarlos, y que el hombre mas ignorante podia dar testimonio de ellos, como que consistian en la curacion de enfermedades de toda especie con una sola palabra, en la restitucion del uso de sus miembros á los paralíticos, en la resurreccion de los muertos etc.

Las profecías de Jesucristo son claras, evidentes y determinadas como estos milagros, y ya se han cumplido, ó se estan cumpliendo todos los dias. ¿Habremos de citar

algunas? Predijo que su Evangelio seria predicado en todo el universo: que la piedad de aquella mujer que derramó perfumes sobre su cabeza, se celebraria en todas partes: que sujetaria todos los pueblos á las leyes evangélicas; y estas predicciones cuyo efecto apenas comenzaba cuando las escribian S. Marcos y S. Mateo, no han cesado de cumplirse, se cumplen y se cumplirán hasta los últimos dias del mundo. Predijo en términos formales que estaria siempre presente con sus apóstoles, concediéndoles el confirmar su doctrina con prodigios inauditos, y mostrar una constancia y firmeza invencibles ante los judios y paganos, ante los magistrados y reyes cuando compareciesen en su tribunal como impíos y sacrílegos, como enemigos del género humano. Y ¿quién puede decir que estas profecías tan claras, patentes y decisivas no se han cumplido en todos sus puntos y hasta la última sílaba?

Predijo que su iglesia, combatida perpetuamente por las olas de la adversidad, permaneceria en pie bajo el gobierno de los sucesores de Pedro hasta el fin del mundo. Esta iglesia está en pie, y sabido es cuántos esfuerzos se han hecho para derribarla. Predijo que Jerusalem seria destruida: la ciudad y el templo cayeron: circunstancias de tiempo, personas, modo, prodigios, todo sucedió conforme á la profecía, como lo atestiguan las narraciones de Josefo, Tácito, Plinio y Suetonio. ¿Qué mas se quiere? ¿Será preciso recordar la tentativa, tan vana como insensata, del impío Juliano, y mostrar á nuestros adversarios, como si no lo vieran con sus propios ojos, la nacion deicida miserablemente dispersa por toda la tierra? ¿*Tendrán los ojos para no ver*, como dice un poeta?

Pero todavía tenemos en nuestro apoyo un milagro mayor, un milagro que lleva la prueba consigo porque fue predicho, y que supera y confirma al mismo tiempo todos los demas: hablamos de la resurreccion de

Jesucristo. El Señor predijo que resucitaria al tercero dia de su muerte: esta prediccion no fue secreta, sino pública y sabida de todos los judios. Estos para impedir que se cumpliera, pusieron guardias al rededor del sepulcro; pero todo contribuye á los designios de Dios, y aquella misma precaucion se convierte en beneficio de la verdad.

Este hecho de la resurreccion se prueba con el testimonio de los apóstoles que no titubearon en pagarle con su vida, y con el de mas de quinientos hermanos, de los cuales vivian todavía algunos bajo el reinado del emperador Trajano, con los prodigios de los mismos apóstoles obrados para confirmar aquel hecho, con la conversion de tantos judios y paganos que abrazaron la religion de Jesucristo, á pesar de sus preocupaciones de nacion, culto y leyes, de las miserias y padecimientos evidentes á que se exponian, y de la muerte que los amenazaba siempre y los alcanzaba muchas veces. Tales son las pruebas directas de este gran milagro. Las indirectas son la conducta de los judios con los apóstoles cuando estos les testificaban la verdad de aquel suceso, los guardas del sepulcro que no fueron perseguidos, ni castigados como debieran haberlo sido, y como hubiera sucedido indefectiblemente si por negligencia suya hubiesen arrebatado los apóstoles el cuerpo de Cristo. Otra prueba tambien es la confesion tácita de los judios que encontramos en el libro 1.º de Orígenes contra Celso, en la obra de Agobardo sobre las supersticiones judáicas y en el impuro libelo escrito en lengua hebráica bajo este título: *La vida de Jesus ó las saetas inflamadas de Satanas.*

Aquel sepulcro vacío es un suplicio perenne para aquellos espíritus insensatos. Conociendo toda la fuerza de aquel milagro que los condena, no hay fábula por absurda que sea que no inventen ó no se apresuren á

adoptar para destruirle y obscurecerle. Los unos cuentan que los discípulos de Jesucristo arrebataron su cuerpo de noche: los otros que fue arrojado y arrastrado por las calles de Jerusalen y despedazado por las aves: otros que los mismos judios le escondieron, temerosos de que comunicara una fuerza mágica á los discípulos. Pero enmedio de todas estas extravagancias nos conceden, sin duda porque se ven forzados á concederlo, que Cristo fue bajado de la cruz, sepultado en un huerto, custodiado por guardas puestos junto al sepulcro, y que á pesar de todo se halló este vacío.

Añadiremos para completar la demostracion que los judios confiesan los milagros de Jesucristo, ya en los libros citados, ya en el tratado del *Sanhedrin*, aunque los atribuyen al arte mágica ó á otras causas: que los paganos, aun los mas instruidos y mas enemigos del nombre cristiano, como Celso, Porfirio, Hierocles y Juliano, no los pusieron en duda; de modo que los apologistas de la nueva religion no tuvieron que defenderla bajo este punto de vista. Luego la existencia de los milagros obrados por Jesucristo no puede ser cuestionable, porque la reconocen igualmente amigos y enemigos.

Pero, dicen nuestros adversarios, los milagros de Cristo se fundan en un testimonio sospechoso, el de los apóstoles. En efecto estos tenian interés en mentir: se proponian un objeto grande, del cual esperaban ó á lo menos podian esperar grande gloria. Ademas es falso que todos los apóstoles hayan muerto violentamente, y por consecuencia la prueba de su constancia en los tormentos para confirmar la verdad de los milagros no tiene el valor que se le da. Aun concediendo que todos hayan muerto de esta manera, no se trató en sus procesos de los hechos atribuidos á Cristo, sino que fueron condenados por supersticion, impiedad ó maleficio. Por fin está probado con el testimonio del mismo S. Lucas

que esta secta naciente *es contradicha en todas partes.*

Dícese que el testimonio de los apóstoles es sospechoso, y que de aquella mentira esperaban ellos ó podian esperar grandes utilidades. — Pues ¡ qué ! ¿pudo parecerles ventajoso abandonar su patria, sus parientes, sus amigos, sus bienes, no tener paz, ni sosiego, ni mansion segura, estar expuestos á los ultrajes, ser azotados, cargados de cadenas, sumidos en horribles calabozos, sufrir el hambre y otras necesidades, y padecer por último la muerte mas cruel enmedio de la algazara de sus verdugos? ¿Son esos los bienes, los goces, y las delicias que envidian los hombres? ¿Mentirán los apóstoles para alcanzar semejantes ventajas en esta vida y conseguir en la otra un suplicio eterno, justo castigo de una mentira sostenida en el nombre mismo de Dios? Y ademas ¿en qué podian fundar esta mentira? ¿Qué esperanza racional tenian de hacerla pasar? Tratábase de hechos públicos, que cada cual podia examinar, y convencer de impostores á los que los propalaban.

Dícese tambien que todos los apóstoles no sufrieron la muerte. — Sin duda se quiere hablar de S. Juan; pero todos se ofrecieron á ella: ¿qué mas puede pedirseles? Fuera de esto Clemente de Alejandría testifica que todos murieron por las iglesias que fundaron: el antiguo autor de la epístola á los filipenses bajo el nombre de S. Ignacio les da el mismo testimonio; y esta es una de las tradiciones constantes del cristianismo.

No fueron interrogados en sus causas sobre los hechos de Cristo, porque nadie ponia en duda estos hechos públicos y universalmente reconocidos; pero en el fondo se trataba de los mismos. Las acusaciones de supersticion, impiedad, magia y blasfemia que los judios y paganos entablaban á porfia contra la religion naciente, se dirigian todas á los milagros, acciones y palabras de

Jesucristo. En este punto insistian los apóstoles, y esta era la cuestion. ¿Por qué se arredraron siempre los judios y paganos? ¿Por qué no aceptaron el combate en este terreno?

¿Se procede de buena fé cuando se nos objetan estas palabras de S. Lucas: «Esta secta es contradicha en todas partes?» Si, es contradicha en cuanto á la doctrina; pero no en cuanto á los hechos.

Mas se insiste todavía: si los milagros de Cristo referidos en el Evangelio fueran verdaderos, todos los judios instruidos hubieran abrazado la religion cristiana; pero solo los creyó la plebe vil, ansiosa de fábulas en todos los paises é incapaz del mas leve exámen por su ignorancia. Todas las historias antiguas estan llenas de fábulas, y la misma historia evangélica descubre bastante en esto su orígen mitológico. Todos los paganos instruidos la combatieron, y muchos cristianos no la admitieron. Estos dos hechos importantes se prueban evidentemente con los fragmentos de obras paganas que nos han conservado los antiguos apologistas, y con la conducta de los primeros herejes que se presentaban como *los reformadores de los apóstoles.*

Los magnates judios no creyeron porque estaban dominados de las pasiones, la cólera, la envidia, el odio, y sobre todo porque los cegaban sus preocupaciones. Apartaron los ojos de la verdad por no verla, y en esto no hicieron mas que anticiparse á la multitud de incrédulos que hoy practican lo mismo. Pero esta incredulidad de las clases distinguidas de la nacion judaica ¿no tuvo alguna excepcion? No hay duda que sí, y en esto especialmente peca la objecion de nuestros adversarios: Jairo, Nicodemus, Zaqueo, Lázaro, José de Arimatea, Crispo, Sostenes, principe de la sinagoga, el elocuente Apolo y el mismo S. Pablo no eran hombres del pueblo. Ademas bastando tener ojos y oidos para cerciorar-

se de la verdad de los milagros en que se apoyaba la religion naciente, los hombres del pueblo eran testigos tan competentes y fidedignos como los mas instruidos. ¿Qué hombre no hace el exámen de que se supone incapaces á aquellos, antes de abrazar una doctrina opuesta á los placeres y á las pasiones, y cuya profesion pública acarrea casi inevitablemente la pérdida de los bienes y hasta de la vida?

Se dice que la historia evangélica está llena de fábulas como todas las historias antiguas; pero en aquella se trata de hechos públicos ejecutados á la vista de todo un pueblo y referidos por autores fidedignos, que fueron testigos oculares de ellos como S. Juan y S. Mateo, ó que los escribieron por la relacion de aquellos mismos testigos, como S. Marcos y S. Lucas. Sin duda que en el dia es antigua la historia evangélica; pero ¿lo era entonces? Y aquella época en que florecian las letras y la civilizacion estaba en su auge, ¿puede compararse á los tiempos de fábulas, de ignorancia y de obscuridad que envuelven á los pueblos en su orígen? Nosotros os mostramos los testigos oculares y fidedignos de los primeros milagros del cristianismo: mostradnos vosotros los testigos de esas fábulas que nos objetais. ¿Qué escritor las ha visto? ¿Quién es el que al contarlas carga con toda la responsabilidad de ellas?

Los paganos instruidos cerraron los oidos á las predicaciones de los apóstoles y despreciaron la nueva religion. Pero los Sergios Paulos, los Dionisios Areopagitas, los Clementes de Roma, los Hermas, los Ignacios y otros muchos distinguidos por su cuna, riquezas y saber, cuyos nombres encontramos en la historia eclesiástica del siglo II, ¿eran ignorantes? Si los magnates judios no quisieron creer por odio, envidia etc., ¿qué extraño es que unos paganos instruidos, pero corrompidos por los deleites y el lujo, hinchados con su reputacion de

sabios, y avaros de riquezas y de honores rechazasen la verdad, supuesto que rechazándola satisfacian todas sus pasiones?

Los herejes no admitieron la historia evangélica, y se presentaron como los reformadores de los apóstoles. Sí, en cuanto al dogma y á la disciplina: no, por lo que mira á los hechos y su realidad. Y en esto los herejes de los primeros siglos hallaron y hallan imitadores en los protestantes, los biblistas y sobre todo los racionalistas, que prefiriendo su propio sentido á la autoridad de la iglesia han incurrido en absurdos sin número como lo probaremos en su lugar.

Insisten los racionalistas y nos dicen: los escritores sagrados cuentan hechos cuyas circunstancias suelen dejar mucho que desear bajo el respeto de la fidelidad de los testigos: confunden los sucesos y el juicio que de ellos forman: siguen la tradicion y componen fábulas: cuentan como milagros unos acontecimientos que tienen su orígen en las leyes de la naturaleza: por fin confiesan sin hacer distincion alguna entre los milagros verdaderos y los falsos que la verdad de la doctrina no depende de la autoridad de los milagros, sino que por el contrario no se puede juzgar de los milagros hasta haber juzgado de la doctrina: reconocen que los prodigios obrados por Jesucristo y los apóstoles, lejos de mover á los espectadores á creer, los endurecieron mas bien en la incredulidad, y que esta es la causa principal por qué fué crucificado Jesucristo. ¿Cómo pues se quiere que estos prodigios que no pudieron producir la fé en los que los vieron, la produzcan en nosotros despues de transcurridos tantos siglos? Jesus no quiere que le crean por sus milagros, y promete otros mayores que deben obrar sus discípulos; lo cual no concuerda muy bien con otros pasages del Evangelio. La creencia de los milagros como sucesos sobrenaturales daña á la justa idea que

nos formamos de la virtud, y destruye la santidad misma de la ley moral. Así todos estos hechos referidos en la Biblia solo deben admitirse como hechos naturales dispuestos de cierto modo por la Providencia para conseguir sus fines. Por eso vemos que Cristo no los da como pruebas de la verdad, sino como un medio de hacer impresion en la multitud y atraerla á aquella.

Tales son las objeciones de nuestros adversarios, unas sofísticas, otras absurdas, las mas sin el menor fundamento en los pasages mismos de la Biblia que indican en su apoyo; y de todas puede decirse que son hijas descaradas de la mala fé y de la mentira. Pero respondamos á ellas.

Vosotros decís que á veces dejan mucho que desear las narraciones del Evangelio bajo el respeto de la fidelidad de los testigos; pero los apóstoles cuentan lo que vieron ó supieron por testigos oculares, y su relacion lleva la marca de la franqueza, de la sencillez y de la buena fé. ¿Sois vosotros los únicos á quienes no ha persuadido ese admirable candor? Realmente hariais mal en envaneceros de esto.

Los apóstoles, añadís, siguen la tradicion y de consiguiente componen fábulas. Y ¿por qué? porque explican los escritores sagrados por el espíritu mismo de estos escritores y segun el sentido que siguió toda la antigüedad. ¡Qué cargo! Vosotros sí que componeis fábulas, ó mas bien las soñais en todas partes: vuestro orgullo insensato busca en las santas escrituras lo que no hay ni puede haber.

Decis que los evangelistas presentan como milagrosos unos acontecimientos naturales. ¿Hablais por ventura de la resurreccion de la hija de Jairo ó de la curacion del ciego de nacimiento? ¿Tan naturales son en vuestra opinion estos sucesos? Resucitad los muertos, restituid la vista á los ciegos de nacimiento: no os queda otro me-

dio de probar la verdad de vuestra objecion; y no creemos que le empleeis tan pronto.

Decís tambien que los apóstoles y Cristo mismo no dan los milagros como pruebas de la verdad ó mas bien de la divinidad de la doctrina que enseñan. ¿A qué viene mentir tan gratuitamente? ¿Quién os obliga á ello? ¿No vemos que Jesucristo opone sin cesar sus obras maravillosas á los judíos como testimonios convincentes? En vano atormentais el sentido de nuestros libros santos para que digan lo contrario de lo que dicen: hasta los pasajes que no os avergonzais de indicar en apoyo de vuestra opinion, ó no vienen á la cuestion, ú os condenan. Por ejemplo este: «¿No creeis, dice Jesucristo á los judíos, que yo estoy en mi padre, y que mi padre èstá en mí? Creedlo á lo menos por las obras que hago. En verdad, en verdad os digo que el que crea en mí, hará las obras que yo hago y las hará mayores porque yo voy á mi padre.» Este otro, en que Nicodemus se dirige á Cristo en estos términos: «Maestro, sabemos que eres un doctor enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los prodigios que haces si no está Dios con él.» Este otro, cuando dice Cristo acerca del empedernimiento de los judios: «Si yo no hubiera hecho entre ellos obras que ningun otro ha hecho, no serian culpables.» ¡Y nos indicais estos pasajes tan claros y tan decisivos contra vuestra opinion cabalmente para sostenerla! ¿Qué diremos de vuestra buena fé? ó mejor ¿qué no diremos de vuestras mentiras?

Si uno hubiera de creeros, los milagros han producido la incredulidad en vez de producir la fé. ¡Mil veces desdichados aquellos en quienes produjeron este efecto! Por lo demas las palabras solas de Nicodemus que acabamos de citar, bastarian para condenaros, si por otra parte no estuviera demostrado invenciblemente que ningun judio se convirtió antes de haber visto algunos milagros.

Ultima reflexion: ¿no sabeis que una cosa es estar convencido, y otra convertirse? Esta es una verdad que se halla en lo íntimo de muchas conciencias: tal vez si la buscais la encontrareis en la vuestra.

Decís que los milagros que no determinaron la fé de los que los vieron, no pueden determinar la vuestra. Acabamos de probar que solo las pasiones vergonzosas, como la cólera, la envidia, el odio y la codicia, habian cegado á vuestros antecesores: ¿os confesais culpables de las mismas pasiones? llevando el nombre de cristianos ¿quereis ser contados entre los verdugos de Cristo? Las dificultades que objetais contra el milagro de la resurreccion, prueban por lo menos que semejantes á los judios le perseguís despues de muerto lo mismo que en vida. Pero examinemos estas supuestas dificultades.

El testimonio de los apóstoles no basta por sí segun dicho vuestro para probar la resurreccion de Cristo, porque eran sus discípulos y amigos. Unos no pueden considerarse sino como testigos sueltos, porque estaban esparcidos por todo el mundo: otros no vieron el hecho que afirman, y nos le transmiten en virtud del testimonio de otro y por tradicion.

Para dudar del testimonio de los apóstoles, responderé yo á los incrédulos, es menester dudar de su probidad, y aun vosotros no os atreveis á llegar hasta ese punto. Hablais de la amistad de aquellos á su maestro; pero ¿podia inducirlos esta amistad á mentir sin ningun provecho propio, ó por mejor decir con detrimento de sus bienes, de su honor y de su vida y con la íntima certeza de no ser creidos si realmente era falsa la cosa que afirmaban? Decís que su testimonio es un testimonio aislado y dado á largas distancias uno de otro: asi no se pudo cotejarlos y ponerlos en contradiccion: ese sin duda es vuestro pensamiento. Mas por desgracia vuestra está probado que los apóstoles antes de salir de Jerusa-

lem y esparcirse por el mundo testificaron pública y solemnemente de la resurreccion de Jesucristo delante de toda la sinagoga. La ocasion era preciosa para convencerlos de mentira: ¿por qué no se aprovechó?

Añadís que muchos de los autores del nuevo testamento no vieron los hechos y los escriben por la tradicion. Sin duda hablais de S. Pablo, S. Marcos y S. Lucas. Pero Pablo atestigua que Cristo se le apareció despues de su resurreccion: Marcos era el discípulo é intérprete de S. Pedro: Lucas acompañó á S. Pablo en todos sus viajes: lo que escribieron lo habian oido de viva voz á los otros apóstoles y discípulos que lo habian visto ¿Llamais ya una tradicion esta relacion de un testigo ocular á otro hombre en el acto mismo de hacerla? A lo menos ciertamente no es una fábula, que segun vosotros mismos necesita largas generaciones para formarse.

Continuemos sin embargo y no dejemos nada sin respuesta. Decís que los discípulos ignoraban que debiera resucitar Jesucristo: dudaron despues del suceso que fuese cierta la resurreccion: no creyeron el testimonio de las mujeres que afirmaban haber visto á Cristo, y Tomas no creyó el de los otros apóstoles. Por último se notan muchas contradicciones en la historia de Jesus resucitado.

Ninguna de estas objeciones sufre el examen. En efecto esta ignorancia de los discípulos sobre la resurreccion de su divino maestro, con que se arguye, provenia únicamente de que no entendian aun el sentido de las escrituras: *nondum enim sciebant scripturam*, dice S. Juan.

Algunos de ellos dudaron mas ó menos tiempo de la verdad de la resurreccion; pero no dudaron todos, y sobre todo ninguno dudó siempre.

La conducta de los apóstoles con respecto á las santas mujeres y la de Tomas con los apóstoles prueba contra nuestros adversarios que no eran á lo menos tontos, ni crédulos. Sabido es el pensamiento de S. Gregorio el Grande sobre este punto: *Plus enim nobis Thomæ infidelitas ad fidem, quàm fides credentium discipulorum profuit.*

En cuanto á las contradicciones que se nos objetan en las narraciones evangélicas, está probado hace mucho tiempo hasta la última evidencia que son simplemente aparentes y de ningun modó ciertas y reales. El solo exámen atento de las circunstancias de tiempo, lugar y personas con respecto á las diferentes apariciones las desvanece todas al instante.

Objetase ademas que muchas circunstancias tienden á persuadir que la resurreccion de Cristo no fue mas que un delirio de la imaginacion de los apóstoles que siempre tenian presente á su maestro. Así ellos mismos *creian ver un espíritu*: así los discípulos que iban camino de Emmaus no le conocieron mas que en la fraccion del pan: entró en el cenáculo estando cerradas las puertas, y María Magdalena no pudo tocarle. Todas estas circunstancias raras, juntas á las apariciones súbitas y sucesivas que hallamos referidas en el Evangelio, ya bajo una forma, ya bajo otra, unas veces como caminante, otras como hortelano, casi demuestran la ilusion.

Veamos las respuestas á estas objeciones. Si, los apóstoles en el primer movimiento de sorpresa y espanto, no concibiendo cómo habia entrado su maestro en el aposento sin abrirse las puertas, le tuvieron por un espíritu; pero cuando dejó que á su espacio le examinaran con sus ojos y le tocaran con sus manos, le conocieron tan bien, que no titubearon nunca despues, ni variaron en el testimonio que dieron de él; y sabido es con cuánto valor padecieron por sostenerle.

Jesucristo resucitado no quiso que los dos discípulos

de Emmaus le conociesen al pronto: no quiso que María Magdalena le tocase: entró en el cenáculo con las puertas cerradas: escogió cierto modo de apariciones sucesivas y de diferentes especies para instruir á los suyos: todo esto prueba su poder; pero ¿prueba que su resurreccion sea falsa, ni siquiera dudosa?

Los apóstoles, se añade, pudieron ser engañados de otro modo: pudieron tomar por una resurreccion verdadera una fingida. En efecto quizas no habia aun muerto Cristo cuando le desprendieron de la cruz los dos discípulos de que nos habla Juan. El mismo Pilato manifestó su admiracion de que hubiese muerto tan pronto. Luego pudieron llevarsele vivo José de Arimatea y Nicodemus, curarle las heridas y cuidarle, y manifestarse despues Jesus á sus discípulos como si hubiera resucitado. Los guardas puestos en el sepulcro no destruyen esta duda: pudo fingirse el enterramiento, y los sacerdotes y fariseos sellar el sepulcro vacío.

¿Con que Cristo, diré yo, padeció en público y á la vista de sus mas encarnizados enemigos: ademas del suplicio horroroso de la cruz recibió una lanzada de un soldado romano en el costado; y todavía se quiere que los discípulos le desclavasen vivo del madero santo?

Pilato, admirado de que hubiese muerto tan pronto el Salvador, niega la entrega del cuerpo á los que le piden, y llama al centurion, testigo de todas las circunstancias del suplicio. Preguntado el centurion responde que Jesus está muerto; y este testimonio de un testigo ocular que basta á Pilato, ¡no basta á nuestros adversarios!

José de Arimatea y Nicodemus pudieron fingir que le enterraban, y los sacerdotes y fariseos engañados con este artificio pudieron sellar un sepulcro vacío.— Todas las circunstancias de la narracion evangélica demuestran plenamente la falsedad de la primera suposi-

cion; y en cuanto á la segunda ¿quién se figura que los sacerdotes y los fariseos, despues de solicitar con tan vivas instancias el permiso de Pilato para poner una guardia en el sepulcro con el objeto paladinamente confesado de impedir cualquiera fraude, fuesen á sellar aquel sin cerciorarse de si estaba vacío?

Pero todavía se insiste diciendo: ¿por qué no pidieron los apóstoles á Pilato los testimonios jurídicos de la resurreccion de Cristo, á fin de que mostrados por ellos á todo el universo probasen donde quiera la verdad de aquel suceso, y obligasen á creer á los mas incrédulos? ¿Por qué no se persuadió el sanhedrin aun con el testimonio de los soldados? ¿Por qué Jesus resucitado no se mostró á toda la nacion, siendo asi que durante su vida habia dado el milagro de su resurreccion como la señal mas evidente ó mas bien como el signo expreso é infalible de la divinidad de su mision?

¿Por qué no pidieron los apóstoles á Pilato los testimonios jurídicos?—Porque los apóstoles lo esperaban todo de Dios y nada de los hombres. Y ciertamente, piensen lo que quieran nuestros adversarios, los milagros que hacian en nombre de la resurreccion de Cristo, probaban mucho mas la verdad de esta que los testimonios jurídicos cuya autenticidad hubieran podido poner en duda los hombres.

¿Por qué no se persuadió el sanhedrin?—Nosotros creemos que lo estuvo plenamente. En efecto lejos de castigar á los soldados por su descuido los sobornó á fuerza de dinero para arrancarles un testimonio falso. Cuando los apóstoles testificaron públicamente la resurreccion de su maestro, en vez de perseguirlos aquel y castigarlos como violadores de los sepulcros, se contentó con prohibirles predicar la nueva religion, que hacia recaer sobre la cabeza de los judios la sangre de Cristo crucificado. Otra prueba de esta conviccion del sanhe-

drin es la conversion de una multitud de sacerdotes al cristianismo.

¿Por qué Jesucristo resucitado no se mostró á toda la nacion? — Porque no quiso; y de este no querer no tiene que dar cuenta á nadie. Ademas el testimonio público de la resurreccion de Cristo que daban los apóstoles á los judios, y los milagros que hacian en su presencia, bastaban para convencer á todo hombre de buena fé.

Habiendo llegado á las últimas objeciones de los racionalistas contra el gran milagro de la resurreccion, recordamos primeramente su método fraudulento de citar sin cesar la sagrada escritura indicando solo los capítulos y versículos sin tomarse el trabajo de probar que es verdadero el sentido que le dan. Algunos ejemplos bastarán y sobrarán para demostrar que así al fin como al principio de esta discusion sus únicas armas son el sofisma y la mentira impudente. Vengamos á las pruebas. En la narracion evangélica, dicen ellos, no hay nada que pruebe la naturaleza gloriosa del cuerpo de Jesucristo despues de su resurreccion, y en apoyo de esta asercion gratuita citan los capítulos XXIV de San Lucas y XX de S. Juan; pero en ellos refieren los dos evangelistas que Jesucristo se apareció y desapareció de repente: que entró enmedio de los discípulos estando cerradas las puertas; y que subió á los cielos. Si estas acciones imposibles para el hombre no demuestran que el cuerpo de Cristo despues de su resurreccion era un cuerpo verdaderamente glorioso y dotado de los dones que enumera el Apóstol en su primera epístola á los corintios; no vemos que pueden significar. Luego es una mentira impudente lo que dicen nuestros adversarios, esos hombres que se proclaman á sí mismos sabios é ilustrados, y podemos aplicarles aquel pasaje de Isaias: «Nuestra esperanza está en la mentira, y la mentira es nuestro apoyo.»

Casi todos los evangelistas, dicen en otra parte, concuerdan en confirmar la relacion de la resurreccion de Jesus..... —*Casi todos* es otra mentira: debió decirse todos. Que nos muestren la excepcion con que arguyen; pero no pueden.

Los racionalistas no se cansan de mentir, y yo me canso de tachar sus mentiras. Citaré otro ejemplo, y estoy seguro que bastará para que se edifique completamente el lector en esta materia. Dicen los racionalistas que Jesucristo no anunció su futura resurreccion en términos formales; y aun suponen que anunció abiertamente lo contrario; y de esta ignorancia de los discípulos deducen su desconfianza de la muerte del Señor y la obstinacion de Tomas, que no quiso creer hasta haber tocado con sus manos las cicatrices de las llagas. Pero basta leer los pasajes siguientes para convencerse de que Jesucristo predijo su muerte y resurreccion, no una sola vez, sino muchas y en términos formales, y sobre todo que los discípulos tenian noticia de esta prediccion: «Resucitó, dice el ángel á las santas mujeres, *como os lo dijo*, no está aqui: id, decid á sus discípulos y á Pedro que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis *como os lo dijo*. No está aquí: resucitó: recordad *cómo os habló* cuando todavía estaba en Galilea diciendo: «Es necesario que el hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y crucificado, y que resucite al tercero dia; y ELLAS SE ACORDARON ENTONCES DE LAS PALABRAS DE JESUS.» En otra parte habla el Salvador mismo á sus apóstoles en estos términos: «HÉ AQUÍ LO QUE YO OS DECIA cuando todavía estaba con vosotros: que era menester que se cumpliese todo lo que se ha escrito de mí en la ley de Moises, en los profetas y en los salmos.» Asi reune Jesucristo y hace concordar sus propias predicciones y las profecías del antiguo testamento. Asi reconocen los evangelistas unánimes y en los mis-

mos términos que les habia predicho su suplicio, muerte y resurreccion; y sin embargo lo niegan los racionalistas. Y ¿con qué fundamento? Es imposible descubrirlo. Mas con la conviccion de una mentira tan escandalosa ¿quién querrá en adelante dar fé á sus palabras? ¿quién no despreciará esa supuesta ciencia de nuestras santas escrituras con que ellos mismos se honran?

CAPITULO II.

La excelencia y santidad de la doctrina evangélica prueban invenciblemente que la mision de Jesucristo es divina y sobrenatural.

Cuando un hombre nos propone en el nombre de Dios una doctrina que en la teoría y en la práctica es digna de Dios, del hombre y de la sociedad; cuando esta doctrina encierra dogmas superiores á toda sabiduría humana; cuando abraza todos los deberes de la ley natural, y manifiesta al hombre el modo y los medios de cumplir aquellos sin dejar lugar al error; cuando no solamente rechaza los vicios, sino que nos descubre tambien su orígen, y nos facilita los auxilios necesarios para arrancarlos de raiz de nuestros corazones, si queremos; cosas todas que no ha imaginado jamás, ni podido siquiera imaginar ningun filósofo; ¿no puede decirse del hombre que nos propone esta doctrina, que en efecto ha recibido su mision de Dios? Pues tal es la doctrina que nos propone Jesucristo en nombre de Dios. Vamos á probarlo.

1.º Jesucristo no nos muestra á Dios solamente como un ser supremo y perfecto, sino tambien como el padre mas tierno: nos muestra los hombres como hijos de este mismo y único padre, que componen una sola

familia, unidos con el vínculo fraternal de la caridad, obligados á la verdad á rendir homenaje y pagar tributo á los príncipes, pero por conciencia y como á Dios mismo, cuyos representantes sobre la tierra son los príncipes, y sin ningun sentimiento de temor.

2.º Todos los dogmas que nos enseña, se encaminan á dar una idea mas sublime de Dios y un conocimiento mas profundo de la condicion humana. Asi el dogma del pecado original que inficionó á todos los hombres, supone el dogma de la Encarnacion ó la redencion, este el de la Trinidad de las personas subsistente en una misma naturaleza divina; y estos tres dogmas reunidos explican de un modo admirable el orígen del género humano, su caida ó la pérdida de su dignidad primitiva, manifiestan en todo su esplendor la justicia y la bondad de Dios, y suministran asi el fundamento mas seguro en que podemos apoyarnos para seguir, amar y cumplir nuestros deberes.

3.º Jesucristo los abarca todos en su enseñanza. Despues de sentar que el hombre fue criado por Dios y para Dios, le enseña á amar á este Señor sobre todas las cosas, y á amar á su prójimo por Dios como á sí mismo, y bajo este nombre de prójimo comprende á un tiempo á todos los hombres, amigos ó enemigos, propios ó extraños. Asi el amor ó la caridad en la doctrina evangélica es, por decirlo asi, como un fluido universal, que penetrando todo el cuerpo social riega y fecunda juntamente á todos y cada uno de sus miembros. Este amor es como una cadena admirable cuyos eslabones son los hombres, y cuyo remate está en Dios. De este principio tan fecundo se derivan todos nuestros deberes, cuya verdadera naturaleza solo Cristo nos ha enseñado y explicado, ya en el maravilloso discurso de la montaña, ya en la multitud de máximas llenas todas de una sabiduría verdaderamente divina y de una cla-

ridad y sencillez tan penetrantes, que no hay hombre, de cualquiera condicion que sea, que no pueda comprenderlas y santificarse conformándose con ellas en su conducta y costumbres.

4.º No se contentó con mostrarnos nuestros deberes, sino que añadió los motivos mas eficaces, asi para excitarnos á cumplirlos, como para hacernos temer su transgresion. Como la mayor parte de los hombres ignorantes y casi bárbaros no pueden hallar en el amor cristiano un motivo suficiente para resistir á sus pasiones; Jesucristo les señaló recompensas eternas para los buenos en la otra vida y castigos eternos para los malos. Por último dando el ejemplo con la leccion se presentó él mismo como un modelo perfecto y acabado de todas las virtudes, y para nuestra instruccion sufrió con admirable dulzura las angustias, dolores y adversidades que nos oprimen en este mundo por todas partes (1).

(1) Este carâcter inimitable de nuestro divino maestro es un argumento de grandísima fuerza á favor de la divinidad de su mision. Aunque expuesto muchas veces nunca lo ha sido con tanta elocuencia como en el siguiente pasaje de Rousseau. «¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! exclama el filósofo ginebrino: ¡qué gracia persuasiva en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de ánimo, qué agudeza y qué precision en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad y ostentacion? Cuando Platon pinta el justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crímen y digno de todos los premios de la virtud, pinta á Jesucristo lineamiento por lineamiento: la semejanza es tan patente, que todos los santos padres la han advertido, y no es posible equivocarse. ¡Qué preocupado y ciego es menester estar para atreverse á com-

5.º Para destruir los vicios descubrió su orígen, y nos le mostró entero en ese amor desordenado que cada hombre siente á sí mismo, y en esa propension á las cosas sensibles, que hacen que cada hombre se prefiera á los demas y se deje llevar de su propio sentido. A este amor propio que produce todos nuestros males, opo-

parar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates que moria sin dolor y sin ignominia, sostuvo fácilmente hasta el fin su papel; y si esta muerte fácil no hubiera honrado su vida, se dudaria si Sócrates con todo su talento fue mas que un sofista. Dícese que inventó la moral: antes de él la habian practicado otros, y él no hizo sino reducir á lecciones los ejemplos de aquellos..... Pero Jesucristo ¿dónde habia tomado entre los suyos aquella moral elevada y pura, de que él solo ha dado lecciones y ejemplo? Del seno del fanatismo mas furioso se oyó la mas sublime sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honró al pueblo mas vil del universo. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que puede desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, befado y maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que puede temerse. Sócrates, al tomar la copa del tósigo, bendice al que se la presenta llorando: Jesus enmedio de un suplicio horroroso pide por sus encarnizados verdugos. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Diremos que la historia del Evangelio se inventó al capricho? No se inventa asi...... En el fondo esto es apartar la dificultad sin destruirla: seria mas inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubieran forjado este libro, que el que uno solo haya dado materia para él. Ningun autor judio hubiera hallado jamás ese tono ni esa moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan sorprendentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que su héroe.»

ne Jesucristo el odio y abnegacion de sí mismo, inscritos en el misterio de la cruz con caracteres de amor y de sangre. A esa propension á las cosas sensibles que arrastra al hombre, opone el desprecio del mundo y el deseo del cielo en estos términos: «No amontoneis tesoros sobre la tierra donde los consumen el orin y los gusanos, y donde los ladrones cavan y los roban. Amontonad tesoros en el cielo donde no los consumen el orin, ni los gusanos, ni los ladrones cavan y se los llevan; porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazon.»

Para sostener á los hombres en este combate contra las pasiones les prometió el auxilio de sus gracias, fecundas y poderosas, con cuya ayuda no hay cosa tan difícil y ardua en el camino de la virtud, que no pueda el hombre acometer y llevar á cabo. Para este efecto nos ha dejado un sacrificio perpetuo, sacramentos que nos reciben al entrar en el mundo y nos acompañan hasta el sepulcro, en especial el sacramento de la Eucaristía que nos alimenta para la vida eterna con la carne y sangre de Jesucristo, fortifica nuestra flaqueza, y nos pone en íntima comunicacion con Dios.

Tal es la religion cristiana en la teoría y en la práctica; pero voy á dejar á S. Agustin acabar el cuadro, que lo hará mejor que yo.

«Si Platon viviera todavía y quisiera que yo le examinase, ó si durante su vida le hubiera preguntado uno de sus discípulos sobre aquella parte tan elevada y sublime de su doctrina, en que enseña que la verdad es una cosa á donde no pueden alcanzar los ojos corporales, y que solamente se ve con los de un espíritu purificado: que la felicidad asi como la perfeccion de nuestras almas consiste en adherirse á esta verdad eterna: que nada nos aparta mas de ella que el amor de los deleites y las imágenes engañosas, que nos transmiten

las cosas que hieren nuestros sentidos, y vienen á ser el manantial de infinitos errores é ilusiones; que es menester purificar nuestro espíritu para hacerle capaz de ver aquella forma primitiva y aquel modelo inimitable de todas las cosas, aquella belleza eterna que es siempre igual y siempre semejante á sí misma; que no tiene extension en el espacio, ni está sujeta á las vicisitudes del tiempo; sino que siempre es la misma, y sin embargo es tan poco conocida de los hombres, que hasta creen que no es nada, aunque solo ella existe verdadera y soberanamente, porque todas las demas cosas no hacen mas que nacer y morir, pasar y deslizarse, y el poco ser que tienen, le han recibido de aquel ser eterno á quien llamamos DIOS que las ha producido por su *verdad*: que de todas las sustancias que ha criado, el alma racional é inteligente es la única que ha hecho capaz de gozar de la contemplacion de su eternidad, y de recibir impresiones que hermoseándola y perfeccionándola la hacen merecer la vida eterna; pero que cuando el alma se deja llevar de las cosas pasajeras, y se entrega á sus sentidos y á todas las sujeciones inseparables de esta vida mortal, se ciega y debilita hasta creer que es una burla decir que hay una cosa muy real que no pueden alcanzar los ojos del cuerpo, ni las fantasmas de la imaginacion, y que no puede verse sino por la pura inteligencia.

«Si este discípulo de Platon, digo, le hubiera preguntado qué diria de un hombre que consiguiese establecer una doctrina tan elevada en todo el mundo, de suerte que aquellos mismos que no son capaces de comprender lo que ella nos propone, no dejasen de creerlo, y que los que tuviesen bastante energía de alma para desprenderse de los errores y opiniones falsas del vulgo, llegasen tambien á comprenderlo: si este hombre no le pareceria infinitamente superior á

los demas, y no le juzgaria digno de los honores que se tributan á la divinidad. Sin duda que Platon hubiera respondido que no era posible que un hombre hiciese tal mudanza en el mundo, á no ser que Dios mismo por un milagro de su sabiduría y omnipotencia le hubiese sacado de la condicion ordinaria de los otros hombres para unírsele íntimamente, le hubiese iluminado desde la cuna no con instrucciones como las que los hombres son capaces de dar, sino con una efusion íntima de las luces mas vivas de la verdad, y le hubiese enriquecido con tantas gracias, fortalecido con tanto vigor, y elevado á tan alto punto de majestad y excelencia, que despreciando todo lo que buscan los hombres en su depravacion, exponiéndose á todo lo que les causa mas horror, y haciendo á su vista lo que es mas capaz de causarles admiracion, los atrajese á aquella fé tan santa y saludable, tanto con el incentivo del amor como con el peso de la autoridad.

«En vano seria consultarle en cuanto á los honores que deberian tributarse á tal hombre, porque cada cual sabe muy bien los que deberian rendirse á la sabiduría misma de Dios; y que como esta habitaria en aquel hombre, y obrando por él haria entrar á los mortales en el camino de la verdadera salud, es indudable que mereceria honores particularísimos y superiores á todos los que pueden tributarse á los hombres.

«Si todas estas maravillas se han realizado ya; si los escritos y demas monumentos que conservan su memoria, las han hecho célebres en toda la tierra; si algunos hombres escogidos y enviados á todas partes desde el único pais del mundo donde era adorado el verdadero Dios, y donde convenia que naciese semejante hombre, han encendido en todos los ángulos de la tierra el fuego del amor divino por la fuerza de sus palabras y el esplendor de sus milagros; si al partir del mundo

despues de haber establecido asi la doctrina de la salvacion dejaron la luz de estos conocimientos divinos como una herencia á toda la posteridad; y para no hablar de las cosas pasadas que tal vez no creyeran algunos, si en el dia se predica en todo el mundo «que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: en el principio estaba con Dios: todo se hizo por él, y sin él no se hizo nada de lo que se hizo;» si para restituir la fuerza y la salud á nuestras almas y hacerlas capaces no solamente de sostener el brillo de estas grandes verdades, sino de comprenderlas, abrazarlas, amarlas y alimentarse con ellas se dice á las avaros: «No amontoneis tesoros sobre la tierra donde los consumen el orin y los gusanos, y donde cavan los ladrones y los roban; amontonadlos en el cielo, donde ni los consusumen el orin y los gusanos, ni cavan los ladrones y los roban:» á los voluptuosos: «El que siembra en la carne, recogerá la corrupcion de la carne: el que siembra en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna:» á los orgullosos: «El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado:» á los vengativos: «Si recibís un bofeton, presentad la otra mejilla;» y á todos los que por su aspereza y animosidades rompen la union que debe existir entre los hombres: «Amad á vuestros enemigos etc.:» si estas lecciones divinas se dan todos los dias á los pueblos en toda la tierra; si las reciben con respeto y amor; si á pesar del esfuerzo de las potestades que han derramado la sangre de tantos mártires, y las hogueras y otros suplicios en que han perecido, se van multiplicando diariamente las iglesias hasta entre las naciones mas bárbaras; si hoy es tan comun ver que millares de jóvenes renuncian al matrimonio y profesan una castidad perpétua, que ya nadie se admira, en vez que Platon por haber vivido algun tiempo de esta manera temió tanto los resultados que pudieran acarrearle las

falsas opiniones de su siglo, que se dice que sacrificó solemnemente á la *naturaleza* como para expiar semejante pecado; si vemos tan admitidos y respetados en el mundo estos documentos divinos, que en el dia es tan monstruoso combatirlos como en otro tiempo lo parecia el proponerlos; si nadie es admitido á la profesion del cristianismo y á la participacion de los sacramentos sino bajo la promesa solemne de observarlos; si los obispos mandan leerlos y los explican todos los dias al pueblo en las iglesias; si en todas partes se ve á los que se empeñan en observarlos y practicarlos, darse golpes de pecho delante de Dios con los sentimientos de una santa compuncion; si generalmente son tan recibidos y abrazados que las islas mas desiertas y las soledades mas lejanas estan llenas al presente de una multitud innumerable de personas de toda condicion, que habiendo renunciado los honores y riquezas de la tierra se consagran de por vida al servicio del único Dios verdadero; si en las ciudades, en el campo, en los pueblos, en las aldeas y en las casas particulares se ven infinitas personas que procuran apartar su corazon de todas las cosas pasajeras para convertirle enteramente hácia el solo Dios verdadero; y si los hombres de casi todas las partes del mundo responden hoy á una voz á los pastores que los exhortan, que tienen el corazon elevado hácia el Señor; ¿cómo se encuentran todavía hombres que pueden continuar inficionados del mas leve residuo de la antigua levadura?

En otra parte se dirige el santo doctor á la iglesia á quien habla así:

« Vos sabeis formar los hombres con documentos y ejercicios proporcionados á las fuerzas y edad de cada uno: á los niños con instrucciones y prácticas sencillas y fáciles: á los hombres hechos con verdades mas elevadas y ejercicios mas sólidos, y á los ancia-

nos con las luces puras y tranquilas de la sabiduría.

« Vos quereis que las mujeres esten sujetas á sus maridos por una obediencia fiel y casta para ayudarlos en la direccion de su familia y de sus negocios, y para dar hijos al mundo y no para satisfacer la sensualidad.

« Vos dais á los maridos la autoridad sobre sus mujeres no para abusar de la debilidad de su sexo, sino para gobernarlas segun las reglas de un amor sincero.

« Vos sujetais los hijos á los que les dieron el ser, y los manteneis en una especie de servidumbre libre de estos, como el imperio que dais á los padres sobre los hijos es todo de ternura y amor.

« Vos teneis á los hermanos unidos mas estrechamente aun por el vínculo de la religion que por el de la sangre.

« Vos unís por un afecto recíproco á todos los que estan ligados por cualquiera género de parentesco y conexion, y haceis que subsista entre ellas la union de los corazones tanto como la de la naturaleza.

« Vos enseñais á los criados á interesarse por sus amos mucho mas por amor á su deber que por la necesidad de su estado.

« Vos inspirais á los amos benignidad para con sus criados, poniéndoles sin cesar delante de los ojos que Dios es el amo comun de los unos y de los otros; y haceis que se inclinen mas á hacerles bien é instruirlos con bondad, que á castigarlos con dureza.

« Vos no os contentais con unir á los ciudadanos de una misma ciudad, sino que unís tambien á las diferentes naciones y generalmente á todos los hombres, no solo con el vínculo de la sociedad civil, sino recordándoles que descendiendo todos de un mismo padre todos son hermanos unos de otros.

«Vos enseñais á los reyes á gobernar bien á los pueblos, y á estos á obedecer á sus reyes.

«Por último vos enseñais á todo el mundo que se debe honrar, respetar, amar, temer, instruir, exhortar, consolar, reprender, corregir ó castigar, y que aunque no se deba lo mismo á cada uno, se debe la caridad á todos los hombres sin excepcion, y que no se debe jamás cometer ninguna injusticia con nadie.»

Tal es el cuadro rápidamente bosquejado por el profundo ingenio de S. Agustin: ¿quién desconocerá aquí la fuerza de la verdad unida á las gracias de la elocuencia?

Por eso este sistema de religion tan perfecto y acabado en todas sus partes ha cautivado la admiracion hasta de sus mas encarnizados enemigos. En efecto ¡qué conexion, qué continuidad, que enlace! Sus dogmas dependientes los unos de los otros echan primero la basa de todos nuestros deberes: de ahí se enseña toda virtud, me equivoco, la perfeccion de toda virtud, y se prohibe todo vicio, tambien me equivoco, hasta el mas leve defecto. Y ¿qué diremos de los motivos tan eficaces y de los medios tan poderosos que pone en nuestros corazones y entre nuestras manos para obrar el bien y huir del mal? Pero hay mas: establece positivamente el fin último del hombre, que es la gloria de Dios y la bienaventuranza de aquel: desde luego todo se refiere á él, todo se encamina á él; pero con una simplicidad tan sublime y tan adecuada á nuestra naturaleza, que todas las edades y condiciones encuentran la luz y la instruccion que les conviene, y no importa la variedad infinita de las circunstancias en que puede colocarnos la sociedad humana. Tal es pues el sistema de la doctrina evangélica; y su excelencia y santidad demuestran forzosamente que el autor de este sistema es Dios, y por consecuencia que la mision de Cristo es divina y sobrenatural.

Mas ¿á qué hacer tanto hincapie en la perfeccion de la religion cristiana? responden los incrédulos. Nosotros no la negamos; pero sostenemos que en vez de ser útil á la sociedad le perjudica. El cristiano es un hombre perfecto, es decir, un ser privilegiado, y de consiguiente rarísimo. Envileciéndole á sus propios ojos la religion que profesa, sus virtudes no son suyas, y conoce que las debe á aquella sola. Asi la religion por un lado le levanta sobre la humanidad, y por otro le hace inferior por la abnegacion de todo su ser que le prescribe. Es buena para monjes separados del mundo y que viven en la soledad: es mala para los hombres reunidos en sociedad. La autoridad ó por mejor decir el imperio absoluto de los clérigos, las minuciosas y multiplicadas observancias del culto abruman al hombre, y se oponen al adelantamiento natural de la industria y de la libertad: basta para convencerse de esto comparar el catolicismo con el protestantismo. Entre los protestantes la industria y las costumbres públicas estan florecientes: al contrario todo perece entre los católicos. Alli los progresos naturales de la sociedad ilustran á los pueblos: aqui las ceremonias exteriores del culto los mantienen en la ignorancia: allí el comercio sin el cual no puede vivir ninguna sociedad en nuestra época, es libre y está en auge: aqui es despreciado y hasta se halla esclavizado con las leyes severas que ha promulgado y mantiene la iglesia católica contra la usura.

Asi nuestros adversarios, reducidos al absurdo, combaten la religion cristiana porque es perfecta, es decir, porque es divina; pero sin hablar de la experiencia de todos los siglos que prueba que la sociedad civil no ha estado nunca mas floreciente que cuando aquella religion ejercia todo su poder sobre los hombres; sin hablar del desórden y confusion en que sumiria al mundo su desaparicion, la prudencia humana les grita: «Sin la

religion toda potestad política no seria mas que una fuerza ciega y material, supuesto que separada de la razon divina careceria de toda conciencia y por consiguiente de toda justicia. Y aun puede decirse que en este estado completo de violencia y embrutecimiento le seria imposible ejercer la menor accion sobre las inteligencias y conservar algunos momentos de existencia: de donde resulta que cuanto mas respetada es la ley divina á la cual está obligada á obedecer y que constituye su verdadera fuerza, tiene mas razon, conciencia y equidad..... En la religion cristiana es donde ha recibido esta ley su último incremento; luego en las sociedades cristianas es donde la oposicion moral tiene mas fuerza. En esta sociedad está obligada la potestad política, sujeta á preceptos que la obligan como al último de los súbditos, á volver á cada instante, por mas esfuerzos que haga para traspasarlos, á los límites del órden y de la justicia, á practicar las virtudes que de aqui se derivan, y á mostrarse inteligente para mandar las inteligencias.»

Ademas ¿prescribe la religion indistintamente á todos los cristianos la perfeccion que se nos objeta? No, el adversario confunde de intento dos cosas que deben estar separadas, la perfeccion de precepto y la perfeccion de consejo. La primera que consiste toda en la observancia de los preceptos, los cuales en su mayor parte dimanan de la misma religion natural, se liga perfectamente con todos los deberes de la sociedad, como lo prueba la experiencia: la segunda, aconsejada solamente en la doctrina evangélica, accidental y accesoria, por decirlo asi, no es propia mas que de unos pocos; y estos, aunque separados de la sociedad en la apariencia, le son sin embargo real é indisputablemente útiles. Sirven á aquella con el cultivo de las letras, la instruccion de la juventud, la asistencia de los enfermos en los hospitales, las oracio-

nes y el ejemplo; de suerte que solo los enemigos de toda sociedad pueden negar el bien que aquellos hacen, ó despreciarle. ¡Qué diferencia de estos sofistas modernos á los filósofos verdaderos del siglo XVII, aun los protestantes! «Confieso, dice Leibnitz, que siempre he aprobado y admirado las órdenes religiosas, las congregaciones piadosas, las sociedades é institutos de la religion católica. Estas sociedades son verdaderamente una milicia celestial sobre la tierra, con tal que quitados los abusos que se introducen en las mejores cosas y las depravan á la larga, sean gobernadas segun las reglas de sus fundadores y dirigidas por el sumo pontífice al bien de la iglesia universal. ¿Qué cosa mas grande ni mas gloriosa puede haber que llevar la antorcha de la verdad á las naciones mas remotas atravesando las olas del mar, el fuego y las espadas; privarse de la dulzura hasta de la conversacion mas inocente para entregarse sin obstáculo á la contemplacion y meditacion divina de las verdades mas profundas; dedicarse á la educacion de la juventud con la única esperanza de conducirla á la ciencia y la virtud; consolar la desesperacion, socorrer á los enfermos, á los pobres y á los presos, acompañar al infeliz reo hasta el suplicio, y por fin acudir en socorro de todas las miserias de la humanidad, sin que la distancia ni aun el temor de una muerte inminente desvien de este deber, ni apaguen en los corazones la llama ardiente de la caridad? ¿Ignorais estos generosos sacrificios y los despreciais? Pues no teneis mas que una idea vulgar de la virtud, me equivoco, no la conoceis siquiera: medís las obligaciones del hombre para con Dios por esa fria costumbre del deber que se cumple maquinalmente sin zelo, ni calor, sin espíritu, ni verdad.» Asi hablaba y escribia aquel gran filósofo, á quien remitimos á nuestros adversarios.

Acúsase á la autoridad sacerdotal y se le pide cuenta

de los desórdenes que pueden ocurrir en los paises católicos. Esta acusacion es una negra calumnia. En efecto ¿qué exigen los sacerdotes á los pueblos que mas los escuchan? ¿qué les enseñan? La sinceridad, la buena fé en sus contratos particulares, la justicia en el desempeño de los empleos públicos, es decir, el cumplimiento exacto de todos sus deberes sociales. Si se introducen algunos abusos en el ejercicio de esta autoridad, la religion los condena. En cuanto al culto exterior tan frecuente é injustamente combatido no solo se instituyó para honrar á Dios, sino tambien para encender y alimentar la piedad en el corazon de los hombres y unirlos con un lazo mas estrecho. Destruid ese culto, y perecerá tambien la religion, como se ve por el ejemplo del protestantismo que tan pronto ha degenerado en deismo y racionalismo. Se nos ponderan las buenas costumbres de los protestantes; mas algunos observadores exactos y sinceros, apreciadores justos de las cosas, hallan por el contrario que generalmente son malas y corrompidas; y ¡ojalá que asi no fuese, porque el cristiano no puede alegrarse de la corrupcion de sus hermanos extraviados! Objétasenos tambien la situacion floreciente del comercio y la industria en los pueblos del Norte; pero ese es un efecto del carácter é índole de las naciones y de las circunstancias. Los católicos en Inglaterra, Irlanda, Alemania y Francia no son menos industriosos ni menos cuidadosos de sus intereses que los protestantes: en otro tiempo los italianos hacian casi solos el comercio del mundo entero, y en el dia hay una parte de Italia en que la industria y el comercio no tienen nada que envidiar á los pueblos septentrionales. Por último los portugueses católicos fueron en el siglo XVI lo que son los ingleses en el XIX. Luego la religion católica no ataja el vuelo de la actividad de las naciones: las circunstancias son las que

transportan sucesivamente la actividad de la una á la otra.

Pero á lo menos, se añade, la religion católica destruye el amor á las letras y sofoca su cultivo. — Este cargo no solamente es una injusticia, sino la mas negra ingratitud de parte de nuestros adversarios. ¿A quién deben el cultivo general de las letras y la civilizacion creciente de que se vanaglorían como si fuera su propia obra, sino á esa religion santa y en sumo grado civilizadora que persiguen con sus sarcasmos? ¿Quién agotó sus esfuerzos en la edad media para sacar á los pueblos de la barbarie que oprimia á la Europa entera? La religion católica y sus ministros, y sobre todo los pontífices romanos. Asi esos ingratos vuelven contra su madre las armas que recibieron de ella. Si somos sospechosos á sus ojos, les citaremos con gusto un escritor, cuyo testimonio no recusarán sin duda.

«En ciertos hombres, dice el presbítero Gregoire en su Historia de las sectas, es tan ardiente el odio al papado, que quisieran exterminar la Italia porque reconoce al Papa, y apenas perdonan al Tiber que bañe la ciudad de Roma. Estos insensatos hacen responsable al cristianismo de las faltas de alguno de sus ministros. Con este modo de discurrir se proscribirian el oro porque hay monederos falsos, y el desinterés y la sobriedad, porque hay avaros licenciosos. Todas las virtudes serian cómplices de los que las ultrajan. Cuando se abren los ojos para ver el mal, ¿deberán cerrarse para no ver el bien? El cristianismo y sus pontífices fueron, por decirlo asi, el cimento que impidió la disolucion de la Europa en la edad media. El clero no pudo preservarla enteramente de la barbarie; pero á lo menos conservó (y él solo lo hizo) algunas reliquias de la civilizacion antigua: el ministro del Evangelio es el vínculo que pone en contacto las diversas clases de la sociedad:

colocado entre el rico y el pobre apoya las súplicas del necesitado, y ablanda el corazon del que puede dar. El clero es un cuerpo moderador entre los que mandan y los que obedecen. En la época en que algunos potentados sin freno atormentaban á los pueblos, se interponian comunmente los Papas para reprimir los abusos de autoridad, reunian los intereses y las voluntades, y evitaban ó apagaban los disturbios. Roberto Ward en sus doctas indagaciones sobre las leyes atribuye la conservacion del estado social al ascendiente que ejercian los Papas, y á los concilios que reconciliaban á los pueblos por el intermedio de sus obispos; y hasta los príncipes reclamaban la intervencion pontificia. La historia de Jersey y Guernesey da un ejemplo de esto. Por una costumbre establecida de antiguo cuando habia guerra entre Inglaterra y Francia, los habitantes de ambos paises no debian insultarse ni pelear en toda la extension de mar que abarca la vista desde las islas. A solicitud de Eduardo IV el Papa Sixto IV en el año décimo de su pontificado lanzó una bula excomulgando *ipso facto* á los infractores. Juan de Muller, historiador protestante, cree que sin los Papas serian tan extraños para nosotros los conocimientos de los antiguos, como las artes y ciencias de los griegos para los turcos que ocupan su territorio. Mientras que esforzados caballeros se gloriaban de no saber escribir, atendida su calidad de *nobles*; al paso que los barones de Inglaterra pedian á Ricardo II que *ningun villano pudiera enviar su hijo á la escuela*, y le forzaban á revocar las actas de emancipacion; por todas partes se erigian escuelas monásticas que conservaban el fuego sagrado, y de alli salian rayos de luz.»

Está visto que hasta nuestros enemigos nos defienden en caso necesario. En cuanto á la imputacion de despreciar el comercio y sujetarle con la severidad de

algunas leyes, que se hace á la iglesia, es otra calumnia. En efecto la iglesia católica no prohibe el comercio en lo que tiene de bueno, justo, honesto y útil: lo que prohibe es el lucro inmoderado y usurario, y en esto es útil al mismo comercio y á la sociedad entera, á quien preservaria si sus preceptos fuesen escuchados, de la mala fé y de la rapacidad de aquellos hombres que especulan con la miseria y angustia de sus hermanos.

Pero se insiste diciendo: El cristianismo envilece el entendimiento del hombre, confunde su razon y encadena su cuerpo. Y ¿en qué viene á parar su libertad? Sometido el cristiano á una religion que le muestra la tierra como un valle de lágrimas y propende sin cesar á desprenderle de esta, es en realidad un cautivo. Su padre verdadero está en el cielo, y para unirse á él es menester que abandone á su padre y á su madre, y diga á sus hermanos: « No os conozco. » No hay mas patria que el cielo, y las riquezas que puede adquirir, lejos de abrirle la entrada, se la cierran. Las lágrimas son las que preparan el camino del cielo, y conducen á él los dolores, las privaciones y el desprendimiento de todas las cosas. A vista de semejantes máximas se confunde y es inútil toda ciencia humana. Recomiéndase al cristiano una vigilancia de todas las horas para hacer frente al enemigo que le sitia y anda sin cesar á su rededor como un leon que busca su presa para devorarla. El pensamiento de la muerte no se aparta nunca de él, y los ojos de la divinidad que le persiguen por todas partes, penetran hasta los pliegues mas secretos de su corazon. Todas sus acciones estan escritas por una mano invisible en un libro misterioso que se le presentará en un dia fijo, y el juez supremo no baja jámás de su tribunal. El mas leve error de su entendimiento puede causarle una pérdida irreparable: el menor deseo de una satisfaccion prohibida que le pase por la imaginacion, puede hacer una

herida incurable en su alma. Por último la religion cristiana concede al celibato y á la virginidad los honores que otorga el mundo á la dignidad paterna. Hasta las recreaciones mas inocentes, necesarias á los hombres para pasar una vida honesta y pacífica, no son á sus ojos mas que un tributo deplorable que se paga á las flaquezas de nuestra naturaleza, y de que es cosa gloriosa emanciparse. Se ve pues que la doctrina cristiana envilece al hombre y le hace incapaz de todos los deberes de la sociedad, y sobre todo de la guerra, dejándole absolutamente indefenso contra los temores que le infunden los ministros de esta religion terrible.

De estas objeciones unas son falsas y otras exageradas: muchas recaen sobre doctrinas que tienen su origen en la ley natural y deben admitirse en todo sistema de religion.

En primer lugar es falso que la religion cristiana envilezca el entendimiento humano, confunda la razon y sujete la actividad del hombre. Esta es una acusacion calumniosa, desmentida de siglo en siglo por esa multitud de hombres sabios que ha producido la iglesia de su seno. Nunca han tenido las ciencias y las artes liberales mas nobles progresos que bajo la religion cristiana y católica. Roma, centro de esta religion, ha sido siempre el centro de las artes; y aun hoy vienen los hombres del Norte en tropas á aprenderlas de ella, y de su seno se difundieron aquellas por toda Europa.

Es falso que el cristiano sea cautivo de una religion que no propende á otra cosa que á desprenderle de la tierra. ¿Qué significa la expresion de cautividad? ¿Hablan nuestros adversarios del imperio absoluto de la fé? Mas si la fé exige la sumision de la razon, es solamente en casos en que la razon misma exige aquella sumision. ¿Es uno cautivo porque obedece á su razon?

Ademas el amor es el alma del culto cristiano, y el amor no hace cautivos, sino hombres libres con aquella libertad que es don del cielo. El Evangelio no ha prohibido jamás el uso moderado de los bienes terrenos: solamente prohibe su abuso y prodigalidad: se nos permite el uso de ellos y se nos prohibe la pasion. Y en cuanto á la expresion de valle de lágrimas que se nos acusa aplicamos á la tierra, echad una ojeada en rededor vuestro, y á vista de los males sin cuento que oprimen á la humanidad decid si vosotros mismos no la habeis debido emplear muchas veces.

Es falso que nosotros no tengamos otro padre que nuestro padre celestial, y es falso que para ir á él tengamos que abandonar á los padres que nos dió la naturaleza. Cuando Jesucristo nos prohíbe llamar á nadie nuestro padre sobre la tierra, porque no tenemos mas que un solo padre que está en el cielo, no nos prohibe tributar á los autores de nuestro ser los deberes á que estamos obligados hácia ellos. Tan distante está de pensar en eso, que reprende severamente á los escribas y fariseos porque desatienden estos deberes bajo un pretexto falso de religion. Pues ¿qué quiere darnos á entender con aquellas expresiones? Quiere que en comparacion de los autores de nuestra existencia miremos y llamemos á Dios como nuestro padre por excelencia, porque le debemos mas que á nuestros padres naturales: quiere que en las circunstancias difíciles en que nos vieremos obligados á optar entre Dios y nuestros padres, escojamos á Dios sin titubear; y únicamente en este sentido y en tales circunstancias se nos manda abandonar á nuestros padres y desconocer á nuestros hermanos. Cuando el amor que les debemos, no puede subsistir con el amor que debemos á Dios, debe prevalecer este: pues bien la misma razon admite y aprueba esta distincion.

Sin duda que la verdadera patria de los cristianos es el cielo; pero ¿les quita eso que amen su patria terrena? Y ¿es verdad que la posesion de las riquezas les cierre absolutamente la entrada del reino eterno que deben desear con ardor y hácia el cual se los manda enderezar todos sus esfuerzos? No, no son las riquezas (el mismo Jesucristo nos lo enseña), las que nos excluyen de la patria celestial, sino el abuso que de ellas hacemos. ¿Cuántos poderosos, cuántos príncipes, reyes y emperadores no ha inscrito la iglesia en el número de los santos? Sin duda es dificil resistir á los peligrosos atractivos de la posesion de las riquezas; sin embargo nada hay imposible con el auxilio de la gracia divina. Por eso S. Ambrosio explicando la doctrina del Salvador dice con verdad: «El crímen no está en los bienes mismos, sino en el abuso que se hace de ellos. Estos bienes estorban á los malos y ayudan á los buenos para ir al cielo. Esto es lo que deben saber los ricos.» No solamente, diremos nosotros, conducen al cielo las lágrimas y los dolores, sino todas las obras de justicia.

Es falso que toda ciencia humana se desvanezca y confunda ante las máximas del Evangelio, con tal que se tomen en su sentido verdadero, y que no se tuerzan malignamente como hacen nuestros adversarios. Por lo demas las obras de tantos hombres grandes que la iglesia cuenta entre sus hijos, responden suficientemente á esta calumnia.

¿Cómo hay valor para objetarnos la vigilancia continua del cristiano contra las emboscadas del demonio, la ciencia infinita de Dios que ve el fondo de nuestros corazones, y la cuenta exacta que debemos dar al tiempo de morir de todas nuestras acciones y pensamientos? ¿No son estas unas verdades que admite todo hombre á no ser ateo? ¿No hacen ellas mas prudentes á los mortales y mas atentos á velar sobre sus inclinaciones para

que no le precipiten en el mal? ¿No le mueven á abrazar fuertemente la virtud? Arrancadlas del corazon donde las puso el mismo Dios, destruidlas, y el hombre no tendrá motivos ni para amar la virtud, ni para detestar el vicio.

Pero se dice que la religion cristiana castiga hasta el pensamiento del mal. Y ¿qué repugna á la razon que el cielo prohiba y castigue este pensamiento malo si el hombre le da acogida y le mantiene con cuidado en su corazon? ¿No es evidente que el hombre complaciéndose en el pensamiento del mal es culpable delante de Dios? Y ademas si se le acrimina por acoger este pensamiento, ¿no se le cuenta como mérito el desecharle? Asi solo exagerando las doctrinas evangélicas ó torciendo su sentido verdadero pueden hallar los incrédulos materia de acusacion.

Tambien se acusa á la iglesia católica por sus doctrinas sobre el celibato y la virginidad; pero ¿rebaja algo la dignidad paterna por enseñar que la virginidad es un estado mas perfecto que el del matrimonio? Al contrario ¿no reconoce que el matrimonio es un gran sacramento? ¿No son estas la doctrina y las expresiones mismas del Apostol? Y ademas las solas luces de la razon ¿no habian enseñado á los paganos lo que Jesucristo nos enseña en esta parte? Sí, la virginidad es un estado mas perfecto que el matrimonio; pero el mérito del uno no quita nada á los méritos del otro. Son dos estados diferentes, ambos buenos y conformes con la ley y la voluntad de Dios.

La iglesia católica, dicen sus enemigos, prohibe hasta las recreaciones mas inocentes. Esto es falso: no solamente las permite, sino que mira como un mérito en sus hijos el difundir á su rededor aquella suave alegría que es propiedad de la verdadera virtud, es decir, de la virtud evangélica.

Negamos pues todas las consecuencias que deducen nuestros adversarios de los principios falsos que han sentado. No, la doctrina cristiana no degrada al hombre á sus propios ojos, ni le hace incapaz de llenar todos los deberes que le impone la sociedad, cualesquiera que sean. No, si prohibe y condena el exceso en todo género, prescribe todas las virtudes públicas y particulares, y da ademas á todos los estados y condiciones los medios mas poderosos de practicarlas. De su seno fecundo han salido en todos los paises y edades hombres del mayor mérito, que han sabido unir los deberes de la religion y de la sociedad civil en los tribunales y en los ejércitos. El mundo entero les ha dado este testimonio. Su vida privada no es menos ejemplar y fecundo en virtudes que su vida pública. ¿En qué se funda la sociedad? En el trabajo. Y ¿qué dice el Apóstol? «Que el que no quiere trabajar, no coma.» ¿En qué se funda ademas? En la puntualidad de cada uno de sus miembros para cumplir escrupulosamente los deberes de su estado. «Si alguno, dice el mismo apostol, no cuida de los suyos, y particularmente de los de su casa, ha renunciado á la fé, y es peor que un infiel» ¿Cómo pues una religion que profesa tales doctrinas, habia de hacer malos ciudadanos?

Pero el verdadero cristiano, se añade, no puede hacer la guerra, porque se oponen sus máximas de caridad universal. Pues Constantino, Teodosio, Carlo Magno, Luis IX, el emperador Henrique, Estevan de Hungría, el príncipe de Condé, Eugenio de Saboya y una multitud de grandes capitanes ¿no supieron conciliar las virtudes cristianas y militares? Estos grandes hombres ¿no son tan ilustres por su piedad como por la gloria que adquirieron en los combates? La religion católica no prohibe la guerra, sino los excesos de ella, el deseo de verter sangre, la sed de rapiña y en espe-

cial ese odio feroz, causa frecuentísima de que los guerreros no vean en sus enemigos unos semejantes suyos.

El ministro del Evangelio, se dice tambien, es un ser formidable. — Pues ¿cuál es su potestad? ¿Qué deberes tiene que llenar? Ningun otro mas que edificar á sus hermanos, procurar la salvacion de sus almas y ser manso y humilde de corazon como su divino modelo. Y ¿qué tiene esto de terrible? Si algúnas veces se ve obligado á aparecer severo, es menester que lo provoquen y nunca lo hace mas que en el último apuro. Por otra parte ¿cuál es el objeto de esta severidad? Siempre y en todas partes el bien del hombre, como resulta evidentemente de la lectura atenta de la historia, con tal que se lea prescindiendo de las preocupaciones inveteradas y de las calumnias de nuestros adversarios.

Pero la influencia de la religion es absolutamente nula para reformar las costumbres. ¿Qué vicio ha destruido en Italia y sobre todo en Roma? ¿Qué ha hecho para mejorar las costumbres en España? Estos dos últimos pueblos estan colocados en el último escalon de la civilizacion europea, mientras que los pueblos del Norte, libres de esta influencia, se hallan en el primero y todavía suben. Luego el espíritu religioso es contrario á los progresos naturales de los pueblos, y lejos de impelerlos á la senda de la civilizacion los detiene por el contrario y los sujeta en el umbral.

Ciertamente, responderé yo con la historia en la mano, que los antiguos legisladores pensaban de muy diferente manera que nuestros adversarios. Para suavizar la dureza de los pueblos, para hacerlos amar el bien, para contenerlos en el deber, ¿qué medio emplearon con preferencia á cualquier otro? La piedad para con los dioses, la religion. Y si de una religion

falsa se consiguieron tan grandes efectos, ¿qué no se alcanzará de la verdadera? Quítese á los pueblos el freno religioso, y al punto volverán á caer en su primitiva barbarie. ¿A quién deben las naciones europeas esa civilizacion que no se avergüenzan nuestros adversarios de oponernos? Al Evangelio. Si los derechos de la guerra son menos crueles; si casi en todas partes se ha abolido la esclavitud, ó á lo menos se regula por leyes mas humanas; si la santidad del matrimonio es respetada públicamente; si la licencia de los teatros es menos insultante al pudor que en otros tiempos; si los circos no se tiñen con la sangre de los gladiadores; la humanidad regenerada lo debe al Evangelio. Apenas hay necesidad de estar instruido para saber cuán profunda y general era la depravacion de los hombres cuando se les apareció el sol del Evangelio. Por eso diremos sin temor de ser desmentidos que aun los mismos pueblos que han corrompido ó desechado la doctrina evangélica, le deben los adelantamientos con que se ensoberbecen, y que sus costumbres son mas ó menos malas segun se apartan mas ó menos de las doctrinas evangélicas.

Sí, la religion ha extirpado de Italia y de Roma todos los vicios que acabamos de enumerar; y siendo aquella ciudad el centro de la religion, su ejemplo ha influido en el mundo entero. Si todos los vicios no han desaparecido de la tierra, ¿habrá de achacarse á falta de fuerza é influencia en la religion? ¿No es mas bien culpa de esos hombres empedernidos en el mal, que no contentos con perseverar ellos mismos en él no omiten diligencia alguna para que los otros perseveren tambien? Cuando el enfermo rehusa el remedio, ¿está bien que se queje del médico que no le cura?

Dícese que la religion no ha hecho nada para la instruccion moral de España. — ¿Se habla de esas lu-

ces falsas y de esa licencia torpe del pensamiento, cuyos secuaces y detestables propagadores son los incrédulos? En ese sentido la religion no ha hecho nada por España y se vanagloría de ello. Pero si por el contrario se habla de la verdadera instruccion, de la reforma real y positiva de las costumbres; á la influencia de la religion debe aquella region fecunda en hombres grandes todos los que la han hecho célebre. Y si ese pais noble ha pagado como todos los demas el tributo á la flaqueza humana, repetiremos que no es culpa de la religion católica, sino de los que se han puesto en el lugar de esta religion. En cuanto á la inferioridad que nuestros adversarios tienen á bien atribuir á España é Italia en punto á la civilizacion, despreciamos esta alegacion que no tiene otro fundamento que un pensamiento impío y perverso.

No es mi ánimo establecer aqui una comparacion odiosa entre los paises del norte y del mediodia de la Europa; con todo diré que aquellos, tan ponderados por la bondad de sus costumbres, se componen de hombres sujetos á las mismas flaquezas que los otros: que no ha de juzgarse por cierta apariencia de probidad muchas veces engañosa, y que el gusano que devora, siempre está escondido debajo de la corteza; y añadiré que las relaciones de los viajeros que han visitado aquellas regiones, no concuerdan de ningun modo con el testimonio ventajoso que dan de las mismas nuestros adversarios: por último que la corrupcion que se echa en cara á Roma y á Italia, es traida las mas veces por hombres del norte; y ¡ojalá que viniesen menos á menudo!

A las objeciones que acabamos de refutar se añaden las siguientes: Jesucristo no trajo nada al mundo que no hubiese tomado ó de la ley de Moises ó de los antiguos sabios de la Grecia. Sus misterios, dogmas y ritos

los tomó de las diferentes religiones paganas; el misterio de la Trinidad, la Encarnacion, la caida del hombre, la rebelion de los ángeles, el bautismo &c. de los judios; el precepto de la humildad, el perdon de las ofensas y el amor de los enemigos de los chinos. Los egipcios y persas le proporcionaron otros. A estos dogmas y creencias no ha sabido la religion cristiana añadir mas que la intolerancia religiosa. Esto es lo único que le pertenece; y ¡cuántos males no ha producido! la llama de las hogueras donde han sido arrojados vivos tantos hombres, el tribunal terrible de la inquisicion, la noche de S. Bartolomé, las guerras desastrosas que han despoblado á Europa y la han puesto á dos dedos de su ruina, la deposicion de emperadores y reyes fallada por los Papas, deposicion injusta que ha ocasionado males innumerables, de que han sido única causa aquellos jefes de la iglesia.

Sí, responderemos nosotros, Jesucristo tomó mucho de la ley de Moises; pero explicándola y perfeccionándola. En efecto no siendo esta ley mas que la sombra, la figura, el tipo y la preparacion del Evangelio debia ser necesariamente obscura é imperfecta en muchas de sus partes. Pero que Jesucristo no haya enseñado nada suyo á los judios, que no les haya prohibido una multitud de cosas que Moises les habia permitido á causa de la dureza de su corazon, es una mentira tan evidente, que nuestros adversarios que de nada se ruborizan, deberian ruborizarse de ella. Ademas la divinidad de la religion de Moises está tan bien probada por la moral que enseña, como la divinidad de la religion cristiana; y no hay otra diferencia entre las dos que la de la aurora al dia. Mas ¿qué diremos de la acusacion de que Cristo tomó sus doctrinas de los sabios de la Grecia, á quienes no vió ni oyó jamás? ¡Pues qué! las máximas de estos filósofos, sus principios

sin órden ni trabazon, mezclados de errores y semejantes á los miembros dispersos de un cuerpo destrozado, ¿habian de haber producido un sistema admirable de religion donde todo está unido, ligado y enlazado con una perfeccion absoluta? ¿Se quieren comparar los dogmas y misterios de las religiones paganas, tradiciones vagas y confusas, conservadas en todos los pueblos y mas ó menos desfiguradas por el error, con los dogmas y misterios del Evangelio, aunque separe á unos y otros una distancia tan grande como la que hay del cielo á la tierra? Asi los incrédulos que niegan que el Evangelio nos enseña dogmas y misterios, hallan despues estos dogmas y misterios en las naciones bárbaras, y afirman que de ellos dimanan los del Evangelio. ¡Qué absurdo! ¡Qué incoherencia!

En cuanto á la intolerancia religiosa propiamente dicha me reservo hablar de ella en otra parte. Solo diré aqui una palabra, que basta para revelar mi pensamiento: el error y la verdad no pueden subsistir juntos.

Queda la intolerancia civil; y á este propósito diré que los crímenes achacados injustamente á la religion se originaron las mas veces de la barbarie de los pueblos y de la ambicion de los príncipes. En efecto la intolerancia religiosa puede muy bien subsistir á lado de la tolerancia civil; y no quiero otra prueba que la multitud de judios que viven tranquilamente bajo la dominacion de los Papas. Al contrario la intolerancia civil que es enteramente distinta de la religion, depende de la índole de los príncipes, de las leyes civiles, de las circunstancias, que ya la excluyen, ya la consienten. Por lo demas conviene observar que los sectarios que nos reprochan nuestra intolerancia, son los mas intolerantes del mundo. Siempre, en todas partes y á la fuerza cuando pueden, ó con la astucia, la calumnia y la trai-

cion cuando les está prohibido el uso de la fuerza, han perseguido y persiguen á los católicos. Si se cuentan las víctimas de una y otra parte, se verá cuáles son los verdaderos perseguidores.

Antes de entrar en la discusion de los hechos hay que enunciar algunas reflexiones generales. «No se debe hacer cargo á una doctrina, dice un autor célebre de nuestros dias, mas que de sus consecuencias legítimas, y no de las que pueden deducir las pasiones de los hombres; y aplicando este principio á la religion, advertiremos que en esto como en todo lo demas es muy superior á todas las teorias humanas por los caracteres inimitables que la distinguen. La religion excluye toda consecuencia mala, y la excluye con aquella misma autoridad que hace sagrados sus principios; cosa que solamente ella puede ejecutar. Cuando de raciocinio en raciocinio se llega á una injusticia, puede uno estar seguro de que ha raciocinado mal, y el hombre sincero encuentra en la misma religion la advertencia de que ha abandonado el camino recto, porque donde quiera que aparece el mal, aparece tambien una prohibicion ó una amenaza. Luego si los hombres se han aborrecido y destruido entre sí, es fuera de razon achacar la culpa á la verdad revelada; al contrario debe decirse: la propension funesta de los hombres á aborrecerse y á hacerse mútuamente daño es tan fuerte, que para satisfacerla han sabido hallar pretextos hasta en los dogmas y verdades de una religion toda divina, que les impone la regla absoluta y sin excepcion de amarse y ayudarse unos á otros. La religion católica no ha obrado, ni podido obrar jamás de manera que haya sido la causa directa y necesaria de las disensiones humanas. Pero en manos de un furioso todo se convierte en arma. Esas disensiones religiosas que han turbado el mundo, no han ocurrido en paises pacíficos y sujetos al yugo de

las leyes, sino en tiempos bárbaros y en circunstancias en que ardian todas las pasiones. Siempre que se encuentra en la historia un ejemplo de la feliz influencia de la religion, hay que reconocer por fuerza que aquel es un efecto absolutamente propio suyo. Uno de estos ejemplos admirables es *la tregua de Dios*, esa voz de paz y compasion que se levanta entre los gritos de venganza y furor, y separa á los combatientes: esa es la voz del Evangelio que resuena por la boca de los obispos y sacerdotes. Al contrario para explicar las crueldades cometidas só pretexto de religion hay que suponer un tiempo de ignorancia y mala fé, de ferocidad y preocupaciones rencorosas: hay que suponer en los que cometen estas crueldades, designios ambiciosos y ocultos y unas pasiones tan exacerbadas, que ciegan el espíritu y le hacen consentir en lo que proscribe la misma ley que se propone por regla. S. Ambrosio manda fundir y vender los vasos de la iglesia para socorrer las necesidades de los esclavos de la Iliria, la mayor parte de los cuales profesaban los errores del arrianismo: S. Martin de Tours va á buscar al emperador á Tréveris para interceder en favor de los priscilianistas, y tiene por excomulgados á Itacio y los otros obispos que habian inducido al monarca á que se encrueleciera contra aquellos sectarios: S. Agustin suplica al proconsul de Africa por los donatistas, cuyos crímenes son notorios, asi como los sensibles perjuicios que causaban á la verdadera iglesia: «Os suplicamos, dice este grande hombre al proconsul, os suplicamos que no sean condenados á muerte, y pedimos á Dios que se conviertan y se arrepientan de sus errores.» Estos son los verdaderos católicos, y la historia abunda en tales ejemplos.

¿Se necesitan aun otras autoridades para cerrar la boca á los incrédulos? Les citaremos un escritor que sin

duda no recusarán, el célebre Montesquieu. Hé aquí sus palabras sobre esta materia: «Es discurrir mal contra la religion el enumerar en una obra dilatada los males que ha producido, si no se enumeran los bienes que ha causado: si yo quisiera contar todos los males que han ocasionado la monarquía, las leyes civiles y el gobierno republicano, diria cosas espantosas.»

Pero continuemos. Se habla en especial de la inquisicion. ¿Con qué fin se instituyó este tribunal célebre? Para conocer errores en materia de fé, y para evitar que se propagasen é inficionasen á los miembros fieles de la iglesia. Segun las reglas constitutivas de este tribunal, los jueces eclesiásticos instruyen el proceso; pero los jueces seculares, á quien se remiten siempre los reos, aplican la pena: luego el estado es el que los castiga y no la iglesia. Y ¿por qué los príncipes temporales han decretado penas tan severas contra los herejes? Porque la experiencia les ha enseñado bastante que nadie combate la fé y la religion sin una segunda intencion de destruir el trono, ó á lo menos de conmoverle. Ademas es bueno recordar, ya que lo callan nuestros adversarios, que los tribunales de inquisicion en materia de fé son mucho mas severos entre los herejes que entre nosotros. Con la memoria de las crueldades de Isabel de Inglaterra y de las violencias de los príncipes protestantes contra los católicos deberian callar los que nos acusan, si no por amor á la verdad, al menos de vergüenza y confusion. ¿Qué cosas no se han hecho en Dinamarca y Suecia contra los católicos? ¡Con qué furor han perseguido los protestantes anglicanos á los arminianos de Irlanda! Donde quiera que los incrédulos y los protestantes han mandado, han procedido lo mismo. Esa Isabel de Inglaterra, á quien la historia ha marcado justamente con el epíteto de Tiberio femenino, hizo perecer mas hombres en cada un

año de los de su reinado, que el tribunal de la inquisicion de España desde su fundacion hasta nuestros dias. Y sin embargo aunque la inquisicion de España y Portugal era mas bien una institucion política que religiosa, siempre la sacan á plaza los incrédulos, y pasan enteramente en silencio los furores de los sectarios. ¡Qué buena fé y qué justicia! «Jóvenes inconsiderados, exclama con este motivo el conde de Maistre, cuando tomais en la mano algun libro de esos hombres perversos, acordaos que la primera cualidad que les falta es siempre la probidad.»

Se acusa á la religion de la matanza del dia de San Bartolomé; pero ¿mandó ni permitió siquiera la religion aquel crímen político? La corte de Francia ¿suscitó el furor popular contra los calvinistas en beneficio de la fé y por castigar la herejía? No, la venganza del duque de Guisa contra el almirante de Coligny preparó la catástrofe, y la precipitó la esperanza de sofocar de un golpe los disturbios incesantemente reproducidos que sembraban aquellos sectarios de un cabo del reino al otro. Aqui se ven las pasiones de los grandes que ponen en movimiento á la multitud ignorante só pretexto de religion; pero no se ve á la religion. Y ¿no es cosa sabida que algunos sacerdotes y obispos dieron asilo en sus casas á los proscritos y los libraron asi de la rabia de los verdugos?

Las guerras llamadas de religion no tuvieron otra causa que la matanza del dia de S. Bartolomé, como lo confiesa el mismo J. J. Rousseau en su carta al arzobispo de Paris: despues de cuanto hemos dicho basta remitir á ella nuestros adversarios.

En cuanto á la deposicion de los emperadores y reyes por los papas ocurrió en un tiempo y en circunstancias particulares que justifican esta medida. Los sumos pontífices al restablecer el imperio de Occidente

nombraron tales jefes ó príncipes con la expresa condicion de que en todas ocasiones serian los defensores de la iglesia romana. Mas habiéndose convertido los emperadores de defensores obligados que debian ser de ella, en sus mas fogosos y encarnizados enemigos, fueron despojados de su autoridad como infractores del tratado que habian jurado, y segun las reglas del derecho electoral introducido entonces en Europa. Esta deposicion de los emperadores hecha por los papas no traia su orígen de una potestad particular que se arrogaban los papas, sino de la naturaleza misma de las cosas. Ademas es preciso no olvidar que obrando asi los sumos pontífices no pugnaban con las opiniones de su siglo; al contrario se conformaban con ellas. «Si se juzga de aquellas cabezas de la iglesia, dice un autor moderno, trasladándose con el pensamiento á los tiempos en que vivieron, se formará un juicio muy diferente. En efecto hay cosas que suscitarian una justa animadversion en nuestros dias, y que pueden parecer útiles al bien general de los hombres bajo otra atmósfera y en un órden social diferente. A veces es prudencia aplicar remedios extremos á los males extrémos, y para contener los siglos de hierro se requiere en cierto modo una vara de hierro. Estas son las verdaderas lecciones de la historia para cualquiera lector atento y de buena fé.»

La religion no ha sido la causa de las discordias originadas entre las dos potestades civil y religiosa; pero se las imputaban algunos hombres astutos y ambiciosos á fin de que recayeran sobre ella los males que agobiaban á los pueblos, y el odio que estos experimentaban. Mas al juzgar los hechos la sana crítica prescribe que se distinga cuidadosamente y se separe el pretexto de la causa. En efecto muchas veces el pretexto de una guerra ó de un crímen está á la vista de todos,

al paso que su causa real queda oculta y desconocida para los mas. Por otra parte aun cuando fueran ciertas todas las objeciones que acabamos de impugnar, ¿qué resultaria de aquí? Solamente una cosa: que la religion cristiana se compone de hombres que abusan de las mejores instituciones de cuando en cuando. Estos crímenes y otros semejantes provienen de la flaqueza y perversidad de los hombres; pero de ningun modo de la religion que los prohibe y reprueba. Ademas es propio de la malignidad buscar y exagerar el mal y callar el bien; y esa es evidentemente la conducta de nuestros adversarios.

CAPITULO VI.

La propagacion y conservacion de la religion cristiana, consideradas en todas sus circunstancias, dan una prueba invencible de la divinidad de la mision de Jesucristo.

Pongamos esta prueba en toda su evidencia.

Jesucristo predijo que su religion se propagaria por todo el universo, y en menos de tres siglos se cumplió esta prediccion, como lo atestiguan monumentos públicos y auténticos, entre otros la célebre carta de Plinio el joven al emperador Trajano. Sabidas son las palabras de Tertuliano á los romanos: « Nosotros somos de ayer, y llenamos ya las ciudades, los templos, el ejército mismo, el palacio, el senado, el foro; y á vosotros no os hemos dejado mas que vuestros templos.»

Pues ¿qué religion era esta para que fuese tan rápida y general su propagacion? Una religion absolutamente nueva. ¿Qué dogmas proponia? Dogmas impenetrables á la razon humana y contrarios á todas las nociones admitidas, tales como los misterios de la Trinidad, de un Dios hecho hombre, muriendo ignominiosamente en una cruz, y descendiente del linaje aborrecido de los judios. ¿Cuál era su moral? La abnegacion de sí mismo, la humildad, el desprecio de la vanagloria. Sus preceptos aterraban por su austeridad. Declaraba

guerra á todas las pasiones y á todos los vicios: exponia á los que la abrazaban, al odio público y privado: estos eran mirados como los destructores del estado, y no habia plaga ni calamidad que no se les achacase. Asi es que siempre estaban expuestos á la muerte y á las mas crueles privaciones. Y sin embargo entre unas naciones manchadas con los vicios mas torpes y que gustaban de la horrible licencia en que vivian, se propagó tan rápidamente una religion tan severa, sin que ni el orgullo de los filósofos, ni la cólera de los príncipes, ni la crueldad de los sacerdotes pudiesen atajar ni suspender aquella revolucion social que amenazaba arrebatarlos. Por fin ¿qué hombres predicaban la nueva ley enmedio de tantas dificultades? Doce pescadores ignorantes y rudos, unos judios. Por un lado todos los obstáculos imaginables; por otro ningun auxilio, ningun apoyo, ningun medio humano. ¿Qué diremos mas? Que la mano de Dios lo hizo todo.

«Si la propagacion de la religion cristiana, dice S. Agustin, se hubiera efectuado sin milagros; ese mismo hecho seria el mayor de todos los milagros;» y esto es verdad.

Pero ¿qué importa la evidencia para los incrédulos? Estan resueltos á no ver. La propagacion de la religion cristiana, objetan ellos, se explica por un concurso feliz de causas puramente naturales. La reunion de una multitud de pueblos bajo el cetro de los emperadores romanos, el carácter de la filosofía y la disposicion de ánimo de los filósofos en la mayor parte de las sectas entonces reinantes, espíritu de entusiasmo por el misticismo, la soledad y la meditacion, espíritu de menosprecio de las cosas exteriores y de duda con respecto á la religion pagana, eso es lo que propagó la doctrina nueva á paises remotos, é hizo que fuese bien recibida. Ademas tomó incremento con las calamidades del impe-

rio, sobre todo en el reinado de Galieno: los bárbaros que habian asolado y devastado las provincias, la abrazaron en tropas, como lo atestiguan Sozomeno, Teodoreto y Filostorgo. Ademas de estas causas exteriores de propagacion rápida hubo otras interiores de aquel movimiento social, que le eran del todo propias: la disciplina de los primeros cristianos y su método de vida, las ofrendas voluntarias, los presentes y las distribuciones de dinero y víveres entre los nuevos hermanos, los banquetes, los agapes y mas adelante las casas de asilo para los infelices, los hospitales y otros mil establecimientos é instituciones semejantes. Tambien contribuyó mucho la facilidad con que los cristianos admitian en su seno á los criminales de toda clase, y la esperanza que les daban de un perdon fácilmente alcanzado: con cuyo motivo pone Juliano en boca de la misma religion esta amarga ironía: «Que venga á mí con confianza todo violador de mujeres, todo homicida, todo hombre manchado con los mas horribles sacrilegios: yo le lavaré con esta agua y quedará puro; y si vuelve á sus crímenes, haré que le baste para expiarlos nuevamente afeitarse la cabeza y golpearse el pecho.» Por último coadyuvó la fama de los milagros que los cristianos se atribuian la potestad de hacer, sin cesar de ensalzarla; lo cual sedujo á la multitud. Ya pues consideremos el concurso de las causas humanas, ya el carácter particular de la religion cristiana, resulta que esta pudo fundarse y propagarse sin que haya necesidad de recurrir á la intervencion de la divinidad.

Tales son las objeciones de los incrédulos, y el historiador Gibbon con especialidad ha tomado á su cargo el esclarecerlas y darles valor. Veamos cuál es la fuerza de ellas. Las cosas humanas cuyo concurso se pinta tan favorable para la fundacion de la religion cristiana, ¿pudieron producir por sí solas este efecto? No lo creemos

Consideradas separadamente es evidente que no pudieron hacer nada: tomadas colectivamente prueban bien que la divina providencia habia cuidado de arreglar los sucesos de manera que facilitasen la propagacion del Evangelio; pero no prueban que pudiesen mover á los hombres á creer y abrazar la nueva religion con una persuasion tan íntima, que estuviesen siempre prontos á sacrificar por aquella sus bienes, sus padres, su patria y hasta su vida.

Si la reunion de los pueblos bajo una misma potestad facilitaba la propagacion del Evangelio; tambien proporcionaba los medios de sofocarla, sobre todo siendo hostil aquella potestad. ¿De dónde pues proviene que esta situacion política produjo el primer efecto mas bien que el segundo?

Bien pudieron persuadir á algunos el carácter particular de la religion cristiana, su dulzura, su caridad, y hacerlos admitir como verdadera una parte á lo menos de la moral benéfica que enseñaba; pero hacer abrazar á una grande multitud de hombres indistintamente esta moral tan pura, estos dogmas tan severos en toda su integridad á costa de las pasiones mas arraigadas y con peligro de la vida, esto es inadmisible. ¿Por qué los incrédulos atribuyen aquí á la religion un poder que no tiene? Para destruirla. Esto da idea de su buena fé, que es tal que para lograr su objeto no reparan en ponerse en contradiccion con sus amigos y consigo mismos.

El espíritu filosófico de la época, se dice, preparaba los progresos del cristianismo. — Pues ¿por qué, exceptuando algunos platónicos, todos los demas filósofos, y sobre todo los estoicos y epicureos que ocupaban el primer lugar en el imperio romano, se mostraron los enemigos mas encarnizados de la iglesia naciente? Si hubieran tenido alguna inclinacion al cristianismo, ¿le hubiesen combatido con tanto furor y encono?

Los bárbaros que asolaron el imperio romano, abrazaron la nueva fé.—Pero entre los cautivos que llevaban tras de sí, ¿no iban algunos sacerdotes paganos? ¿De dónde procede que los sacerdotes cristianos pudieron convertir los bárbaros á la religion cristiana, y los sacerdotes paganos no los pudieron reducir á la suya?

Nuestros adversarios insisten sobre la santidad del cristianismo, la vida enteramente divina de los cristianos primitivos, sus limosnas ect: esto ya es algo en boca suya, y nos complacemos en hacerlo constar; pero es una fatalidad para ellos que inmediatamente adopten las calumnias del apóstata Juliano, y afirmen con él que aquellos hombres cuya santidad admiran, recibian en su seno los seres mas viles, viciosos y criminales de diversas naciones. Aqui hay una contradiccion patente, de que costaria trabajo á los incrédulos salir honrosamente: asi acudiremos nosotros en su ayuda si quieren. Aquella religion cuyo principio era el amor, no el amor terreno, sino la llama divina de la caridad, llamaba indistintamente á sí todos los malos: ninguno era excluido de su seno; pero eran admitidos con la condicion de despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo segun los preceptos severos del Evangelio, es decir, con la expresa condicion de hacerse buenos. Ahora este precepto tan absoluto y sin cuyo cumplimiento no podia ninguno ser admitido entre los discípulos del nuevo culto, manifiesta bien la divinidad de la religion cristiana; pero no puede mirarse como la causa necesaria de su propagacion. En efecto ¿tan fácil es atraer al bien y á la virtud los hombres perdidos de vicios, devorados de pasiones y empedernidos por el hábito del crímen? ¿Basta la fuerza del ejemplo, por bueno y admirable que este sea, para determinar la conversion del malo? No, se necesita ademas la mano de Dios; y esto solo es lo que explica como los hombres mas viciosos que

abrazaron el cristianismo, brillaron de pronto por la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida á vista de los paganos confundidos. ¿Qué importan las mentiras y calumnias de Juliano el apóstata, supuesto que él mismo en otro pasaje de sus escritos rinde homenaje á las virtudes cristianas arrastrado por la fuerza de la verdad, y propone por ejemplo á los paganos «la bondad de los cristianos para con los extraños, sus piadosas diligencias para enterrar á los muertos y la santidad de toda su vida?»

Dícese que la fama de los milagros obrados en el seno del cristianismo desde el principio y el poder de hacerlos que se atribuian los cristianos, sedujeron á la multitud; pero si estos milagros hubieran sido falsos, ¿cómo habian de haber adquirido una fama tan grande? Y si aquel poder no hubiera sido real, ¿cómo hubiera podido seducir á nadie? Tambien los paganos se atribuian el don de hacer milagros: pues ¿cómo es que los pueblos creyeron á los unos y despreciaron á los otros?

En los primeros siglos de la religion cristiana, prosiguen los incrédulos, el pueblo solo la abrazó; pero el peor argumento, dice Séneca, es el que se saca de la multitud.

Ya hemos citado los nombres de varios judios y paganos, todos distinguidos por su instruccion, nacimiento y riqueza, que abrazaron la nueva fé. Añadamos, una vez que se insiste en esto, los nombres de Policarpo, Ignacio, Ireneo, Justino, Clemente, Ammonio, Orígenes, Arístides, Apolinar, Atenágoras, Cuadrato, Apolonio etc., sin hablar de los tiempos posteriores. Añadiremos tambien Glabrion, magistrado en tiempo de Trajano, Flavio Clemente, consular y primo de Domiciano, y su esposa Flavia Domitila, descendiente del linaje mismo de Augusto. Añadamos los que Tertuliano

cuenta públicamente en palacio, en el foro y en el senado, y los que confiesa Plinio el joven haber encontrado en todas las clases de la sociedad. ¿Bastan estos? Y los incrédulos ¿llevarán á mal que bajo su palabra agreguemos los muchos filósofos que debieron, segun ellos, abrazar la nueva doctrina á causa de la propension al misticismo que era comun á esta con la filosofía que profesaban aquellos?

Ademas tenemos que oponer á esta objecion tantas veces repetida una respuesta de mas peso. La humilde condicion de la mayor parte de los primitivos cristianos se habia predicho expresamente en las profecías del antiguo testamento: luego lo que se nos objeta como un defecto, no es mas que el cumplimiento de una prediccion divina. Para cerciorarse los incrédulos pueden comparar el capítulo LXI de Isaias, v. 1, con el 17 y siguientes del capítulo IV de S. Lucas.

La máxima de Séneca *que la multitud es el peor argumento* no tiene aqui aplicacion. Esta máxima puede admitirse cuando se trata de ciertas verdades especulativas, indiferentes al pueblo, pero en el caso en cuestion ¿de qué se trataba? De que abandonara la multitud una religion que habia mamado con la leche, para abrazar otra nueva, objeto del odio público, enemiga de las pasiones, con riesgo (no nos cansaremos de repetirlo) de perder honra, padres, amigos, fortuna y hasta la vida. ¿Son estas unas verdades especulativas indiferentes para los hombres? Ademas es cosa averiguada que la multitud, el pueblo, la plebe, para hablar el lenguaje de nuestros adversarios, está siempre apegada á la religion que profesa, no importa que sea verdadera ó falsa, mucho mas que las clases superiores de la sociedad, que los sabios y los nobles. Luego si la multitud abrazó la religion cristiana, ó le persuadió la evidencia de las pruebas de aquella religion, ó el auxilio

omnipotente de la gracia divina, ó mas bien estos dos medios cuya fuerza y dulzura milagrosamente reunidas vencieron todos los obstáculos.

Los incrédulos objetan tambien que la religion debe una gran parte á lo menos de sus progresos á las persecuciones de los emperadores cristianos contra el paganismo. —Por desgracia para ellos el cristianismo estaba esparcido por todo el universo antes de la conversion de Constantino, y le profesaban tal vez la mayor parte de los habitantes del imperio. Al contrario el estado del paganismo era tal, que no tuvieron los emperadores mas que abandonarle á su decadencia para que se extinguiese y desapareciese por sí mismo.

Este resultado era evidentemente la obra de una mano mas poderosa que la de los emperadores. Constancio que era arriano, promulgó una ley para prohibir bajo pena capital el ejercicio del culto idolátrico; pero en ninguna parte se ve ejecutada. Al contrario despues de Constancio se empeñó Juliano con todo su poder en reanimar la moribunda idolatría; y por mas que digan los incrédulos, es cierto que se encrueleció contra el culto que habia abandonado, no solo indirectamente con las semillas de discordia que él mismo sembró entre los obispos, sino directamente con la fuerza, los destierros, las confiscaciones y la muerte. Muchos de los mártires inscritos en el martirologio romano padecieron bajo el reinado de aquel emperador; y es sabido que S. Gregorio Nazianzeno le echó en cara sus crueldades. Sin embargo ¿cuál fue el fruto de sus esfuerzos? ¿logró, levantando los altares de los falsos dioses con sus manos, restituirles sus adoradores? No, él mismo se queja en su carta á Artemon de no encontrar nadie que quiera volver al culto de los dioses abandonados; y escribe al sofista Libanio que todos sus discursos y exhortaciones á los habitantes de Berea fueron vanos pa-

ra determinarlos á abrazar nuevamente la religion de sus antepasados. Por último Joviniano, sucesor de Juliano, no persiguió á los paganos: Valentiniano los protegió: Valente los trató con dulzura y se encrueleció contra los católicos; y sin embargo apenas se encuentran algunas débiles reliquias de paganismo en todo el imperio bajo los reinados de Teodosio, Arcadio y Honorio, y á fines del siglo V casi se cesa de hacer mencion de este culto.

Todo esto no puede convencer á los incrédulos que no quieren ver ni oir. El paganismo, el mahometismo y el protestantismo, dicen ellos, se propagaron á largas distancias con la mayor rapidez: luego la propagacion de la religion cristiana, por rápida y extensa que haya sido, no es una prueba de su naturaleza divina y sobrenatural. Esta propagacion se explica tan bien como la de cualquier otra religion por el amor á la novedad á que son apasionados todos los hombres, y por el ejemplo de los príncipes. Asi no hay necesidad de recurrir al milagro.

El milagro, respondemos nosotros, no está en la rapidez misma de la propagacion del cristianismo, sino en las circunstancias en que se efectuó este grande acontecimiento. La comparacion que establecen los incrédulos, cae por su basa. En efecto ¿qué extraño es que las supersticiones paganas, apoyadas por un lado, en las pasiones é inclinaciones de una naturaleza corrompida y por otra en la autoridad, el poder y las leyes de los príncipes, invadiesen y llenasen el mundo entero? ¿Qué extraño es que el islamismo, secta acomodada á las pasiones y preocupaciones existentes, se haya propagado con rapidez por medio del alfange y de la matanza, sobre todo cuando los dos pueblos en quienes hacia sus conquistas, habian llegado al último grado de aniquilamiento de resultas de sus guerras contínuas? En

cuanto al protestantismo nadie ignora que el concurso reunido de diversas causas habia preparado los ánimos para esta innovacion hacia mucho tiempo. Ademas se trataba de una reforma que atraia á los hombres con la esperanza de mayor licencia en las costumbres y en la disciplina, que abria la puerta al robo y expoliacion de los bienes eclesiásticos, objeto general de envidia para los príncipes y para muchos particulares, y que se apoyaba principalmente en razones y motivos de ambicion política. Añado que hay mucha diferencia entre la introduccion de una religion nueva, de todo punto contraria á la antigua, y el cambio ó mejor la corrupcion de una religion bajo pretextos falsos, como fue la reforma luterana. Ademas hay que distinguir entre el luteranismo propiamente dicho y el protestantismo. El luteranismo se extendió poco, y circunscrito á límites estrechos se dividió bien pronto en numerosas sectas: el protestantismo, siendo simplemente negativo, no expresa mas que *una gran desercion* y no *una difusion* propiamente dicha.

Para apoyar la objecion que vamos combatiendo, se nos oponen el amor á la novedad, natural al corazon humano, y el ejemplo de los princípes. La novedad de la religion cristiana, lejos de coadyuvar á su propagacion, era por el contrario el motivo que impedia á los paganos el abrazarla: sin cesar le reprochaban esta novedad, y este fue el mayor obstáculo que tuvo aquella que vencer. Si el ejemplo de los príncipes pudiera probar alguna cosa, seria solamente que en los primeros siglos de la iglesia debian los paganos despreciar, aborrecer y perseguir la religion cristiana lejos de abrazarla.

Pero no basta haber sentado que la propagacion del cristianismo es milagrosa: es menester probar que no lo es menos su conservacion; para lo cual la exami-

naremos rápidamente bajo todos sus aspectos y en todas sus circunstancias.

Jesucristo, el salvador de los hombres, el Dios todopoderoso, no solamente predijo la propagacion de su religion, sino su conservacion: predijo que subsistiria hasta la consumacion de los siglos, y que nunca seria dado á las puertas del infierno prevalecer contra la iglesia que fundase S. Pedro. ¿Se ha cumplido esta profecía? En este caso la conservacion de la religion es una prueba, no menos evidente que su propagacion, de la naturaleza divina de su fundador. Y aqui para quitar toda ambigüedad advertimos al lector que entendemos por religion cristiana únicamente la comunion católica, que es la sola cuya conservacion hace brillar la luz del poder y de la accion divina, como hemos demostrado.

Los mismos obstáculos que se oponian bajo el punto de vista humano á la propagacion de la religion cristiana, se oponian evidentemente á su conservacion. Recordemos estos obstáculos. El principal sin duda fuera de la dificultad de sus dogmas es la guerra que declara indistintamente á todas las pasiones: por eso debió combatir perpetuamente á dos enemigos, si me atrevo á expresarme asi, el interior y el exterior. En los tres primeros siglos de la iglesia católica sus enemigos exteriores fueron los paganos que ejercieron horribles crueldades contra ellas; crueldades que reprodujo y refinó Juliano con su astucia y perfidia: en los siglos siguientes el cristianismo tuvo que combatir á los persas y mahometanos. Los enemigos interiores cuyos omnímodos esfuerzos para derribarle y destruirle son notorios, son primeramente las sectas casi innumerables de herejes, que habiendo nacido con la religion de Jesucristo se han sucedido unas á otras de siglo en siglo hasta el protestantismo y sus hijos los anabaptistas, los socinianos, los cuákeros, los unitarios, los bíblicos y los raciona-

listas. Despues vino la multitud de cismáticos, novacianos, donatistas, griegos, albigenses y anglicanos, algunos poderosos por su número, formidables por la proteccion de los emperadores, reyes y príncipes, antes y ahora. Finalmente se siguen los apóstatas manifiestos ú ocultos, que despedazando el seno de su afligida madre le hacen una guerra no menos larga y cruel: jansenistas, deistas, ateos, seudo-políticos y otras mil sectas secretas y tan numerosas que es imposible nombrarlas. Sin embargo no podria perdonársenos que omitieramos las sociedades secretas diseminadas en Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, y que con diversos nombres, hermanos, iluminados, carbonarios etc., se encaminan al mismo fin, el aniquilamiento de la religion cristiana; para lo cual no perdonan esfuerzos, ni dinero, ni calumnias.

Pues estos enemigos, ya sueltos, ya reunidos, la han acometido sin descanso, unas veces abiertamente y á la fuerza, suscitando horribles persecuciones contra sus ministros, otras por medio de la pluma y de la imprenta, buscando argumentos contra su verdad, no solo en la Escritura y en los monumentos eclesiásticos, sino en la historia antigua y moderna, la cronología, la física, las matemáticas, la astronomía, la medicina, la geologia, la escultura, la pintura, la poesía; de suerte que no hay quizás un solo ramo de las ciencias humanas y de las artes liberales de que no hayan abusado y hecho armas para dar los golpes mas funestos á la iglesia.

En fin todas las sectas, cualquiera que sea su nombre y los motivos de su disidencia y mútuo odio, se han unido siempre que se ha tratado de combatir la religion católica, y siempre han mantenido estrechas conexiones con los enemigos interiores de la iglesia; de suerte que la destruccion de esta es el único objeto que

se llevan y han llevado en todas ocasiones los unos y los otros. Contra ella se han reunido constantemente los paganos, los herejes, los cismáticos, los incrédulos y los hombres mas perversos; y no han cesado de vomitar las mas negras calumnias contra ella, empeñándose en buscar en la política motivos aparentes para hacerla odiosa ó sospechosa cuando menos á las potestades de la tierra. Contra ella firman tratados, forman sociedades secretas ó públicas, y se obligan personalmente por juramento á no perdonar gastos, ni molestias, ni viajes, ni ningun medio que les parezca propio para aniquilarla. Para dar un ejemplo de la actividad de este odio y de la eficacia de sus medios recordaremos que solo en Francia desde el año 1817 á 1824 se contaban ya 2.741,400 volúmenes impresos de las obras de Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot etc., sin hablar de 600,000 esparcidos en las bibliotecas del siglo XVIII; y en el año 1827 ascendia el número de estos volúmenes á 5.000,000.

Y ¿qué resistencia opone la religion católica contra tantos y tan enconados enemigos? Nacida de humildes principios, abandonada en diferentes lugares á sus propias fuerzas ha visto muchas veces que sus mismos hijos, que hubieran podido socorrerla, la abandonaban indiferentes: otras sus enemigos haciendo una guerra sorda se introducian en su seno y le despedazaban; y otras privada de todo auxilio humano ha quedado sin autoridad sobre sus hijos ni comunicacion con ellos.

Apenas se ven privados el paganismo y las otras sectas de los auxilios exteriores que sostienen su vida; apenas experimentan la mas leve adversidad; caen y perecen mas temprano ó mas tarde, y no dejan otra cosa que la infamia de su nombre en el libro eterno de la iglesia. De estas sectas unas no han podido sostenerse ni aun con todos los esfuerzos de los reyes: otras divididas en fragmentos infinitos é incomprensibles,

por decirlo asi, diferentes en un todo de lo que eran en su origen, han muerto interiormente, y el resto de vida que al parecer conservan aun, le deben á las pasiones políticas que las engendraron y les sobreviven.

Al contrario la iglesia católica, aunque ha tenido que sostener una guerra perpetua contra enemigos interiores y exteriores; aunque ha sido puesta á prueba de la espada y de la calumnia, de la barbarie y de la ciencia, de la pintura, de la escultura y de la imprenta ligadas contra ella; aunque ha estado sujeta á todas las vicisitudes de una larga serie de siglos, unas veces abatida, otras triunfante; cada dia ve caer á sus enemigos, mil á su derecha, diez mil á su izquierda; y mientras se levantan otros para perecer como los que los precedieron, ella siempre la misma, siempre victoriosa, fuerte con sola su fuerza se parece á un rio caudaloso que cuanto mas se aparta de su origen, mas abundantes aguas lleva; porque al paso que corren á desaguar en ella las naciones convertidas á la fé, abriendo su seno á las dispersiones de Israel, ella acoge indistintamente á sus enemigos de las diferentes sectas y á sus hijos extraviados que la abandonaron, siempre que busquen la verdad de buena fé y de todo corazon, y deseen ardientemente una doctrina mejor y el tierno cuidado de su madre. Como una ciudad edificada sobre la montaña sirve de señal á los pueblos que levantan los ojos á ella; y con nuevo ardor de caridad y con transportes de maternal alegria corre solícita á recibir á los que vienen y á los que vuelven, hallando en su satisfaccion una recompensa céntupla de las amargas y abundantes lágrimas que derramó por ellos. Como un sol brillante entre las nubes envia sus rayos nuncios de paz á las extremidades de la tierra, hácia aquellos que están sentados en las tinieblas y la sombra de la muerte, para que heridos de esta luz vayan á ella, vean y vivan.

Busquemos la causa de estos efectos tan diferentes ó mas bien absolutamente contrarios. Aqui se trata de hechos que es imposible poner en duda: todas las sectas y supersticiones, aunque sostenidas con auxilios humanos, se disuelven y perecen. Al contrario la iglesia católica, privada á veces de todo apoyo humano y víctima de crueles adversidades, no solamente conserva su vida y sus fuerzas, sino que dilata sus conquistas á largas distancias. Tal es la comparacion que da en los ojos. Pues á no querer ser insensatos es preciso confesar que estas sectas y supersticiones, sujetas como todas las cosas humanas á las vicisitudes de los siglos, perecen naturalmente porque son obra del hombre, y que la iglesia católica, siendo obra de Dios, no puede perecer y vivirá sobre la tierra hasta que transcurrido el curso de los siglos y del mundo sea trasladada al cielo y entone el cántico de la eternidad.

Esta asistencia de Dios á su iglesia está probada sin interrupcion con los dones sobrenaturales y las gracias que brillan en una multitud de sus hijos, con las profecías y milagros que no han cesado jamás en esta iglesia, por fin con esas virtudes que llegan, como se dice, al mas alto grado de heroismo. No ignoramos que los incrédulos, los bíblicos y los racionalistas se burlan de estos dones y los desprecian; pero ¿qué extraño es cuando rechazan las profecías y milagros del antiguo y del nuevo testamento? Estas burlas y este desprecio no destruyen unos hechos incontestables y jurídicamente examinados y probados. La iglesia despues del mas severo examen ha inscrito en cada siglo unas veces dechados de virtudes heróicas, otras milagros y otros dones sobrenaturales en su catálogo de los beatos y santos. Lean los incrédulos esos hechos aprobados por la iglesia: leanlos con el espíritu enteramente despreocupado: comparenlos con los documentos que tienen á

la mano; y entonces si dejan á un lado sus sutilezas y raciocinios falsos, me atrevo á decir que estarán tan ciertos de la verdad de estos hechos milagrosos, como de la providencia particular con que Dios mismo vela en todos tiempos por la iglesia que fundó.

La religion católica, objetan los incrédulos, debe su unidad y perpetuidad al sistema de autoridad en que está fundada, pareciéndose en esto al judaismo y al islamismo. Si han perecido todas las sectas salidas del seno de la iglesia, es porque las personas instruidas las han despreciado, y la potestad temporal las ha perseguido. El protestantismo y el jansenismo han quedado en pie: el primero porque le ha defendido la potestad civil, y el segundo porque nació en un tiempo en que no se destruia ya á los herejes con el hierro y el fuego. Asi la conservacion de la religion cristiana debe atribuirse á una causa puramente natural, lo mismo que la destruccion de las diferentes sectas Nada hacen aqui los milagros y dones que se llaman sobrenaturales, ya porque no merecen creerse, ya porque excitan el fanatismo y son indignos de toda razon cultivada.

Tales son las objeciones que tenemos que combatir. Primeramente respondemos que el sistema de autoridad vigente en la iglesia es obra del mismo Cristo, como lo demuestran las siguientes palabras que dijo á sus apóstoles: «El que no escucha á la iglesia, sea como un pagano y un publicano para vosotros: el que os escucha, me escucha;» y mil testimonios tan evidentes. Es pues absurdo atribuir la conservacion de la iglesia al sistema de autoridad en que se apoya, sin hacer caso de la fuente divina de este sistema y de la proteccion con que le cubre la mano poderosa del Dios que le fundó. De otro modo las sectas antiguas que salvo uno ó dos artículos de fé que desecharon, conservaron íntegro el sistema de autoridad establecido, como

por ejemplo los arrianos, debieran haber vivido y conservadose; y sin embargo han muerto. Al contrario el protestantismo debiera haber perecido inmediatamente conforme al principio que se nos opone, porque desecha toda autoridad. Asi cae evidentemente esta primera parte de la objecion de nuestros adversarios.

Comparase la conservacion de la religion cristiana con la del islamismo y judaismo; mas nosotros negamos que sea exacta la comparacion. En primer lugar el islamismo propagado por la fuerza sola de las armas se ha conservado tambien por la misma fuerza; y lo prueba el que se acrecienta ó disminuye su prosperidad segun es mas ó menos poderosa la fuerza exterior que le protege. Luego no le mantiene y conserva una fuerza interior que le sea propia. Ademas no ha tenido que sostener esas guerras interiores á que estaba sujeta la iglesia católica como acabamos de probar. ¿Cómo pues han de compararse si se va de buena fé? En cuanto al judaismo colocado por la providencia en otro órden, su conservacion hasta que se cumplan los tiempos de las naciones, predicha por los profetas y los apóstoles, es un testimonio público y perpetuo tanto de la perfidia de los judios, como de la divinidad de la religion cristiana.

Las sectas salidas del seno mismo de la iglesia perecieron (sin que lo lleven á mal los incrédulos), porque no eran de Dios. Los otros motivos alegados no sirven de nada, porque si hubiesen sido de Dios, hubieran resistido á todos los obstáculos y salido victoriosas como la iglesia católica que ha tenido que sostener guerras y persecuciones cruelísimas.

Pero se dice que el protestantismo ha perseverado, y que su existencia contradice nuestras máximas. ¡Cómo! El protestantismo no es hoy mas que un nombre: su existencia es enteramente civil y no tiene nada de sociedad religiosa. La política sola le mantiene

todavia. Si no ha perecido, es porque ha apelado á la proteccion interesada de las potestades de la tierra: quítesele esa proteccion, y al instante perecerá y desaparecerá como otras tantas sectas que le precedieron. Ademas la naturaleza del protestantismo es enteramente negativa, y mas bien acusa la incredulidad que la profesion de una doctrina positiva. Dura pues como una desercion general ó apostasía hasta que los hombres se arrepientan y vuelvan á la verdad de que se separaron. Por lo que toca al jansenismo, solo quedan hoy débiles reliquias, y se ve reducido á emplear secretos artificios para derramar su ponzoña.

Asi pues la conservacion de la iglesia católica no se parece en nada á la de estas dos sectas; y si aquella iglesia existe, aunque debiera haber perecido mil veces segun el órden comun de las cosas y todas las previsiones humanas, es porque fue fundada sobre la piedra firme é indestructible contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno.

Los incrédulos que niegan la luz enmedio del dia, y se desdeñan de examinar, aunque sea ligeramente, lo que combaten, ¿está bien que vengan á desechar las pruebas que sacamos nosotros de los milagros y de los demas dones sobrenaturales con que tiene Dios á bien enriquecer á sus santos? ¿Hablamos nosotros de todos los milagros indistintamente? No, únicamente nos apoyamos en los que ha admitido y reconocido jurídicamente la santa sede apostólica. Ahora bien segun hemos demostrado no puede nadie resistirse á creer estos milagros asi atestiguados sin destruir los fundamentos de toda certeza moral, supuesto que los mas se han confirmado con el testimonio de hombres fidedignos. Y aunque nuestra creencia no se funde en esos milagros, es imposible negar que sea un testimonio evidente de la asistencia de Dios á la iglesia, en cuya honra se han

obrado. Estos milagros afirman mas nuestra conviccion y nos llenan de un profundo regocijo, manifestándonos que estamos en comunion de fé con aquellos varones poderosos en obras y santidad, á quienes se sirve Dios adornar con tales dones, mucho mas cuando estos dones sobrenaturales solo pertenecen á nuestra iglesia y no pueden hallarse en ninguna secta.

Estos milagros, dicen nuestros adversarios, estos dones sobrenaturales son un manantial de fanatismo. — Por parte de algunos particulares tal vez; pero en la iglesia misma y por su obra expresa es una calumnia. ¿De qué no abusan los hombres? ¿Habrá que desechar el pan, el vino y los otros alimentos porque algunas personas los hayan usado inmoderadamente? ¿Habrá que proscribir las monedas legítimas porque corren algunas falsas en el comercio?

Insisten nuestros contrarios diciendo: Si la religion cristiana subsiste por una fuerza divina; ¿de qué procede que se apoya en la potestad de los príncipes? ¿por qué establece tantos tribunales? ¿por qué celebra concilios? ¿por qué busca auxilios y defensores en todas partes?

¿Por qué? Porque la divina providencia no excluye los medios humanos para alcanzar el fin que se propone. Dios nos prometió el pan nuestro de cada dia; sin embargo no debemos esperarle en una ociosa quietud, sino pedírsele todos los dias. En otra parte hemos respondido á la objecion sacada de la potestad de los príncipes y de los tribunales establecidos por la iglesia, y no volveremos á tocar esta materia, porque nos basta repetir que todos estos medios, que han sido inútiles á las otras sectas para vivir y conservarse, no hubieran impedido tampoco la muerte de la iglesia católica si Dios mismo no hubiera protegido su causa.

CAPITULO VII.

El testimonio de los mártires cristianos considerado en todas sus circunstancias prueba invenciblemente que la mision de Jesucristo es divina y sobrenatural.

Jesucristo no solo predijo la propagacion, incremento y conservacion perpetua de su religion, sino tambien las persecuciones presentes, futuras y continuas á que estarian expuestos sus discípulos, la constancia y fortaleza con que las sobrellevarian, y su victoria definitiva. Escuchémosle: «Si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido á mí antes que á vosotros. — Os echarán de las sinagogas, y se acerca la hora en que cualquiera que os haga morir, crea ser acepto á Dios. — Vosotros tendreis grandes tribulaciones en el mundo; pero confiad, yo he vencido al mundo. — Vosotros sereis testigos por mí en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra. — Hé aqui que yo os envio como ovejas enmedio de los lobos..... Estad prevenidos contra los hombres, porque os harán comparecer en sus juntas, y os azotarán en sus sinagogas, y sereis conducidos ante los magistrados y los reyes para darme testimonio ante ellos y ante las naciones. Y cuando os hagan comparecer, no os apureis por lo que habeis de hablar y decir:

en aquella misma hora os será inspirado lo que habeis de decir; porque no hablais vosotros, sino el espíritu de vuestro padre habla en vosotros..... No los temais pues.»

Hemos citado estas palabras del Evangelio para probar por un lado que las persecuciones fueron predichas con todas sus circunstancias de auxilio divino, firmeza y victoria en los que las sufrian, y por otro para confirmar el objeto mismo del martirio, que no consiste en la afirmacion de opiniones ó sentencias que haya en nuestra alma, sino en el testimonio de hechos exteriores y sensibles que uno ha visto con sus ojos, ú oido con sus oidos. En efecto el hombre, quien quiera que sea, no puede testificar seguramente mas que hechos de esta clase. Y por aqui se demuestra que solo la religion cristiana, mas aun, la iglesia católica sola ha podido y puede tener mártires, porque solo esta iglesia, instituida y fundada por Cristo, puede ser un testigo ocular y auricular de él á causa de la sucesion no interrumpida de hombres fidedignos, que prueban con su testimonio lo que el Salvador hizo y enseñó, y lo que nos transmitieron los apóstoles.

La fuerza de este argumento que nos proponemos desentrañar aqui, no consiste enteramente en el martirio considerado por sí solo, es decir, en la sola pena de muerte sufrida por los testigos, sino en la causa misma del martirio y en las circunstancias que le rodean y favorecen, por decirlo asi. Estas circunstancias principales son seis, y no se encuentran juntas mas que en la religion cristiana: 1.ª la multitud de los mártires y la variedad de sus condiciones: 2.ª la crueldad de sus suplicios y su duracion: 3.ª la fortaleza de espíritu, la constancia, el valor y á veces hasta la alegria manifestada por los mártires: 4.ª la ofrenda espontánea de muchos de ellos: 5.ª la frecuencia y publicidad de los

milagros: 6.ª por fin el efecto mismo del martirio.

La multitud de los mártires del cristianismo se explica y prueba con las leyes asi directas como indirectas vigentes en el imperio romano, que permitian á los gobernadores de las provincias perseguir á los cristianos cuando querian sin mas regla que su capricho. Entre estas leyes hay que contar las de que habla Ciceron, por las cuales estaba prohibido el ejercicio de toda religion extraña en toda la extension del imperio: ni los Césares pudieron abolir estas leyes, como nos lo enseñan Orígenes y Tertuliano, porque se fundaban en la voluntad general. Tales fueron tambien las que se promulgaron contra los ateos y malhechores bajo cuyo nombre se comprendian generalmente los cristianos. Tal era asimismo la ley que publicó Neron, y que nos da á conocer el historiador Suetonio, cuando recordando las acciones de aquel emperador dignas de elogio á su parecer, dice: «Los cristianos, casta de hombres dada á una supersticion nueva y dañina, fueron castigados con diversos suplicios.» Pues esta ley de Neron no fue abrogada jamás. Finalmente de esta clase fueron las leyes de los emperadores siguientes, que eran tantas y tan variadas que el jurisconsulto Domicio hizo materia de ellas para su libro séptimo *Del oficio del proconsul*, y Ulpiano formó de las mismas un título del código de las leyes imperiales.

Pruebase tambien esta muchedumbre casi infinita de mártires con las apologías de Cuadrato, Arístides, Justino, Tertuliano y Atenagoras, que no puede uno leer sin horrorizarse y compadecerse á vista de los horribles suplicios con que eran atormentados los cristianos: pruebase con las palabras mismas de Serenio Graniano, de Tiberanio y de Plinio, que escribian á los emperadores: «No es justo castigar sin forma de juicio á los cristianos que no son reos de ningun crímen.»

Pruebase con las pesquisas irregulares, los clamores repentinos y los tumultos populares, que se vieron muchas veces obligados á sofocar los mismos emperadores; y con la necesidad en que se encontraron los cristianos de esconderse en cavernas, cuevas y otros lugares soterráneos para escaparse de sus verdugos. Por último los escritores asi sagrados como profanos atestiguan unánimemente esta verdad, y no hay otra mejor comprobada en la historia antigua. Asi escribe Tácito que fue martirizada *una multitud infinita* bajo el imperio de Neron. Brucio, citado por Eusebio, refiere que *muchos cristianos* perecieron entre los horrores del martirio en tiempo de Domiciano, y Xifilino, continuador ó mas bien compendiador de Dion, confirma este testimonio de Brucio. Asi Plinio, despues de haber condenado á muerte algunos cristianos, asustado de la *multitud de los que quedan*, y no sabiendo qué hacer, consulta por escrito al emperador Trajano. Asi sin hablar de otros emperadores atestigua Eusebio en diferentes parajes de sus escritos que la multitud de los que padecieron el martirio en tiempo de Diocleciano fue inmensa; y ¿puede nadie admirarse cuando la persecucion decretada por tres monstruos de inaudita ferocidad se extendia, como dice Lactancio, á toda la tierra de Oriente á Occidente si se exceptuan las Galias?»

Los suplicios con que se atormentaba á los mártires, eran exquisitos, quiero decir, los mas crueles que pueda el hombre inventar. Neron mandó untar de pez y resina á los cristianos, y que les pegasen fuego para que sirvieran de hachones por la noche en las calles de Roma. Los gobernadores de las provincias emplearon sucesivamente toros de bronce hecho áscua, planchas de hierro, peines de acero, sarmientos encendidos, potros, tenazas, ruedas de diversas clases, plomo derretido, parrillas puestas en la lumbre etc. Cada uno de

estos gobernadores podia encruelecerse y atormentar á su antojo sin contravenir á ninguna ley; y aquel que sobrepujaba en crueldad, tenia tambien mas favor con el jefe del imperio. Al paso que los edictos generales dados contra los cristianos no ponian ningun límite legal á las crueldades de los magistrados encargados de cumplimentarlos, prometian honores, dignidades, empleos públicos y el favor omnipotente de los emperadores á los que se dejasen vencer en los tormentos y renegasen de su fé.

Y sin embargo innumerables cristianos de toda condicion, edad y sexo, señores y esclavos, enfermos debilitados y achacosos, mujeres flacas, niños tímidos, doncellas temerosas, á quienes era dado optar entre una vida pacífica y una muerte cruel, escogian, no es bastante decir la muerte, sino los mas horrorosos suplicios, los tormentos mas prolongados, y con tal denuedo y con una alegria tan grande, que á veces no podia impedir que ellos mismos se ofreciesen á morir. «Corrian á porfia á aquellos combates gloriosos, escribe Sulpicio: buscaban los honores de un martirio sangriento con mas ansia que algunos ambiciosos perversos de nuestros dias tienen para disputarse las dignidades del episcopado.» Y Lactancio añade: «Mientras que los facinerosos hechos á la fatiga y á los dolores no pueden soportar estos tormentos, y vencidos por los padecimientos dan gritos lastimeros; unos niños, unas mujeres débiles triunfan en silencio de sus verdugos, y ni aun el fuego les arranca una sola queja.»

Muchas veces acompañaban al martirio de los cristianos milagros patentes y públicos, como amansarse las fieras, brillar de pronto luces en los horrendos calabozos, brotar fuentes del suelo etc. La relacion de estos milagros que dejaban pasmados á los mismos paganos, se lee en las actas auténticas de los mártires en

Eusebio, Lactancio y otros autores, cuya veracidad ha sido siempre indisputable.

El fruto de estos mártires fue el acrecentamiento admirable de la religion cristiana, como lo prueban estas palabras de Tertuliano á los magistrados perseguidores: «Atormentadnos, castigadnos, condenadnos, destruidnos: cuanto mas nos diezmais, mas crece nuestro número, y vuestras crueldades inauditas no sirven sino de dar un atractivo mas poderoso á nuestra religion.» Asi lo atestiguan Arnobio, Lactancio y Teodoreto, que usa esta bella y feliz comparacion: «Del mismo modo que cuando unos leñadores armados del hacha talan un bosque, salen de las raices metidas en la tierra retoños en mayor número que los árboles cortados; asi cuantos mas mártires caian bajo la segur de los verdugos, mas veian aumentarse los prosélitos de la religion evangélica. Bien lo llegó á entender el apóstata Juliano, porque como escribe su panegirista Libanio, evitó lo que no podia aprobar, solo porque la persecucion y los suplicios aumentaban la prosperidad de la religion cristiana.

Despues de esta descripcion, aunque rápida y concisa, nos creemos con derecho para concluir en estos términos: Unos hechos atestiguados por muchos y fidedignos testigos, que afirman haberlos visto con sus propios ojos ú oido inmediatamente de los que los vieron, que se obligan por juramento á decir la verdad, que por no hacer traicion á esta sufren la pérdida de su hacienda, el destierro y todo género de males; unos hechos de esta clase, repito, se miran en todas las legislaciones no solamente como indudables, sino como ciertos en el mas alto grado de certeza: es asi que no ciento ni doscientos, sino millares, casi infinitos cristianos han atestiguado en todas las partes del orbe los hechos en que se funda, desde el principio de la reli-

gion y despues sin ninguna interrupcion, y han mantenido la fé del juramento con que los atestiguaban, á costa de sus haciendas y de sus vidas enmedio de los suplicios mas prolongados y crueles que puedan inventar jamás los tiranos mas feroces; luego el testimonio de los mártires cristianos en favor de la religion cristiana es tal, que excede al mismo tiempo los límites de toda prueba jurídica y los de la naturaleza y las leyes.

Aun hay mas: si se considera la flaqueza natural al hombre, se conocerá la imposibilidad, moral á lo menos, de atribuir á una causa puramente humana tan grande valor, tal mansedumbre de ánimo y tal alegría enmedio de los tormentos mas horribles, mucho mas cuando los sufrieron personas de toda edad, sexo y condicion por una larga serie de siglos, y se echará de ver asimismo cuán imposible es que no se hubiesen apartado los otros hombres de abrazar una religion que los exponia cierto de á la muerte mas dolorosa, si no los hubiera excitado la accion secreta y natural de un poder divino. Si á estas presunciones tan fuertes que apenas puede uno eludirlas, se agregan los milagros públicos y mejor comprobados que es posible, obrados con ocasion de estos mártires, cesará toda perplejidad, y habrá que atribuir forzosamente á una intervencion divina, un valor y una firmeza que sin eso serian de todo punto inexplicables.

El martirio de los cristianos, responden los incrédulos, no prueba absolutamente nada, si se puede y aun se debe sentar que tiene por causa la estupidez y el fanatismo, el amor de una celebridad vana ó la esperanza insensata de un bien futuro. En efecto ¿no se sabe que los negros, los japones y otros bárbaros se precipitan desde lo alto de las rocas y se tienden en el suelo para que pasen por cima las ruedas de los pesados car-

ros que llevan sus ídolos? ¿No se sabe que las viudas de los indios se queman con los cadáveres de sus maridos, ya para reunirse con ellos en la otra vida, ya para evitar la infamia? Ademas si la causa y no la pena es la que hace al mártir, como aseguran los teólogos, en cuanto se dice que la religion cristiana es verdadera porque ha tenido mártires, se supone solamente lo que se disputa, y una suposicion no prueba nada.

Respondo á esto que no puede atribuirse á estupidez el martirio de los cristianos, porque está probado que muchos de los que dieron voluntariamente su vida por Cristo, eran hombres igualmente versados en las ciencias y las letras. En efecto la instruccion y la cultura eran generales en el imperio romano en la época en que se encendieron las persecuciones. Ademas no hay nadie tan ignorante y estúpido, que cuando se le da á escoger entre los placeres y los suplicios, entre la libertad y las cadenas, entre la vida y la muerte, no sepa tomar la determinacion conforme á las inclinaciones de la naturaleza; fuera de que las actas de los santos mártires demuestran que derramaron su sangre por unas causas que conocian perfectamente, y de cuya verdad estaban íntimamente persuadidos.

La segunda nota que se pone á los mártires es la de fanatismo; pero no es mas admisible que la de estupidez. En efecto el que está agitado de la exaltacion del fanatismo corre al peligro con una ciega impetuosidad; pero la paz y tranquilidad de ánimo que manifestaban nuestros mártires en los mas crueles suplicios, sus respuestas en que rebosaba una sabiduría divina, las súplicas que hacian por sus perseguidores en el mismo acto del martirio, la ardiente caridad con que abrazaban á sus enemigos mismos, los legados de sus propios bienes que solian dejar á los verdugos que despedazaban sus cuerpos, todo esto á la verdad no da sospechas

de que fuesen víctimas de un furor ciego é impetuoso. Fuera de eso cuando el fanatismo se apodera de los hombres, ni es general, ni durable; y sin embargo en el caso en cuestion debió arrastrar á las personas instruidas é ignorantes, á los nobles y á los plebeyos, á los ancianos y á los jóvenes y hasta las doncellas, y esto por espacio de tres siglos consecutivos. ¿A quién podrán persuadírselo los incrédulos?

El tercer cargo se funda en un vano deseo de gloria de que pudieran haberse dejado arrebatar los mártires cristianos; pero estos sabian que la religion por que morian proscribe todo deseo de esta clase, y que en el mero hecho de ceder á este motivo prohibido perderian todo el fruto de su sacrificio. Muchos perecieron de hambre en las cavernas y bosques: muchos fueron devorados por las fieras, ignorados del mundo entero y solo conocidos de Dios. Eran notados públicamente de infamia, eran asesinados ó quemados muchos juntamente en la completa seguridad de que ni el nombre siquiera de uno de ellos llegaria jamás á la posteridad. Por último temian mas que la espada y la hoguera ese vano deseo de gloria, que no se avergüenzan nuestros adversarios de imputarles.

El cuarto cargo fundado en la esperanza de una ganancia terrena (no importa cuál sea) es mas absurdo todavía. ¿Qué bienes terrenos puede uno esperar cuando la muerte mas cruel va á separarle de todos ellos? En cuanto á la expectativa de bienes futuros ¿quién puede decir que fuese vana? Ciertamente que si los mártires cristianos no hubiesen estado íntimamente convencidos de la divinidad de su fé, no la hubieran firmado jamás con su sangre, porque no ignoraban estas palabras del Apóstol: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fé es vana y nuestra predicacion inútil: si los muertos no resucitan, nosotros somos los hombres mas

desgraciados. Comamos y bebamos hoy, que mañana moriremos.»

Se compara á los mártires cristianos con las víctimas voluntarias de las supersticiones mas insensatas. ¿Qué semejanza hay entre unos hombres que se quitan ellos mismos la vida en el acceso de un furor ciego, y los que padecen la muerte por mano de otro para atestiguar la verdad de su religion? Ademas los mártires cristianos no mueren por una opinion, sino por la testificacion de un hecho cuyos espectadores fueron, ó que supieron de boca de los mismos que le presenciaron. Las víctimas de la supersticion son unos insensatos: los mártires, como lo indica su nombre, son unos testigos sinceros y verdaderos.

¿Caemos nosotros en una peticion de principio, como dicen los incrédulos, cuando subiendo del efecto á la causa fundamos la divinidad y verdad de la religion cristiana, en la que y por la que murieron los mártires, en la multitud de estos, en su valor y en todas las circunstancias de su generoso sacrificio? ¿Es contra las reglas de una sana dialéctica ya bajar de la causa al efecto, ya subir del efecto á la causa? Por otra parte ademas de la prueba que nos suministra el martirio de los cristianos considerado en todas sus circunstancias, se confirman invenciblemente la verdad y divinidad de la religion con pruebas asi interiores como exteriores, sacadas de los milagros, de las profecías, de la santidad de la doctrina de Jesucristo y de otras que hemos expuesto en los capítulos anteriores. Por fin se confirma mas y mas esta verdad con motivos de la mayor fuerza, como la propagacion, conservacion etc. de la religion, que no son mas que el cumplimiento de las mismas profecías de Cristo. Sin razon pues se nos objeta que suponemos lo que se está disputando.

Insisten nuestros adversarios diciendo: todas las re-

ligiones, la egipcia, la pagana, la mahometana, tienen sus mártires, y en el seno mismo de la religion cristiana tienen los suyos los montanistas, donatistas, anabaptistas y protestantes. De ahí vienen los martirologios de los anabaptistas que menciona Bayle, el de los anglicanos, publicado por Fox, y el de los protestantes que ha compuesto Geddesio entre otros. Ademas desde el primer siglo de la iglesia se ha disputado sobre la fuerza del argumento que en favor de la religion se saca de los mártires con que esta se envanece. Y esto debia suceder, porque cuanto mas inflamados estan los ánimos, mas ardiente es el deseo de acrecentar una secta nueva, y mas densas las tinieblas que cubren los hechos concernientes á ella. Asi es que aparecen en los primeros siglos de la iglesia muchos pastores tan notables por su elocuencia como por su fanatismo, que sin duda no dejaban de inflamar por todos medios la imaginacion de las personas sencillas é ignorantes. Por lo demas este primer ardor del martirio se calmó tanto con el tiempo, que la religion cristiana no puede ya darnos el martirio como una prueba de su verdad y divinidad.

Se nos objeta que todas las religiones han tenido sus mártires, y lo concedemos gustosos con tal que nuestros adversarios quieran confesar que estas víctimas de la supersticion no tienen ninguno de los caractéres que distinguen al mártir cristiano. En efecto son pocos esos supuestos mártires que nos oponen los incrédulos: las mas veces no estan unidos entre sí por ninguna comunion de fé ó de religion semejante: combatieron por *su propio pensamiento*, por *su opinion*, mas bien que por la religion, ó á lo menos no fue por atestiguar la verdad de ciertos hechos sino per defender opiniones especulativas ó contemplativas á fin de fundar sus propias ideas en el ánimo de los demas. La mayor

parte perecieron por un justo castigo en razon de los enormes crímenes que habian cometido, sin que tuvieran libertad para evitarle. De este número fueron entre los herejes los donatistas, los anabaptistas y los protestantes en tiempo de Carlos V, en Francia y en otros paises, y entre los incrédulos Cesar Vanini por ejemplo, condenado á muerte por los delitos con que se habia manchado en una vida licenciosa y corrompida. ¿De qué serviria multiplicar estos ejemplos? Tales son mas ó menos los héroes cuyos nombres han escrito los incrédulos en sus fastos. Guardenlos para sí; que nosotros no se los envidiamos. Esos martirologios de la ambicion, la demencia y el crímen no. rebajarán nada la gloria pura y enteramente divina del martirologio verdadero de la iglesia católica.

Tambien se nos objetan las discusiones promovidas en la iglesia primitiva sobre el mérito del martirio. Estas discusiones recaian todas sobre esta distincion, si debe juzgarse del martirio por la pena que sufre el testigo, ó por la causa en cuya defensa se presenta á la muerte. Esta objecion de los incrédulos únicamente es admisible en este sentido que no prueba nada para su tesis; porque al contrario es cosa sentada que el verdadero martirio se ha considerado siempre, asi en aquellos tiempos como en los nuestros, por uno de los argumentos mas fuertes de la divinidad de la religion cristiana: testificanlo los primeros padres de la iglesia, Clemente de Roma, Justino, Ireneo, Cipriano, Gerónimo, Lactancio y otros mil. Basta recordar estas palabras de S. Gerónimo: «Cuando se ve á los mártires de pie delante de sus verdugos sufrir los tormentos mas horrorosos con una firmeza tan invencible, al punto os ocurre la idea secreta de que si el Evangelio no fuera verdadero, no se hubieran hallado jamás hombres que le defendieran á costa de su sangre.»

Los incrédulos no se cansan de oponernos ese furor repentino que se apodera á veces de los hombres y los ciega, esas opiniones extravagantes que ocupan súbitamente la imaginacion de muchos de ellos; pero que se desvanecen y desaparecen casi con tanta rapidez como nacieron. ¿Se halla el cristianismo en este caso? ¿Es exacta la comparacion? El Evangelio ¿ha traido al mundo tinieblas y opiniones extravagantes? Trescientos años de persecuciones no pudieron cansar ni aun un solo dia la constancia de nuestros mártires, y en todo el universo las víctimas vencieron á los verdugos. En cuanto á esos hombres poderosos por su elocuencia, que al decir de los calumniadores inspiraron el fanatismo á los simples é ignorantes, les diremos: ¿con que habia hombres elocuentes entre los primitivos cristianos, y poco há se negaba? Si solo la plebe mas abyecta habia abrazado la fé, ¿cómo es eso? ¿Qué hemos de responder á estas contradicciones? Por un lado que la iniquidad se mintió á sí misma; y por otro que ninguna elocuencia humana es bastante poderosa para determinar á las personas de toda edad, sexo y condicion á sufrir la pérdida de sus bienes, el destierro, los suplicios y la muerte por una larga serie de años.

El ardor del martirio cesó con las persecuciones; pero siempre que se encendieron estas de nuevo, volvieron á aparecer la multitud de mártires. En las necesidades de la iglesia nunca le ha faltado el testimonio sangriento de los mártires. En apoyo de esta asercion ¿habrá que recordar las ilustres víctimas de la tiranía supersticiosa de los emperadores ó de los diferentes reyes arrianos, iconoclastas etc.? Pero ¿por qué hemos de hablar solamente de los tiempos antiguos? Asi como los mártires no han faltado nunca á la iglesia, del mismo modo esta no ha carecido jamás de perseguidores. En los tiempos modernos los mártires del Japon por su nú-

mero y condicion y por la atrocidad de los tormentos son los émulos y los retratos enteramente parecidos de sus ilustres antecesores en esta carrera sangrienta: en Inglaterra é Irlanda millares de hombres, escogidos especialmente en los órdenes del clero y de la nobleza, han sufrido casi hasta nuestros dias vejaciones de toda clase por la fé católica: en Francia á fines del siglo último, segun lo hemos notado ya, un número infinito de católicos, entre los cuales se contaban religiosos, monjas, sacerdotes y obispos, ostentaron un valor y firmeza heróicos en defensa de la misma causa. Por manera que siempre que los enemigos de la iglesia la han combatido, los ha vencido ella y celebrado nuevos triunfos, y cada vez que la acometan, serán vencidos.

Pero los mártires cristianos, dicen nuestros adversarios, no murieron por su religion, y si sufrieron suplicios públicos, fue por los diversos crímenes que se les imputaban, como incendio, ateismo, supersticion maléfica: por ejemplo bajo el reinado del emperador Adriano fueron perseguidos y castigados con ocasion de la secta de los carpocracianos, como incestuosos, antropófagos é infanticidas: por último las leyes imperiales los proscribian como perturbadores del órden público.

Sí, les diremos, ha sucedido algunas veces que nuestros mártires han perecido bajo pretextos aparentes y especiosos; pero no por eso dejaba de ser la causa de su suplicio su fé en Jesucristo. Si se quiere una prueba, léanse los testimonios siguientes. Justino habla á los emperadores en estos términos: «Nosotros pedimos que todo hombre convicto de un crímen sea castigado como malvado y no como cristiano.» Tertuliano por su parte dice: «Ningun cristiano comparece aqui sino como cristiano.» Asi se expresan las actas de los mártires y todas las apologías. Ademas todos saben que bajo

los nombres de ateismo y supersticion maléfica designaban la religion cristiana los paganos obcecados con sus preocupaciones. El mismo Tácito cuenta que el incendio de Roma puesto por Neron sirvió á este de pretexto para perseguir á los cristianos. Las acusaciones de incesto, antropofagia é infanticidio eran puras calumnias; y si dieron márgen á ellas los errores de los carpocracianos ú otras sectas, no tardaron en desaparecer á vista de las doctrinas y ejemplos de la iglesia católica, que los paganos mismos, segun refiere Eusebio, miraban como superior á todas las demas, y siempre la distinguieron de las sectas y cismas que desgarraban el seno de aquella. Otra prueba de que los cristianos no eran perseguidos y condenados sino por la profesion de su fé, es que si consentian en abjurarla, eran absueltos y declarados inocentes de todos los crímenes de que se los acusaba. Finalmente ¿por qué eran mirados como perturbadores públicos sino porque respondian á sus verdugos: Nosotros debemos obedecer á Dios mas bien que á los hombres? Añado que si los cristianos sufrieron suplicios por supuestos crímenes, no corrieron á la muerte, como dicen los deistas, por la esperanza de ganancia temporal, ni por amor de la vanagloria, ni por la ambicion de acrecentar su secta, ni por fanatismo, porque aquella muerte ademas de cruel iba acompañada de oprobio é infamia. ¿Cuál pues era, cuál podía ser el movil que los determinaba á derramar su sangre? Sin duda el amor solo de la verdad; pero de la verdad una, divina y eterna.

Pero muchos, se nos dice, renegaron de su fé en todos tiempos.

Y bien, respondemos nosotros, la apostasía de unos pocos ¿prueba la debilidad de los argumentos en que estriba la verdad de la religion que aquellos tuvieron la desgracia de abandonar? ¿Quién se atreveria á soste-

nerlo? Solo prueba unas veces la flaqueza de los apóstatas, otras su amor á las riquezas, los honores y los deleites; y no pasa de ahí. Ademas en estos combates sangrientos en que se ponen en ejercicio todas las pasiones humanas, la cobardía de los vencidos hace aparecer mas grande la constancia de los vencedores, y demuestra casi por sí sola que esta constancia era divina. En efecto propio es del hombre ser vencido por los tormentos; mas es propio del cristiano el vencerlos. Fuera de esto dos circunstancias prueban incontestablemente que los vencidos lo eran por cobardía contra su persuasion y el grito interior de su conciencia. La primera es que muchos de ellos, despues de recobrar nuevas fuerzas, aparecieron otra vez voluntariamente en la liza sangrienta; de manera que vencidos en el primer combate triunfaron en el segundo. La otra circunstancia es que los lapsos, en cuanto se restituia la paz á la iglesia, se presentaban en tropa á los obispos, acosándolos casi y suplicándolos que concedieran el perdon de su crimen á sus lágrimas y gemidos; y á fin de alcanzar un perdon deseado con tanto anhelo se sujetaban á las pruebas mas duras de una penitencia pública y contínua.

RESUMEN

DE LAS PROPOSICIONES PRECEDENTES Y CONCLUSION.

Importa para terminar resumir todos los puntos de esta discusion contra los incrédulos, á fin de manifestar por un lado la fuerza y enlace de los argumentos en que estriba nuestra doctrina, asi como las consecuencias que tenemos derecho á sacar de ella, y por otro evidenciar con el cotejo de nuestros argumentos y los suyos toda la futilidad de los que emplean contra la religion.

En nuestro primer capítulo hemos sentado que era posible una revelacion divina y sobrenatural, porque no repugnaba en nada ya relativamente á Dios que revela, ya relativamente al hombre que recibe la revelacion, ya relativamente á las cosas reveladas. Sentada esta posibilidad hemos demostrado despues en otro capítulo que existian señales de una certeza absoluta para distinguir esta revelacion divina y sobrenatural de cualquier otra revelacion fraudulentamente inventada por los hombres. Hemos dividido estas señales en interiores y exteriores, apoyándonos juntamente en la naturaleza misma de esta revelacion y en el consentimiento general de todos los pueblos. Hemos dicho que las señales exteriores de su verdad y divinidad son los milagros y profecías justificados por los acontecimientos: la señal interior es la santidad de la doctrina que enseña, porque

esta doctrina alcanza al mismo tiempo la gloria de Dios y el bien del hombre. Considerando despues esta revelacion en aquella parte solamente de sus doctrinas que no supera de un modo absoluto las fuerzas de la inteligencia humana, es decir, en la que abraza los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con la sociedad; hemos probado en el tercer capítulo que esta revelacion era no solamente útil, sino hasta de absoluta necesidad moral, y hemos apoyado esta demostracion con tres hechos atestiguados incontestablemente por todos los monumentos históricos. El primero es que no ha existido jamás ni existe nacion alguna, que privada de esta revelacion divina y sobrenatural haya prestado un culto digno á Dios, y no haya caido mas ó menos torpemente en errores groseros contra los principios de la sana moral. El segundo hecho es que los filósofos y sabios de todos los siglos, que adolecian de tres faltas inherentes á su doctrina y personas, no han podido, ni pueden, ni podrán jamás sin esta revelacion apartar á los hombres de sus errores mas groseros y perniciosos, colocarlos en el camino del deber, y mantenerlos en él. Por último el tercero es que la razon humana despojada de todo auxilio extraño no puede presentar motivos suficientes al hombre para contenerle en el deber y sacarle del vicio, aun con respecto á las cosas que le es dado conocer por las luces naturales de la razon.

Sentados estos principios hemos indagado si hallándose los hombres en una necesidad tan grande, los habia abandonado enteramente á sí mismos la bondad divina, ó si habia acudido en su ayuda por medio de una revelacion; é inmediatamente hemos demostrado que Dios no habia faltado á los hombres, sino que enviándoles su Cristo los habia llamado por este á la verdadera religion y á la sana moral. De ahí prosiguien-

do nuestra demostracion hemos puesto fuera de toda duda la divinidad de la mision de Cristo, primeramente con argumentos exteriores, á saber, las profecías y milagros cumplidos por Jesus, en especial su gloriosa resurreccion de entre los muertos, que es justamente el mayor de los milagros y de las profecías y como la confirmacion y sello de todos los demas. Tales son los argumentos exteriores que hemos empleado: en cuanto á los interiores los hemos sacado de la santidad de la doctrina evangélica, que procura la gloria de Dios en el mas alto grado, y cuyo sistema entero es tan adecuado á la naturaleza del hombre, que no deja nada que desear tocante á la utilidad que le trae, ya con respecto á la doctrina, ya con respecto á los motivos, ya en fin con respecto á la sancion; de suerte que es completamente imposible añadir nada á él. A estos argumentos principales hemos agregado otros subsidiarios, si se puede hablar asi, como la admirable propagacion de la religion cristiana, su conservacion no menos admirable y el testimonio de los mártires, el cual considerado en todas sus circunstancias no puede atribuirse mas que á una causa sobrenatural y divina; y hemos añadido que todas estas pruebas juntas tienen una fuerza tan grande, que no puede resistir á ellas ningun hombre sincero y de buena fé, mucho mas cuando encerrando en sí mismos estos tres últimos argumentos (la propagacion y conservacion de la religion y la constancia de los mártires) el cumplimiento de las profecías de Jesucristo, pueden fácilmente enlazarse con los argumentos principales.

Mas una vez que Jesucristo es el fin de la ley; una vez que se refieren á él la ley de Moises y los profetas por los cuales probó la divinidad de su mision contra los judios; ademas una vez que la verdad es necesariamente una, y solo el error puede

oponerse á ella; tenemos derecho para concluir:

1.° Que la mision de Moises y de los profetas de la antigua ley es una mision igualmente divina, y que la doctrina que propusieron á los hombres, la propusieron verdaderamente en nombre de Dios.

2.° Si Jesucristo fue el fin de la ley, y si la ley y los profetas tuvieron su cumplimiento en él; la ley de Moises que no era mas que una especie de preparacion á Cristo, está abrogada hace mucho tiempo; luego los judios se lisonjean con una falsa esperanza cuando esperan al Mesías que vino ya; y resulta tambien que la condicion actual de los judios es una prueba incontestable de su propia perfidia, del cumplimiento de los antiguos oráculos de los profetas y de la divinidad de la religion cristiana.

3.° Luego los paganos, los mahometanos, los deistas, los incrédulos y todos los que estan fuera de la religion de Cristo, se hallan por este solo hecho fuera del camino de la verdad.

4.° Supuesto que las pruebas deducidas de la propagacion de la religion cristiana, de su conservacion y de sus mártires no se hallan mas que en la iglesia católica, y todos estos acontecimientos maravillosos fueron predichos por Jesucristo; es igualmente justo confesar que los herejes no pueden valerse de estas pruebas contra los incrédulos sin perjudicar á su propia causa: es preciso confesar que sola la iglesia católica constituye el cristianismo entero, y que las sectas separadas de ella no presentan mas que fragmentos, reliquias, pedazos: que no pueden prevalerse de los caracteres divinos impresos por Cristo en la religion que fundó; y por último que las pruebas y argumentos que hacen á uno cristiano, deben en el acto hacerle católico.

Analizados los argumentos con que combaten los incrédulos y racionalistas la revelacion divina y sobre-

natural, si se quita la mentira hábilmente dispuesta, las chanzas, las calumnias y todo el vano aparato de erudicion falsa con que las rebozan, se reducen á estos: El hombre se basta á sí mismo como se bastan los otros animales. — Toda revelacion está sujeta á una multitud de errores ó engaños. — Hay revelaciones falsas; luego todas las revelaciones son falsas. — Muchos milagros y profecías son falsos; luego todos lo son. — Muchos hombres han abusado de la religion; luego toda religion debe desecharse. — El paganismo, el islamismo y el protestantismo se han propagado rápidamente, y conservadose por causas naturales; luego estas han producido el mismo efecto en favor del cristianismo. — Muchos hombres de todas las sectas se ofrecieron á morir por fanatismo; luego los mártires cristianos no eran mas que unos fanáticos. — En la religion cristiana se han cometido y se cometen todavía grandes abusos y crímenes; luego la religion cristiana entera no es mas que una gran seduccion y una gran mentira.

Y ¿quién no ve que semejantes argumentos no solo no debilitan las pruebas de verdad y divinidad en que se apoya la religion, sino que ni aun las tocan superficialmente? Porque al fin si la religion cristiana entera no es mas que un hecho, y lo hemos demostrado; es evidente que sus adversarios no pueden destruir este hecho sin derribar antes todos los monumentos que testifican su existencia; mas estos monumentos tienen tan alto grado de certeza, que su ruina, si fuera posible, acarrearia la ruina de la certeza misma.

Hay mas: los hechos de la religion cristiana estan unidos entre sí con un vínculo tan sólido, que admitiendo la verdad y divinidad de aquella se explican fácilmente todos, y al contrario negándola vienen á ser inexplicables, como lo seria un efecto sin causa.

Pero como la duda y la incredulidad estan en con-

tradiccion con la naturaleza misma del hombre; es preciso que los que profesan la duda y la incredulidad, se hagan perpetua violencia á sí mismos, sin que su ánimo inquieto pueda hallar jamás la tranquilidad. Los incrédulos sin duda pueden forjarse ilusiones por algun tiempo, en especial cuando sus pasiones estan en todo su vigor; pero al cabo la razon ha de recobrar sus fueros. Por eso muchos de ellos, cuando su espíritu está libre del yugo de esas pasiones tumultuosas, pesando con calma las pruebas de nuestra religion, vuelven á profesar mejores sentimientos; y de los mas puede decirse que llegados á su última hora y encontrándose de frente con la muerte se echan en los brazos de la religion que despreciaron y ultrajaron en vida. Solo unos pocos son tan empedernidos que perseveran en la incredulidad hasta el último aliento; y estos son ó los menos instruidos, ó los mas corrompidos, que no habiendo reflexionado nunca ó casi nunca en el fin último para que fueron criados, por no ser turbados en la falsa paz de que parece disfrutan, huyen de toda religion con el mismo cuidado que de un reptil ponzoñoso.

Sin embargo avenganse esos desventurados á examinar los fundamentos de la religion cristiana: comparen sus pruebas con los argumentos que le oponen: den de mano á todas sus preocupaciones, como conviene sin duda en materia tan grave, y pidan á Dios las luces que han menester con fervorosas súplicas, con un espíritu humilde y sincero; y volverán ciertamente á aquella religion divina que por su desgracia abandonaron.

SEGUNDA PARTE.

CONTRA LOS HEREJES.

Bajo el nombre de herejes se comprenden todas las sectas (cualquiera que sea por otra parte su comunion ó denominacion particular), que ya en tiempos antiguos, ya en nuestros dias se separaron y separan de la doctrina de la iglesia católica en muchos ó en algunos artículos de fé. Seria sumamente prolijo y apenas posible marcar uno por uno los innumerables errores de todas y cada una de dichas sectas en particular. Por lo tanto la discusion que nos proponemos entablar, debe asentar por basa un principio general de donde todo dimana, digámoslo asi, por sí mismo y sin ninguna dificultad. Mas despues de haber probado incontestablemente la existencia positiva de la revelacion divina contra los incrédulos, ¿qué nos queda que hacer? Examinar si Dios, en el mismo instante que descubria maravillosamente su doctrina y su voluntad á los hombres, abandonó esta revelacion al juicio individual de cada uno de ellos, ó por el contrario si la cometió y encomendó á una sociedad pública, infalible y perpetua establecida por él, para que la conservase é interpretase. Admitida esta última hipótesis falta aun indagar cuál de las sociedades religiosas es la que presenta al mundo los títu-

los legítimos, de donde debe inferirse que le corresponde aquella autoridad divina. En la exposicion natural de estas dos indagaciones se tocan, ilustran y por fin se destruyen todas las objeciones, supuesto que reconocidos por verdaderos estos dos puntos principales no queda ya otro recurso que someterse y obedecer la autoridad infalible establecida por el mismo Jesucristo. Pondremos pues el mayor cuidado en explanar este argumento de una manera clara y sólida, y para conseguir mejor nuestro objeto abrazaremos toda la discusion en una serie progresiva de proposiciones que se enlazan y apoyan mutuamente.

PROPOSICION PRIMERA.

Las razones mas poderosas demuestran que en el órden comun la revelacion divina debe ser defendida y propuesta por una autoridad divinamente instituida é infalible.

Segun los términos mismos de esta proposicion es evidente que no se trata aqui de una revelacion actual ó de una manifestacion actual de ciertas verdades, sino de *una revelacion ya hecha y consignada en libros ó transmitida de viva voz*, en otros términos de la coleccion misma y del cuerpo, por decirlo asi, de una revelacion ya hecha.

Sentadas estas premisas, resalta de la naturaleza misma de la cosa cuestionada la evidencia de la siguiente proposicion: Si una autoridad pública, exterior é infalible no nos propusiera la revelacion divina, nos seria imposible reconocer de un modo infalible la identidad de la misma revelacion, y siempre fluctuariamos en la duda de si Dios habia revelado ó no, si se habia añadido ó quitado algo á la revelacion. Esta duda inevitable se aumentaria tambien y se mantendria con la reflexion

de que todos los ejemplares autógrafos del antiguo y del nuevo testamento habian perecido desde los primeros siglos del cristianismo. Ahora bien como la fé no debe ser menos divina é infalible en el medio por el cual se nos propone, que en su objeto y motivos; es evidente que una autoridad infalible y divina debe proponernos la revelacion.

La misma consecuencia resulta de la necesidad en que está el hombre de determinar el sentido legítimo de esta revelacion. En efecto habiéndose dado esta al hombre para su bien y en su favor, ha debido necesariamente expresarse con palabras y signos para que la comprendiese. Pero las palabras tienen las mas veces diversas significaciones, y expresan pensamientos diferentes y aun á veces contrarios, de modo que presentan un sentido equívoco ó á lo menos sujeto á ambigüedad: de donde se sigue que si no nos fuera propuesta la revelacion divina por una autoridad infalible y que recibe sus poderes del mismo Dios, siempre estariamos inciertos y dudosos respecto del objeto verdadero de aquella revelacion, y siempre se nos ocultarian su sentido real y su inteligencia, sobre todo en los misterios impenetrables á la razon humana en que tan fácil es forjarse ilusion. Asi lo confirma una experiencia perpetua y deplorable en todos aquellos que abandonando la senda de la autoridad se han elegido á sí mismos por sus propias guias. La duda voluntaria en que fluctúan, se ha convertido en una especie de desesperacion. En vano registran asíduamente y sin descanso los libros sagrados en que se contiene la revelacion: á vista de tantas interpretaciones, tan diferentes, tan contradictorias, llevados unas veces de un lado, otras de otro, no saben ya ni lo que deben negar, ni lo que deben afirmar.

Tambien resalta la misma consecuencia de la perpetuidad de la revelacion divina. En efecto esta no se hizo

solamente para los hombres y para el siglo en que apareció en el mundo, sino para todos los hombres y todos los siglos sin exceptuar uno solo. Por lo tanto si no hubiera una autoridad divinamente inspirada, perpetua y siempre viva para conservar pura aquella revelacion, y defenderla de las novedades introducidas por los particulares, de las intercalaciones é interpretaciones abusivas, de que somos diariamente testigos; estarian siempre comprometidas su verdad é integridad en nuestro entendimiento. De ahí dimanarian disputas y controversias que serian interminables. Mas la idea misma que uno se forma de un legislador sabio, no permite suponer que pueda abandonar el código de sus leyes al juicio y aprecio arbitrario de cada individuo. Para hacer esto mas claro con un ejemplo, supongamos que un viajero recorra dos ciudades que reconocen al mismo legislador á quien miran como perfectamente sabio, y que se glorian igualmente de la bondad de las leyes y reglamentos que han recibido de él. El viajero les pregunta qué magistrados, qué tribunal ha instituido aquel hombre tan sabio para conservar intacto el código de sus leyes, y qué intérprete ha establecido para resolver las dificultades y juzgar los pleitos que no dejan jamás de originarse en toda sociedad humana. La primera ciudad muestra al punto jueces y magistrados instituidos por el legislador: la segunda afirma que este no nombró otro juez ni otro intérprete de sus leyes que las mismas leyes. En virtud de esta respuesta ¿qué pensará el viajero? ¿qué ciudad le parecerá que dice la verdad? Sin duda la que afirma tener en su seno magistrados y jueces, porque esto concuerda mas con la sabiduría y prudencia que reconocen ambas en su legislador. Ademas ¿no es esta una precaucion necesaria en todo sistema de legislacion? Las mas de las dificultades ¿no nacen de las diferentes interpretaciones del mismo código? Pues el

querer que este código que produce las dificultades sea el juez de ellas, ¿no es el mayor de los absurdos?

Asi los motivos mas poderosos demuestran que en el órden comun de las cosas, y á no ser que Dios provea por un medio extraordinario, es preciso que haya una autoridad divinamente instituida; y que esta autoridad sea infalible y perpetua á fin de conservar la revelacion, proponerla é interpretarla segun su sentido verdadero y legítimo.

¿Qué es lo que responden nuestros adversarios? Antes de la venida de Jesucristo, dicen, no habia autoridad de esta naturaleza, infalible y encargada de proponer la revelacion divina á los hombres; luego no la ha habido despues.

Y ¿qué valor tiene esta objecion? ¿Quieren decir nuestros adversarios que la providencia de Dios suplia esta falta de autoridad por medios extraordinarios, ó suponen que no habia autoridad de ninguna especie? En el primer caso estan en lo cierto: en el segundo se engañan ó mienten. En efecto ó se trata del tiempo de los patriarcas, ó del tiempo siguiente bajo Moises con respecto á los hebreos y á los gentiles. Pues tocante á la primera época es cierto que Dios cuidaba de conservar la integridad y el verdadero sentido de la revelacion ya hecha por medio de apariciones inmediatas y repetidas á menudo. En cuanto á los tiempos posteriores, fuera de que ya estaban instituidos la sinagoga y el sacerdocio de Aaron, depositario público y perpetuo de la ley de Moises, es igualmente cierto que Dios acudió en auxilio de su revelacion por una serie no interrumpida de profetas hasta la venida de Jesucristo, y que gobernó milagrosamente su pueblo de modo que este pueblo pudiese conservar y conservase intacto el depósito santo de su revelacion. Por eso no dió á aquel pueblo mas que muy pocos artículos de fé como indispensables á la

salvacion (la unidad de un Dios criador y remunerador y la esperanza de un libertador futuro), á fin que pudiesen transmitirse fácilmente estas creencias de padre á hijo hasta la mas remota posteridad. En efecto la revelacion divina no era completa todavía. Si algunos hombres la borraron de su corazon por su culpa propia, solo á sí mismos deben sin duda atribuir la pena en que incurrieron. Pero si por el contrario esta culpa no fue suya personal; si se hallaron en un estado de ignorancia invencible respecto de algun artículo de fé, sobre todo de los últimos promulgados; es de todo punto indudable que Dios en su bondad vino en su auxilio con tal que observasen la ley natural. Y si todavía en nuestros dias se hallan algunos hombres en el mismo caso, la bondad divina no puede menos de socorrerlos derramando en su corazon ese espíritu de fé, esperanza y caridad, sin el cual ningun hombre, piensen lo que quieran los racionalistas, puede conseguir su último fin, es decir, la eterna bienaventuranza.

Por lo demas es manifiestamente imposible que Dios haya abandonado en ningun tiempo su revelacion al juicio y á la interpretacion de los hombres, de suerte que cada uno de ellos pudiese exponerla y tomarla en el sentido que le conviniese.

Pero se insiste diciendo: Los paganos no pudieron conocer la revelacion mas que por una tradicion privada y familiar, es decir, sin ningun modo de autoridad pública é infalible; y solamente un corto número de los judios vieron á los profetas y los oyeron inmediatamente: ¿habrá de decirse por eso que ni los unos ni los otros tuvieron ningun conocimiento de la verdadera religion?

Los paganos, diré yo, sofocaron con una multitud de comentarios la revelacion que habian recibido; y si la tradicion la conservó pura en algunos individuos, fue

por medios ó circunstancias extraordinarias propias solamente de ellos, porque es imposible admitir que ninguna nacion pagana la haya conservado en toda su integridad. En los tiempos mas próximos á la revelacion primitiva se conservó esta mas pura; pero á medida que se fue alejando aquella época, se desfiguró y profanó en tales términos la revelacion, que apenas quedaron algunos restos dispersos como los fragmentos de una nave que ha naufragado: estos restos dispersos que los sabios recogieron aquí y acullá con el mayor trabajo, demuestran dos cosas: 1.ª que en otro tiempo se hizo cierta revelacion á los hombres: 2.ª que los hombres por una negligencia culpable la dejaron corromperse. Y de aqui se sigue que si Dios no hubiera velado por la conservacion de esta revelacion escogiendo un pueblo particular para entregarsela como un depósito precioso que habia de guardar y defender, hubiera perecido enteramente esta revelacion; del mismo modo que en nuestros dias sin la iglesia católica apenas quedarian algunas piedras dispersas del grande edificio que levantó Jesucristo sobre la tierra para la felicidad y salvacion del género humano. Si unos poquísimos paganos conservaron pura la revelacion que habian recibido; debe atribuirse tanto al corto número de artículos que se les proponian para creer, como al auxilio particular de la gracia divina, que no permitió que se perdiese enteramente entre los hombres la memoria de aquellos artículos de fé necesarios absolutamente para la salvacion. Es menester observar ademas que en aquel tiempo no se trataba como en nuestros dias del código entero de la revelacion, que los hombres por consiguiente no hubieran podido interpretar, ni corromper, sino solo de algunos artículos de fé encomendados á la memoria, como ya lo hemos notado. Asi tan lejos está de que pueda inducirse de aqui algo contra nosotros, que al contra-

rio se confirma nuestra asercion. En efecto una vez que se trataba en los tiempos antiguos de una revelacion parcial bastante sencilla y clara para transmitirse fácilmente de edad en edad por la via de la tradicion, y sin embargo esta claridad y sencillez no pudieron preservarla de la corrupcion ni del olvido; es evidente que los pueblos la corrompieron y olvidaron únicamente porque faltaba entre ellos una autoridad establecida para defenderla y conservarla intacta. Y si esta autoridad era necesaria para conservar una revelacion particular compuesta de artículos sencillos, claros y fáciles; ¿cuánto mas no debe serlo cuando se trata de una revelacion completa y consignada en unos libros que andan en manos de todo el mundo, sin hablar de los puntos particulares que sola la tradicion nos ha transmitido?

En la segunda parte de la objecion que vamos combatiendo, se funda la presunta inutilidad de una autoridad pública é infalible en materia de religion, en que los judios no necesitaron ver ú oir inmediatamente á sus profetas para profesar la ley divina. Pero ¿cuál era la mision principal de los profetas judios? ¿Venian á predicar á los hombres la revelacion primitiva necesaria para su salvacion? No, venian para contener á los hombres en el deber, conservar la revelacion divina recibida ya por ellos, ó manifestarles alguna voluntad particular de Dios. Tal era el objeto de su mision. Asi siempre que fue necesario enviar profetas á los judios, ya especialmente para atraerlos á la observancia de la ley, ya para manifestarles alguna voluntad particular de Dios, su mision fue independiente de la aprobacion de la sinagoga. Y ¿por qué? Porque no estaban encargados de proponer nuevos artículos de fé, sino de confirmar mas y mas la verdad de los ya profesados, explicarlos en todas sus circunstancias, corregir las interpretaciones de los particulares que obscurecian el sentido de aque-

llos, desvanecer las dudas si se originaban algunas, y por último mantener y excitar la fé en todos los espíritus sosteniendo la esperanza general de la próxima venida del libertador prometido. Ademas resulta tambien de esta mision de los profetas, mision perpetua cuyo objeto era conservar la integridad y la pureza de la revelacion ya hecha, que es absolutamente necesaria una autoridad pública é infalible para el sosten de la religion. En cuanto salian á luz los escritos de los profetas, la sinagoga ó el sanhedrin mandaba copiarlos y guardarlos en los archivos de la república, á fin que se conservasen intactos sin que pudiese dudarse jamás racionalmente de su autenticidad. Como todas las demas naciones carecian de estos auxilios, perdieron las verdades reveladas ó las corrompieron torpemente, aunque teniendo el mismo orígen las habian recibido de Noé y sus hijos lo mismo que los judios. De aqui resulta mas y mas la necesidad absoluta de una autoridad que guarde é interprete la revelacion divina.

Los herejes nos arguyen con esta otra objecion: Excepto nuestros primeros padres que recibieron la revelacion primitiva inmediatamente de Dios mismo, los otros hombres no tuvieron conocimiento de esta mas que por ellos. Pues nuestros primeros padres y sus descendientes inmediatos no constituyen una autoridad pública é infalible.

Ya hemos dicho que Dios suplia esta falta de autoridad por una providencia particular á fin de conservar intacta su revelacion. Ademas habiendo recibido de Dios nuestros primeros padres y los otros patriarcas á quienes se manifestó, las verdades que debian creer, su fé era evidentemente divina; y en cuanto á los demas hombres teniendo noticia de estas manifestaciones de Dios por una certeza moral elevada al mas alto grado, su fé era tambien de la misma naturaleza por venir de

la misma causa. Por otra parte Dios no se desvió jamás de aquella providencia extraordinaria que empleaba en los primeros dias del mundo, á fin que se perpetuase viva é íntegra esta fé de generacion en generacion hasta que cumplidos los tiempos envió á su hijo que completó la revelacion primitiva y la llevó á su cabal perfeccion.

PROPOSICION SEGUNDA.

Solo la iglesia establecida por Jesucristo posee esta autoridad infalible.

Bajo el nombre de iglesia no comprendemos aqui la congregacion de todos los fieles, que obedientes á sus pastores legítimos bajo la direccion del romano pontífice profesan con ellos la misma fé y participan de los mismos sacramentos, sino que entendemos el episcopado universal, por decirlo asi, en toda su plenitud, esto es, el cuerpo de los pastores unidos al Papa.

El episcopado recibió inmediatamente de Jesucristo y del Espíritu Santo la revelacion divina en la persona de los apóstoles que fueron los primeros obispos, y en la de Pedro, su cabeza y su príncipe, y la recibió completa. Ademas el Salvador envió sus apóstoles á todo el mundo á predicar la fé divina que les habia dado, y les prometió su asistencia hasta el fin de los siglos. Veanse sus palabras: «Id, instruid á todas las naciones..... enseñándolas á guardar todas las cosas que os he confiado; y yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos..... Y yo pediré á mi padre, y él os dará otro consolador para que permanezca eternamente con vosotros..... El espíritu de verdad permanecerá con vosotros y estará en vosotros..... Cuando venga este espíritu

de verdad, os enseñará toda verdad..... Asi como mi padre me ha enviado, yo os envio á vosotros.»

Citamos estas palabras con solo el título de monumentos históricos, no considerando aquí á los autores que afirman haberlas recibido inmediatamente del mismo Jesucristo, como testigos divinamente inspirados, sino como testigos oculares y auriculares, fidedignos. En una palabra sentamos el hecho de una sociedad instituida y fundada por Jesucristo para que fuera la depositaria expresa de su doctrina; sociedad á quien él mismo encargó de enseñar á todos los pueblos por medio de una instruccion de viva voz. En efecto Jesucristo no dijo á los apóstoles: Id, *escribid*; sino: Id, *enseñad*; y les dió esta órden no por cierto tiempo, sino para siempre, es decir, mientras que hubiese pueblos que convertir, ó pueblos ya convertidos que mantener en la doctrina que abrazaron. Asi este gobierno religioso debe ser perpetuo. Los apóstoles ó sus discípulos no escribieron sus comentarios mas que ocasionalmente, y debe observarse sobre este punto que el objeto de los evangelistas no fue transmitir á la posteridad el código entero y completo de la doctrina de Jesucristo y de sus leyes, sino solamente un comentario histórico de sus palabras y acciones, comentario hasta compendiado é incompleto; de modo que no pueden mirarse los Evangelios como el código ó á lo menos como la regla absoluta de lo que debemos creer y obrar. De donde resulta que Jesucristo no quiso dejar á las naciones convertidas ó que se convirtiesen, otra regla próxima de su fé que el gobierno público, perpetuo y vivo de la iglesia.

Asi el sistema de autoridad está tan ligado con la misma revelacion, que es preciso absolutamente ó desechar toda la revelacion, que ademas de las verdades de un órden natural impone tambien á los hombres la obligacion de creer verdades *sobrenaturales* y guardar pre-

ceptos *positivos*, ó si se admite esta revelacion, hay que admitir tambien un medio cierto, infalible y perpetuo, con cuyo auxilio puedan los hombres conocer sin temor de equivocarse aquellas verdades y preceptos que les está mandado creer y profesar. Ahora bien este medio no es otro que la autoridad establecida por Dios mismo, es decir, la iglesia, de la cual sabemos que los libros llamados santa escritura por nosotros son verdaderos é inspirados por Dios, y ella nos explica el verdadero sentido de las palabras y máximas que en dichas escrituras se contienen.

Asi pues las palabras mismas de Jesucristo sientan estos tres puntos: 1.° la mision de los apóstoles para instruir á las naciones en las cosas de la fé y las costumbres: 2.° la asistencia perpetua de Cristo á los apóstoles y sus sucesores hasta la consumacion de los siglos en un ministerio siempre semejante: 3.° la potestad eterna del Espíritu Santo permanente siempre con ellos.

Asi los apóstoles ó la iglesia no solamente ha recibido de Cristo la revelacion, sino que tambien ha recibido de Cristo y del Espíritu Santo el verdadero sentido de esta revelacion.

Asi no solamente los apóstoles, sino tambien sus legítimos sucesores, en otros términos la iglesia de todos los siglos goza las mismas prerogativas de infalibilidad y autoridad para proponer, defender é interpretar esta revelacion como una persona moral perpetuamente viva hasta la consumacion de los siglos, y tambien para conservarla por un gobierno fijo y regular en su pureza primitiva y su integridad, á la cual sola está prometida la vida eterna.

Asi pues los apóstoles ó la iglesia ya establecida y apoyada en las solemnes promesas de Jesucristo que acabamos de citar, y que aun antes que se escribiese ningun libro del nuevo testamento, la dotaron de la

potestad perpetua de infalibilidad; la iglesia, vuelvo á decir, manda á la misma Escritura que aprueba como divina y cuyo verdadero sentido conoce ella sola, ya de palabra por Jesucristo, ya con el auxilio de una asistencia divina, particular, y ella sola ha recibido inmediatamente de Dios las tradiciones divinas para defenderlas fielmente hasta los últimos dias del mundo.

Asi la peticion de principio, el círculo vicioso de que nos acusan los protestantes cuando objetan que la iglesia se prueba por la Escritura, y la Escritura por la iglesia, no existe mas que en su imaginacion, y le destruyen la naturaleza de las cosas y los mismos hechos: porque ¿cuáles son las escrituras (hablo del nuevo testamento) que ha admitido y aprobado la iglesia? Las que ha encontrado en su seno, las que habia recibido de Jesucristo, las que estaban conformes con la doctrina que ella profesaba. Y ¿por qué? Porque estas escrituras son simplemente como actas públicas que conservan sus derechos de propiedad legítima, de suerte que su misma autenticidad descansa en su testimonio, y porque encuentra allí las prerogativas que le dió Cristo y que gozaba ella antes que se escribiesen, aprobasen y publicasen dichas actas. Sí, antes que se publicase el Evangelio, tenia la iglesia su propiedad, su mision divina, su gobierno, su infalibilidad y su autoridad: Pedro poseia ya su derecho de primacía, y los otros apóstoles estaban sujetos á él. Y como la iglesia está siempre viva, se basta á sí misma. En cuanto á las escrituras del antiguo testamento la iglesia aprendió de Cristo mismo que son divinas.

Supuesto pues que la iglesia ha comprendido siempre que los divinos oráculos citados por nosotros le atribuyen las prerogativas de la autoridad y la infalibilidad, usa de su derecho obligando á los infieles á quienes admite en su seno á recibir bajo su palabra los dogmas

de la iglesia cristiana como otros tantos artículos de fé: usa del mismo derecho cuando la defiende con un valor invencible contra los novadores de todos los siglos á fin de conservarlos en su pureza é integridad; y por último usa tambien de él cuando fulmina anatema contra los sectarios obstinados que persisten en su propia opinion y se empeñan en arrancar á aquella la propiedad de estas verdades divinas que pertenecen á ella sola.

Las lecciones de Jesucristo ponen en toda su perspicuidad la evidencia de esta proposicion, cuando manda mirar como paganos y publicanos á todos los que se resistiesen á obedecer á la iglesia; cuando declara que el que escucha á la iglesia le escucha á él mismo, que el que desprecia á la iglesia le desprecia, y por consiguiente condena como rebeldes á Dios á los que son rebeldes á la autoridad de la iglesia. Por lo cual conforme á esta doctrina que la iglesia ha entendido siempre en el mismo sentido, el apóstol Pablo entregó Himeneeo y Alejandro á Satanás para que aprendiesen á no flasfemar, porque eran de aquellos que habian roto la nave que conducia el destino de la fé. El mismo apóstol exhorta con frecuencia á Timoteo y Tito que eviten á los novadores y herejes como pervertidos y condenados por su propio género. Asi hablan todos los apóstoles, sobre todo S. Pedro en su epístola segunda, S. Judas en su epístola católica que versa toda entera sobre esta materia, y S Juan asi en sus epístolas como en el Apocalipsis. Conforme tambien á esta doctrina la iglesia desechó de su seno desde el siglo primero de su existencia á los simonianos, ebionitas, corintianos, gnósticos y á todos los demas novadores y protestantes; y en los siglos siguientes hasta nuestros dias no se han apartado de esta conducta.

Luego solo la iglesia católica ó el cuerpo de los pastores entero con el Papa que es su cabeza, posee una

autoridad infalible para proponer la revelacion, interpretarla y conservarla en toda su pureza.

Esta proposicion, responden los herejes, estriba en una suposicion falsa: en efecto se supone que Cristo fundó su iglesia bajo la forma de una sociedad ó de un cuerpo cuyos miembros todos tienen mutua relacion entre sí, y que dependen á lo menos de una sola y única cabeza. Suponese que la mision divina es una prerogativa absoluta y exclusiva en favor de aquel solo cuerpo ó sociedad: que el gobierno de esta debe ser perpetuo y ordinario; y por último que ella sola debe proponer la revelacion. Mas todas estas suposiciones son falsas: 1.° los apóstoles enseñaron la revelacion cada uno por sí y sin contar los unos con los otros, y fundaron otras tantas sociedades independientes: 2.° los apóstoles no representaban solamente el episcopado cuando recibieron la mision de Jesucristo, sino la universalidad de los fieles, y por consecuencia estos recibieron inmediatamente su mision de Cristo mismo: 3.° esta forma de gobierno fue solamente temporal, supuesto que las palabras con que Cristo prometió su asistencia á los fieles, no hacen relacion mas que á aquellos tiempos en que los apóstoles necesitaban los prodigios y señales para difundir y propagar el Evangelio; lo que se prueba con el último capítulo de S. Marcos: 4.° por último la revelacion es siempre propuesta individualmente por hombres particulares y aun muchas veces por legos.

Antes de responder á cada una de estas objeciones de por sí es necesario hacer una observacion general; y es que los apóstoles ó la iglesia que recibió inmediatamente de Jesucristo la revelacion con la mision de propagarla y defenderla, ha entendido siempre esta mision de otro modo que nuestros adversarios, porque ha reducido á regla y á práctica las palabras y la

institucion de Jesucristo como ya lo hemos probado.

Pero respondamos artículo por artículo segun el método que hemos adoptado. Decís que los apóstoles no formaban una sociedad regular cuyos miembros todos estaban en relacion unos con otros y bajo la subordinacion comun de una sola y misma cabeza, y añadís que fundaron otras tantas sociedades separadas é independientes Pues ¿cómo es que Cristo encomendó todo su rebaño nominalmente á Pedro, de modo que puede decirse que cuando los otros apóstoles adquirian hijos para la iglesia, los adquirian para Pedro? ¿Cómo es que todas aquellas iglesias ó sociedades parciales se confundian en una sola bajo el gobierno de Pedro, tanto que aun en los tiempos apostólicos todos conocian aquella iglesia con el nombre de iglesia *católica* ó universal?

Decís que los apóstoles representaban la universalidad de todos los fieles: en cierto sentido convengo; pero ¿es admisible esto siempre, hasta en los deberes de su ministerio y en la mision de predicar el Evangelio? Porque si fuera asi, en vano habria establecido Cristo un órden particular de ministros: en vano habria escogido expresamente el Espíritu Santo á Pablo y Bernabé para la obra del ministerio: en vano habrian ordenado los apóstoles obispos para entregarles el depósito de la fé: en vano los habria constituido el Espíritu Santo para gobernar la iglesia de Dios; y por último en vano habria mandado Cristo á los fieles que escuchen á sus ministros, los obedezcan, y esten sumisos á ellos; deberes que no cesan de recomendar todos los apóstoles á los fieles en casi todas sus epístolas. Y en efecto si todos son maestros, ¿dónde estan los discipulos? Si todos son pastores, ¿dónde está el rebaño?

Decís que esta forma de gobierno era temporal, y para probarlo echais mano de un pasaje del Evangelio

de S. Marcos. Mas la iglesia de Jesucristo siempre ha menester de asistencia y socorro, y S. Marcos no dice que los milagros deban cesar jamás en el seno de aquella. Añadase que Cristo prometió á sus apóstoles y sucesores *el Espiritu de verdad* que les enseñaria *toda verdad* y permaneceria eternamente con ellos; y que la promesa del Salvador contenida en el último capitulo del Evangelio de S. Marcos se cumple hasta aqui en su iglesia.

Por último decís que la revelacion es propuesta siempre por hombres particulares; pero estos hombres particulares ¿hablan siempre como individuos solamente y en su nombre propio ó como ministros públicos de la iglesia y en nombre de esta iglesia que los envia? Solo en este último sentido. Pues asi como los príncipes, las repúblicas y las asambleas supremas transmiten las mas veces sus órdenes y decretos, ya á sus súbditos, ya á los extranjeros, no en persona, sino por medio de enviados y embajadores; del mismo modo la iglesia anuncia á las naciones el Evangelio de Cristo y les propone la revelacion divina por sus ministros.

Luego hasta un hereje, replican los herejes, podria predicar la fé en nombre de la iglesia, y los pueblos estarian obligados á creer su predicacion. Mas ¿quién no ve que esto es absurdo?

Un hereje que predicara la fé en nombre de la iglesia, seria sin duda un embustero, y su mision no tendria nada de verdad en sí; sin embargo si los infieles á quienes predicase, pensaban de buena fé que era un ministro de la iglesia, estarian obligados á creer; pero en esta hipótesis no creerian por él, sino por la iglesia cuyo nombre usurpaba para su predicacion. Estos pueblos instruidos asi pertenecerian á la iglesia de Jesucristo como los niños bautizados por los herejes y como los adultos que estan de buena fé ó sumergidos en una ig-

norancia invencible; porque como dice S. Agustin, la iglesia da á luz hijos para Cristo hasta del seno de las esclavas.

Pero á lo menos, se dice, los infieles no tienen ningun motivo exterior é infalible por el cual puedan ser forzados á producir un acto de fé y á creer con fé divina las cosas que se les proponen.

Respondo que Dios suple su ignorancia con el don de milagro concedido á los ministros de su iglesia, ó con la eficacia de su gracia interior, ó en fin cuando se anuncia el Evangelio á los infieles, los ilustra por esos dos medios reunidos, los mueve, los persuade y hasta los atrae con una fuerza irresistible, de modo que abrazan los artículos de fé que se les proponen, con una conviccion tan profunda y sincera como si en efecto se los propusiera la iglesia misma. Ademas estos pueblos pueden conocer de un modo cierto y en muy poco tiempo la existencia de la iglesia y las prerogativas que goza. Por otra parte si estan de bueua fé, es imposible que se engañen ellos mismos, ó sean engañados por los otros. Asi nos lo asegura la bondad divina. En efecto no puede Dios permitir que los que buscan la verdad de buena fé y de todo corazon, no la hallen. Escuchemos otra vez á S. Agustin á quien nos gusta citar en materias tan elevadas: « Si todas las facultades del alma, dice aquel gran doctor, no desean la verdad, es imposible hallarla; pero si se busca como se debe, no puede esconderse y ocultarse á los deseos de los que la aman. Por el amor es solicitada, por el amor es buscada, por el amor es tocada, por el amor es revelada, y en fin por el amor permanece en el que la ha encontrado. ¡ Ojalá que pudierais entender estas palabras! Al punto desechariais todas las ilusiones de alma y de cuerpo, y entrariais todos juntos en el seno maternal de la santísima iglesia católica con una viva alegría, un amor sincero y una fé incontrastable.

PROPOSICION TERCERA.

Solo la iglesia católica es la depositaria é intérprete infalible de la revelacion divina, ya transmitida de palabra por tradicion, ya consignada en libros.

Esta proposicion es como el corolario de la anterior; porque en efecto si Jesucristo no encomendó el cuidado de propagar y conservar su religion á unos hombres particulares, sino á una congregacion de pastores ó á la iglesia fundada por él; si prometió á esta su asistencia perpetũa para que pudiera cumplir aquel encargo conforme á sus intenciones; si le dió el Espíritu de verdad para que permaneciese eternamente con ella; si los apóstoles entregaron el depósito de la revelacion á hombres escogidos, es decir, á sus legítimos sucesores, como lo prueban las palabras mismas que dirige el Apóstol á Timoteo, nombrado obispo de la iglesia de Efeso por él: « Guarda este precioso depósito con el auxilio del Espíritu Santo que habita en nosotros.... y guardando lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, dalo en depósito á hombres fieles, que sean capaces de instruir á otros.... ¡Oh Timoteo! guarda el depósito que se te ha confiado, huyendo de las profanas novedades de palabras y las objeciones de una ciencia falsa, porque los que han profesado esta creencia vana, se han descarriado de la fé....»; si asi se expresa el Apóstol; si da los mismos consejos y órdenes á su otro discípulo Tito, consagrado obispo de Creta; es evidente que la iglesia sola es la depositaria y el intérprete infalible y perpetuo de la revelacion divina que se le encomendó, y no unos hombres particulares á quienes se prescribe siempre la obediencia sobre todo en materia de fé y de costumbres, á no ser que

estos hombres quieran salirse voluntariamente del seno de la iglesia y ser mirados justamente como paganos, publicanos y herejes.

Ademas la revelacion en parte se consignó en libros escritos, en parte se transmitió de viva voz, como lo prueban estas palabras del Apóstol en su epístola segunda á los tesalonicenses: «Guardad, les dice, las tradiciones que habeis recibido, ya por nuestros discursos, ya por nuestra epístola.» S. Juan declara en el último capítulo de su Evangelio haber omitido muchas acciones de Jesucristo en su narracion, y en sus epístolas segunda y tercera confiesa que todavía tiene muchas cosas que escribir; pero dice que prefiere decirlas de palabra. Por último queriendo S. Pablo reprimir á algunos díscolos les recuerda la *costumbre* de la iglesia en estos términos: «Ni nosotros, ni la iglesia de Dios tenemos tal costumbre.»

Con fundamento pues decimos que solo la iglesia establecida por Jesucristo es la depositaria de una y otra Escritura y de la tradicion, su custodio é intérprete infalible desde el principio hasta la consumacion de los siglos, porque ella sola puede manifestar títulos legítimos de propiedad á todos.

De donde se sigue 1.º que todos los cristianos deben admitir como canónicos y divinos todos los libros de la Escritura que la iglesia admite y reconoce como tales. El santo concilio de Trento da el catálogo de estos libros en su sesion 4.ª:

2.º Que todos los fieles deben tener por divinas las tradiciones que la iglesia de Jesucristo admite y venera como tales:

3.º Que la iglesia usa de un derecho que á ella sola le pertenece, ya cuando no aprueba indistintamente todas las versiones de la Escritura, sino solo aquellas que reconoce como auténticas y fieles, ya cuando no

permite publicar y leer las tradiciones de la Escritura en lengua vulgar, sino bajo ciertas condiciones:

4.° Que los herejes no tienen ningun derecho sobre la Escritura y la tradicion, y mucho menos sobre su interpretacion, porque son refractarios y estan fuera del seno de la iglesia, como lo probaremos mas adelante:

5.° Que los simples fieles pueden leer con fruto las santas escrituras, porque todo está coordinado para su bien y utilidad en la iglesia, y aun pueden explicarlas é interpretarlas segun las reglas de la iglesia, con tal que sus interpretaciones y explicaciones se contengan en los límites de *una opinion privada*, y se sujeten al juicio de la iglesia, supuesto que á esta solo corresponde dar la explicacion é interpretacion auténticas de aquellas.

Los herejes suscitan las siguientes objeciones con este motivo: 1.° la Escritura, dicen, es un patrimonio comun que Dios mismo legó en herencia á sus hijos, y á ruegos de los fieles escribieron los evangelistas el Evangelio: 2.° los apóstoles dirigieron sus epístolas á diferentes congregaciones de fieles: 3.° recomendaron la lectura de las santas escrituras á todos los fieles: 4.° el apóstol S. Pablo escribe á todos los fieles de la iglesia de Tesalonica, y á todos los manda *guardar las tradiciones.* Luego la depositaria é intérprete legítima no es la congregacion de los pastores, sino la congregacion de los fieles.

A eso digo que sin duda la sagrada escritura es el patrimonio de todos los fieles; pero bajo la direccion de la iglesia que recibió de Jesucristo y del Espíritu Santo la revelacion al mismo tiempo que la inteligencia auténtica y legítima de todas las doctrinas que contiene aquella revelacion. En efecto es cierto que Jesucristo, para servirme de los mismos términos del evangelista S. Lu-

cas en el versículo 15 del cap. XXIV, abrió el espíritu á los apóstoles para que entendiesen el sentido de las escrituras del antiguo testamento; y en cuanto á las del nuevo es tambien cierto que la iglesia las ha aprobado como verdaderas y divinas. Asi se ve que el príncipe de los apóstoles S. Pedro aprueba (epist. II, cap. III, v. 15) todas las epístolas de S. Pablo, y al mismo tiempo condena las interpretaciones abusivas que hacian de ellas algunos particulares.

Ademas, diré yo tambien, los sacramentos constituyen asimismo el patrimonio y heredad de todos los fieles; y sin embargo los simples fieles no tienen derecho de administrarlos. En efecto ¿quién ha de figurarse un legislador tan loco que abandone el código de sus leyes á la guarda é interpretacion de cada particular? ¿Quién no ve que si pudiera introducirse semejante uso entre los hombres, se acabaria toda legislacion?

En cuanto á la objecion que se funda en que los apóstoles dirigieron sus epístolas á diferentes congregaciones de fieles, respondo que las dirigian ó á la iglesia universal, ó á iglesias particulares compuestas de los pastores y los fieles; y en estas mismas epístolas recomiendan perpetuamente los apóstoles á los simples fieles la sumision á sus pastores y la dependencia de ellos. Por último si los apóstoles escribian á simples particulares, no los relevaban de los deberes de la institucion general, que eran segun las palabras del libro de los Actos, capítulo XX, versículo 28, *obedecer á aquellos que constituyó el Espíritu Santo obispos para gobernar la iglesia de Dios*; por el contrario les decian: «Obedeced á vuestras guias y estadles sumisos porque velan por el bien de vuestras almas como que deben dar cuenta de ellas.»

Dícese que los apóstoles recomendaron la lectura de la santa escritura á todos los fieles, y S. Pablo en parti-

cular mandó á todos los de la iglesia de Tesalonica que guardaran las tradiciones. Sí ciertamente; pero todas estas órdenes se dieron bajo la direccion de la iglesia como acabamos de explicar, á la iglesia y no á los simples fieles considerados individualmente. Ademas los apóstoles, al escribir así á los fieles para mantenerlos en la verdadera comunion, ejercian las funciones del ministerio pastoral; y con esto mismo se confirma la necesidad de estar sujetos á una autoridad legítima, no sea que alguno caiga en el error ó por su propia flaqueza, ó por la malicia de los otros.

La Escritura, añaden los herejes, no es otra cosa que la declaracion de la voluntad de Dios: pues á todos los hijos corresponde interpretar la voluntad de su padre.

¡Cómo! diré yo, ¿hasta contra las reglas que prescribió el mismo padre y segun la voluntad caprichosa de cada uno de ellos? Pero entonces si se suscita alguna disputa entre los hijos, ¿qué medio habrá para terminarla? Sin duda ninguno. Por eso el apóstol S. Pedro nos dice á todos: « Estad persuadidos ante todas cosas que ninguna profecía de la Escritura se explica POR UNA INTERPRETACION PARTICULAR, porque las profecías no han dimanado de la voluntad de los hombres, sino del movimiento del Espíritu Santo, por el cual hablaron los hombres inspirados de Dios.»

Pero si la iglesia, insisten nuestros adversarios, fuera realmente la depositaria, la guardadora y el intérprete infalible de la revelacion; no se hubiera suscitado jamás ninguna controversia sobre el número y autenticidad de los libros canónicos; y nadie hubiera puesto nunca en duda la verdad de la tradicion. Sin embargo desde los primeros siglos del cristianismo hubo una discusion acalorada entre las diversas iglesias acerca de estos artículos, y los mismos padres estan muy lejos de concordar sobre estos dos puntos.

Las díscusiones con que se nos arguye, se explican por los hechos siguientes. Los apóstoles entregaron la revelacion que habian recibido de Jesucristo, á individuos escogidos, tales como los obispos, ó á iglesias particulares que ellos fundaron, y á las cuales escribian de cuando en cuando. Mas no les entregaron esta revelacion toda á un tiempo y en un cuerpo completo de doctrina, sino que segun lo exigia la ocasion, la explanaban unas veces mas, otras menos, excepto los principales artículos de fé que era preciso absolutamente saber y profesar para ser cristiano. De aqui provino naturalmente que cada obispo ó cada iglesia particular, cuya reunion compuso la iglesia universal y la compone todavía, no pudo cerciorarse inmediatamente de la proporcion y exactitud comun de las doctrinas que les habian enseñado los apóstoles, ya de palabra, ya por escrito; y asi nacieron esas disputas en diferentes tiempos, unas veces sobre el número de los libros canónicos, otras sobre la verdad de alguna tradicion, otras sobre el sentido legítimo de algun pasaje de la Escritura, hasta que habiendo reunido la iglesia universal los votos, y apoyada con el auxilio divino determinó por un fallo auténtico lo que debe creerse ó desecharse.

Esta respuesta prueba, me dicen los herejes, que la fé de la iglesia ni ha sido siempre la misma, ni uniforme, y esto solo basta para darnos ganado el pleito y condenaros á vosotros.

Si se tratara de una diferencia positiva en las doctrinas, de modo que entre nosotros unos creyesen una cosa, y otros otra; esta objecion de los herejes tendria acaso una apariencia de buena fé, sobre todo tocante á las iglesias particulares. Pero se trata de una diferencia enteramente negativa y que no ha habido en las doctrinas de la iglesia universal. Llamo diferencia negativa ese modo diferente de comprender de donde nacian y

nacen aun unas discusiones sobre materias que no estan bastantemente aclaradas y definidas. Estas discusiones provienen mas bien de una falta de conocimiento que de un conocimiento positivo cualquiera; á lo que añadiré que todos los fieles á pesar de estas discusiones estaban inclinados en otro tiempo, como lo estan aun hoy, á creer implícitamente todas las cosas que les proponia ó propone la iglesia como divinamente reveladas, una vez que las ha definido expresamente.

PROPOSICION CUARTA.

La iglesia de Jesucristo es una, visible y perpetua.

No es nuestro designio tratar aqui de las notas ó señales de la verdadera iglesia, sino únicamente de poner en toda su evidencia las propiedades interiores y esenciales que la distinguen, y bastan aqui para la refutacion de los herejes.

Para venir pues á nuestro objeto diremos que la iglesia es la congregacion fundada por Cristo para profesar su religion, y que él mismo es su autor y cabeza invisible. Y como Cristo fundó su religion para la utilidad y bien comun de los hombres, es evidente que esta iglesia ha de ser una, visible y perpetua.

Es menester que esta iglesia sea una, como es una la religion y una la fé que enseñó Jesucristo á los hombres, y que quiso que estos profesen. La religion ó la fé, del mismo modo que la verdad, es una é indivisible y no consiente ninguna mezcla ni transaccion con la falsedad ó el error: estas dos cosas se excluyen mutuamente, porque como observa con mucho acierto San Agustin la verdad es lo que es realmente, y el error lo que no es. Luego todos los que se apartan de la fé que Jesucristo confió á su iglesia, se apartan por este

mero hecho de la verdad y de la unidad: luego la iglesia de Cristo es esencialmente una como son unas esencialmente la fé y la verdad.

¿Qué mas pruebas se quieren? Cristo llama á su iglesia un aprisco, la llama su reino, la llama su iglesia. El Apóstol emplea estas palabras: un solo Señor, una sola fé, un solo bautismo: por último en el símbolo de los apóstoles se nos manda creer en la iglesia católica.

Componiéndose de hombres toda sociedad debe ser necesariamente visible y exterior; y como la iglesia instituida por Cristo es asi, no solo es una, sino visible. De donde se sigue que ademas de la fé interior Cristo exige tambien á los hombres la profesion exterior de la fé: «Todo el que me confesare delante de los hombres, dice Jesucristo, yo le confesaré delante de mi padre; y el que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi padre que está en los cielos.» El Apóstol dice escribiendo á los romanos: «Es preciso creer de corazon para alcanzar la justicia, y confesar de boca para conseguir la salvacion.» Por último Cristo dió símbolos exteriores á los fieles, los sacramentos, el sacerdocio y sus ministros: les prescribió obedecer á los pastores constituidos sobre ellos, y al mismo tiempo prescribió á los pastores velar sobre el rebaño de cuya guarda estaban encargados: quiso que todos los fieles entrasen en el seno de la iglesia bajo la amenaza de los suplicios eternos, y que fuesen excluidos y arrojados de ella los desobedientes y obstinados; cosas todas que suponen una sociedad visible y exterior.

De los mismos principios se deriva la necesidad de su perpetuidad. Jesucristo fundó su religion para todos los hombres, es decir, para los hombres de todos los tiempos y lugares, y quiso que en todos tiempos vinie-

sen á la iglesia y se le uniesen los infieles á quienes se anunciara el Evangelio, y que en todos tiempos fuesen echados de su seno los obstinados y rebeldes. De donde se sigue que la iglesia fundada por Cristo para los hombres de todos los tiempos y lugares debe subsistir tambien en todos los lugares y tiempos.

Pero como podia suceder por la flaqueza, la malicia ó la perversidad de los hombres que pereciesen enteramente ó en parte las verdades enseñadas por Cristo; como era posible que la congregacion que fundaba, se disolviese por la influencia de las mismas causas; Cristo prometió á su iglesia que la protegeria y defenderia eternamente, de suerte que todos los esfuerzos de los hombres y aun de los demonios no pudieran destruirla jamás. «Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella,» dice en S. Mateo, y en otro lugar añade: «Mirad, yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» La iglesia ha entendido siempre estos oráculos y otros semejantes que á cada paso se encuentran en los evangelios, de su existencia indefectible y de la infalibilidad que le concedió Jesucristo hasta el fin del mundo.

Asi pues queda sentado por todo lo que acabamos de decir:

1.° Que habiendo concedido Cristo solamente á la unidad todas las prerogativas, ya de autoridad, ya de infalibilidad; no pueden pertenecer estas prerogativas á simples particulares.

2.° Que mucho menos pertenecen estas prerogativas á las innumerables sectas que se han separado de la unidad en diversos tiempos, y que deben mirarse como otras tantas ramas desgajadas de un grande arbol, como riachuelos desviados de sus fuentes, como miembros violentamente separados ó cortados del cuerpo que les daba la vida; y en este sentido hablan los santos padres,

principalmente S. Cipriano en su tratado de la unidad de la iglesia. Asi las sectas carecen de vida y de todo principio de vida:

3.° Que es un sueño vano de los herejes afirmar, para encubrir la vergüenza de su desercion, que siempre ha existido no sabemos qué sucesion y comunion con los justos, es decir, con los herejes de los tiempos anteriores, que segun ellos componen la verdadera iglesia fundada por Jesucristo.

4.° Resulta de aqui la falsedad evidente de la distincion inventada por Jurieu entre artículos fundamentales y artículos no fundamentales; distincion que los protestantes adoptaron á toda prisa, y cogieron á dos manos, si puedo hablar asi, como una tabla que los salvaba de un naufragio inminente, alegando conforme á este principio falso que todos los que recibian los artículos llamados fundamentales, pertenecian á la iglesia de Jesucristo ó á la unidad, aun cuando desechasen todos los demas artículos de fé: porque sin hablar de los otros motivos se manifiesta por sí misma la futilidad de esta distincion, supuesto que quita algo de la unidad é integridad de la fé que mandó Cristo á todos los fieles indistintamente profesar entera bajo la direccion de la iglesia que instituia: « Enseñad á todas las naciones, dice á sus apóstoles, á guardar todo lo que os he encomendado..... El que no crea, se condenará. »

5.° Resulta tambien que la unidad debe perpetuarse tal como la fundó Cristo. Mas el Señor no quiso solamente que su iglesia subsistiese por la identidad de una misma fé y la participacion de los mismos sacramentos, sino que quiso tambien que se la reconociese por la unidad de gobierno y en especial por la unidad de una cabeza visible, que él mismo puso al frente de la iglesia universal, quiero decir, Pedro, á quien sabemos que dirigió Jesucristo estas palabras: « Y yo te digo que

tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, quedará atado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, quedará desatado en el cielo.» Sabemos tambien que dijo al mismo apóstol: Apacienta mis corderos...... Apacienta mis ovejas......» Es asi que la iglesia universal ha entendido siempre estas palabras de la superioridad de potestad, honor y jurisdiccion concedida por Jesucristo al apóstol S. Pedro y á sus sucesores; luego resulta que todos los que se han separado ó se separan de esta cabeza ó centro de unidad, son cismáticos, y por consiguiente no puede pertenecer á la iglesia de Cristo ninguno de los que no se adhieran á Pedro y á sus legítimos sucesores. Resulta asimismo que los obispos no tienen ningun poder en la iglesia en lo relativo á gobernar, sino es con Pedro y bajo Pedro, porque con esta sola condicion gozan de los privilegios y prerogativas que Cristo hizo anejos á las funciones del obispado.

Los herejes nos oponen los raciocinios siguientes: La iglesia es santa tanto como una. Mas á la manera que la perversidad de costumbres en los individuos no quita nada á la santidad de la verdadera iglesia; del mismo modo no quita nada á su unidad la diferencia ó corrupcion de la fé y de la doctrina.

Para reducir este sofisma á su justo valor hay que distinguir entre la perversidad de las costumbres y la perversidad de las doctrînas, entre la perversidad particular ó individual y la perversidad pública ó general que viniese de la enseñanza misma de la iglesia. En el primer caso la perversidad de costumbres en los individuos no perjudicaria efectivamente á la santidad de la iglesia: en el segundo al contrario si la perversidad era ó doctrinal, ó pública, se resentiria

la santidad de la iglesia, porque esta santidad no menos depende de la regla de costumbres, que de la regla de fé; de suerte que si la iglesia enseñase un solo dia á sus hijos una doctrina mala en cuanto á las costumbres, es evidente que cesaria de ser santa, lo mismo que si las enseñase malas con respecto á los dogmas. Y con todo eso si algunos particulares pecasen en sus acciones contra la fé ó la moral, su error, ignorancia ó malicia no quitarian nada á la unidad y santidad de la iglesia, y no perjudicarian mas que á ellos solos.

La unidad, objetan tambien los herejes, se forma muchas veces de elementos diferentes y aun contrarios: pues ¿por qué no ha de suceder asi con la unidad de fé?

Porque la unidad de fé no es una unidad física, sino una unidad moral, inmutable, simple, indivisible, eterna como la verdad misma que está en Dios, y de que es una emanacion.

Pero, insisten aquellos, la religion primitiva, ya natural, ya judaica, subsistia una y entera, aunque los que la profesaban pensasen de muy diferente modo sobre una multitud de artículos. Asi sin hablar de los paganos cuyas diferencias de opinion en materia de religion conoce todo el mundo, los judios mismos estaban divididos, por ejemplo los saduceos acerca de la resurreccion de los muertos, los fariseos sobre la libertad humana y algunas tradiciones, y los samaritanos sobre los libros canónicos.

Esta objecion de los herejes no tiene absolutamente ningun valor, ya con respecto á los paganos, ya con respecto á los judios. En primer lugar por lo que toca á los paganos, los errores con que se mancharon poco á poco, eran los errores de hombres particulares, de individuos que se habian apartado de la regla de la fé. Como esta desercion crecia cada dia mas, Dios, con el

fin de que no pereciese enteramente la religion entre los hombres, escogió un pueblo particular en Abraham y sus descendientes para que fuera como el depositario público de la verdadera religion y de la fé, y para que se perpetuase asi la verdadera iglesia sin interrupcion; y todo hombre que entre las gentes profesaba la religion verdadera por alguna tradicion antigua conservada de familia en familia, pertenecia á aquella iglesia perpetua, á lo menos en espíritu. Si entre los judios se desviaban algunos individuos del sendero de la verdad, y combatian algunos de los artículos de fé que profesaba positiva y expresamente la verdadera iglesia, se hacian culpables, de suerte que en espíritu á lo menos cesaban de pertenecer á la iglesia, y aun á veces eran echados públicamente de su seno. Asi pues la verdadera iglesia ha subsistido siempre una, indivisible, inmutable no obstante aquellas deserciones particulares que perjudicaban á los que las cometian voluntariamente, sin perjudicar á la fé de la iglesia, á su integridad, ni á su unidad, defendidas siempre por Dios y conservadas por una providencia particular hasta la venida de Jesucristo.

Bretschneider, autor aleman, suscita otra objecion. «La uniformidad en el modo de concebir las verdades de la fé es absolutamente imposible: en esta parte de la religion todo se vuelven variaciones contínuas. La unidad de que se gloría la iglesia católica; no es otra cosa que una unidad de palabras que se encuentra igualmente en las profesiones de fé de la iglesia evangélica; pero la palabra no es mas que un sonido vano que no puede constituir una unidad intelectual: por ejemplo no hay ninguna diferencia entre todos nosotros para pronunciar estas palabras: *Creo en Dios*; y sin embargo ¡qué diferencia en nuestras ideas con respecto á la divinidad! Luego la fuerza y la autoridad no producen en último

resultado mas que una unidad de palabras, y vale mucho mas no admitir otra autoridad que la de la razon, única que puede concordar al mismo tiempo con el espíritu de la religion y la dignidad del hombre. Cualquiera puede ademas llegar por sí mismo al conocimiento cierto de la verdad: por consiguiente privar á todos los hombres de este derecho que les da la naturaleza, porque algunos han abusado de él, seria tan absurdo como prohibirles á todos la navegacion, porque han naufragado algunos.

¿Se destruye la uniformidad en los puntos de fé, como lo afirma el profesor aleman, porque las materias se comprenden mas ó menos bien segun el grado de inteligencia de cada uno? No, la sustancia de la fé queda la misma, y todos los hombres pueden creer uniformemente los mismos dogmas que la fé les propone, aunque puedan percibir estas verdades con mas ó menos perfeccion segun la fuerza mas ó menos viva de su entendimiento y la mayor ó menor extension de su ciencia. Lo propio sucede con las ciencias naturales: asi el labrador y el astrónomo tienen la misma idea de la sustancia del sol y de la luna; pero el astrónomo tiene conocimientos particulares sobre este objeto que no puede tener el labrador.

El cargo de variaciones en estas materias con que arguye el adversario, cae sobre los hombres que han desechado la autoridad de la iglesia, y no sobre los verdaderos cristianos que han permanecido fieles á aquella. En efecto la iglesia católica ha creido siempre, tenido y enseñado siempre las mismas doctrinas en las cosas que tocan á la fé: si los disidentes de toda especie, herejes, protestantes y racionalistas, han estado siempre y estan aun variando continuamente, ya con respecto al sentido de la Escritura, ya en cuanto á dogmas particulares, deben atribuirlo á la falta de la autoridad que

han desechado, y no á la autoridad misma, que por el contrario es la única que hace que nosotros no estemos vacilantes é inciertos ni nos dejemos llevar de todo viento de doctrina.

Las palabras ¿son solamente un ruido vano formado por la voz humana y vacío de sentido, como dice nuestro adversario? por el contrario ¿no son los signos de las ideas del entendimiento, como lo enseñan todos los lógicos? Ciertamente, diremos nosotros, cuando Cristo y los apóstoles entregaron y confiaron la fé cristiana á la iglesia á fin de que la defendiese y conservase intacta hasta la consumacion de los siglos, no pensaban transmitirle y confiarle solamente un sonido vano de voz vacio de sentido, sino verdades expresadas con palabras y cuando los mártires derramaron su sangre, no era tampoco por conservar una fórmula material de palabras que no correspondiese á ninguna idea determinada.

Sabido es que el Apóstol recomendaba á Timoteo: «Guarda la sana doctrina que te enseñaron mis palabras tocante á la fé.» Y ¿quién no ve que seria vana esta recomendacion si en efecto las palabras no fueran mas que un sonido vacío de sentido? Cuando los legisladores dan leyes á los pueblos; cuando los príncipes promulgan decretos; cuando los médicos prescriben remedios á los enfermos; todo esto en la hipótesis de nuestros adversarios no seria mas que fórmulas materiales de palabras, en que no podria el entendimiento fijar ningun sentido real y determinado. ¿Para qué he de decir mas? Copiaré las palabras del Evangelio: «Cuando el hijo pide pan, podria darle su padre una piedra, un escorpion por un huevo y una serpiente por un pez:» tan insensatos son forzosamente los que combaten la unidad de la iglesia. Ademas negamos que la que toma el nombre de evangélica, muestre á los hombres la unidad de

que se gloría la verdadera iglesia, ya porque segun la naturaleza misma del protestantismo la iglesia llamada evangélica no posee realmente ninguna autoridad para hacer que sus sectarios abracen las mismas reglas de fé, ya porque las diversas iglesias encerradas en el seno del protestantismo tienen diversas profesiones de fé, que varian, como ellos mismos lo dicen, segun la diversidad de los tiempos y el progreso de las ciencias, ya en fin porque estas iglesias no admiten generalmente ningun libro simbólico.

Ademas todos los hombres han mirado siempre las palabras como los signos de los pensamientos del alma y como el medio necesario para comunicarse unos á otros sus ideas. Destruyase esta nocion de la palabra humana, y se acabó la sociedad y toda ciencia. Al instante deberian desecharse todas las obras de física y matemática por no encerrar ningun sentido, ni establecer ningun sistema; y resucitaria la confusion de la torre de Babel entre los hombres que se hablarian sin entenderse. Añado que hay palabras que presentan un sentido determinado y único, por ejemplo, los nombres que usan los geómetras y que designan un círculo, un triángulo etc.; y otras cuya significacion mas flexible se extiende ó se limita al antojo de los que las emplean, aunque representen cierta idea fundamental sobre la cual estan de acuerdo todos los hombres.

Confieso que todos estos no tienen la misma idea de la divinidad relativamente á los diversos grados de ciencia á que cada uno de ellos puede llegar; pero todos sin excepcion, sabios é ignorantes, tienen la misma idea de la sustancia divina, por mas que diga nuestro adversario, de suerte que los que pronuncian estas palabras: *Creo en Dios*, comprenden todos un ser soberano, perfecto y principio de todas las cosas bajo la nocion general de Dios.

En cuanto á lo que añade nuestro adversario que vale mucho mas no admitir otra autoridad que la de la razon, respondo que esta no tiene ninguna autoridad sobre las materias de fé propiamente dichas, y que en esto debe obedecer y no mandar; en una palabra no precede á la fé sino que la sigue. Asi sentados los dogmas de la fé, la razon puede hallar muchos motivos que los ilustren y prueben, y demuestren que no hay ninguna repugnancia en admitirlos: la razon humana no tiene otro derecho, otro deber ni otra autoridad en las materias que tocan á la fé. De donde resulta evidentemente que el adversario está en un error cuando supone que en la religion católica los hombres no deben hacer ningun caso de las luces de la razon que reciben de Dios, sino admitir las verdades de la fé, como lo harian unos autómatos, sin discernimiento ni reflexion. Jamás ha sido este el espíritu de la religion cristiana: esta no ha quitado jamás nada á la dignidad natural del hombre. La misma razon de que se hace arma contra nosotros, nos enseña que debemos recibir con la mas alta veneracion unas verdades que se nos proponen como divinamente reveladas por una autoridad infalible que nos habla en nombre de Dios; y tal es la autoridad de la iglesia católica segun hemos demostrado.

Dícese que todo hombre puede llegar por sí mismo al conocimiento de la verdad. — Si se habla de las verdades del órden natural, lo concedo de buen grado; por el contrario lo niego absolutamente de las verdades sobrenaturales y reveladas, y ya he probado que tenia derecho de negarlo.

Tan absurdo seria, se añade, prohibir la navegacion á todos los hombres porque algunos han naufragado, como quitarles un derecho natural que reciben de la razon, só pretexto que algunos han abusado de él. —

Respondo que los hombres no tienen absolutamente ningun derecho sobre las materias de la fé; al contrario estan obligados á un deber de sumision y obediencia. En efecto todos los que arrogándose un derecho engañoso han emprendido esta navegacion sin otro piloto que ellos mismos, para valerme de la comparacion del adversario, han naufragado en la fé como Himeneo y Alejandro, segun lo atestigua el Apóstol. Ciertamente cuando Cristo envió sus apóstoles para predicar la fé al mundo, no les habló de este supuesto derecho como perteneciente indistintamente á todo hombre, sino que les dijo simplemente: «Id, predicad el Evangelio á toda criatura: el que crea se salvará; y el que no crea, se condenará.» Cuide nuestro adversario de no ser del número de estos últimos.

Benjamin Constant suscitó esta tercera objecion: «Jesucristo no instituyó ninguna iglesia determinada y particular, ningun sacerdocio exterior y propiamente dicho, sino que solamente envió ministros independientes unos de otros, para anunciar á los pueblos su doctrina que va dirigida mucho mas al corazon que al entendimiento. En efecto la religion no consiste mas que en un afecto de corazon puramente sentimental, y por consecuencia es inmutable en su esencia, aunque pueda tomar diversas formas accidentales; de suerte que la diversidad de estas no quita nada á la unidad de aquella. A esta objecion de Benjamin Constant añade Bretschneider que es preciso distinguir entre la iglesia y la cristiandad, porque Jesucristo fundó sí el cristianismo; pero no fundó ninguna de sus formas, sea católica, sea griega, sea evangélica. Por último Felix Bodin en su resúmen de la historia de Francia se aprovecha de estas dos objeciones, y concluye en estos términos: «Las iglesias fundadas por los apóstoles eran unas sociedades distintas entre sí é inde-

pendientes unas de otras, cuyos jefes eran escogidos entre los fieles mas ilustres, y aquellas repúblicas sagradas comunicaban con la iglesia de Roma del mismo modo que los estados federalistas de la América del norte comunican con un presidente general.»

Rechazo igualmente las premisas y la conclusion de esta objecion. Benjamin Constant, Bretschneider y Bodin han acudido á este medio demasiado tarde para inventar esos sistemas irreligiosos y destructivos de toda revelacion, ignorados de los apóstoles y de toda la antigüedad que no soñó jamás semejante cosa. S. Pedro y sus sucesores ejercieron una verdadera jurisdiccion sobre la iglesia universal. Esta es una propiedad personal de esta iglesia, una posesion que no podrán arrancarle jamás los herejes, los racionalistas ni los incrédulos. Todos los monumentos eclesiásticos condenan estas aberraciones, estas locuras de nuestros adversarios, porque no puede darseles nombre mas blando. Los papas S. Clemente, Estevan y Victor ejercieron esta autoridad en diversas circunstancias y contra diferentes sectas: S. Ireneo y los obispos de Asia reconocieron y atestiguaron esta superioridad de la iglesia romana ó del sumo pontifice que es su cabeza, y de todas partes se llevaron multiplicadas apelaciones á la santa sede. Ademas las palabras de Jesucristo se resisten absolutamente al sentido que place á nuestros adversarios darles.

En cuanto á lo que añade Bretschneider, que hay que distinguir entre la iglesia y la cristiandad ó el cristianismo, digo que esta distincion es enteramente vana. En efecto ¿qué es el cristianismo sino la sociedad de los que profesan la doctrina de Cristo, y la profesan en toda su integridad, tal como Cristo la encomendó á sus apóstoles para que la predicaran á todas las naciones? Y ¿cuál puede ser esta sociedad sino la

misma iglesia? En ningun paraje del Evangelio se lee que Cristo fundase el cristianismo, y mil veces se lee en términos expresos que fundó su iglesia. «Yo edificaré, dice, mi iglesia.... El que no escucha á la iglesia, sea para vosotros como un pagano y un publicano;» de suerte que toda la discusion entre los protestantes y los católicos versa sobre esta sola cuestion de tres siglos acá: ¿Cuál es la verdadera iglesia de Cristo? Por el contrario nunca se habia puesto en duda que Jesucristo hubiese instituido ó no una iglesia: solo en estos últimos tiempos la han suscitado Benjamin Constant, los bíblicos y los racionalistas, que habiendo perdido toda fé recurren á un afecto del corazon que llaman sentimental, en otros términos á la caridad, mientras que Jesucristo dijo expresamente: «El que no crea, se condenará.»

Por lo que toca á las formas que nuestros adversarios llaman accidentales, católica, griega y evangélica, respondo que Jesucristo no fundó realmente mas que una sola iglesia, á fin que esta profesase toda su doctrina y nada mas bajo los pastores legítimos y bajo el príncipe ó cabeza instituido por él: «Sobre esta iglesia edificaré yo mi iglesia.» Pues esta iglesía es la católica, llamada asi desde los tiempos apostólicos, como ya lo hemos notado, que es la única que abraza y ha abrazado en todo tiempo y lugar el cristianismo entero, y esta es no una forma variable y accidental, como quieren nuestros adversarios suponer, sino una propiedad intrínseca y esencial de la verdadera iglesia de Cristo. Al contrario todas las otras sociedades religiosas que profesan un cristianismo parcial, han debido tomar una denominacion particular, y revestirse de una forma determinada segun los tiempos y lugares. En la proposicion siguiente diremos lo que ha de juzgarse de estas formas.

Los herejes insisten diciendo: «Si Jesucristo concedió á la unidad las prerogativas de autoridad, infalibilidad y perpetuidad, es evidente que no siendo S. Pedro y sus sucesores mas que una parte *del todo*, no gozan de ninguna prerogativa especial. Ademas las promesas de Cristo pueden no haber sido mas que condicionales, como parece que lo indican las siguientes palabras del v. 8, cap. XXIII de S. Lucas: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿creeis que halle aun fé sobre la tierra?» Del mismo modo el Apóstol, hablando del tiempo que ha de preceder al reinado del Antecristo, escribe á los tesalonicenses: «Este dia no vendrá hasta que haya llegado antes la apostasía.» Y de ahí procede tambien que S. Gerónimo no vaciló en decir del siglo en que vivia: «Ved ahí que la fé de Nicea ha sido condenada por aclamacion: todo el universo lo ha deplorado, y se ha admirado de encontrarse arriano.»

Si Pedro y sus sucesores fueran mirados como personas particulares, no tendrian en efecto ninguna prerogativa; pero Pedro es la cabeza de la iglesia, el pastor universal, el centro de la unidad. «Donde está Pedro, dice S. Ambrosio, allí está la iglesia. La iglesia está en el obispo, dice S. Cipriano.» Así las prerogativas que corresponden á Pedro, corresponden tambien á la iglesia; porque la iglesia está fundada sobre Pedro. Esta union indisoluble de Pedro y de la iglesia forma sola la unidad católica. Cuando la iglesia obra, define, etc., obra, define necesariamente por Pedro y en Pedro, es decir, en el romano pontífice que es su cabeza viviente, *pensante y agente*, porque un cuerpo no puede obrar sin cabeza. Jesucristo entregó primero separadamente á Pedro todas las facultades cuestionadas por los herejes, y Pedro las transmitió despues al colegio apostólico ó á la iglesia, que debe ser dirigida y gobernada por su cabeza, sin poder jamás enseñar, man-

dar ni hacer nada prescindiendo de esta cabeza.

Dícese que las promesas de Jesucristo pudieron ser condicionales solamente; pero ¿como pudiera ser esto supuesto que la iglesia fundada por los apóstoles que habian recibido las promesas del Salvador, las ha entendido siempre de una manera absoluta y positiva? Las palabras del Evangelio que se nos objetan en este punto, hablan de muchas deserciones particulares y no de una desercion total de la misma iglesia.

En cuanto á las palabras de S. Gerónimo, no son mas que una hipérbole sugerida por el dolor. En efecto ¿en qué ocasion las pronunció? Cuando los padres del concilio de Rímini, no entendiendo la fuerza de la palabra griega *omoiousion*, engañados ademas por las astucias de los arrianos, y forzados por la violencia, consintieron aquella expresion; pero en cuanto se descubrió el fraude, los mas se retractaron. El romano pontífice no asistió á aquel concilio, ni en persona, ni por un legado, y la mayor parte de los obispos de la iglesia católica faltaron tambien: por último los que asistian, suscribieron aquella declaracion de fé arriana únicamente por las violencias que ejerció con ellos el emperador Constantino. Nadie sin duda se lamenta ni se admira de ser lo que sabe y quiere ser realmente, y supuesto que los padres del concilio de Rímini se lamentaron y admiraron, segun S. Gerónimo, de pasar por arrianos, es evidente que no lo eran ni de corazon, ni por una confesion voluntaria exterior: de otro modo no hubieran manifestado dolor ni admiracion.

PROPOSICION QUINTA.

La iglesia católica es la única iglesia verdadera de Jesucristo.

Esta proposicion se deriva necesariamente de la anterior. En efecto si la verdadera iglesia es solamente aquella que el mismo Cristo fundó en la unidad de la fé y del gobierno, y que por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos debe durar hasta el fin del mundo; es evidente que siendo la iglesia católica la única que desde los apóstoles ha llegado hasta nosotros en la unidad de una misma fé y de una misma cabeza, es tambien la única iglesia verdadera de Jesucristo.

Esta unidad de fé en la iglesia católica se prueba primeramente, porque los herejes de todos los siglos han combatido esta misma fé en cuya posesion se hallaba ya la iglesia en el instante mismo en que ellos se separaban de ella, protestando unos contra un artículo de aquella fé, otros contra otro, al paso que la iglesia los conservaba todos sin excepcion y rechazaba como novadores y usurpadores á los sectarios que se empeñaban en privarla de un solo artículo de aquellos, fuese como fuese. Y no solamente rechazó á los que querian suprimir algo de la fé, sino tambien á los que de cuando en cuando probaron á añadir algo transportando á su heredad los despojos de los egipcios. Asi pues ha rechazado toda novedad, ya positiva, ya negativa; por lo cual ha permanecido tranquila espectadora del nacimiento y de la muerte de todas aquellas sectas, y ha podido repetir siempre estas palabras: «Ved que los que buscaban mi alma han muerto;» ó estas del salmista: «Ví al impío elevado y triunfante, pasé y ya no existia.»

La unidad de fé en la iglesia católica se prueba tambien por el consentimiento y el testimonio de los

mismos herejes. En efecto estos que no han estado nunca de acuerdo entre sí, lo han estado siempre con la iglesia sobre todos y cada uno de los artículos de fé que no desechaban expresamente. Asi todos los herejes, salvo los puntos en que erraban, han confesado siempre que la iglesia católica habia mantenido la verdadera fé en todos los demas; de donde se sigue que si recorremos el círculo de los artículos que ha profesado ó profesa aun cada una de las sectas heréticas en comun con la iglesia católica, tendremos el cuerpo completo y absoluto de la doctrina católica y de todos los dogmas de nuestra fé; y por consiguiente los mismos herejes, aunque á pesar suyo, dan el testimonio mas evidente en favor de la verdadera fé que ha profesado siempre la iglesia católica. En cuanto á las verdades que han impugnado separadamente, ¿por qué habriamos de creerlos acerca de estas mas bien que acerca de las otras? Reunamos en efecto los artículos que han negado: examinemoslos uno por uno; y veremos que de todos los artículos de que se compone la fé cristiana, no nos quedará uno solo cierto, sino innumerables contradicciones en su lugar.

Esta misma verdad que defendemos resalta tambien de la discusion perpetua que existe entre los herejes á fin de fijar la época precisa y determinar el verdadero autor de las innovaciones que segun ellos se introdujeron en la iglesia católica en otro tiempo. Los centuriadores de Magdeburgo se contradicen á sí mismos: Hospiniano acusa á S. Gregorio el Grande de ser el autor de la supersticion y de la idolatría: el ministro protestante Claude cuenta el siglo séptimo entre los siglos de oro de la iglesia: Andres Rivet asegura que es una opinion comun entre los protestantes y los calvinistas que el Antecristo levantó públicamente su estandarte en la iglesia seiscientos años despues del nacimiento de Cristo: otros retrasan los dias de oro de la iglesia y los tras-

ladan comunmente al siglo V ó VI: d'Aubigné con el consentimiento de los ministros calvinistas toma por regla en las materias de fé los cuatro primeros siglos enteros: Gibbon afirma que ningun erudito puede resistir á la evidencia de los testimonios históricos que prueban que durante los cuatro primeros siglos eran ya admitidos en la teoría y en la práctica los principales puntos de la doctrina católica: Newton confiesa que las semillas *del papismo* se esparcieron aun desde la época apostólica. Asi pues probamos incontestablemente esta unidad perpetua de fé en la iglesia católica con la confesion misma de sus adversarios y su proceder, y eso sin necesidad de recurrir á los testimonios particulares y positivos con respecto á cada uno de los artículos de fé, de que trataremos en el curso de esta obra. Añado que todas las hipótesis de los herejes discuerdan de las promesas de Jesucristo, y que es fácil probarselo, porque como dice Belarmino, en toda variacion aun la mas leve se descubren fácilmente estas cinco cosas: el autor, el dogma, la época, los defensores y los impugnadores.

Por lo que mira á la unidad de gobierno ó de la sucesion no interrumpida de los pastores ó de los obispos desde Jesucristo hasta nosotros, la serie de los pontífices romanos con los cuales comunicaron los obispos de todas las iglesias particulares, es un monumento irrefragable de la perpetuidad y de la unidad de gobierno en la misma iglesia.

Tertuliano, Cipriano, Ireneo, Eusebio de Cesarea, Optato de Milevis y Agustin nos dejaron el catálogo de los pontífices romanos sucesores de S. Pedro, cada uno hasta su tiempo, y los escritores siguientes continuaron este mismo catálogo hasta nuestros dias.

Los monumentos de todos los siglos atestiguan que el pontífice de Roma ha sido mirado en todos tiempos como la cabeza de toda la iglesia católica y como el

principio, el fundamento, la fuente y el centro de unidad del gobierno eclesiástico.

S. Ireneo escribe de la iglesia de Roma: «Es necesario que cualquier otra iglesia y los fieles de todos los paises concuerden con esta iglesia á causa del primado que le corresponde;» y exponiendo en seguida la sucesion de los pontífices romanos desde S. Pedro hasta Eleuterio concluye en estos términos: «Por esta série y sucesion se han perpetuado hasta nosotros la tradicion de los apóstoles y su predicacion.»

Tertuliano, aunque ya era montanista, llama obispo de los obispos al pontífice de Roma; de modo que esta denominacion era entonces comun en la iglesia para designar al pontífice de Roma, ó cuando menos todos admitian la autoridad suprema de este pontífice en la iglesia universal, como lo advierte Fleury con ocasion de este texto de Tertuliano.

Orígenes afirma que la piedra ó el pontífice de Roma y la iglesia son una misma cosa. Proponese esta cuestion: «La piedra y la iglesia ¿son una sola y misma cosa?» Y al punto responde en estos términos: «No temo afirmarlo, porque las puertas del infierno no prevalecerán ni contra la piedra sobre que fundó Cristo su iglesia, ni contra esta misma iglesia.»

S. Cipriano llama á la iglesia de Roma el orígen y la madre de la iglesia católica, y da al pontífice romano el nombre de cabeza de una sola iglesia: ademas llama á la de Roma la iglesia principal de donde ha salido la unidad del sacerdocio.

El concilio de Aquileya, celebrado en el año 381 y presidido por S. Ambrosio, se explica asi hablando de la silla de Roma: «De aqui se derivan sobre todos los fieles los derechos de la comunion que deben respetar.» Ya he citado las célebres palabras de S. Ambrosio á este propósito: «Donde está Pedro, allí está la iglesia.»

S. Gerónimo compara la iglesia ó la silla de Roma con el arca de Noe, fuera de la cual perecieron todos los hombres, y con la casa fuera de la cual todo el que come el cordero es profano. Leanse las palabras de este santo doctor en su carta al Papa Dámaso: « Yo me asocio á la comunion de vuestra beatitud, es decir, á la comunion de la cátedra de Pedro, piedra sobre la cual sé que fue fundada la iglesia. Cualquiera que come el cordero fuera de esta casa, es profano. Si alguno no está en el arca con Noe, perecerá en las aguas del diluvio.»

S. Optato de Milevis habla asi: « Solo una cátedra es la primera entre todas por los dones que ha recibido..... Pedro fue el primero que se sentó en ella: á Pedro sucedió Lino, á Lino Clemente, á Clemente Anacleto..... á Dámaso Siricio, por el cual todo el universo está en sociedad de comunion con nosotros.»

S. Agustin, hablando en el mismo sentido de la sucesion de los pontífices romanos y de la silla de Pedro, á fin de confundir á los cismáticos donatistas, escribe: « Esta es la piedra de que no triunfarán las soberbias puertas del infierno.»

S. Pedro Crisólogo se expresa en estos términos: «El bienaventurado Pedro que vive y preside en la silla que le pertenece, y manda á los que buscan la verdad para su provecho.»

Adoptando el concilio ecuménico de Calcedonia esta doctrina exclama: « Pedro ha hablado por Leon.» Y hablando de la epístola de S. Agaton dice: « Parecia que solamente fuese papel y tinta; pero Pedro hablaba por Agaton.» Por último los obispos de Oriente escribiendo al pontífice Simmaco le dirigen estas palabras: « Vos á quien instruye cada dia vuestro santo doctor Pedro en apacentar en todo el orbe habitable las ovejas de Jesucristo que os ha encomendado.»

El concilio ecuménico de Letran celebrado en el año 1213 dice: «Hemos ordenado que despues de la iglesia romana que por disposicion del Señor obtiene el primado sobre todas las otras iglesias como la madre y la maestra de todos los fieles de Jesuristo &c.» En el concilio ecuménico celebrado en Leon, el año 1274, deseando volver los griegos al seno de la iglesia católica hicieron públicamente esta profesion de fé: «La iglesia romana posee una soberanía plena y entera sobre toda la iglesia católica; soberanía que nosotros reconocemos humilde y verdaderamente haberle sido transmitida por el mismo Señor en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, cuyo sucesor es el romano pontífice.» Por último el concilio ecuménico de Florencia define esta suprema potestad de los papas: «La santa sede apostólica ó el romano pontífice posee el primado sobre todo el universo: este mismo pontífice romano es el sucesor del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, el verdadero vicario de Jesucristo, la cabeza de toda la iglesia, el padre y el doctor de todos los cristianos; y nuestro Señor Jesucristo le entregó en la persona del bienaventurado Pedro una plena potestad de apacentar, conducir y gobernar la iglesia universal.»

Es pues evidente por todos estos testimonios y por otros no menos auténticos que pudieran reunirse de todos y cada uno de los siglos del cristianismo, que la iglesia universal ha mirado siempre al romano pontífice, sucesor de S. Pedro, como el orígen, la fuente, la cabeza y el centro de la unidad eclesiástica. Asi aunque haya habido y haya aun muchos obispos diseminados por todo el mundo, sin embargo por la íntima adhesion de todos ellos al pontífice romano no ha habido nunca mas que un solo episcopado y una sola iglesia, que para valernos de los términos del Papa Simmaco ejerce un so-

lo sacerdocio por muchos pontífices como la Trinidad divina ejerce un solo poder.

S. Cipriano usa la misma comparacion para explicar la unidad del episcopado, de que cada obispo posee in solidum una parte, y concluye en estos términos: «Por lo tanto el Señor nos enseña y establece la unidad de la autoridad divina cuando dice: «Mi padre y yo somos uno,» y pone esta unidad en su iglesia cuando añade: «Habrá un solo rebaño y un solo pastor.» Y el santo doctor dice á este propósito: «Si no hay mas que un rebaño, ¿cómo podria contarse entre las ovejas del rebaño el que no está en el rebaño?»

Sentado esto tenemos evidentemente un derecho para concluir: La iglesia de Jesucristo está fundada sobre la unidad de gobierno que reside en Pedro y en sus sucesores: mas solamente en la iglesia católica se encuentra esta sucesion perpetua y no interrumpida de los pontífices romanos y de todos los demas obispos que han comunicado con ellos, subiendo desde Gregorio XVI que hoy gobierna la iglesia, hasta Pedro, es decir, hasta los apóstoles y hasta el mismo Jesucristo: luego la iglesia católica es la única iglesia que posee esta unidad de gobierno; ó lo que es la consecuencia de cuanto acabamos de probar, si la verdadera iglesia de Cristo es necesariamente una, visible y perpetua por la naturaleza misma de su institucion, en cuanto se prueba que la Iglesia católica sola posee estas tres cosas, queda tambien probado que la iglesia católica es la única iglesia verdadera de Jesucristo.

Asi todas las comuniones separadas de esta iglesia son, valiéndome de la expresion de S. Juan, otras tantas sinagogas de Satanás, monumentos de orgullo humano, y no iglesias de Jesucristo.

De ahí procede tambien evidentemente que de tantas sectas que han aparecido en el mundo, ninguna ha

osado usurpar el nombre glorioso de iglesia católica, oponiéndose á ello con una fuerza irresistible el mismo testimonio de su conciencia; de suerte que aquel nombre ha quedado siempre y queda únicamente á la antigua iglesia que persevera la misma desde Jesucristo hasta nosotros. Todas aquellas sectas han tomado diferentes nombres: unas los de sus autores, v. g. los sabelianos, arrianos, macedonianos, calvinistas y jansenistas: otras han sacado la denominacion de otro orígen, como los gnósticos, los noecianos, los reformados, los apostólicos, los evangélicos, los protestantes &c. Pues estas sectas son lo que Bretschneider y B. Constant llaman formas accidentales; y ciertamente lo son en el sentido estricto de la palabra, formas producidas por el espíritu de orgullo. Asi siempre que estos sectarios, al rezar el símbolo de los apóstoles, confiesan que creen en la iglesia, se juzgan y condenan á sí mismos, porque ellos no forman mas que fracciones separadas y sectas particulares.

De aquí resulta tambien que si la fuente y el orígen de la unidad del episcopado y de la iglesia estan en el pontífice romano; los griegos cismáticos, los anglicanos &c. y todos los obispos separados del pontífice de Roma no pertenecen á la unidad de la iglesia, y por consiguiente no pueden pertenecer á la iglesia de Jesucristo.

Asi ningun concilio verdaderamente ecuménico, es decir, que represente á la iglesia universal, puede celebrarse sin el pontífice romano que siendo la cabeza del cuerpo de la iglesia es por lo mismo la cabeza del concilio ecuménico que debe representar á esta iglesia; sin lo cual el concilio seria acéfalo.

Por último es evidente que es una verdadera necedad de algunos escritores facciosos decir que el pontífice romano es el signo, la bandera, el portaestandarte, el

gefe *ministerial* de la unidad, en vez de decir simplemente que es la cabeza, el centro y el orígen de la misma unidad.

Los herejes nos hacen las objeciones siguientes sobre esta cuestion. La fé ha podido variar poco á poco é insensiblemente en la iglesia como sucede de ordinario hasta que se haga universal esta variacion; luego no es extraño que no se pueda señalar una época fija de esta. Ademas el progreso del tiempo ha podido obscurecer ciertas verdades y ciertos dogmas, y en esta obscuridad universal el error ha hallado naturalmente medio de introducirse y propagarse.

Respondo que esto es manifiestamente imposible; de otro modo hubiera faltado Jesucristo á sus promesas; lo cual no puede decirse sin impiedad. En efecto la ignorancia y el error pueden muy bien hallarse en los individuos; pero jamás en la misma iglesia. Jesucristo, como hemos dicho mas arriba, no concedió sus promesas y privilegios á algunos individuos, sino á la unidad: sin esto estariamos siempre en la duda.

Esa supuesta obscuridad universal con que se arguye, es una vana fábula inventada por los jansenistas y condenada justamente por Pio VI en su constitucion *Auctorem fideí.* Jesucristo vela siempre por su iglesia, la guarda, la defiende y está siempre con ella.

Pues ¿á qué vienen, responden los herejes, tantas indagaciones y tantos pareceres diferentes cuando se suscita una nueva controversia?

Porque Jesucristo no viene en auxilio de su iglesia por modo de inspiracion sino de asistencia, como ya lo hemos notado; de suerte que para alcanzar el fin que se propone, no excluye los medios humanos, como el estudio, la instruccion etc. A la manera pues que los hombres, obligados á probar sus derechos de propiedad, buscan sus títulos por todas partes con el mayor

cuidado; así la iglesia para probar su propiedad personal consulta diligentemente los monumentos de la Escritura y la tradicion para oponerlos á la audacia de los novadores y ayudar á aquellos cuya flaqueza titubea. Pero ¿para qué he de insistir mas tiempo? En el concilio de Jerusalem ¿ no se suscitó una gran cuestion entre los apóstoles y los ancianos con motivo de la observancia de las prácticas legales, aunque todos los apóstoles eran personalmente infalibles?

Otra objecion.—Los obispos, dicen los herejes, son los sucesores de los apóstoles que recibieron inmediatamente su mision, y mision ilimitada, de Jesucristo, de suerte que la iglesia se fundó no menos sobre ellos que sobre Pedro, como lo prueba este pasaje de S. Pablo en su epístola segunda á los efesios: «Los fieles son un edificio construido sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas,» y este de S. Juan en el Apocalipsis: «La muralla de la santa Jerusalem (la iglesia) tenia doce fundamentos, y sobre ellos los nombres de los doce apóstoles del cordero.» En vano pues se afirma que la unidad del gobierno eclesiástico depende de la unidad de una cabeza ó del romano pontífice.

A esto diré que los obispos considerados en cuerpo son en efecto los sucesores de los apóstoles ó del consejo apostólico; pero si se los considera cada uno de por sí hay que distinguir entre la potestad de órden y la de jurisdiccion, porque tienen la primera; mas de ningun modo la segunda. Ademas aunque la potestad de los apóstoles fuese extraordinaria, no era sin embargo ilimitada é independiente. A la verdad los apóstoles recibieron de Jesucristo esta potestad extraordinaria; pero subordinada á Pedro, que fue el único que recibió la plenitud de la potestad para transmitirla á sus sucesores como ordinaria. Esta es la diferencia entre la potestad dada á Pedro y la potestad dada á cada uno de los otros

apóstoles: una y otra fue entera y universal; sin embargo la potestad de Pedro fue *ordinaria*, suprema é independiente, mientras que la de los otros apóstoles fue *extraordinaria* y subordinada á Pedro en cuanto al modo de ejercerla, y por consiguiente debió acabarse con ellos: porque esta potestad extraordinaria se otorgó á los apóstoles para fundar la iglesia y les era absolutamente necesaria en aquellos primeros tiempos; pero fuera de aquella potestad extraordinaria se concedió á Pedro una potestad ordinaria para conservar la unidad de la iglesia; potestad perpetua por consecuencia, ó como dice Tertuliano, que daba al que la poseia legítimamente el derecho de transmitirla á otros.

Por eso escribia el mismo Tertuliano: «Recordad que el Señor dejó las llaves á Pedro, y por Pedro á la iglesia.» ¿Qué nombres dan los santos padres á Pedro en sus obras? Le llaman la cabeza, el presidente, el príncipe, el pastor de los apóstoles y de la iglesia. Oigamos á S. Cipriano en su *Tratado de la unidad de la iglesia*: «La unidad, dice, es el punto de partida, y á Pedro se le dió el primado para manifestar que no hay mas que una iglesia de Jesucristo y una sola cátedra. Todos son pastores; pero no hay mas que un solo y mismo rebaño, que deben gobernar en comun todos los apóstoles para testificar tambien que la iglesia de Jesucristo es una... La iglesia está en el obispo.... El Señor dió primeramente la potestad á Pedro, y despues habló tambien á los apóstoles.... Sobre Pedro fundó su iglesia, y de ahí viene la eleccion de los obispos y la razon de ser de la iglesia.» E inmediatamente añade: «No hay mas que una iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo sobre Pedro, cuyo origen y razon de ser son la unidad.» En otros varios lugares de sus obras sno cesa de insistir en esta verdad. La doctrina de San Agustin en estas materias es la misma que la de San

Cipriano. «¿Vacilaremos, dice aquel santo padre, en permanecer en el seno de esta iglesia, que enmedio de la griteria de los herejes incesantemente levantada contra ella no ha cesado jamás de ejercer un poder supremo sobre todo el universo cristiano por una serie no interrumpida de obispos en la silla apostólica?» Pero aqui me detengo, porque seria muy prolijo citar los innumerables testimonios de todos los santos padres.

Dicese que los fieles son un edificio construido sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas: si, pero este fundamento es la fé predicha por los profetas y predicada por los apóstoles, que fundaron las diferentes iglesias con esta predicacion. Tal es el sentido de los pasajes de la santa escritura citados por nuestros adversarios.

Sin embargo estos insisten: ¿No dice S. Cipriano que no hay mas que un episcopado, de que cada obispo posee una parte in solidum? ¿No añade: «Los otros apóstoles eran ciertamente lo que era el mismo Pedro, dotado de un mismo honor y de una misma potestad en una sociedad igual? «Por último el siguiente pasaje de S. Gerónimo ¿no decide la cuestion á nuestro favor? «Aunque... todos los apóstoles reciben las llaves del reino de los cielos, y la potestad de la iglesia se apoya igualmente en cada uno de ellos...»

Respondo que el texto alegado de S. Cipriano *no hay mas que un episcopado de que cada obispo posee una parte in solidum*, debe entenderse de la unidad individual del mismo episcopado y de la iglesia, la cual no padece division por la multitud de los obispos, que con Pedro y debajo de Pedro *poseen* y *apacientan* la *parte* del rebaño confiado á su cuidado. Es indudable el sentido que damos á este pasaje, por las palabras que inmediatamente le preceden en el texto del santo doc-

tor, y á ellas remitimos nuestros adversarios. Ademas si quieren tomarse la molestia de leer su *Tratado de la unidad de la iglesia*, encontrarán otras muchas expresiones que aclaran el sentido de estas, y los edificarán completamente sobre este punto.

En el otro pasaje de S. Cipriano alegado por los herejes para probar que los apóstoles eran iguales á S. Pedro parece que el santo mártir no pensó mas que en la dignidad sola del apostolado, y bajo este punto de vista puede decirse en efecto que los otros apóstoles eran en cierto modo iguales á Pedro, aunque en esta dignidad misma estaban subordinados á él segun S. Cipriano, porque añade al instante: «El punto de partida es la unidad, y á Pedro se le dió el primado para manifestar que no hay mas que una sola iglesia de Cristo y una sola cátedra.» Si nuestros adversarios suponen que S. Cipriano habla de la dignidad ó de la potestad episcopal, diremos que los apóstoles y los obispos pueden considerarse bajo dos puntos de vista, como representando un cuerpo con su cabeza, y como miembros de este cuerpo considerados separadamente. Bajo el primer punto de vista todos estan dotados de la misma potestad, como los miembros de un senado que constituidos bajo un jefe ó presidente poseen todos la potestad suprema, legislativa etc. Al contrario bajo el segundo punto de vista no tienen otra potestad que la que se les concede ó comunica. Pues esta potestad extraordinaria, dada por Jesucristo á los apóstoles para ejercerla con sujecion á Pedro, es la que el romano pontífice concede y comunica á los obispos de las diócesis. Lo mismo sucede con el texto de S. Gerónimo, el cual añade inmediatamente: «Cristo elije uno entre los doce para que establecida y reconocida la cabeza se quite toda ocasion de cisma.»

Las iglesias orientales y apostólicas, continúan los

herejes, han sido siempre independientes de la iglesia de Roma y de su cabeza.

Esta objecion se funda en una mentira como otras muchas. En efecto los pontífices romanos han ejercido su autoridad sobre las iglesias orientales siempre que se ha ofrecido la ocasion ó lo ha exigido la necesidad: asi lo demuestran todos los monumentos eclesiásticos por confesion misma de Fleury. Aquellas iglesias han recurrido muchas veces á la santa sede: los patriarcas de Antioquía, Alejandría y Jerusalem se han presentado muchas veces ante la misma sede ó le han enviado diferentes apelaciones; y el pontífice de Roma ha solido deponer á aquellos patriarcas. S. Atanasio expulsado de su silla por las maquinaciones de los arrianos apeló á Roma S. Sofronio de Jerusalem y Sergio de Constantinopla, enviaron á Roma para el asunto de los monotelitas. Lo mismo sucedió con el cisma de Antioquía. Por último este uso era general aun en los primeros siglos de la iglesia, como lo han confesado Wetstein y Gibbon.

Tambien se nos objeta que acontece á veces no poder distinguirse cuál es el legítimo pontífice de Roma: que la iglesia romana está muchas veces sin pastor por hallarse la sede vacante; y que por consecuencia la iglesia no tiene cabeza ni centro de autoridad en estos casos.

En todos ellos, respondemos nosotros, no cesan las iglesias particulares de comunicar con la santa sede, y segun una costumbre perpetua la decision de los negocios urgentes es de la jurisdiccion de las congregaciones y de los cardenales hasta la eleccion del nuevo pontífice ó hasta el reconocimiento del legítimo cuando hay cisma. En cuanto á los tiempos de este, el cristiano que se adhiere de buena fé á un pontífice mas bien que á otro, está puro de toda culpa, y virtualmente á lo me-

nos corresponde á la verdadera cabeza de la unidad.

Pero se dice tambien que los concilios de Basilea y Constanza no tuvieron á su frente al romano pontífice como cabeza y centro de la unidad.

Es cierto; mas estos concilios, suponiendo que sean ecuménicos con respecto á sus decretos concernientes á la autoridad del pontífice romano, lo que niegan con razon muchos teólogos, no por eso dejan de admitir al papa como centro de la unidad; y la discusion suscitada en el seno de ellos versaba únicamente sobre la mayor ó menor latitud de la autoridad pontificia. Ademas el concilio de Basilea es mirado generalmente como cismático en esta parte; y el de Constanza se celebró en tiempo de cisma, de suerte que sus decretos se desechan en general ó á lo menos son de autoridad dudosa, y por consiguiente no tienen fuerza alguna.

PROPOSICION SEXTA.

Todos los hombres que en cualquiera tiempo siguen los caprichos del juicio individual y se oponen á la autoridad de la iglesia católica, son rebeldes, sectarios y novadores.

El orígen de todas las herejias es el mismo, es decir, el sistema del juicio individual ó de los hombres particulares que se declaran contra la autoridad legítima, divinamente establecida para enseñar la fé, propagarla y conservarla intacta hasta la consumacion de los siglos; y esta autoridad no es otra que la iglesia católica, como hemos demostrado en nuestra proposicion anterior.

Ya hemos visto que Jesucristo dejó su mision á la iglesia sola doctrinante, establecida por él para que sea

la depositaria perpetua de la fé y la maestra de todas las naciones. La iglesia, usando de esta facultad por sus ministros de un modo soberano, es decir, en nombre del mismo Jesucristo, enseña en todos tiempos y á todos los pueblos las verdades que le fueron confiadas, é instruye á sus hijos Así á la iglesia toca enseñar, y á los individuos ser enseñados y creer, ó como habla el Apóstol, someter su espíritu á la obediencia de Cristo y obedecer á la fé. Luego la fé ó la verdad está necesariamente toda entera en la autoridad legítima; al contrario la herejía ó el error está en el juicio individual opuesto á aquella autoridad. Esta oposicion de los individuos particulares encierra una rebelion, y por consiguiente todos los que se separan de la iglesia católica para adherirse á las opiniones de los hombres particulares, caen en un estado de rebelion, y se convierten en sectarios, novadores ó cómplices de los novadores.

De estos escribian así los apóstoles congregados en concilio en la ciudad de Jerusalem: « Porque hemos sabido que algunos de los nuestros os han inquietado con sus palabras turbando vuestras almas sin haberles dado nosotros órden, nos ha parecido etc. » De ellos escribia el Apóstol á los gálatas: « Hay algunos hombres que introducen la turbacion entre vosotros y quieren variar el Evangelio de Jesucristo. Pero aun cuando nosotros mismos os anunciasemos, ó cuando un angel venido del cielo os anunciase un Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. » De ellos tambien dice el mismo apóstol á los tesalonicenses: « Os conjuramos.... que nadie os seduzca en ninguna manera. » Por último de ellos escribe á Timoteo: « Habrá hombres amantes de sí mismos, avaros, arrogantes, soberbios, blasfemos.... que se resisten á la verdad, corrompidos en el espíritu y pervertidos en la fé. » Pero ¿de qué

serviria citar todos los testimonios de esta especie esparcidos en nuestras santas escrituras? Realmente son innumerables. Jesucristo mismo en el Apocalipsis censura al obispo de Pérgamo y le hace severos cargos porque tiene en su iglesia sectarios de la doctrina de los nicolaitas. Se ve pues que la doctrina de Cristo y de los apóstoles es esta: « Todos los que se rebelan contra la autoridad legítima, á fin de sustituir sus propias opiniones á las de aquella, son otros tantos perturbadores, seductores, corruptores de la doctrina evangélica, hombres soberbios, corrompidos en el espíritu y pervertidos en la fé, todos sectarios, todos anatemas, todos herejes indistintamente, porque el Apóstol no habla solo de los herejes presentes, sino de todos los venideros, pues que comienza su epístola á Timoteo sobre este punto con estas palabras: Sabe que en adelante vendrán tiempos peligrosos etc.» Todos pues y cada uno de los que en todo tiempo y bajo cualquiera pretexto siguiendo las huellas de los novadores oponen los delirios de la razon individual á la doctrina recibida por la iglesia, son unos rebeldes, unos seductores, unos perturbadores, unos hombres pervertidos en la fé y condenados por ella; y lo que son hoy, lo serán hasta la consumacion de los siglos.»

En las materias de fé se ve uno obligado á atenerse á la autoridad legítima ó á la razon privada. Si se concede que es preciso atenerse á la autoridad legítima, es evidente que supuesto que no hay otra que la iglesia católica instituida por Jesucristo, como hemos demostrado, y supuesto que esta iglesia ha condenado y proscrito indistintamente á todos y cada uno de los novadores, todos indistintamente son rebeldes y sectarios comenzando por los nicolaitas á quienes reprobó Cristo, hasta los unitarios y metodistas. En efecto ¿por qué razon se atreverian los metodistas y los protestantes á pre-

ferirse á los nicolaitas, á los gnósticos, á los cerintianos, á los carpocracianos, á los arrianos y demas herejes, como si sus antecesores hubiesen incurrido verdaderamente en el error, y ellos por el contrario no se hubiesen separado del camino de la verdad? ¿Quien será el juez? Luego es menester ó que todos sean rechazados como rebeldes, ó que todos sean admitidos como partidarios de la verdad y verdaderos discípulos de Jesucristo: mas no pudiendo admitirse esta última proposicion á no acusar al Salvador y á sus apóstoles de haber errado, una vez que condenaron y separaron á los herejes de la comunion de la iglesia; evidentemente es verdadera la primera, porque no hay medio.

Si nuestros adversarios sostienen que en las materias de fé debe uno atenerse al juicio privado, ó para hablar el lenguaje del dia, á la razon individual de cada hombre; ¡cuántos absurdos é impiedades no se derivan de esta opinion! Si en efecto fuera asi, en vano habrian sido condenados todos los novadores ó herejes desde los tiempos apostólicos hasta los nuestros: nosotros deberiamos admitir todos los errores mas contradictorios que ha inventado la razon delirante de algunos hombres: se destruiria toda verdad, y no quedaria en pie ningun dogma. Asi habria en Dios tres personas y una solamente: Jesucristo seria Dios y no lo seria: habria en Jesucristo dos naturalezas y una solamente, dos personas y nada mas que una: Dios seria y no seria el autor del pecado: el hombre tendria libertad y necesidad; ó á lo menos seria indiferente para cada uno de nosotros creer las cosas mas diversas y hasta las mas contradictorias; y como los sectarios no han respetado mas la moral ó la doctrina práctica que el mismo dogma, se seguiria que podriamos mirar como cosas lícitas el homicidio, el adulterio, la fornicacion, el incesto, porque hasta los crímenes mas torpes y horribles

han encontrado apologistas asi en los herejes antiguos como en los modernos. Admítase ese sistema tan extravagante como culpable, y la iglesia fundada por Jesucristo quedará sin dogmas y sin moral. Pero entonces ¿de qué sirve la revelacion? ¡Con qué los súbditos fieles y los rebeldes, la iglesia católica y la sinagoga de Satanás, los discípulos de Cristo y de Belial, la fé universal y el delirio mas exagerado de algunos hombres, todo lo mas opuesto, contrario y contradictorio, todo es sincero, verdadero y digno de los mismos elogios y del mismo respeto!

¿Qué se sigue de todo esto?

1.º Que siempre que unos hombres, no importa quiénes sean, han protestado contra la iglesia católica, han protestado contra la verdad y contra Dios mismo:

2.º Que siendo el protestantismo un acto de rebelion contra la autoridad de la iglesia, todos los herejes que ha habido y hay, han sido y son otros tantos protestantes, porque les conviene á todos el mismo nombre como reos de un mismo crímen:

3.º Que siendo el protestantismo una expresion enteramente negativa que significa un acto de protesta contra los artículos de fé definidos por la iglesia, cuanto menos cree un hombre ó mas artículos desecha, mas protestante es y mas le conviene esta denominacion; de suerte que el incrédulo perfecto ó el racionalista es el protestante mas perfecto:

4.º Que el protestantismo parcial es una incoherencia plena y formal, porque si el juicio particular es la regla de la fé, no hay razon para admitir un solo artículo de fé á causa de la autoridad de la iglesia: de donde se sigue que el protestantismo parcial no tiene ninguna consistencia en sí. En efecto todo el que se aparta de la fé católica, no puede permanecer en un estado medio, sino que cae inevitablemente por una

inclinacion natural en el deismo y el racionalismo, que son el último fruto del protestantismo.

Los herejes nos hacen las objeciones siguientes á este propósito: S. Cipriano y los mas de los obispos del Africa, dicen ellos, estaban en desacuerdo con el pontífice romano y por consiguiente con la iglesia universal sobre la validez del bautismo administrado por los herejes; sin embargo no fueron considerados como rebeldes. Lo mismo sucede con los semipelagianos, los cuales, aunque estaban en el error sobre la necesidad de la gracia para producir la fé, no fueron condenados por eso. Ademas las discusiones sobre los artículos de la fé son frecuentes en la misma iglesia católica, y en su seno hay diversas escuelas, tomistas, congruistas, agustinianos, que disputan entre sí con ardor, sin que ninguna de las partes contendientes pase por rebelde. Por otro lado ¿no escribió el mismo Apóstol: «Cada cual abunde en su sentido?» Luego no es necesario conformarse con la autoridad en las materias que pertenecen á la fé.

Respondo que S. Cipriano y los obispos de Africa estuvieron en discordancia con la iglesia antes que esta hubiese fallado sobre el caso en cuestion, y fulminado anatema contra los que enseñasen una doctrina contraria á la suya: era antes y no despues; lo que es muy diferente. En efecto una cosa es equivocarse, y otra perseverar voluntariamente en su error ó resistir á las decisiones de la autoridad legítima. Ahora bien los obispos de Africa erraban antes de la decision; y mientras dudaban si su doctrina era contraria á la doctrina de la iglesia, eran inocentes, y solo hubieran dejado de serlo, una vez dada aquella decision: por eso se sometieron realmente á ella. Por lo demas conviene advertir que muchos sabios teólogos han mirado esta cuestion de los rebautizantes mas bien como una cuestion de disciplina

que como una cuestion de fé. Y por eso sin duda se conservó aquella costumbre en muchas iglesias aun despues del concilio de Nicea.

Los semipelagianos no constituyeron jamás una secta, porque apenas el Papa S. Celestino dió su rescripto para que cesase esta controversia, se sometieron todos los que estaban inficionados de aquel error.

Este ejemplo de los semipelagianos basta para resolver la dificultad sacada de las discusiones que ocurren entre los teólogos católicos. Estas son unas discusiones familiares y amistosas, en que se trata libremente de la fé ó de los artículos de fé sobre los cuales no ha fallado expresamente la iglesia, y solamente versa la discordancia sobre el modo de explicarla. Ademas todos los teólogos católicos estan prontos en todas estas cuestiones á someter su propio dictamen á la decision de la iglesia si llegase á darla.

Por lo que toca á las palabras del Apóstol «que cada cual abunde en su sentido,» deben entenderse de algunas costumbres, sobre todo de disciplina, en las que la iglesia deja libre á cada fiel; pero no pueden entenderse de las materias de fé. En efecto esto seria una cosa inaudita en la iglesia; y el Apóstol, segun lo prueba todo el texto, habla del libre uso de los manjares y de ciertas observancias legales.

El espíritu del Evangelio, añaden los herejes, es un espíritu de libertad; y cuando Jesucristo vino al mundo, hizo con respecto á la religion degenerada de los judios lo que Lutero probó á hacer en el siglo XVI con respecto á la religion católica, vergonzosamente corrompida por las usurpaciones de los Papas y el espíritu de persecucion de los frailes de la edad media.

A esto responderé que sin duda el espíritu del Evangelio es un espíritu de libertad relativamente á la ley de Moises y á las observancias legales y por oposi-

cion al espíritu de temor y servidumbre de aquella ley pero este espíritu de libertad ¿debe tomarse en el sentido de que cada cual sea libre de creer y pensar segun su capricho y de innovar á su antojo en materia de fé? ¿No seria este un absurdo? y la libertad que cada cual poseyese de creer indistintamente lo que quisiese, es decir, lo verdadero ó lo falso, ¿no seria destructiva de toda ley?

¡Atreverse á comparar á Jesucristo con Lutero! ¿Qué comparacion mas blasfema pudiera discurrir el espíritu de impiedad? ¿Quién, á no ser un deista ó un ateo, osaria comparar un apóstata, el mas corrompido y manchado de crímenes que hubo jamás, cuyo desenfrenado orgullo rasgando la túnica de Cristo trastornó la iglesia y sublevó los hijos contra la madre; quién, repito, osaria compararle con el hijo único de Dios, que vino no á destruir la ley, sino á cumplirla? ¿Dónde estan las señales de la mision de aquel apóstata? ¿Dónde sus profecías y milagros? A no que quieran los incrédulos por colmo de impiedad presentar en su lugar su furor verdaderamente diabólico, sus fornicaciones, sus adulterios y sacrilegios.

Si Jesucristo abrogó la ley ceremonial y judicial, sustituyendo á la sombra la realidad; debió necesariamente abrogar el antiguo sacerdocio, porque la ley y el sacerdocio son relativos y se corresponden; pero al mismo tiempo instituyó un sacerdocio nuevo cuyos ministros quiso que se perpetuasen en su iglesia por una sucesion no interrumpida hasta la consumacion de los siglos con toda la plenitud de potestad que puso en el episcopado segun el sentido ya expuesto.

Si de cuando en cuando nacen algunos abusos en la iglesia con respecto á las reglas de la disciplina ó á las costumbres de los individuos; ¿quién podrá extirpar estos abusos sino la iglesia misma, que es la única que

recibió la potestad de Cristo para ello? Unos particulares no pueden tener jamás el derecho de ejercer una potestad cualquiera en la iglesia. Luego los que se arrogan este derecho deben ser considerados como sacrílegos y rebeldes, y detestados como usurpadores, toda vez que quieren variar la fé aprobada por la iglesia.

La Escritura, dicen tambien los herejes, supone en todas partes la libre discusion de doctrina y el exámen por parte de los fieles que deben probar si los espíritus son de Dios, como dice el apóstol S. Juan en el cap. I de su epístola cuarta. S. Pablo les da tambien la misma órden en estos términos: «Probadlo todo: adheríos á lo que es bueno.» — «Cuidad de que no os seduzca alguno, dice en otro lugar.» Por último se les manda no someterse á ninguna autoridad exterior, porque el Espíritu Santo enseña á cada uno de ellos interiormente lo que es necesario para la fé. «Por vuestra parte, dice S. Juan, conservad la uncion que habeis recibido de Cristo, y no necesitareis que nadie os instruya; pero como su uncion os lo enseña todo, y ella es la verdad y no la mentira, perseverad en lo que os ha enseñado.» Este pasaje de S. Juan concuerda perfectamente con la antigua profecía de Isaias: «Yo haré que todos tus hijos sean instruidos por el Señor;» y Jesucristo mismo nos ha enseñado que esta profecía habia recibido su cumplimiento en la nueva ley, supuesto que prohibe que ninguno de sus discípulos sea llamado *maestro*, «porque vosotros, dice con esta ocasion, no teneis mas que un maestro, que es Cristo.»

Estos testimonios de nuestras escrituras, entendidos siempre por la iglesia en un sentido diferente, no prueban nada en favor de la asercion de nuestros adversarios. En efecto el objeto de estos testimonios es preservar á los fieles de los doctores sospechosos, que

aun en vida de los apóstoles habian comenzado ya á esparcir dogmas falsos y corromper la pureza de la doctrina evangélica. Por lo tanto los apóstoles, como pastores vigilantes, no cesan de advertir al rebaño encomendado á su zelo el peligro que le amenaza, y la necesidad de obedecer á la autoridad legítima si quieren estar á cubierto del error y de la seduccion. « Yo os he escrito, dice S. Juan, con motivo de los que os seducen. » Y sobre este pasaje de S. Juan el cardenal Belarmino hace la preciosa reflexion siguiente: « Lo que S. Juan escribe aqui, todo católico lo escribiria á católicos oprimidos y turbados por la herejía. Diriales: « No necesitais que ningun luterano ó calvinista os enseñe la doctrina de Jesucristo, porque cuanto es necesario que sepais, lo habeis aprendido por la predicacion de la iglesia con el auxilio de la uncion del Espíritu Santo. »

Jesucristo no quiere que sus discípulos tomen el nombre de *maestro*. — Pero ¿qué quiere enseñarlos con esto? El desprecio de una gloria vana; porque si con estas palabras excluyera á los maestros de su iglesia, ¿cómo hubiera dicho á los apóstoles: Id, enseñad? Ademas de que se anuncie él como el único maestro, no se sigue que excluya la autoridad de la iglesia. A este respeto observa juiciosamente S. Agustin que se llama propia y principalmente maestro aquel que enseña su doctrina propia, y no el que enseña á los otros una doctrina que ha recibido de otro. Ahora bien la iglesia no enseña á sus hijos mas que lo que le enseñó Jesucristo.

Pero ¿qué respondereis, prosiguen los herejes, á estos dos pasajes del Apóstol: « Nosotros no mandamos á vuestra fé, » y « El hombre espiritual lo juzga todo, y no es juzgado por nadie? »

Respondemos que con las palabras *nosotros no man-*

damos quiere decir el Apóstol: No intentamos, porque os hemos predicado la fé, ejercer sobre vosotros una dominacion arbitraria con ostentacion de poder. En efecto este sentido es el único que resalta naturalmente de la materia del capítulo en que se encuentran estas palabras, y de toda la serie del texto como lo confiesa el mismo Rosenmauller. Y ciertamente Dios solo es el que domina nuestra fé: la iglesia no hace mas que enseñarnos lo que Dios le ha revelado.

«El hombre espiritual lo juzga todo, y él no es juzgado por nadie.» — Sí, lo juzga todo; pero no definitiva é independientemente de la autoridad de la iglesia, porque si tal fuera el sentido de este pasaje, San Pablo estaria evidentemente en contradiccion consigo mismo. Añadase que muchos teólogos entienden por las palabras del texto en este lugar el juicio que daban de la religion cristiana los paganos y los profanos, porque ningun cristiano puede ser acusado de error respecto de la doctrina que profesa, y el texto concuerda naturalmente con esta explicacion. Mas aun admitiendo que el Apóstol hable del fiel iluminado interiormente por el Espíritu Santo, no se puede saber jamás de positivo cuál es este hombre espiritual.

Las cosas que miran á la salvacion, dicen tambien los herejes, deben pesarse con el mayor cuidado y discutirse libremente por cada hombre, á no que queramos violar los derechos de la misma naturaleza. Debe pues elegir cada uno ó adherirse á la opinion de la iglesia, ó apartarse de ella, segun que su conciencia le prescriba lo uno ó lo otro.

Antes que se haya abrazado la fé cristiana, es decir, mientras que uno es infiel, sin duda tiene el derecho de examinar los motivos de credibilidad; pero desde el instante en que se abraza la fé, se extingue

por sí mismo este derecho natural. En efecto no puede permitirse al fiel ningun exámen *dubitativo*, como se le llama, porque ningun exámen de esta clase puede subsistir con la verdadera fé. Solamente se permite un exámen de *discrecion* á los que son capaces de hacerle, á fin de confirmarse mas y mas en la fé.

A lo menos (insisten los adversarios) debe ser licito á todo hombre examinar cuál es la verdadera iglesia: sin esto cada uno podria y aun deberia adherirse á la secta cristiana en que ha nacido; lo cual es absurdo. Y si este exámen dubitativo es necesario para conocer la verdadera iglesia, ¿por qué no lo seria relativamente á los otros dogmas de la fé?

Digo que este exámen dubitativo en lo que toca á la verdad de la iglesia es permitido, y hasta es necesario á todos los que tienen la desgracia de estar fuera del seno de la iglesia católica; pero no lo es á los católicos mismos. La razon de esta diferencia entre unos y otros da en los ojos. En esta cuestion tienen los católicos de su parte la sucesion no interrumpida de los obispos desde los apóstoles hasta nosotros y el testimonio incontrastable de todos los monumentos públicos, es decir, una certeza moral llevada al mas alto grado de evidencia. Al contrario los herejes conocen con esta misma la época en que sus antepasados se separaron de la iglesia para formar una nueva sociedad que se opuso ya á la autoridad, ya á la fé que abandonaron ó de que fueron excluidos á causa de su obstinacion. Por consiguiente los católicos estan seguros, y seguros por la fé, de la infalibilidad de su propia iglesia que Jesucristo prometió defender y protejer hasta la consumacion de los siglos, mientras que los sectarios no pueden reconocer en sí esta infalibilidad, á no que quieran arrogarse lo que niegan á la iglesia universal, de la que se han separado. Asi los católicos segun sus propios principios

no pueden dudar, y los sectarios *deben* segun los suyos.

PROPOSICION SEPTIMA.

La fé en los que rechazan la autoridad de la iglesia para seguir las inspiraciones del juicio particular, no es una fé verdadera, sino solo una opinion ó una duda.

Antes de pasar á las pruebas que confirman la verdad de esta proposicion, nos parecen indispensables algunas reflexiones preliminares.

1.ª Segun la doctrina admitida universalmente, el acto de fé se compone de dos partes, á saber, su objeto material ó las mismas verdades reveladas, y su causa determinante ó la autoridad y la veracidad de Dios que revela; y estas dos cosas con el auxilio de la gracia divina se exigen y bastan para probar el acto de fé teológica. Luego cuando nosotros decimos con relacion á los que desechan la autoridad de la iglesia católica, á fin de seguir las inspiraciones del juicio particular, que su fé no es la fé verdadera, lo decimos en sentido de que carecen de una regla á sus alcances, universal, infalible, que nos proponga á los católicos las verdades reveladas y el verdadero sentido de la revelacion: de suerte que es imposible que seamos engañados de cualquiera modo que sea con respecto á su objeto material. En efecto que la revelacion natural haya sido inspirada divinamente, y que el sentido de esta revelacion sea este y no aquel, es un hecho de que no pueden cerciorarnos mas que aquellos que Dios se sirvió establecer para ser testigos, depositarios é intérpretes, como lo fueron desde el principio los apóstoles juntamente con Pedro, en los cuales comenzó la iglesia doctrinante, siempre visible y siempre gobernando sin interrupcion en los pontífices romanos, sucesores de Pe-

dro, y en los obispos que estan unidos y subordinados á ellos.

2.ª No hablamos aqui de un acto particular de fé que un hombre podria hacer con relacion á una de las verdades reveladas, prescindiendo de la autoridad de la iglesia, porque aquel acto de fé podria tener por causa á los ojos de este hombre, ya ciertos motivos de credibilidad, como se los llama, ya una certeza moral evidente nacida de alguna verdad revelada, ya por fin el sentido general y natural de esta revelacion. Pero nosotros hablamos aquí del sistema entero de la fé, es decir, de todos los artículos que estamos obligados á creer como revelados por Dios. En efecto Jesucristo, segun hemos visto, encomendó á su iglesia el depósito entero de la fé, á fin de que enseñáse á todos los pueblos hasta la consumacion de los siglos esta fé que recibió de sus manos. «Enseñadlos, dice, á guardar todo lo que yo os he enseñado.» Aquí pues se trata del objeto material entero de la fé y no de una de sus partes solamente. Sin embargo, y hay que observarlo con cuidado, nadie puede positivamente hacer un acto de fé fuera de la autoridad de la iglesia, que á lo menos en el orígen fue la única que le enseñó la existencia de la revelacion y el sentido cierto de cada una de las verdades de esta revelacion. Y si los protestantes creen á veces positivamente alguna cosa, lo creen por un principio católico, por decirlo asi, y son católicos en esta parte de su creencia; lo que debe decirse igualmente de los sectarios de toda especie, porque nadie es protestante ó hereje sino por lo que quita ó aumenta á la doctrina de la iglesia.

3.ª Sostenemos que los que oponen ó sustituyen las opiniones del juicio particular al gobierno y á la autoridad de la iglesia fundada por Jesucristo, no pueden poseer en su integridad el objeto material de la fé,

y no pueden por las dos causas siguientes: la primera, porque desechan las reglas de la fé, como por ejemplo la Escritura y la tradicion de que no pueden juzgar prescindiendo del testimonio de la iglesia: la segunda, porque el verdadero sentido de la Escritura y de la tradicion pertenecen tambien á la misma iglesia, y no pueden conocerle sin ella. Esto es lo que vamos á intentar demostrar *à priori* y *à posteriori* como se dice, ó por el derecho y por el hecho, segun el método de los protestantes mismos. Preparado asi el terreno pasemos á las pruebas que confirman nuestra proposicion.

El sistema de la fé es un sistema de autoridad. En efecto la fé en sí misma no es otra cosa que el consentimiento de otro dado á una persona á causa de la autoridad que esta posee. Ahora bien los apóstoles instruidos por Jesucristo en las verdades de la fé transmitieron estas verdades á unos sucesores escogidos por ellos, á fin de que estos las transmitieran igualmente hasta la mas remota posteridad, íntegras y sin discusion, tales como las habian recibido.

Los apóstoles y sus sucesores propusieron luego estas verdades á las naciones infieles; y como todo este sistema sobrenatural superaba la inteligencia de la razon, produjeron milagros ó expusieron motivos de credibilidad bastante poderosos para que la obediencia de las naciones infieles atraidas á la fé fuese una obediencia racional. En lo que mira á estas verdades tales como son en sí, los apóstoles y sus sucesores exigieron siempre á aquellos á quienes evangelizaban, que sometieran su inteligencia á aquellas verdades y las creyesen só pena de los castigos eternos para los que no las creyeran. Asi pues todos los que las creyeron, lo hicieron á causa de la autoridad de la iglesia que afirmaba haberlas recibido de Jesucristo, es decir, del mismo Dios.

Luego esta autoridad infalible de la iglesia católica, que viene de Dios, ha hecho que los fieles han creido como otros tantos artículos de fé las verdades que les ha enseñado, y no otras: que han admitido como divinas las tradiciones de esta iglesia y no otras: que han reconocido como inspirados por Dios los libros que aquella tiene por canónicos y no otros, todo conforme á la célebre máxima de S. Agustin: «Por mi parte no creeria en el Evangelio, si no me moviese á creerle la autoridad de la iglesia católica.» S. Ireneo antes de San Agustin habia expresado el mismo pensamiento cuando dijo que no debe buscarse la verdad en otra parte que en la iglesia. Véanse sus palabras: «En su seno pusieron los apóstoles el rico depósito que contiene abundantemente todo lo que pertenece á la verdad: allí está la fuente de la vida donde puede ir á beber cada cual si quiere: por allí se entra en la vida.....» Exponiendo despues la sucesion de las iglesias apostólicas y principalmente de la de Roma, concluye en estos términos: «En este órden y por esta sucesion han llegado hasta nosotros la tradicion apostólica y la predicacion de la verdad.» S. Ireneo apoya su dictámen con el de S. Policarpo que le habia precedido, varon de mayor autoridad, dice, y de mas acendrada veracidad que Valentin, Marcion y otros cuya doctrina está corrompida. «Porque S. Policarpo, añade, ha enseñado siempre lo que habia aprendido de los apóstoles, lo que le habia transmitido la iglesia; y esto solo es verdadero.» Antes de Agustin, Ireneo y Policarpo habia defendido esta opinion Clemente de Roma, de quien dice Ireneo que habia visto á los apóstoles y platicado con ellos, de suerte que tenia aun vivas delante de sus ojos la predicacion y tradicion de aquellos. Tal habia sido tambien el sentir de S. Ignacio mártir, de quien nos manifiesta el historiador Eusebio que exhortaba á los fieles á confor-

marse exclusivamente á las tradiciones de los apóstoles: tales fueron mas adelante las opiniones de Orígenes, Eusebio y Tertuliano en su libro de las *Prescripciones*, que versa todo entero sobre esta materia, de Cirilo de Alejandría, de Capreolo de Cartago, de Vicente Lerinense etc. En una palabra todos estos padres de las diversas edades insisten unánimemente sobre la necesidad absoluta tanto como sobre la verdad del principio de la autoridad en la iglesia católica, ya para conocer cuáles son los libros de la Escritura verdaderamente inspirados, y cuáles son las tradiciones apostólicas, ya para determinar el verdadero sentido de los unos y de las otras. Por consiguiente el mismo motivo universal, quiero decir, la autoridad infalible de la iglesia que ha hecho que los infieles abrazaran el cristianismo, ha hecho tambien que creyeran todas y cada una de las verdades que les propuso la misma iglesia: en otros términos por el mismo motivo que se hicieron cristianos, se hicieron católicos.

Luego si la regla legítima de nuestra fé es la autoridad de la iglesia que propone ó ejerce la autoridad divina sobre nosotros; y si esta condicion es tal que sin ella no podemos conocer de un modo positivo é infalible cuáles son los artículos de fé que debemos creer y profesar; es evidente que todo el que desecha esta iglesia ó protesta contra su autoridad, no puede poseer la fé verdadera. En efecto una vez admitido el método del juicio particular, no hay ninguna razon para creer tal artículo de fé mas bien que cual otro, y por la misma causa que se desecha uno, pueden tambien desecharse todos. Por eso decia Tertuliano: «Lo que pudo hacer Valentin, pueden sin duda hacerlo los valentinianos; y los marcionitas pueden hacer lo que pudo Marcion, porque si los maestros han tenido derecho de innovar en la fé, ¿por qué no le tendrian los discípulos?» Aho-

ra bien, siendo falible en sí y sujeto á error y engaño el juicio particular, es evidente que no existe ninguna regla infalible para los que desechan la autoridad de la iglesia, sola basa inmutable de una fé siempre la misma, quiero decir, divina; de suerte que todo lo que admiten ó desechan los herejes, sujeto á un pensamiento mudable, se encierra en el círculo variable de las opiniones humanas sin poder salir jamás de él. Ademas no pudiendo nadie mirar como absolutamente cierto su propio pensamiento, ni desechar como absolutamente falso el pensamiento de otro que es opuesto al suyo, sobre todo en las cosas que superan al entendimiento humano; es tambien evidente que de esta sustitucion del juicio particular á la autoridad de la iglesia debe nacer una duda universal con relacion á las cosas de la fé; y que en este estado de duda es imposible todo acto de fé, á no ser que le produzca el principio católico, como ya lo hemos notado.

Estas verdades se confirman mas y mas con la doctrina y conducta de los protestantes mismos. Asi Lutero desechó primero algunos dogmas, Calvino negó otros, Zuinglio otros, y los anabaptistas otros: por último vinieron los socinianos, metodistas, racionalistas y deistas que los desechan todos. Los pastores de Ginebra se han apartado tanto de las opiniones de Calvino, que en estos últimos años han suscitado una guerra no acabada todavía cuando escribimos esto, contra ciertos doctores ó ministros de su comunion, porque estos doctores, desviándose del sistema que se les proponia, se empeñaban en defender y conservar algunos dogmas, como por ejemplo los del pecado original, de la Trinidad y de la divinidad de Jesucristo.

En la Revista protestante se define el protéstantismo un acto de independencia de la razon humana en materia de religion. Segun el anglicano Watson el pro-

testantismo es un acto por el cual cada uno cree lo que quiere, y profesa lo que cree: finalmente en el último catecismo anglicano publicado el protestantismo es la detestacion del papismo y la exclusion de los papistas de todo empleo eclesiástico y civil. Segun esta definicion, aunque se rechacen todos los dogmas de la fé, aunque se trastornen de arriba abajo todos los principios de la moral, con tal que se deseche la iglesia católica, todos pueden ser protestantes, sean judios, mahometanos y aun paganos. Durante la controversia que ocurrió últimamente en los Estados Unidos de la América del norte, Breckenridge definió el protestantismo en estos términos: «La religion reformada y opuesta á la iglesia romana en cuanto á la doctrina, la moral, el gobierno, la disciplina y el culto.» Y en otra parte: «La religion revelada que vive de su concordancia con las santas escrituras, como las únicas reglas de la fé y de la moral, y que protesta contra los errores y corrupciones de la iglesia romana.» Todas estas definiciones concuerdan entre sí, porque hacen consistir la esencia misma del protestantismo en la interpretacion privada de las escrituras y la protesta contra la iglesia católica. Muchos protestantes, insistiendo en estos principios, desechan unas veces un capítulo, otras otro de nuestros libros santos, y aun todo un libro entero: otros niegan absolutamente la inspiracion de aquellos: algunos afirman que el cristianismo no tiene nada útil y necesario mas que su moral: por último no falta quien sostenga que no hay acciones inmorales por sí mismas, aunque puedan ser ilegales segun las leyes y pactos de la sociedad: que no hay *accion subjetiva inmoral*, sino que todo está sujeto á la necesidad de la naturaleza, y que no puede haber oposicion entre la sensibilidad y la razon. Mas ¿quién no ve que esta licencia de obrar y pensar destruye fundamentalmente el edifi-

cio del cristianismo, y solo deja una sombra y apariencia de él?

Resulta pues de todo lo que queda sentado: 1.° que el protestantismo no es otra cosa, para valerme de un término químico, que *un principio disolvente* de la religion cristiana, cuya vida entera está en la iglesia católica con la cual se identifica en cierto modo.

2.° Que los protestantes, y por consiguiente todos los herejes, sean quienes fueren, no tienen ningun vínculo de unidad religiosa entre sí fuera de la autoridad civil y política ó del odio comun que profesan á la iglesia católica de la que se han separado.

3.° Que si aun quedan entre los herejes algunos vestigios de cristianismo, y si el protestantismo no ha producido todos sus frutos naturales en el espíritu de los pueblos, ha de atribuirse ya á la conducta incoherente de los pastores y ministros que desechando la autoridad de la iglesia católica sustituyeron á esta la suya propia, ya á la influencia profunda que aquella iglesia conserva á lo menos indirectamente sobre todas las sectas rebeldes y separadas violentamente de la unidad.

4.° Por último que estamos en lo cierto al afirmar que el racionalismo ó el naturalismo es el fruto real, natural y necesario del principio en que descansa la reforma ó el protestantismo, quiero decir, el principio de independencia absoluta y completa de la autoridad legítima ó de la iglesia católica, á quien Jesucristo instituyó única guardadora, intérprete infalible, depositaria y testigo de su doctrina y religion.

Los protestantes nos responden con las objeciones siguientes: Nosotros no desechamos la autoridad de la iglesia instituida por Jesucristo: solamente desechamos el abuso de esta autoridad que se ha corrompido en estos últimos siglos. Los reformadores de las cosas sagra-

das, en cualquiera tiempo que hayan aparecido, no han innovado nada en las materias de la fé: no han hecho mas que protestar contra las novedades que se habian introducido en la iglesia atrayendo los fieles á la simplicidad de la primitiva.

Esta objecion es una suposicion de nuestros adversarios sin el menor fundamento. En efecto conforme á las promesas que hizo Jesucristo á su iglesia, no puede introducirse en el seno de esta ningun abuso relativo á la integridad de la fé y de las costumbres. Esta presuncion orgullosa de volver la iglesia actual á la iglesia primitiva no es mas que un vano pretexto con que los herejes á quienes no debe llamarse los reformadores, sino los corruptores de las cosas sagradas, se han empeñado siempre en encubrir su rebelion para cegar mejor á los pueblos. En efecto admitamos por un instante el raciocinio de nuestros adversarios: ¿qué resultará de ahí? Que los ebionitas, los elceseitas, los simonianos, los nicolaitas, los cerintianos, los gnósticos habian clamado contra las novedades introducidas por los apóstoles, y habian apelado á la iglesia tal cual estaba cuando Jesucristo vivia aun entre los hombres.

La independencia religiosa de los protestantes, prosiguen, no es absoluta: está circunscrita en los libros del antiguo y del nuevo testamento, que son el código de la revelacion. Asi cuando creen una cosa, la creen á causa de la autoridad de las escrituras que contienen en sí con la mayor claridad todos los artículos de que se compone la fé protestante: asi esa independencia religiosa, entendida como ellos la entienden, no quita que su fé sea divina. Hay mas: se prueba asi que la iglesia protestante es una tambien como la iglesia romana, pues que une á todos los fieles en una misma fé y en la administracion de los sacramentos segun el espíritu de su fundador (Cristo), como lo ha demostrado muy

bien Otto; ó como lo explica Tittman, la unidad de la iglesia protestante se funda en que reconoce la Escritura como la única fuente de la revelacion, y admite la propagacion perpetua de la verdad y el progreso indefinido de la iglesia cristiana.

Todo esto no es mas que suposicion, porque una vez desechada la autoridad de la iglesia católica, ¿cómo pueden saber los protestantes de un modo cierto cuáles son los libros divinos, cuál es su parte inspirada, supuesto que el juicio particular segun ellos es el único juez independiente de la inspiracion? ¿No borró Lutero libros enteros del número de las escrituras divinas? y despues de Lutero algunos protestantes de Alemania ¿no han negado formalmente en estos últimos tiempos la inspiracion de la mayor parte de las escrituras y hasta de la Escritura entera? Por último Benjamin Constant cuya opinion ha sido adoptada por la Revista protestante, ¿no sostuvo abiertamente que el espíritu sacerdotal de Esdras, á quien habia irritado la desgracia, alteró en su mayor parte los libros del antiguo testamento?

¿Cómo pues podria la fé protestante ser una fé divina? Si el juicio particular es el único intérprete, el intérprete independiente de los libros santos, siendo cada uno dueño de escoger, adoptar ó desechar, habrá necesariamente tantos símbolos de fé como individuos: aun mas, como todo hombre suele variar de opinion, lo que hoy es de fé no lo será mañana. No hay pues nada fijo ni constante en este sistema sino su inconstancia misma: no hay otra regla de fé que la persuasion privada, en otros términos, la opinion ó la duda: asi lo prueban la experiencia y la historia en el mas alto grado.

En cuanto á la unidad de la iglesia protestante ¿qué es una unidad nominal y negativa que no puede tener

nada de real, á no ser que se quiera comprender bajo una sola y misma fé todo cuanto hay mas contradictorio en el mundo? Cuando un protestante haya dicho: Jesucristo es Dios; y otro le haya respondido: Jesucristo no es Dios; ¿estará bien que se reunan estos dos hombres para venir á decirnos: Nosotros profesamos la misma fé, y nuestra iglesia es una? ¿Estan mas acordes acerca de los otros artículos de la religion que acerca de la divinidad de Jesucristo? De ningun modo. Por eso provocados muchas veces á producir una profesion comun de fé no han podido hacerlo jamás: y ¿por qué? porque se opone absolutamente á ello el fundamento mismo del protestantismo. En efecto si la basa, la naturaleza, la esencia del protestantismo consiste, como lo han confesado los protestantes con frecuencia, en la independencia religiosa individual en materia de fé, ¿cómo seria posible que el protestantismo poseyese la unidad de la fé? ¿cómo seria posible siquiera que poseyese la fé, pues que la fé en este sistema depende toda de la persuasion subjetiva de cada hombre, que por consiguiente es falaz é inconstante? De donde se sigue que no hay en el protestantismo otra unidad que una unidad negativa, consistente en el derecho que se arrogan de negar los unos la fé de los otros.

Los tres argumentos alegados por Tittman para probar la unidad de la iglesia protestante no tienen este valor, ya se examinen separadamente, ya se tomen juntos. En primer lugar no basta para probar su unidad que la iglesia protestante tenga la santa escritura por la fuente única de la revelacion: de lo contrario los socinianos y los metodistas, los unitarios y los racionalistas &c. que desechan todos los dogmas de la Trinidad, de la divinidad de Jesucristo, de la Encarnacion, de la transmision del pecado original, de la presencia real &c., constituirian una sola iglesia y profesarian la unidad de

la fé con los luteranos y los protestantes sobrenaturalistas que conservan aun aquellos dogmas, porque todos los sectarios que acabamos de nombrar, miran tambien la Escritura como la fuente única de la revelacion. Hay mas: los herejes de todos los siglos que han inventado y defendido tantas paradojas impuras, no por eso hubieran dejado de conservar la fé y la unidad de la iglesia, únicamente porque consideraron la santa escritura como la única fuente de la revelacion; y ¿quién no ve que semejante sistema es absurdo y no puede defenderse?

En segundo lugar ¿qué quieren decir estas palabras del doctor protestante, *la propagacion eterna de la verdad*? Evidentemente son unas palabras vacías de sentido, ó si tienen alguno no significan otra cosa que la propagacion eterna de la confusion y del caos, porque segun hemos visto, hay tantos pareceres en el protestantismo como cabezas: el uno afirma lo que niega el otro, hasta que llevados de la desesperacion los mas desechan todos los libros simbólicos y toda profesion de fé. Y sin embargo Tittman habla de la propagacion eterna de la verdad, aunque ignora completamente cuál es el objeto de esta.

En tercer lugar ¿cómo bastaria decir para probar la unidad de la iglesia protestante que admite el progreso indefinido de la iglesia cristiana, una vez que este progreso en el protestantismo no es otra cosa absolutamente que el progreso de un error á otro error? Excepto el principio fundamental de la independencia individual, no está tan distante el protestantismo de nuestros dias del primitivo, como el cielo de la tierra? Los protestantes actuales ¿no han desechado todas las verdades que los primeros protestantes habian conservado en su poder? Y para encubrir esta última desercion ¿no los vemos inventar un supuesto principio de perfectibilidad,

que no es otra cosa que un principio perfecto de destruccion?

Asi los tres argumentos del doctor Tittman, considerados cada uno de por sí, no prueban nada á favor de la unidad de la iglesia protestante. Y ¿prueban mas reunidos? De ninguna manera, porque no hay secta á la cual no puedan convenir lo mismo que al protestantismo. Por ejemplo los simonianos y nicolaitas hubieran podido igualmente arrogarse esta supuesta unidad, aunque la verdadera iglesia que ha quedado en pie é inmoble, los ha visto desaparecer hace mucho tiempo, como desaparecerá á su vez el protestantismo á pesar de *su propagacion perpetua de la verdad* y su progreso indefinido.

Pero á lo menos, insisten los herejes, no podeis negar que no baste creer implícitamente todas las cosas que enseñó Jesucristo, ó como habla Otto, tener la fé segun el espíritu de su fundador.

No, responderé yo, esto no basta, porque es necesario creer lo que enseñó Jesucristo por el ministerio de la iglesia: asi lo quiso el fundador de la religion cristiana: asi lo mandó muchas veces, como lo demuestran los pasajes de los libros santos que hemos citado ya. En efecto sin esta precaucion seria completamente inútil la revelacion: nosotros ignorariamos el objeto de nuestra fé: las verdades de la religion no tendrian ninguna influencia sobre nosotros, y quedariamos fluctuando en una perpetua duda, mucho mas cuando la ignorancia de que aqui se trata, es una ignorancia voluntaria que nace de la rebelion y de una terquedad culpable.

PROPOSICION OCTAVA.

Los herejes y los cismáticos declarados estan fuera de la iglesia de Jesucristo.

No hablamos aqui, como lo manifiestan los términos de nuestra proposicion, de los que estan en el cisma ó la herejía por una ignorancia invencible, ó como se dice de buena fé. Nadie duda que estos herejes involuntarios pertenecen á lo menos en espíritu á la verdadera iglesia de Jesucristo, asi como los niños bautizados segun las formas requeridas. Tampoco hablamos de los herejes y de los incrédulos todavía ocultos ó que la iglesia no ha declarado tales por una decision solemne; porque mientras no son separados de la iglesia é expulsados por ella, pertenecen á lo menos á su cuerpo. Solamente pues hablamos en esta octava proposicion de aquellos que separados exteriormente de la iglesia forman una sociedad entre sí que es distinta de aquella, y esto por una desercion voluntaria y culpable.

Ahora es fácil demostrar que estos hombres de quienes hablamos aqui, no pertenecen de ningun modo ni al cuerpo de la iglesia, como dicen, ni á la iglesia misma. Ya hemos visto que los sectarios y cismáticos son como otras tantas ramas cortadas de aquel gran árbol que plantó Jesucristo para que creciese hasta la consumacion de los siglos: son otros tantos riachuelos separados de sus fuentes, otros tantos miembros desprendidos de su cuerpo. La iglesia los ha condenado y separado de la unidad como rebeldes y obstinados en su propio sentido contra las definiciones de la misma iglesia. Esta conformándose con el precepto de Cristo los tiene por paganos y publicanos, y siguiendo en esto la doctrina y el ejemplo de S. Pablo y de los otros apósto-

les los evita como condenados y pervertidos por su propio juicio: no comunica de ninguna manera con ellos, ni permite que comuniquen sus hijos en todo lo que dice relacion á las cosas espirituales. Se ve pues que los herejes y cismáticos voluntarios son tan extraños al espíritu de la iglesia como el error es extraño á la verdad, la confusion al órden y el individuo á la unidad: son tan extraños al cuerpo de la iglesia como el miembro al cuerpo de que ha sido separado, como una rama cortada del árbol y como el riachuelo desviado de su orígen, como unos rebeldes y refractarios expulsados violentamente de la sociedad que turbaban. Y como no puede existir ningun convenio entre Jesucristo y Belial, ni ninguna sociedad entre la luz y las tinieblas; del mismo modo los herejes y cismáticos no tienen parte con Jesucristo y su reino, es decir, con la verdadera iglesia de Jesucristo.

Tales fueron el pensamiento y la costumbre de toda la antigüedad, apoyadas en la misma revelacion. Jesucristo dirige severos cargos en el Apocalipsis, como ya hemos notado, al angel ó al obispo de la iglesia de Pérgamo, porque toleraba en su iglesia sectarios de la doctrina de los nicolaitas, y le manda hacer penitencia de este pecado. El apóstol S. Pablo pronuncia anatema en su epístola á los gálatas contra los hombres que enseñaron una doctrina diferente de la que él mismo les habia enseñado. S. Juan escribe á Electa y á sus hijos: «Si alguno viene á vosotros y no enseña esta doctrina, no le recibais en vuestra casa ni le saludeis, porque el que le saluda participa de sus malas acciones.» Conforme á esta doctrina, desde los tiempos apostólicos eran ya separados de la iglesia los cerintianos, los ebionitas etc. segun testimonio de Ireneo. Habiéndose encontrado casualmente S. Juan con Cerinto en una casa de baños, dijo: «Huyamos de aqui, no sea que se hun-

da y nos coja esta habitacion en donde se halla el enemigo de la verdad.» S. Policarpo, discípulo de San Juan, respondió á Marcion, cuando este saliéndole á recibir fuera de Roma le pedia que le reconociese: «Yo te reconozco como el hijo primogénito de Satanás.» Eusebio que menciona este hecho, añade al punto la reflexion siguiente: «Tan religiosamente cuidaban los apóstoles y sus discípulos de no comunicar, ni aun de palabra, con los que corrompian la verdad.» Orígenes abandonó la casa de una señora que le mantenia; y prefirió quedar pobre y sin morada fija, á habitar mas tiempo aquella, porque habitaba tambien alli un hereje, y eso que tenia el mayor cuidado de no encontrarse con él. Tertuliano apostrofaba asi á los herejes: «¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís?» Y luego añadia: «Que muestren el orígen de su iglesia, y que expongan despues la serie de sus obispos; de suerte que dejen sentado por una sucesion no interrumpida desde el principio hasta nosotros que el primero de ellos tuvo por consagrante y predecesor, ya á uno de los mismos apóstoles, ya á uno de aquellos varones apostólicos que no se separaron jamás de los apóstoles.» De ahí vienen los catálogos de los herejes que publicaron San Ireneo, S. Epifanio, S. Agustin y otros hasta nuestra época. Luego los herejes y cismáticos han sido mirados en todos tiempos como enteramente extraños en la iglesia.

Y la razon es evidente. En efecto si sucediera otra cosa, la iglesia de Jesucristo seria una mezcla confusa de la verdad con todos los errores y todos los absurdos que hubieran podido inventar jamás la ignorancia y la perversidad humanas; y sabido es si los novadores de todos los siglos han dejado de entrar en esta senda obscura y sin salida. Si cada uno pudiera innovar á su antojo é impunemente, ¿qué medio quedaria á los hombres

para conocer y conservar intacta la verdad que Jesucristo trajo del cielo á la tierra, y que encomendó á su iglesia para que la enseñara á todas las naciones? ¿Cómo en esta confusion de palabras y creencias, en esta diferencia, en esta variedad siempre creciente, en este laberinto de opiniones habia de encontrarse el camino, y conocerse positivamente lo que se ha de creer y obrar para salvarse? ¿Qué cosa mas absurda, ni mas injuriosa al fundador de esta santa religion? En efecto admítase la opinion de nuestros adversarios, y se acabó la misma revelacion: en otros términos el Dios mismo que la dió, habia asegurado al propio tiempo su ruina.

Luego es una verdadera locura de los protestantes presumir que pertenecen á la iglesia de Jesucristo únicamente porque creen en él: porque es menester además (y esto es evidente) que pertenezcan á la unidad de fé y de gobierno tal como la constituyó Jesucristo: es menester que profesen la doctrina que enseñó el Salvador á los hombres por su iglesia.

Y ¿cómo se ha de dudar esto cuando enmedio de las perpetuas variaciones que produce su sistema, vemos que los protestantes, desesperados de no poder hallar la verdad, proclaman una tolerancia religiosa universal para todas las máximas, opiniones y paradojas, sea de la secta que quiera, que se apoye como ellos en el principio de independencia de toda autoridad?

Este es el orígen de ese odio con que todos los protestantes, cualquiera que sea su nombre, persiguen en comun á la iglesia católica que no cesa de oponerles las palabras mismas de Jesucristo: «No os conozco,» y que se resiste á recibirlos en su unidad y comunion. Por último los herejes y los cismáticos se han separado en verdad de la iglesia ó han sido excluidos por ella; y sin embargo ni sus errores, ni su rebelion han podido des-

garrar jamás ni aun herir la unidad de la iglesia de Cristo.

Los herejes nos responden con las objeciones siguientes: Si los herejes y los cismáticos no estuvieran dentro de la iglesia, esta no podria ejercer ninguna jurisdiccion sobre ellos: mas en el sentir de los católicos este derecho corresponde á la iglesia: ¿cómo pues se puede decir que los herejes no son de la iglesia, y que esta tiene derecho de ejercer su jurisdiccion sobre ellos?

Digo que sin duda no tendria la iglesia ningun derecho sobre los herejes si estos no perteneciesen á aquella por ningun título; pero se hicieron súbditos suyos por el bautismo, y habiéndoles impreso este sacramento un caracter perpetuo é indeleble, la iglesia tiene un derecho perpetuo é inalienable sobre ellos; y aunque son rebeldes, este derecho existe mientras viven con mas fuerza aun que el que conserva un príncipe sobre sus súbditos rebelados.

Pero si la iglesia misma los desecha y excluye, me replican, ¿cómo pueden continuar sujetos á su jurisdiccion?

La iglesia los desecha y excluye para castigarlos, corregirlos, y apartar el peligro del contagio de sus hijos que han permanecido fieles; pero obrando asi no abdica aquella su derecho, que segun hemos dicho es inalienable.

Continúan nuestros adversarios: Los saduceos á pesar de los errores mas graves en materia de fé y aun las diez tribus á pesar de su cisma no habian cesado de pertenecer á la iglesia judia que era entonces la verdadera iglesia: asi pues los herejes y cismáticos, aunque separados de la fé y de la unidad de la iglesia católica, no cesan de pertenecer á la verdadera iglesia de Jesucristo.

Respondo que los saduceos, no habiendo sido excluidos de la sinagoga por una decision solemne, pertenecian todavía al cuerpo de la verdadera iglesia; pero no pertenecian ya á su espíritu. Hallabanse bajo este respeto en la misma situacion que una multitud de incrédulos de nuestros dias Sabemos ademas por el testimonio del historiador Josefo que los judios ortodoxos no encomendaban ningun cargo público á los saduceos, á no que enseñasen públicamente que las almas sobreviven á los cuerpos, es decir, á no ser que no reconociesen la doctrinas de los fariseos.

En cuanto á los israelitas pertenecientes á las diez tribus cismáticas hay que distinguir entre los que conservaron la fé y los que cayeron en la idolatria. Los primeros que siempre fueron bastantes en número, conformándose con las prescripciones de la ley de Moises y subiendo á Jerusalem en el tiempo ordinario para adorar á Dios, á no ser que la violencia los impidiese cumplir este deber, pertenecian al cuerpo y al alma de la iglesia; al contrario los segundos no pertenecian á ella por ningun titulo. Ademas es de todo punto falsa la comparacion establecida por nuestros adversarios, porque Cristo instituyó su iglesia por un órden de cosas enteramente diferente.

Todos los que creen en Jesucristo, continúan nuestros contrarios, y tienen caridad para con el prójimo, son verdaderos discípulos de Jesucristo: el Señor mismo lo dijo: «Vosotros creeis en Dios: creed tambien en mí. — El que cree en mí tiene la vida eterna. — Todos conocerán que sois mis discípulos, si os amais unos á otros.» Estos pasajes prueban evidentemente que todos los que creen en Jesucristo y aman á su prójimo, estan en la verdadera iglesia del Señor.

Para estar en la verdadera iglesia de Jesucristo no basta creer en Jesucristo, sino que hay que creer tam-

bien todas las cosas que él enseñó, y creerlas por y con la iglesia, es decir, de la manera que Jesucristo quiere que se crean. «Id, dice el mismo á sus apóstoles, enseñad TODAS LAS COSAS, que yo os he confiado.» No es pues una parte de estas cosas y como cada uno quiere, sino todas y como quiere Jesucristo. Añado que los herejes ignoran lo que es Jesucristo, si es Dios ú hombre solamente etc.

En cuanto á estas palabras del Salvador: «Todos conocerán que sois mis discipulos si os amais unos á otros,» no quieren decir que la caridad sola baste para manifestar que son discípulos suyos, sino que deberá conocerselos por verdaderos discípulos suyos si á la profesion de fé juntan tambien las buenas obras, siendo las principales las de caridad. En efecto el Señor quiere que sus discípulos se den á conocer por buenas obras que recomienden su fé; porque hay algunos, como dice el Apóstol, que hacen profesion de conocer á Dios; pero que renuncian á él por sus acciones. En el mismo sentido decia el Apóstol Santiago: «Yo os mostraré mi fé por mis obras.» Debe añadirse que los herejes no tienen ni pueden tener el verdadero amor de la caridad. Sin la fé es nula la caridad, y hay que guardarse de confundirla con la beneficencia, como lo prueba este pasaje del Apóstol: «Y aun cuando yo distribuyese todas mis riquezas para mantener á los pobres, si no tengo caridad, todo esto no me sirve de nada.»

Objétasenos ademas que muchos hombres en diferentes épocas han vivido y muerto en el cisma, y sin embargo no han sido mirados como extraños en la iglesia de Jesucristo, y aun algunos han sido inscritos en el catálogo de los santos, tales como Melecio y Paulino, ambos obispos de Antioquía, Lucifer de Caller y muchos de los que se adhirieron al cisma de Acacio.

Digo que estos cismáticos que la iglesia no desechó

estaban de buena fé y en la duda con respecto al pontífice que debian reconocer como legítimo. Ya hemos advertido que hay circunstancias en que puede ser inocente esta duda. Melecio y Paulino eran unos santos varones, y uno y otro comunicaban á lo menos inmediatamente con la iglesia universal. Esta no ha colocado entre los santos á Lucifer de Caller; ademas que ó murió en la unidad, ó se arrepintió antes de morir. Lo mismo sucede con todos los que se adhirieron al cisma de Acacio: ninguno ha sido inscrito en el catálogo de los santos. Hay mas: los nombres de Eufemio y Macedonio, patriarcas de Constantinopla, fueron borrados de los sagrados dípticos, porque habian conservado en ellos el nombre de Acacio.

PROPOSICION NOVENA.

El orígen del protestantismo y las diversas variaciones que ha experimentado, demuestran su falsedad.

Asi como el orígen, estabilidad y perpetuidad de la iglesia católica prueban incontestablemente que es de institucion divina: del mismo modo el orígen del protestantismo, sus variaciones perpetuas y las alteraciones que ha sufrido, no menos que todas las sectas rebeladas en diversos tiempos contra la iglesia, demuestran plenamente su falsedad.

Una obra divina lleva consigo unos caracteres divinos, de suerte que fácilmente se la distingue de todo lo que procede de los hombres. Pues tal es la iglesia católica, en pie desde su orígen, inmutable, siempre la misma, manifestando siempre los testimonios patentes de aquella asistencia divina que le prometió su fundador. Y al ver esto hay forzosamente que exclamar:

«Las obras de Dios son perfectas, y no hay en él mudanza ni vicisitud.»

Mas ¿cuál es el orígen del protestantismo? Sabida cosa es que nació en el siglo XVI, y le produjo el odio privado del apóstata Lutero. ¿Cómo se acrecentó esta secta? Tambien es sabido que por la terquedad y rebelion de aquel apóstata contra la constitucion en que Leon X condenaba sus errores. Entonces en efecto es cuando por primera vez proclamó *aquel reformador de las cosas sagradas* el principio fundamental del protestantismo, quiero decir, la independencia absoluta del juicio individual, opuesta de frente á la autoridad de la iglesia. Con este principio conmovió á su antojo todo el edificio de la religion cristiana. Desechó las indulgencias, el purgatorio, la misa rezada y la necesidad de las buenas obras: sentó su doctrina de la *sola fé justificante*, y quitó casi todos los sacramentos. A esto añadió la alteracion de las escrituras, borrando muchos libros del catálogo de los hagiógrafos, sin cuidarse de estar acorde consigo mismo, porque unas veces afirma lo que antes habia negado, otras niega lo que habia afirmado, y tan arrebatado de las pasiones vergonzosas de todo género y en tanto grado hinchado de orgullo, que parece muchas veces dirigido por un espíritu de Satanás.

El principio del protestantismo, principio destructivo que habia sentado Lutero el primero, produjo inmediatamente nuevos *reformadores de las cosas sagradas*. Zuinglio en Suiza, Calvino en Francia, Carlostadio en Alemania y Munster en Westfalia *reformaron*, segun su sentido, lo que les habia dejado que *reformar* Lutero, ó mas bien derribaron lo que este habia dejado en pie. Pero estos nuevos *reformadores* fueron *reformados* tambien por los cuákeros, los hermanos bohemios, los pietistas, los herrnhutas, los swedenborgianos, los

arminianos y los socinianos; y estos precipitados sucesivamente del puesto que habian usurpado, fueron reformados por los iluminados y los filósofos y en fin por los racionalistas y los naturalistas. Dividióse pues el protestantismo desde el principio en una multitud de sectas casi innumerables, que no solamente se condenaban y anatematizaban á porfia, sino que se perseguian de muerte unas á otras donde quiera que podian.

Tal era el estado del protestantismo, cuando los llamados reformadores, volviendo á concebir ideas mas sanas, comenzaron á reflexionar seriamente sobre los medios de establecer una alianza entre sí, sobre todo entre las dos principales sectas, los luteranos y los calvinistas. Por una y otra parte se publicaron muchos libros, se celebraron conferencias religiosas en Leipsick el año 1631 y en Maulbrun el de 1654; pero todo inútilmente. A principios del siglo XVIII se hicieron nuevas tentativas con el mismo objeto y con el apoyo del rey de Prusia, por cuya órden se levantó en Berlin un templo comun á las dos comuniones. Este proyecto de reunion se frustró tambien por la obstinada resistencia de los luteranos. En el año 1786 salieron á luz otras obras acerca de esta materia y sobre todo algunos edictos del rey Guillermo I de Prusia, que mandaban á los calvinistas renunciar á la doctrina de la predestinacion, y á los luteranos abstenerse de las costumbres de la iglesia católica conservadas aun entre ellos, hasta que el rey Federico restituyó una plena y entera libertad á todas las sectas en el año 1740. En este mismo tiempo aunque el rey Federico no hizo ninguna tentativa directa para establecer la union en que se pensaba, sin embargo propagándose rápidamente la filosofía, el racionalismo y el naturalismo á todos los entendimientos, parecia que no quedaba ninguna dificultad. Pero ni aun á esta costa adquirieron los sectarios la paz que deseaban.

Guillermo III, sucesor de Federico, dió un edicto en 18 de junio de 1788 proponiendo una liturgia nueva para uso de las dos comuniones; pero sin imponer ni á una ni á otra la obligacion de aceptarla. Este edicto no produjo otro efecto que hacer proclamar á los racionalistas el triunfo, como si esta medida hubiera producido la union; y los escritores de dicha secta se empeñaron en persuadírselo á todos. En el año 1817 al tiempo de celebrarse el jubileo de la reforma los jefes de esta ceremonia declararon públicamente el 27 de setiembre que deseaban que se efectuase la union cuanto antes: prescribiéronse pues diversas cosas para establecerla y consolidarla: se convocaron sínodos: los calvinistas y los luteranos celebraron la santa cena en Berlin y en otros lugares en el mismo templo, con la condicion que cada uno de ellos creeria aquello de que estaba persuadido antes con respecto á la presencia real, es decir, que habria unos que creyeran recibir el cuerpo real de Jesucristo, y otros solamente pan. Esta union que fue parcial, tomó el nombre de iglesia evangélica en el año 1818. Propúsose á los sínodos la nueva constitucion de esta iglesia, y en 1820 se publicó tambien una nueva liturgia, que vino á ser el libro simbólico de la iglesia unida, recomendado por entonces á todas las iglesias. Se les mandó expresamente que la aceptaran en 1834; pero en este mismo año escribió contra aquella liturgia D. J. G. Scheibel.

Tales son las variantes de las sectas protestantes en sí mismas, y aun son mas numerosas é importantes en lo que toca á la doctrina. Lutero habia desechado varios dogmas: sus discípulos desecharon muchos mas, hasta que aparecieron extinguidas la fé entera y la misma religion revelada bajo la influencia de los naturalistas ingleses y franceses, de los *latitudinarios*, de Federico II y del filósofo Kant.

En efecto segun el sistema de este la verdadera religion debe distinguirse de la religion ó de la fé eclesiástica. La verdadera religion no es otra que la religion de la razon, única que puede admitirse: la fé eclesiástica es la fé que se da á las verdades de la revelacion positiva. Mas la religion revelada no puede ni debe ser sino un simple medio para llegar mas fácilmente á la religion de la razon, ó como la llama el filósofo, *á la fé religiosa*, cuyo verdadero objeto basta la razon de cada hombre para descubrir. A medida que esta fé religiosa se haga mas pura y universal, se extinguirá sin esfuerzos y por decirlo asi insensiblemente la fé eclesiástica. De ahí proviene esta regla establecida por el filósofo con respecto á las santas escrituras: que no se debe buscar en ellas mas que la religion de la razon: todo lo demas no es sino una especie de cubierta temporal, cierta cosa acomodada á la opinion del vulgo, á la época en que se publicaron los libros santos, y aun á la opinion particular de los diversos autores que compusieron aquellos libros. Todavía hay mas: segun Jacobio y sus partidarios, la religion como cualquier otra ciencia filosófica consiste en una fé natural inmediata, en la percepcion de la verdad aparte de toda prueba sobrenatural, es decir, en una ciencia intuitiva: esta revelacion interior es la única que existe, y no puede haber en ella ninguna forma exterior de religion. Este último sistema concuerda á lo menos en parte con la *filosofia de la identidad* enseñada por Schelling y su discípulo Dauh, asi como con la doctrina de lo *absoluto*.

De ahí ha nacido esa nueva exegesis de los libros sagrados, segun la cual se niegan todos los milagros y profecías, se introducen *los mitos*, y se adopta el sistema de conciliacion. Los jefes principales de esta escuela son Paul, Hetzel, Eichhorn, los dos Rosenmuller, Koppe, Heinrichs y Kuinoel.

Semler impugna la inspiracion de las santas escrituras, quita del canon muchos libros, derrama el desprecio á manos llenas sobre el antiguo testamento, y opone la religion interior y la moral privada á la religion exterior y á la fé pública eclesiástica. Gruner defiende que á fines del siglo I estaba ya corrompido el cristianismo en sus principales doctrinas por la doctrina platónica, y en consecuencia desecha los misterios cristianos. Eckermann se empeña en probar que la doctrina de Jesus no es otra cosa que una instruccion popular relativamente á la moral y al culto razonable que se ha de tributar á la divinidad: afirma ademas que los evangelios estan alterados, y que las epístolas apostólicas contienen interpretaciones falsas y erróneas. Hencke se quejaba del progreso demasiado extendido de la *cristolatría* como de un obstáculo para una revolucion grande y benéfica en las creencias religiosas. Weigscheider, cuya obra dogmática tantas veces citada en la primera parte de este tratado miran como clásica los racionalistas, declara que la revelacion sobrenatural no es necesaria ni aun posible. A la misma clase de incrédulos pertenecen Roekr, Boehme, Schultess, Schott, Bretschneider y de Vette: este último no ve en los dogmas cristianos sino una expresion simbólica de las ideas religiosas.

En vista de tales pormenores nadie preguntará sin duda qué piensan los protestantes, sobre todo los racionalistas y naturalistas, con respecto á los diversos artículos de la fé cristiana. Basta observar que muchos de ellos han llegado hasta el extremo de no ruborizarse de decir que Jesucristo y S. Juan Bautista estaban de acuerdo para representar el uno el papel de precursor, y el otro el del Mesías. ¿Para qué decir mas? ¿No habido entre ellos quien ha escrito la apología de Judas Iscariotes?

Estos insensatos ó han desechado la mayor parte de los libros del antiguo y del nuevo testamento, ó han puesto en duda su autenticidad En la época misma en que el protestantismo se daba el nombre de iglesia evangélica, habia muy pocos protestantes, como observa Reinhard, que no desechasen la autoridad de la Escritura y del Evangelio. Entre los libros del antiguo testamento el Pentateuco es sobre todo el que mas combaten, y miran como nula su autoridad histórica. Vater y Gesenio juzgan que se compuso en tiempo de David y Salomon: de Vette le considera como una especie de epopeya. Otros como Fulda y Nachtigal enseñan abiertamente que todo el antiguo testamento se escribió en época muy posterior. No se han guardado mas consideraciones al nuevo que al antiguo. Eichhorn da á los cuatro evangelios un origen mucho mas próximo á nosotros de lo que se cree: Vogel, Horst, Ballenstedt y Bretschneider atribuyen el Evangelio de S. Juan á cierto gnóstico. Schleiermacker, el gran apologista del rey de Prusia, quita al apóstol S. Pablo su primera epístola á Timoteo: Eichhorn desecha las dos y ademas la del mismo apóstol á Tito. Segun el mismo autor el Apocalipsis no es mas que un drama en que se pintan la caida y la ruina del judaismo y del paganismo. Antes que Eichhorn habia desechado Semler el Apocalipsis como obra de un autor tocado de la locura. Los tres primeros evangelios, es decir, los de S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, se han sacado, segun Lessing, Semler etc., y sobre todo Kuinoel, de cierto original comun siro-caldaico, que llaman *urevangelium*. Pues lo que han hecho con los libros enteros, con mucha mas razon lo han ejecutado con cada una de sus partes, de suerte que apenas hay una sola que uno ú otro de estos impíos no acuse de plagio ó intercalacion. La cosa es manifiestamente asi; pero seria fastidioso probarla artículo por artículo.

Y ademas estos pormenores, con todo de ser tan rápidos y concisos, acerca del origen del protestantismo, de sus variantes perpetuas, de los frutos naturales que ha producido, ya en la doctrina teórica y práctica, ya en la exegesis y en la crítica sagrada, bastan y sobran para darme el derecho de sentar y exponer mi tesis en estos términos: Lo que saca su origen de un principio malo y destructivo; lo que produce por su naturaleza la division de las opinioues y la multitud de las sectas; lo que propende á sofocar toda fé y por consecuencia á destruir enteramente toda religion revelada; lo que engendra inevitablemente una especie de duda universal sobre todo y en todas partes; lo que corrompe las costumbres del hombre; esto ciertamente no puede venir del mismo Dios que nos dió la verdadera revelacion, y lleva consigo las pruebas completas y perentorias de su falsedad. Jesucristo dijo: «Un arbol bueno no puede producir malos frutos.... Por sus frutos los conocereis.» La condenacion del protestantismo está en esas palabras del autor de toda verdad.

Se ve pues que la naturaleza del protestantismo es la division; division interior y esencial, que no permite á las diversas sectas reunirse, sino por mutuas concesiones, dejando á cada una la facultad de pensar lo que quiere sobre la religion para sí y para cada miembro suyo, como sucedió, segun acabamos de verlo, en el convenio celebrado entre los luteranos y los calvinistas, donde parecia que se trataba de la particion de una heredad. Síguese pues que la naturaleza misma del protestantismo se opone esencialmente á la unidad.

Tambien se sigue que ningun protestante, si se adhiere al principio esencial de la reforma, tiene derecho de condenar las opiniones religiosas de otro como impias y absurdas.

En vano se glorían muchos protestantes de que el fundamento y la regla del protestantismo es la sola palabra de Dios; porque sin la autoridad de la iglesia ¿cómo pueden conocer esa palabra de Dios, supuesto que no hay, digamoslo asi, ningun libro cuya autenticidad no hayan puesto ó no pongan en duda, supuesto que desechan la inspiracion divina si no de toda la Biblia, á lo menos de su mayor parte, y supuesto que la palabra pura de Dios depende segun ellos de la interpretacion particular de cada individuo. Segun este método extravagante, no hay un error ni una paradoja que no pueda fundarse en la palabra de Dios comprendida y explicada asi, como hacen los anabaptistas, los cuákeros, los socinianos, los metodistas y otros novadores. Ademas ¿cómo la palabra de Dios escrita y consignada en libros puede ser la regla de la fé, si la discusion recae casi siempre enteramente sobre el sentido verdadero de aquella palabra? Cuando se sigue un pleito entre dos partes, cada cual cree que la ley está en su favor, y si no hubiera juez para fallar, el pleito no se acabaria jamas. No ha existido nunca un hereje que no se gloriara de tener la palabra de Dios en su favor: esta presuncion la tuvieron sucesivamente los gnósticos, los maniqueos, los arrianos, en suma todas las sectas que se han separado de la iglesia; y sin embargo todas han fenecido.

Por esta razon tantos particulares y tantos príncipes, distinguidos por su ciencia, no pudiendo soportar por mas tiempo este caos natural al protestantismo, han vuelto á entrar en el seno de la iglesia católica que abandonaran sus padres, á fin de hallar la tranquilidad de conciencia que habian buscado en vano entre tantas dudas y variantes. Al contrario ¿qué prosélitos ha hecho el protestantismo entre los católicos? Solo un corto número de sacerdotes indignos, de costumbres des-

ordenadas y cansados del celibato y de la vocacion que habian abrazado.

Sin embargo ¿qué nos responden nuestros adversarios? Tiempo es que los dejemos hablar. La iglesia católica, dicen, ha sufrido tambien vicisitudes y variaciones. Las definiciones de fé que de tiempo en tiempo ha dado esta iglesia, son otros tantos argumentos en favor del sistema de progreso y perfectibilidad que han adoptado los protestantes. Ademas ¿qué son esos dogmas de fé de que se gloría la iglesia católica? Invenciones de los santos padres ó fórmulas vacías de sentido. No habiendo aparecido la verdadera luz hasta el siglo XVI, desde entonces no ha cesado de despedir rayos mas vivos y brillantes para disipar las tinieblas que habia derramado sobre la tierra la iglesia ó engañando ó engañada, y que el fanatismo y la ambicion se habian empeñado en propagar y conservar hasta que los reformadores de las cosas sagradas, quebrantando las prisiones de aquel vergonzoso cautiverio, restituyeron juntamente la libertad á sí y á nosotros. Asi se explica esa apariencia de inconstancia y fluctuacion que se advierte á veces en los reformadores y en sus primeros discípulos relativamente á un número mayor ó menor de artículos de fé que continuaron profesando, porque no les bastó un instante para despojarse como de una vestidura de todas las ideas en que se habian criado desde su infancia. Y no se nos opongan el racionalismo y el naturalismo, porque si bien se mira, el racionalismo es el mismo sistema de la iglesia católica, y la cabeza de la iglesia romana debe considerarse como un puro racionalista. En efecto esta cabeza afirma que su pensamiento interior y su razon pueden con ayuda de una inspiracion divina inmediata producir y dar al mundo cristiano leyes que dirijan la fé de un modo absoluto, aun cuando la Escritura guarda silencio sobre estas llamadas leyes ó

está en oposicion con ellas. Del mismo modo los concilios de la iglesia católica son *naturalísticos*, *racionalísticos*, es decir, que su potestad es toda de imaginacion, en cuanto confirman sus propios decretos no solamente con la regla infalible de la palabra escrita de Dios, sino con una falsa luz interior y con la supuesta inspiracion del Espíritu Santo, como ha hecho con especialidad y entre todos los demas el concilio de Trento.

Respondo que las variaciones que han ocurrido en la iglesia católica, han recaido todas sobre la disciplina cuyas formas son variables y accidentales, y ninguna sobre la doctrina de la fé y de las costumbres. Mas nuestros adversarios nos conceden que en el primer siglo se encuentran los principios generales del catolicismo; y cuando les pedimos con instancia que se sirvan indicarnos la época de la supuesta variacion de que se prevalen contra nosotros, no podemos sacarles respuesta. Ciertamente es cosa fatal, cuando se entabla una acusacion, no poder probarla.

La iglesia ha dado en diferentes épocas muchas definiciones de fé para la aclaracion y defensa de los dogmas ya admitidos, y no para introducir otros nuevos. Cuando su doctrina era combatida temerariamente, sometia el artículo controvertido á un exámen mas atento, y la definicion que recaia, era juntamente la adopcion de aquel punto de fé y la condenacion del novador. Tal ha sido la conducta de la iglesia en todos tiempos, y á fin de ponerse á cubierto de toda impugnacion legítima en esto ha recordado á los disidentes los monumentos antiguos y la fé ya admitida; de lo cual puede cerciorarse cualquiera con la lectura de la historia de los concilios. Al contrario el protestantismo no ha usado su llamado sistema de perfectibilidad mas que para desechar uno tras otro todos los dogmas de la fé, hasta que habiendo desaparecido el nombre mismo de fé pue-

de lisonjearse de haber llegado al mas alto grado de perfeccion que haya deseado jamás, entre las ruinas que le rodean.

Dicen nuestros adversarios que los dogmas de la fé de la iglesia católica no son mas que invenciones de los santos padres ó fórmulas de palabras vacías de sentido. Respondo que estos dogmas son otras tantas verdades reveladas divinamente, que la iglesia recibió de Jesucristo para transmitirlas á los hombres de generacion en generacion, puras é intactas, con órden de preservarlas del espíritu maléfico de los novadores; y añado que esta iglesia apoyada en los auxilios celestiales ha llenado hasta aqui este deber y le llenará hasta la consumacion de los siglos segun las promesas de su fundador. Alegar que estos dogmas divinos fueron supuestos ó inventados por los santos padres, es una asercion enteramente gratuita de nuestros adversarios, sin ningun fundamento y contradicha por todos los documentos históricos. Ya decia S. Agustin en su tiempo de los padres de la iglesia: «Lo que han encontrado en la iglesia, lo han mantenido y conservado: lo que han aprendido, lo han enseñado: lo que han recibido de los padres, lo han transmitido á los hijos.» Y mucho antes que S. Agustin decia Tertuliano: «¿En qué estriba nuestra proposicion? En la doctrina que la iglesia ha recibido de los apóstoles, los apóstoles de Jesucristo, y Jesucristo de Dios.» Y de aqui partia para separar á los católicos de la turba de los herejes que se atrevian á mancillar la antigua doctrina de la iglesia universal con sus novedades. Son innumerables los ejemplos de la misma especie, y todos testifican contra nuestros adversarios, cuya mentira es tan evidente, que solo puede inducir á error á los hombres mas ignorantes. Por lo que toca á las fórmulas de palabras vacías de sentido, ya he respondido en uno de los párrafos anteriores, y me pa-

rece del todo inútil volver á hablar de esta materia.

La luz que apareció en el siglo XVI, no era tan nueva como suponen nuestros adversarios: antes de aparecer á Lutero, se habia manifestado á los simonianos, á los nicolaitas y á los otros sectarios que habian precedido al apóstata aleman. Pero ¿quién habia producido esta luz? ¿Jesucristo ó el demonio? Esa es la cuestion. Oigamos á Tertuliano. «¿Quién debe interpretar las opiniones confusas de los herejes? El diablo, cuyo oficio es hacer tomar la verdad por el error.» Seria sin duda un tanto extraño que Jesucristo no hubiera velado por la salvacion de su iglesia, sino desde el tiempo de Lutero y de los cómplices de su rebelion y apostasía, de suerte que hubiese sido enteramente desconocido por espacio de diez y seis siglos el supuesto principio de regeneracion que sentó aquel impio. Escuchemos otra vez á Tertuliano á este propósito: «Lo que se halla fundado en una creencia comun y casi universal, no puede ser un error, sino una tradicion. ¿Quién se atreverá á decir que se hayan engañado los primeros autores de esta tradicion? ¿Con que mientras no hubo herejes reinó el error sobre la tierra? La verdad cautiva aguardaba á los marcionitas y valentinianos (léase los luteranos y calvinistas) para alcanzar su libertad. Antes de ellos se evangelizaba mal, se creia mal, el agua santa del bautismo no tenia virtud, las obras de la fé se practicaban mal, las virtudes y las gracias eran malas, se desempeñaban mal las funciones del sacerdocio, y los mismos mártires eran coronados injustamente.» Mas ¿qué diremos de la libertad que afirman los sectarios haber dado al mundo cristiano? Es una exencion impía de todo freno legítimo, el aniquilamiento de la sumision debida á la ley evangélica y á los preceptos divinos, una licencia desordenada en comparacion de la cual es imperceptible la de los musulmanes, de ha-

cer y creer todo lo que se le antoja á cada uno.

Si los jefes de la herejía del siglo XVI y sus inmediatos discípulos se detuvieron en su obra de destruccion, se vieron forzados, ó por el grito íntimo é irresistible de su conciencia, ó por la disposicion general de los ánimos, con la que temieron chocar abierta y enérgicamente. Quizás no descubrieron tampoco al pronto los llamados reformadores todas las consecuencias desastrosas del principio que habian sentado: quizás poco firmes todavía en la impiedad se horrorizaron ellos mismos, semejantes á aquellos viajeros imprudentes que conducidos á la orilla de un precipicio ven el peligro, y no teniendo fuerza para evitarle, intentan detenerse enmedio del camino que han emprendido. Pero el abismo estaba abierto: ellos mismos habian dado el impulso; y sus discípulos, siguiendo el enlace necesario de todas aquellas consecuencias, llevados siempre hácia adelante por el ejemplo de sus predecesores, despues de muchas fluctuaciones recogieron al fin todos los frutos que debia producir aquel principio destructivo. Asi como un cadáver conserva todavía algun tiempo las facciones humanas, y luego se corrompe y se disuelve; asi hizo el protestantismo. Bossuet y Fenelon habian previsto y predicho esta disolucion del protestantismo, y los hechos han confirmado la prediccion.

La justicia no puede subsistir con la iniquidad, ni la luz con las tinieblas, ni Cristo con Belial. Si el racionalismo es la doctrina propia de la iglesía católica, como lo afirma el imprudente autor á quien combatimos, ¿cómo es que la iglesia católica condena y anatematiza el racionalismo, y que los racionalistas desprecian y aborrecen á la iglesia católica? ¿No es esto dar al dia el nombre de noche, y hacer de Jesucristo el Antecristo? Ademas no hay necesidad de grandes es-

fuerzos para rechazar esta calumnia. Por confesion de los protestantes mismos el protestantismo ha producido el racionalismo, y se glorían de ello. Weigscheider á quien he citado tantas veces en el curso de esta obra, ha formado el catálogo de los autores de este sistema impío, y solo se hallan nombres protestantes. Pero ¿á qué insistir tanto? El filósofo Kant, á quien sin duda se puede llamar el verdadero padre del racionalismo, ¿no es protestante? ¿No lo son todos esos autores cuyas obras han engendrado el misticismo y el fanatismo? Devolvamos pues á los protestantes lo que les corresponde de pleno derecho: asi como asi es el efecto natural de la gran luz que apareció en el siglo XVI, el fruto de la libertad que Lutero y los otros reformadores de las cosas sagradas introdujeron en el mundo.

Nuestro adversario afirma que el papa y los concilios de la iglesia son racionalistas, naturalistas etc., só pretexto que dan definiciones por una inspiracion inmediata sin la Escritura y aun contra la Escritura. Pero ¿á quién podrá persuadírselo? Las definiciones de fé dadas por el papa y los concilios se fundan todas en la palabra de Dios ó en la revelacion divina llegada hasta nosotros, ya por la Escritura, ya por la tradicion: el papa y los concilios no deciden nada por sí mismos: solamente son los testigos de la doctrina enseñada por Jesucristo y transmitida por los apóstoles, como hemos expuesto mas arriba. Una cosa es la asistencia divina de que está en posesion la iglesia segun las promesas de Jesucristo, y otra la inspiracion divina inmediata de que habla nuestro adversario. Mas el papa y los concilios no se han atribuido jamas esta en las definiciones de fé que han dado; y ¿cómo pudieran haberlo hecho cuando los católicos no la conceden sino á los escritores hagiógrafos? En cuanto á la asistencia divina que poseen ya el papa cuando decide *ex cathedrâ* como se di-

ce, ya la iglesia, dispersa ó reunida, significa en el sentido católico la providencia especial con que Dios vela sobre su iglesia, no permitiendo que caiga en error, sin que importe por otra parte qué medio emplea para conseguir este efecto, porque al fin es preciso que se cumplan plena y enteramente estas palabras de Jesucristo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:» «Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos;» y todas las de la misma especie. Si nuestro adversario hubiese leido el concilio de Trento, hubiera visto que no hay un solo decreto de fé que no se apoye en testimonios sacados de la Escritura ó de la tradicion.

PROPOSICION DECIMA.

La esterilidad del protestantismo en sus misiones entre los infieles es una nueva prueba de su falsedad.

Entre los caracteres divinos y los dones magníficos que distinguen la verdadera iglesia, hay que contar la potestad fecunda de convertir que ostenta en beneficio de las naciones infieles. Desde que recibió esta órden de Cristo: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura,» no ha cesado jamás de enviar sus hijos á los diferentes paises para llamar á los hombres de las tinieblas de la infidelidad á la luz del Evangelio. Innumerables operarios, llenos de un espíritu verdaderamente apostólico, salieron de su seno, y propagaron la viña del Señor, unas veces regándola con su sangre, otras glorificándola con el poder de las profecías y de los milagros de que muchos de ellos estaban dotados, no solamente en los primeros tiempos del cristianismo, sino

de siglo en siglo hasta nuestros dias. Ningun reino, provincia, ciudad, ni aun lugar ha venido á la fé de Cristo, sino por medio de estos obreros de la iglesia católica, y los anales de la historia eclesiástica nos muestran casi en cada siglo el fruto de sus afanes en la agregacion de algun pueblo infiel al catolicismo.

Al contrario el cielo ha castigado á las sectas heréticas con la esterilidad, de suerte que ninguna de ellas puede gloriarse de haber atraido un solo pueblo á la fé de Jesucristo en ningun tiempo Intimamente convencidos los herejes de esta esterilidad han desatendido en un todo la conversion de los infieles, ó si la han intentado, pronto han desmayado con lo infructuoso de sus tentativas, y han dirigido todos sus esfuerzos á la perversion de los católicos; porque como decia ya en su tiempo Tertuliano, es propio de los herejes no convertir á los paganos, sino pervertir á los fieles: gloríanse de derribar á los que estan de pie, y no de levantar á los que estan en el suelo. Su obra es solamente la destruccion de la verdad, y no cosa alguna que sea suya. Con las ruinas de nuestra casa edifican la suya. — Tal ha sido el carácter y la conducta de la herejía en todas épocas.

El protestantismo no se ha conducido de otro modo. Desde el principio de la reforma los protestantes no pensaron ni por asomo en la conversion de los infieles: todos sus esfuerzos se fijaron en los medios de pervertir á los católicos y destruir la fé antigua. Por eso aunque muchas repúblicas protestantes tuvieron numerosas escuadras, y fueron señoras del mar, ninguna de ellas pensó en emplear aquel poderío para propagar la religion de Jesucristo entre los paganos, prefiriendo aplicarle á la destruccion de las misiones católicas, como lo hicieron los holandeses, y desgraciadamente con buen éxito, en el Japon sobre todo y en las Indias orientales. Sin em-

bargo avergonzándose los protestantes á pesar suyo de esta falta de zelo por la propagacion del Evangelio, declararon para disculparse que no es lícito turbar á los paganos en su fé, y cuando el sínodo de Dordrecht, habiéndoseles hecho una objecion á este propósito, respondieron en estos términos: «El que anuncia el Evangelio á los paganos sin una vocacion particular, atrae sobre su cabeza la tacha del apóstol Pedro, es decir, que se entremete en negocios que no le tocan, y tienta á Dios arrostrando un peligro tan grande sin vocacion.» Mas adelante afirmaba el dean de Cantorbery en un discurso pronunciado delante del rey de Inglaterra que no es lícito á nadie combatir la religion de ningun pais, por falsa que pueda ser, ni desviar á los hombres de la profesion de ella contra la voluntad de los magistrados, á no ser que haya recibido como los apóstoles, y pueda probar haber recibido, un encargo extraordinario para este efecto.

Mas al cabo los protestantes admirados de los triunfos gloriosos de los católicos comenzaron á fines del siglo XVII á reflexionar seriamente en los medios de fundar á su vez misiones en los paises infieles. Ya en el año 1647 se habia formado la primera sociedad en Inglaterra con este objeto, y el parlamento la habia aprobado; sin embargo no comenzó sus operaciones hasta mas adelante. En el año 1704 Federico IV de Dinamarca fundó una mision para su colonia de Tranquebar en las Indias orientales; y en el de 1708 *el venerable Juan Egede* predicó el Evangelio en Groenlandia. Los anabaptistas principiaron sus misiones en 1792. Por último la Inglaterra, sobre todo al principio del presente siglo, tomó ocasion de las misiones de los anabaptistas y de los metodistas para desplegar por su parte el mayor zelo. En el mismo pais se formaron muchas sociedades generales y particulares para propagar

las misiones, y desde el año 1807 apuran sus esfuerzos para convertir á los negros de Sierra Leona en Africa. Al mismo tiempo la sociedad británica, nacional y extranjera, formada en Londres el año 1804 para la propagacion de la Biblia, ha visto acrecentarse sus fuerzas con la agregacion sucesiva de otras varias sociedades.

Despues de esta ojeada sobre el orígen y progresos de las misiones protestantes examinemos rápidamente los medios de que disponen estas sociedades, y los frutos que han conseguido.

Primeramente si consideramos el número de los misioneros protestantes, hallamos que en el año 1824 tenia cuatrocientos diez y nueve en ejercicio la sociedad anglicana: los metodistas contaban seiscientos veintitres en el mismo año, y las dos sociedades juntas empleaban mil cuarenta y dos misioneros. Si ajustamos ahora la misma cuenta respecto de las otras sociedades de que hablaremos al punto, hallaremos tres mil cuatrocientos cuarenta y dos misioneros solo en Inglaterra: las sociedades americanas ocupan mil por lo menos; de suerte que sin hacer caso de los que envian los otros paises protestantes, tenemos el número total de cuatro mil cuatrocientos cuarenta y dos operarios. Ademas aunque los misioneros de la sociedad para la propagacion del Evangelio esten obligados, segun el tenor de su diploma, dado el 16 de junio de 1801, á dedicarse especialmente á la instruccion de las colonias inglesas, sin embargo es sabido que los ciento veintidos misioneros y noventa y seis maestros de escuela se dedican tambien á la conversion de los infieles.

En Inglaterra, en los Estados Unidos de América, en Francia, Alemania, Holanda y Suiza hay diez y nueve sociedades principales de las que envian anualmente dinero y libros para la obra de la conversion de

los infieles, á las que hay que agregar cuatro institutos especiales para la distribucion de Biblias, tratados religiosos, libros de rezo y homilías de la iglesia anglicana. Cada sociedad de estas tiene innumerables ramas ó ramificaciones que toman el nombre de auxiliares. En Francia sola hay doscientas, y en Inglaterra no pueden contarse. En 1824 estas sociedades distribuian ya anualmente unos 9.262,700 francos, es decir, cerca de 18,800 al dia; y como los misioneros se quejaban todavia de la insuficiencia de estas distribuciones, se aumentaron las rentas anuales de dichas sociedades á 18.527,400 francos. La sociedad bíblica distribuye ademas innumerables ejemplares de la sagrada escritura, traducida en casi todos los idiomas y dialectos del mundo, por manos de sus empleados y viajeros que pueden considerarse como otros tantos misioneros. Solamente en el año de 1830 se repartieron 632,676 ejemplares del nuevo testamento; y este es el medio que los protestantes juzgan mas útil para la conversion de los infieles.

A estos recursos de las sociedades hay que añadir los socorros extraños de toda clase que poseen las misiones protestantes; el favor de los magistrados y de las leyes, el apoyo de los gobernadores, la publicacion de los periódicos etc. Hay mas: la mayor parte de los paises en que se establecen, pertenecen á la Gran Bretaña; y si alguna vez quieren penetrar en regiones salvajes y bárbaras, tienen á sus órdenes el poder militar de la provincia. Las escuelas que abren son gratuitas, y los premios se distribuyen á los alumnos con pompa y aparato. Asi es que el doctor Buchanan, gran panegirista de esta clase de misiones, pudo escribir con verdad: « Ninguna nacion cristiana ha tenido delante de sí un campo tan vasto para propagar la fé de Jesucristo, como el que nos abre nuestra influencia en el Indostan

donde reinamos sobre cien millones de hombres. Ningun pueblo, digo, ha poseido ventajas semejantes á las nuestras para conseguir este objeto. En efecto estas naciones á quienes podemos llamar á la fé, no nos oponen ninguna resistencia, y se someten libremente á nosotros respetando nuestros principios y mirando nuestra dominacion como una bendicion del cielo « Siendo pues tales los medios, los auxilios y las ventajas que tienen en sus manos los protestantes para propagar la fé evangélica entre las naciones infieles, restanos examinar con qué fruto los han empleado hasta aqui.

Por confesion misma de los protestantes y de los fautores mas ardientes de estas misiones son nulos ó casi nulos los frutos que sacan de ellas despues de tantos afanes y dispendios: apenas cuentan algunos individuos convertidos, á quienes atraen las ventajas de una vida cómoda, ó que han sido desterrados de su patria por sus paisanos. Sus mismos misioneros se desaniman en vista de las dificultades insuperables que encuentran á cada paso, de suerte que no hay un solo establecimiento suyo, por decirlo asi, que no vaya en declinacion, y muchos han perecido. Las relaciones de estos misioneros guardan casi siempre silencio sobre las conversiones ya hechas, y se extienden en hablar con exageracion de las esperanzas de mejoras futuras. Si de cuando en cuando especifican el número de los individuos convertidos, inmediatamente se los convence de mentira. Y no es esta una falta peculiar de una secta y de una parte del mundo mas bien que de otra; al contrario es general y comun á todas las sectas, en cualquiera region en que se establecen aquellos misioneros. Asi es que el autor de la historia de las misiones protestantes no vacila en concluir su narracion con estas palabras notables: « Al terminar esta obra cuyo objeto era referir la propagacion de la religion cristiana, per-

deriamos enteramente el ánimo si dependiera esta propagacion del fruto de las tareas que hemos emprendido hasta aqui, y quedan descritas en estos volúmenes.» No es menos notable la confesion que hizo el doctor Birkerset, iniciado en todos los secretos de la sociedad misionera de la iglesia anglicana, en un discurso que pronunció el año 1823: «En el curso de los diez años precedentes, dice, la sociedad no ha tenido noticia de un solo individuo que haya pasado de la idolatría al cristianismo.» «Despues de veinte años de afanes, dice en otro lugar, el estado actual de las cosas no es seguramente una prueba de que nuestras tareas sean aceptas á Dios» Realmente son innumerables las declaraciones de la misma especie, y tan sabidas que es inútil citarlas. De ahí proviene sin duda que en estos últimos años el gobierno ingles que toma con mucho empeño la conversion de sus colonias, habiendo perdido toda esperanza de conseguir este objeto por medio de los misioneros protestantes, ha favorecido indirectamente á lo menos el establecimiento de las misiones católicas. Asi á pesar del número tan considerable de sus misioneros, de los enormes dispendios y de la distribucion casi inaudita de sus biblias es cosa averiguada que los protestantes no han sacado absolutamente ningun fruto, á no ser que cuenten por tal el haber destruido los establecimientos católicos ó impedido sus progresos cuanto les ha sido posible.

Al contrario los misioneros católicos sin ningun apoyo de los magistrados y de los reyes, faltos á veces de dinero y de todo recurso humano, penetran solos en paises salvajes y bárbaros; y allí enmedio de peligros espantosos que amenazan continuamente su existencia, recogen abundante mies para Jesucristo. Solo S. Francisco Javier bautizó por su mano mas de un millon de hombres, hizo abrazar la religion cristiana á princi-

pes y reyes y edificó iglesias que subsisten aun, á pesar de las atroces persecuciones de los holandeses y de los otros herejes que apuraban sus esfuerzos para derribar lo que habia edificadò el santo. Pero para venir á los tiempos modernos, aun omitiendo las misiones del Paraguay, del Brasil, de la Nueva Francia ó Canadá, de que nos ha dado el P. Muratori una excelente historia, muchos misioneros han extendido últimamente sus afanes con el mayor fruto á la Virginia, entre los iroqueses y otras naciones salvajes de la América del Norte, y todavia se hallan alli continuando su obra santa y convirtiendo millares de hombres de las tinieblas del paganismo á la luz del Evangelio. Donde quiera que han penetrado una vez, si sucede que sean expulsados por la malicia de los europeos, los naturales los echan menos y los piden. Hasta el presidente de los Estados Unidos de América, aunque protestante, ha protegido últimamente el establecimiento de las misiones católicas que producen ya los mas copiosos frutos: lo mismo sucede en las Indias orientales. El doctor Buchanan confiesa que en el espacio de unos pocos años y á pesar de las persecuciones mas crueles se habia aumentado el número de católicos de la isla de Ceylan en mas de cincuenta mil, al paso que se habian extinguido sin resultado las misiones protestantes. La misma comparacion puede hacerse con respecto á las de la China. Aunque no ha cesado apenas la persecucion desde 1800 á 1827, se cuentan 22,000 paganos bautizados en la sola provincia de Sucinen, y ha crecido el número de católicos casi en la misma proporcion en las otras provincias del imperio, Kansii, Kaukowan, Zokien, Kiansi, Canton y Kouansi, evangelizadas por religiosos de diversas órdenes ó por sacerdotes seculares. Los mismos triunfos se han alcanzado en las provincias del Tibet y del Tunquin en la Cochinchina y en el reino

de Siam; y allí tambien han sido y son infructíferos todos los esfuerzos de los protestantes, en términos que puede decirse que no han convertido hasta aqui un solo individuo á la fé cristiana. Por eso decia un protestante escocés que habia venido de la India: «Si se exceptuan los misioneros católicos, no he conocido á nadie que obrara conversiones.» Detengamonos, porque esto basta sin duda para demostrar la infinita diferencia que hay entre los frutos de las misiones católicas y no católicas en todos los siglos y en todos los paises del mundo.

Sentado esto continúo asi: Donde una fuerza natural grandísima no produce mas que un efecto muy pequeño, y al contrario donde una fuerza natural muy pequeña produce un efecto grandísimo, no puede atribuirse este efecto á una causa natural: es asi que segun las circunstancias explicadas mas arriba y otras muchísimas que he omitido por no ser prolijo, está bien probado que los protestantes tienen á su favor fuerza, auxilios, ventajas humanas de todo género, y sin embargo sus resultados son nulos ó casi nulos en comparacion de los que consiguen los católicos; luego es evidentemente sobrenatural la causa de esta diferencia. Y ¿dónde se encontrará sino en estas palabras que Jesucristo dirigió á la iglesia cuyo fundador es: «Id, enseñad: asi como me envió mi Padre, os envio yo á vosotros: os he puesto para que produzcais fruto, y vuestro fruto sea permanente: yo os haré pescadores de hombres: ved que yo estoy con vosotros?» Al contrario los herejes no son «de aquel linaje de hombres por quien ha venido la salud á Israel;» y de ellos está escrito: «No os conozco: no se quiénes sois: apartaos de mí los que obrais la iniquidad: escribid que este hombre es esteril.» En otros términos la fecundidad perpetua de la iglesia católica es una prueba perentoria de la divinidad de su institucion

y de la proteccion de Dios sobre ellos, asi como la esterilidad del protestantismo en sus misiones entre los infieles es una nueva prueba de su falsedad.

Veamos ahora cuáles son las consecuencias naturales y positivas de cuanto acabamos de probar:

1.º La imputacion de proselitismo que con tanta frecuencia hacen los protestantes á la iglesia católica, no solo es un testimonio patente de la fecundidad y de la gloria de dicha iglesia, sino tambien una prueba sin réplica de la increible esterilidad y de la falta absoluta de esperanza de que adolecen todas las sectas protestantes; y de ahí proviene que á vista de la impotencia de sus esfuerzos y del estado cada vez mas infeliz de sus misiones se secan de envidia, por decirlo asi, estas sectas, y acriminan á la iglesia católica por lo que ellas mismas quisieran y no pueden hacer.

2.º Si los protestantes quieren conformarse completamente con el principio esencial y fundamental de su llamada reforma, quiero decir, con la independencia absoluta del juicio individual en materia de fé, no pueden establecer misiones entre los infieles; porque teniendo cada uno de ellos el derecho de formarse una religion, es evidente que no pueden menos de decir á los paganos cuando les presenten la Biblia: Formaos de ahí una religion; sin embargo absteneos de enseñar á vuestros hijos lo que hayais aprendido, porque tienen el mismo derecho que vosotros de formarse su religion. — Hay mas: los protestantes no pueden afirmar que el libro que presentan á los paganos contiene en efecto la pura palabra de Dios, porque cada uno de ellos no solamente tiene el derecho de juzgar del verdadero sentido de las santas escrituras, sino tambien el de decidir cuáles son los libros auténticos, inspirados y que han llegado íntegros hasta nosotros &c. Tales son los derechos que se arrogan. Es pues cosa clara que si

en la conversion de los infieles abandonan el princípio de exámen para sustituirle su propia autoridad, estan en contradiccion consigo mismos, y destruyen la esencia misma del protestantismo.

3.° La sociedad bíblica, al distribuir Biblias á los infieles para convertirlos, combate por un lado el principio fundamental de la reforma, y por otro perjudica á la propagacion del Evangelio; porque sin hablar de los otros motivos, no pudiendo los infieles por sí mismos comprender las santas escrituras, se escandalizan mas bien que se edifican con las diversas narraciones que dichas escrituras contienen, y preocupado asi su entendimiento, es mas difícil atraerlos á la religion de Jesucristo; lo que acontece generalmente en las Indias, como lo atestigua y prueba con hechos incontestables el presbítero Dubois que ha pasado treinta años en las misiones católicas de aquellos paises.

4.° La infinita cantidad de dinero que reunen de todas partes los demandadores de las sociedades protestantes para aumentar el número de las misiones ó mejorar su estado, no es otra cosa por confesion de algunos hombres de aquella secta que el producto de un robo hecho á personas sencillas y bien intencionadas, víctimas de charlatanes indignos; porque cuando estas se lisonjean de cooperar á la obra santa de la conversion de los infieles y de la propagacion de la palabra de Dios, su dinero no sirve mas que para alimentar la codicia de unos sofistas, que saben bien que no pueden convertir á los infieles sin contravenir al principio esencial y constitutivo del protestantismo.

5.° No puede ser verdadera ni digna del nombre de cristiana una comunion que si hubiese existido sola no hubiera podido sacar al mundo de las tinieblas del paganismo, como lo prueba su impotencia absoluta de anunciar y propagar el Evangelio. Por último el mismo

protestantismo no existiria si no viviera de la rebelion y perversion de algunos católicos como todas las demas sectas.

Los protestantes nos responden con las objeciones siguientes: « En primer lugar, dicen, es falso que las misiones protestantes adolezcan de esa esterilidad de que se les antoja á los católicos acusarlas; al contrario estan florecientes en todos los paises. Asi en 1830 la religion vesleiana ó metodista contaba 39000 prosélitos, y la sociedad de la propagacion del Evangelio en los paises extranjeros 5000: lo mismo sucede con las misiones de las otras sociedades, sobre todo con las de los hermanos moravos. ¿Quién ignora los felices resultados de las misiones de Ziegenbalg, de Schulze y de Schwartz? Ademas estos triunfos ¿no son la promesa segura de mayores adelantamientos en lo futuro? Y aun cuando el fruto de tantos afanes y dispendios no fuera mas que la salvacion de una sola alma; ¿no quedarian bien recompensados aquellos? En fin ¿no es de notoriedad pública que los misioneros protestantes encuentran en todas partes por delante á los de la iglesia romana, que excitan la indignacion de los cristianos y de los infieles contra nosotros, de modo que impiden que nos reciban? ¿Qué tiene pues de extraño que las misiones protestantes no hayan producido todavía todos los frutos que deberiamos esperar si no encontraramos estos obstáculos?

Esos prosélitos de que os gloriais, preguntaré yó á nuestros adversarios, ¿son verdaderos prosélitos? Sed francos una vez: ¿no contais su número por el de las Biblias que habeis distribuido, ó por el de los discípulos que frecuentan vuestras escuelas? No podeis negarlo segun las relaciones mismas de vuestros misioneros. Mas esa manera de contar ¿os es favorable? Esas Biblias que repartís con tanta profusion, ¿en qué las emplean

los que las reciben? las mas veces en diferentes usos domésticos y como dice Horacio:

Et piper et quidquid chartis amicitur ineptis.

Y en cuanto á los discípulos que frecuentan vuestras escuelas, cualquiera que sea su número, sabeis muy bien que en tanto que vuestros misioneros les reparten comestibles y dinero, los escuchan fielmente; pero que los abandonan y aun hacen burla de ellos asi que cesa aquella distribucion. De esta multitud de prosélitos ninguno se hacé cristiano, y todos vuelven á sus ídolos. Tales son en realidad los triunfos de vuestros misioneros: tales son los frutos de vuestras sociedades bíblicas. ¿Es esto para vanagloriarse?

Nos oponeis con especialidad los resultados ventajosos de los hermanos moravos. Sí, los hermanos moravos se dan muy buena prisa á fundar colonias industriales y á establecer fábricas, y poco ó nada les importa la conversion de los infieles. ¿Cuál era el objeto de sus célebres misiones de Sarepta? ¿ganar hijos á Cristo? No, sino ganar dinero, como lo afirma Klaproth, testigo ocular. Sus misiones al pie del Cáucaso no produjeron absolutamente ningun efecto: asi es que el emperador Alejandro de Rusia derogó en 1822 la aprobacion de dichas misiones de hermanos moravos ya en Sarepta, ya en otras partes de su dilatado imperio, y desde entonces perecieron todas como otras muchas fundadas por la diligencia de los herejes.

Tambien se nos oponen los frutos de los Ziegenbalg, de los Schulze y de los Schwartz. Un solo hecho demostrará la naturaleza de aquellos y la importancia real que debemos darles. Nadie ignora con qué transportes de alegría y con qué exageracion contaron los protestantes los primeros triunfos de los tres supuestos

apóstoles en Tranquebar, Trichnípolis, Tanjor y Travancor. El obispo protestante Heber acostumbraba decir segun refiere el doctor Robinson: «Allí está la fortaleza de la causa cristiana en las Indias.» Si se los cree, nunca habia estado el cristianismo tan floreciente en ninguna parte del mundo; y sin embargo ¿en qué se fundaban estos gritos de triunfo? Veamoslo: despues de cincuenta años de afanes, enmedio de las circunstancias políticas mas favorables ha dejado Schwartz siete mil hijos espirituales, si hemos de creer al mismo obispo Heber; y yendo siempre á menos este número, solo quedaban no há mucho cincuenta en la iglesia misma de Tanjor donde está enterrado aquel falso apóstol. Apenas quedan vestigios de esta mision tan célebre entre los protestantes: ¿á qué pues hemos de hablar de las demas?

Los progresos que hemos hecho, añaden nuestros adversarios, son la prueba evidente de los que haremos todavia. — Al contrario nosotros pensamos, y creemos haberlo probado, que si los triunfos pasados son la medida de los venideros, los protestantes no deben esperarlos de ningun género en esta clase de tareas. «La viña que no plantó con sus manos el padre celestial, dice S. Ignacio mártir, no puede producir frutos de vida.» ¿Qué mas hemos de decir? Recordaremos la observacion que haciamos no há mucho: es costumbre disculparse exageradamente con las esperanzas de futuras mejoras cuando en la actualidad no se puede mostrar nada cumplido; y en efecto este fraude es comun á todos los misioneros protestantes con el objeto de engañar á las personas sencillas y confiadas y hacerlas contribuir á la siembra de una tierra que ellos saben muy bien no ha de producir ninguna mies. ¡Conducta honrosa por cierto y muy digna de tales apóstoles!

La salvacion de un solo hombre obrada por su dili-

gencia, dicen nuestros adversarios, bastaria y sobraria para recompensar todos sus afanes y dispendios. — Sí, si con ellos pudiera salvarse aquel hombre; pero es muy de temer que las siguientes palabras de Jesucristo se dirijan precisamente á ellos: «Desgraciados de vosotros los que recorreis la tierra y los mares para hacer un solo prosélito, y cuando lo habeis conseguido le haceis dos veces mas digno del infierno que vosotros.» Es cosa sabida que los mas de estos llamados prosélitos se determinan á profesar la religion cristiana con la esperanza de vivir con mas libertad ó de sacudir enteramente el yugo de la servidumbre que los oprime. Otros en gran número (hablo aqui de las misiones de los cuákeros y anabaptistas) son admitidos en la sociedad cristiana antes de recibir el bautismo. Muchas veces se les administra la santa eucaristía con ron puro, porque este licor es mas barato que el vino en aquellos paises, y á veces se mezcla con agua por la misma razon de baratura. Vease si tales apóstoles harán unos cristianos excelentes. Por eso los mas de sus prosélitos llevan una vida tan escandalosa, que los mismos magistrados protestantes rehusan conferirles cargos públicos; y este es el caso de recordar lo que he dicho mas arriba, que estas supuestas misiones son otros tantos impedimentos para la predicacion y propagacion del verdadero cristianismo.

Mayores serian nuestros triunfos, dicen los protestantes, á no ser por los obstáculos de toda especie que nos oponen los misioneros católicos. — A lo menos confesareis, les responderé yo, que estos obstáculos no existen en las dilatadas regiones sujetas á la dominacion de vuestros gobiernos. Ademas á este propósito advierto en primer lugar que los misioneros católicos no hacen mas que cumplir su deber trabajando para alejar los lobos de los apriscos encomendados á su guarda: en se-

gundo lugar que no son los misioneros católicos solos los que expulsan á los predicadores cuákeros y metodistas, sino los ricos propietarios y los mismos magistrados públicos, para que no exciten á los esclavos á rebelarse y á huir, y para que su predicacion no introduzca el desórden y la turbacion en las colonias. Por otra parte las misiones protestantes van declinando cada vez mas aun en los paises donde gozan del favor y proteccion de los reyes. Si estos nuevos apóstoles ardiesen verdaderamente en deseos de conseguir el martirio, no deberian arredrarlos unos obstáculos que no arredran á los misioneros católicos; pero aprecian demasiado su vida para arrostrar el menor peligro, y no debe extrañarse que ninguno de ellos haya derramado hasta aqui su sangre por la causa del Evangelio.

Insisten nuestros adversarios diciendo: «A lo menos no pueden negarse los infinitos progresos que ha hecho la religion cristiana por el zelo de los misioneros protestantes en las islas Sandwich del Oceano pacífico y en otras del mismo mar, conocidas con el nombre de islas de los Amigos. En efecto son tales estos progresos, que pueden mirarse aquellos paises como un nuevo Paraguay.

Pero ¿es cierto que los afanes de los misioneros protestantes hayan propagado la religion de Jesucristo en aquellas islas? ¡Ah! no, y los que nos los ponderan lo saben tan bien como nosotros: estos afanes no han hecho mas que debilitar las excelentes disposiciones de aquellos pueblos. Una ojeada hácia atrás bastará para probarlo. Es sabido que el rey y los caciques de aquellas regiones habian apartado ya á sus vasallos de la idolatría, cuando deseando tener ministros de la religion cristiana los pidieron á los ingleses, quienes se apresuraron á enviarles misioneros protestantes, sobre todo de la secta de los puritanos. Estos segun su costumbre

llevaron consigo trabajadores y artesanos de toda clase, y no tardaron en reinar en todos aquellos paises la seduccion, la licencia, la pereza y los vicios mas vergonzosos bajo la influencia de los corrompidos europeos. Júzguese por un hecho histórico de la santidad de las instrucciones que los llamados misioneros daban á sus prosélitos. Cuando murió en Londres Riho-Riho, rey de las islas Sandwich, ya hacia cinco años que habia recibido el bautismo, y sin embargo aun vivia en la poligamia y en el incesto, porque entre sus mujeres contaba á su propia hermana que ha muerto como él en Londres. Bien pronto se arrepintieron los caciques de las islas Sandwich, asi como Pomaré, rey de las de los Amigos, de haber llamado á aquellos predicadores, que como el granizo y el viento abrasador habian llevado todo género de males á aquellos paises por confesion de los mismos protestantes. Llamáronse pues nuevos misioneros, es decir, misioneros católicos que llegaron en el año 1827, y al siguiente supimos por noticias auténticas que ya habian conseguido mitigar las desgracias y padecimientos de los naturales, y que los protestantes casi habian perdido toda influencia sobre aquellos pueblos. ¿Cómo han de extrañarse estos diferentes resultados? ¿No es propio de la herejía producir la desolacion y la muerte, asi como de la verdad el dar ó restituir la vida?

PROPOSICION UNDECIMA.

Los que mueren *criminalmente* en la herejía, el cisma ó la incredulidad, no tienen que esperar salvacion: en otros términos, fuera de la iglesia católica no hay salvacion.

Esta proposicion que tanto irrita á los sectarios é incrédulos, se funda no solamente en la autoridad de la

Escritura en el sentido que le ha dado siempre la iglesia católica, sino tambien en la misma razon; y de un modo tan evidente, que es menester estar ciego para no descubrir la verdad. Hablamos aqui, como se ve por los términos mismos de nuestra proposicion, de los que viven *criminalmente* en la herejia, el cisma ó la incredulidad, y no de los que imbuidos desde su niñez en preocupaciones y errores no sospechan siquiera que se hallen en tan funesto estado, ó que buscan inmediatamente la verdad con sinceridad y de todo corazon si por acaso se origina esta duda en su entendimiento. Dejamos estos al juicio de Dios, á quien pertenece sondear y escudriñar los pliegues secretos del corazon humano. Dios es la bondad misma, y no puede consentir que nadie sea condenado á castigos eternos por una culpa involuntaria. Afirmar lo contrario es contradecir la doctrina expresa y autorizada de la iglesia católica.

Mas decimos que los sectarios que se hán rebelado contra lo que enseña la iglesia, y que han perseverado obstinadamente separados de la unidad, no pueden conseguir la salvacion: decimos que estan destinados al fuego eterno; y para decirlo tenemos la autoridad de Jesucristo mismo. Este Señor dice por boca de S. Mateo, cap. XVII, versículo 17: «Si alguno no escucha á la iglesia, sea para vosotros como gentil y publicano:» por boca de S. Lucas cap. X, versículo 17: «El que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí; y el que me desprecia á mí, desprecia á aquel que me envió:» por boca de S. Marcos en el capítulo último: «El que no crea se condenará;» y por último por boca de S. Juan, cap. III, versículo 18: «El que no cree está ya juzgado» Por lo cual el apóstol S. Pablo llama á los herejes «hombres pervertidos y condenados por su propio juicio:» el apóstol S. Pedro: «Doctores falsos que introducen sectas perniciosas, y que renunciando al Señor

atraerán sobre sí una ruina repentina:» San Juan: « Antecristos seductores.» y escribe á sus queridos discípulos cuya salvacion toma con empeño: « Velad sobre vosotros mismos para que no perdais las buenas obras que habeis hecho: el que no persevera en la doctrina de Jesucristo, sino que se aparta de ella, no posee á Dios. « El apóstol S. Judas en su epístola los llama seductores, á los cuales está reservado un torbellino de tempestades para la eternidad. «Miradlos, dice mas adelante, como juzgados y condenados.» Estos testimonios son tantos, tan claros y de suyo tan evidentes, que no necesitan comentario.

Los padres apostólicos, adhiriéndose á estos principios, no se desviaron jamás de ellos; y del mismo modo que los apóstoles habian excluido del seno de la iglesia y entregado á las penas eternas á los nicolaitas, cerintianos, imaginarios y ebionitas, si no se arrepentian; asi tambien los padres apostólicos amenazaron sucesivamente con el fuego del infierno á los menandrianos, basilidianos, saturnianos, marcosianos, valentinianos, gnósticos y demas novadores y protestantes de aquellos primeros tiempos de la iglesia. Asi obraron S. Ignacio, Policarpo, Ireneo, Justino, Teófilo etc. « No os engañeis, hermanos mios, dice S. Ignacio: si alguno sigue á un jefe cismático, no alcanzará la herencia del reino de Dios. Si alguno camina en una doctrina extraña, no se conforma con la pasion.» Y explica asi su pensamiento; «porque todos losque son de Dios y de Jesucristo, estan con el obispo; y tambien todos los que se arrepientan y vuelvan á la unidad de la iglesia, serán de Dios. «En otro lugar llama el santo martir á los herejes fieras cubiertas de forma humana, maestros de muerte mas bien que de verdad, abandonados por Cristo, que ignoran á Cristo;» y afirma de ellos que es muy raro y dificil que se muevan á penitencia. Enseña ademas que es-

tos hombres presentan á los fieles una pócima mortal, contra la cual deben sus pastores tenerlos siempre precavidos, porque todo el que bebe esta pócima con gusto, bebe al mismo tiempo la muerte. Tales eran las lecciones de S. Ignacio con respecto á los herejes de su tiempo. S. Policarpo tenia tanto horror á los sectarios de toda especie, que oyendo un dia algunas novedades contra la doctrina recibida, se tapó los oidos y exclamó: «¡Dios mio! ¡en qué tiempo me habeis condenado á vivir! ¡que me vea yo forzado á oir tales cosas!» Y al punto huyó precipitadamente. S Justino no titubea en llamar á los herejes ateos, impios, hombres inicuos y fuera de la ley; y añade que son precisamente aquellos que habia anunciado Jesucristo con los nombres de lobos cubiertos de la piel de ovejas, Cristos falsos, apóstoles falsos, seductores de los fieles, y que facilmente se los conoce porque llevan los nombres de los impíos de que cada una de estas sectas trae su origen. «Asi, dice, los unos se llaman marcianos, valentinianos, basilidianos y saturnianos: los otros de otra manera, y por fin cada uno segun el nombre de la cabeza y autor de la secta á que pertenece. «Luego los compara á los falsos profetas de los judíos, que enseñaron y enseñan lo que les habia inspirado el espíritu impuro del demonio. S. Teófilo, despues de comparar magnificamente las santas iglesias esparcidas por todo el universo á unas islas fecundas en frutos y ricas en aguas saludables y en puertos cómodos y seguros, á donde se refugian en tiempo de borrasca los que buscan la vida y aman la verdad; compara por el contrario los herejes á unas islas sin agua y sin frutos, llenas de peñascos y de monstruos feroces, escollos arrojados en el Océano para la perdicion de los navegantes, cuyas naves se estrellan allí sin que ninguno de los que las tripulan pueda escaparse de la muerte. «Tales son, concluye, las doctrinas del error,

quiero decir, las herejias que causan la muerte de todos los que se acercan á ellas.» Lo que los padres apostólicos enseñaron unánimemente, lo han enseñado tambien los padres de los siglos posteriores; de suerte que en esta materia estan de acuerdo todos sin exceptuar uno solo.

Asi es inútil acotar en esta discusion los testimonios de cada uno de ellos en particular; sin embargo no puedo resistir al deseo de citar aun algunos pasajes de S. Cipriano, en que no le basta enseñar que los apóstoles detestaron á los herejes, ni hacer una pintura acabada de estos sentando que destruyen la verdad con el hierro y el veneno, negando que sean cristianos, y afirmando que traen consigo la perdicion de una multitud de hombres, llamándolos con los nombres mas ignominiosos, peste pública, fieras, ladrones, salteadores, asesinos; sino que atribuyendo el principio y origen de todas las herejías á la separacion de la cabeza de la iglesia, al desprecio del primado de Pedro y al abandono de una sola cátedra, de una sola iglesia y de un solo episcopado (es menester notar especialmente esto, porque seríamos culpables si lo pasáramos en silencio), dice: «Vedlos ahí dando á la noche el nombre del dia, á la muerte el de la vida, á la desesperacion el de la esperanza, á la perfidia el de la fé, al Antecristo el de Jesucristo para destruir mejor la verdad con unas invenciones que tienen la apariencia de ella. ¿Cuál es la causa de este mal, mis muy amados hermanos? porque no suben á la fuente de la verdad, porque se separan de la cabeza, porque no guardan la doctrina del divino legislador. Si quiere uno fijarse en estos principios, no se necesita ni larga discusion ni muchas pruebas. Fácil es conocer dónde está la fé; basta interrogar brevemente á la verdad. El Señor dijo á Pedro: «Tú eres Pedro etc.» Y mas adelante se explica asi: «Nosotros no los hemos de-

jado: ellos son los que formando conciliábulos secretos lejos de nosotros han abandonado á la cabeza y la fuente de la verdad (es decir, el sumo pontífice de quien acaba de hablar el santo doctor), é introducido cismas y herejías.» En fin concluye en estos términos: «Espiren los herejes y los cismáticos, si quieren, entre los tormentos de la persecucion y confesando el nombre de Jesucrísto: la mancha de su apostasía no se lavará con la efusion de su sangre. Fuera de la iglesia no hay verdadero martir. No puede nadie ser llamado á reinar en el cielo cuando abandona á la que debe reinar en él.»

Por lo demas apenas hay necesidad de recurrir á la autoridad para probar una verdad que la razon sola demuestra con la última evidencia. Todo hombre que muere en estado de pecado mortal, es pasible de la condenacion eterna; pues pecado mortal es, y el mas grave de todos, adherirse voluntariamente al cisma, á la herejía y á la incredulidad, rechazar la verdad que os propone creer el mismo Dios, despreciar la autoridad que él estableció, no escuchar á la iglesia y obstinarse en su propio sentido contra la doctrina que enseña esta iglesia.

De aqui juzgo que proviene que los protestantes que se irritan contra nosotros con motivo de este dogma de nuestra fé: que *fuera de la iglesia católica no hay salvacion*, han enseñado tambien una doctrina semejante casi hasta estos últimos tiempos. Aunque siempre estan en la duda respecto de la cuestion muy dificil para ellos, si los católicos se salvan en su comunion, y aunque unas veces lo han afirmado y otras lo han negado; sin embargo es incontestable con referencia al baron de Stark, protestante tambien, que la mayor parte de ellos piensan que su iglesia, ó mejor dicho, su secta *es la que obra solo la salvacion.* Subzer afirma haber

leido en un edicto de un magistrado suizo, dado el año 1740, que la iglesia reformada es considerada como la única *que obra la salud*: ademas hace observar que Enrique Dowel enseñaba en el siglo XVII que solo los miembros de la iglesia episcopal podian tener una esperanza cierta de conseguir una bienaventuranza eterna; doctrina que excluye de la salvacion á todos los protestantes reformados, presbiterianos y no conformistas. La iglesia anglicana conserva aun el símbolo conocido con el nombre de símbolo de S. Atanasio, que excluye de la esperanza de conseguir la salvacion, no solamente á los unitarios, metodistas y racionalistas, sino tambien á los griegos cismáticos que niegan que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. En nuestros dias asegura un ministro protestante haber conocido á otros varios ministros de la misma secta, quienes decian no poder persuadirse que se salven los que no creen el dogma de la Santísima Trinidad. ¿En qué fundamento se apoyan los protestantes de las diferentes sectas para pensar asi? No lo entiendo, y menos aun con qué objeto, siendo todos igualmente novadores y partidarios del principio absoluto de la independencia religiosa, han hecho y rehecho tantas profesiones de fé diferentes, cuyo catálogo habia formado ya Bossuet en su tiempo y podria continuarse y aumentarse mucho en nuestros dias. Por lo demas seria perder el tiempo y el trabajo el querer poner á los protestantes acordes entre sí. Lo que he querido probar es que no tienen ningun motivo de irritarse contra nosotros, porque enseñamos en esta materia lo que ellos mismos han enseñado hasta estos últimos tiempos. Si luego han variado de parecer en esto como en todo lo demas, ¿es una razon para que nosotros los católicos variemos tambien? El error puede variar, la verdad no.

De los principios que hemos expuesto resulta:

1.° Que no cuida uno de su propia salvacion en el instante que afirma que no es propio de un hombre honrado abandonar la religion en que ha nacido y se ha criado; porque los idólatras pudieran haber suscitado esta objecion contra los apóstoles, y los mismos y los mahometanos suscitarla aun en nuestros dias contra la doctrina de la iglesia. Sino es propio de un hombre honrado abandonar la religion en que ha nacido, ¿por qué distribuyen los protestantes tantas Biblias? ¿por qué se toman tantos afanes y gastan tanto dinero para propagar y fundar misiones en todos los paises del mundo? ¿por ventura no habrán adoptado este supuesto principio hasta que han visto que sus sectas se disolvian unas despues de otras, esperando retener entre ellos con este vano pretexto de honor el número siempre creciente de los sectarios que vuelven al seno de la iglesia católica? En efecto, ¿no es mucho mas honroso para un hombre franco y de probidad abrazar la verdad que descubre, que persistir en un error que se le demuestra? Aunque á decir verdad los herejes, cismáticos é incrédulos al adherirse á la fé de la iglesia católica no hacen mas que volver á los tiernos brazos de su madre, que ellos ó sus antepasados abandonaron por el mayor de los crímenes.

2.° Resulta que todos estan obligados á examinar segun sus fuerzas las dudas que se originan de cuando en cuando en su entendimiento, á buscar la verdad y abrazarla asi que la han hallado, á no que quieran pasar su vida en el estado criminal mas grave y exponerse al peligro evidente de una condenacion eterna, poniendo por sí mismo dilaciones é impedimentos á su conversion.

3.° Conforme á los mismos principios los que *retienen la verdad de Dios en la injusticia* y hacen tráfico y mercancía de la condenacion de las almas, son sin duda

reos del crímen mas grande; pero ademas todos los que no ponen el cuidado mas asíduo en buscar la verdad descuidando asi el negocio mas importante de todos deben imputarse á sí solos su condenacion eterna si desconocen aquella y no vuelven al seno de la iglesia por una ápatía culpable, por una tardanza voluntaria y sobre todo por la indiferencia en rogar á Dios.

Nuestros adversarios nos oponen en primer lugar este pasaje del Apóstol: «Nadie puede sentar otro fundamento que el que se ha sentado; y este fundamento es Jesucristo. Si alguno erige sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno y paja; se manifestará la obra de cada uno.... el fuego probará la obra de cada uno...., y aquel cuya obra se consuma por el fuego, sufrirá detrimento; sin embargo no dejará de salvarse; pero como por el fuego.» Con este pasaje nos arguyen nuestros adversarios en estos términos: «Los que levantan madera y paja sobre el fundamento de Cristo, son sin duda los que enseñan doctrinas erróneas; mas el Apóstol dice que deben ser solamente probados por el fuego y no que deban ser castigados con tormentos eternos.»

Una sencilla explicacion destruye este sofisma. Los herejes no edifican; al contrario arruinan y derriban el fundamento de Cristo, como lo prueban las palabras siguientes del versículo 17 donde dice el Apóstol: «Dios los destruirá.» Asi en este pasaje que se nos opone, solamente habla el Apóstol de los doctores que edifican en efecto, y enseña que los que predican la doctrina buena y verdadera serán recompensados; y por el contrario los que predican una doctrina vana é inútil por grangearse gloria, sufrirán la pérdida de su obra. La explicacion que ha dado el mismo Rosenmuller de este pasaje, no se diferencia mucho de la que yo doy aqui.

Aunque los sectarios, se nos dice tambien, esten en el error pensando de otro modo que la iglesia; sin embargo estan verdaderamente persuadidos que creen como deben creer y que obedecen á Cristo; luego la herejía es un error involuntario, y por consiguiente si es un delito es el mas digno de perdon de todos los delitos. Nadie profesa voluntariamente el error, y si se mide la grandeza del delito por la libertad de la eleccion, no puede negarse que la herejía es el menor de todos los delitos.

A esto respondo que la herejía no consiste precisamente en la aberracion del entendimiento ó en la ignorancia, sino en una voluntad obstinada que se opone al gobierno de la iglesia; y esta obstinacion es causa de que se prefiera el juicio propio á la autoridad legítima instituida por Jesucristo. De ahí nace la rebelion, el crimen mayor de todos en su clase. Fuera de eso los que conducian á la muerte á los apóstoles y á los mártires, creian tambien obedecer á Dios; ¿y se dirá por eso que son disculpables?

Se insiste todavía diciendo: ¿No es una dureza y una inhumanidad repugnante condenar á suplicios eternos por diferencias de opinion á una multitud casi infinita de hombres, muchos de los cuales rebosan en caridad y arden en zelo evangélico llevado al mas alto grado? ¿No es contrario á la caridad el principio de que fuera del seno de la iglesia católica no hay salvacion, y no descubre un odio perpetuo contra el prójimo?

Los herejes que nos proponen estas cuestiones, saben muy bien que si son condenados á las penas eternas no será por una diferencia de opiniones, sino por su terca resistencia y su rebelion contra la iglesia; y en este último sentido no se puede tachar de crueldad y de inhumanidad la condenacion de nadie, á no decirlo tambien de todo hombre que muere en pecado mortal; mas Je-

sucristo y los apóstoles lo enseñaron así; luego no se puede contradecir sin acusar de crueldad é injusticia la doctrina de Cristo mismo: vean nuestros adversarios si les conviene proferir tal blasfemia. Arrepientanse los culpables, vuelvan á la fé que abandonaron, y no tendrán ya motivo para quejarse. Si no quieren arrepentirse y en consecuencia perecen por toda la eternidad, á nadie deben imputarlo sino á sí mismos. Si cada uno pudiera innovar en materia de fé, se acabaria esta y la unidad establecida por Cristo. Por lo que toca al zelo y á la caridad en que suponen inflamados á muchos de los suyos, ya hemos visto lo que pensaba S. Cipriano; y si todavía necesitan nuestros adversarios otro testimonio, les recordaremos lo que escribia S. Agustin de un hereje y de un cismático voluntario: «Estando como estais vos fuera de la iglesia y separado del vínculo de la unidad y de la caridad, sereis castigado con un suplicio eterno, aunque fuerais quemado vivo por el nombre de Cristo.»

Dícennos los adversarios que el principio que defendemos es contrario á la caridad, y descubre un odio profundo contra el prójimo. —¿Con que es aborrecer á su prójimo advertirle que corre un peligro mortal si persevera en la senda en que se ha metido? Ademas la iglesia no cesa ni siquiera un instante de desear la conversion de los herejes, de los cismáticos y de los incrédulos, y de pedirla á Dios con fervientes súplicas; y los exhorta incensantemente al arrepentimiento y á llorar su ruina, porque no siendo la verdad otra cosa que la caridad, aborrece sin duda el error y ama á los que yerran.

Mas ¿no basta para alcanzar la salvacion, se nos objeta tambien, vivir virtuosamente y ejercer las obras de misericordia con el prójimo? Jesucristo en el dia último ¿no castigará mas bien á los que hayan vivido mal

que á los que hayan errado en la fé? ¿no debe explicarse asi este pasaje del Evangelio: «Tuve hambre y no me disteis de comer &c?»

El mismo Jesucristo respondió á esta objecion con las siguientes palabras: «El que no crea se condenará.» No basta pues vivir virtuosamente, como lo suponian en otro tiempo, segun testimonio de S. Agustin, los mismos paganos, que bajo este pretexto no querian abrazar la religion cristiana: no, no basta esto, porque es preciso ademas vivir una vida sobrenatural que solo la fé puede producir: «Sin la fé es imposible agradar á Dios .... El justo vive de la fé.»

El Salvador en el pasaje que nos objetan los contrarios, *Tuve hambre y no me disteis de comer*, expuso sin duda uno de los motivos de condenacion eterna; pero al exponer este ¿quiso decir que no habia otros? No ciertamente, porque entonces los adúlteros, los licenciosos, los ladrones, mas aun, los judios, los mahometanos y los idólatras que ejerciesen las obras de misericordia mencionadas en este pasaje del Evangelio, se salvarian; lo cual es absurdo. Lo que Cristo quiso enseñarnos es que la fé sola no nos salva sin las obras; doctrina contraria á la de Lutero, padre del protestantismo, á quien Grocio mismo tachaba esta máxima extraña: *Pecca fortiter et crede fortius.* Pero si Jesucristo nos enseña aquí que la fé sin las obras no salva, en otra parte nos enseña que las obras sin la fé no salvan, como en este pasaje de S. Juan: «El que no cree, ya está juzgado.»

La sublime civilizacion del siglo actual, prosiguen los adversarios, no puede sufrir con paciencia unas doctrinas tan duras y crueles, que dan una idea de Dios enteramente indigna. Esas son fábulas de los tiempos de ignorancia inventadas por la supersticion. Desechemoslas pues lejos de nosotros, porque desdicen demasiado

de la filantropía, de la dulzura de las costumbres públicas, en una palabra del espíritu de la misma humanidad.

Asi en sentir de nuestros adversarios deberiamos hacer que la doctrina de la fé caminase de siglo en siglo acorde con la sabiduría del hombre; y la sabiduría del hombre se adelantaria á la sabiduría de Dios. Mas entonces se acabaria la misma fé, y se acabarian los preceptos del decálogo, porque muchos de estos son insoportables á la sabiduría del mundo. Dejaremos pues esta sabiduría á los protestantes, racionalistas é incrédulos de toda especie, que siendo ellos la regla y la ley de sí mismos pueden con este principio cómodo variar siempre y cuando les place; y por nuestra parte continuaremos atenidos á la luz que trajo Jesucristo al mundo, porque no conocemos ni queremos conocer otra. Muchos hombres sepultados en densas tinieblas rehusaron en otro tiempo abrir los ojos á aquella luz, y muchos la rechazan aun prefiriendo seguir unos falsos resplandores mas acomodados al delirio de sus pasiones: no sucede asi con nosotros. En efecto otra fue la doctrina de los apóstoles y otro el sentir de toda la antigüedad y de los protestantes mismos, hasta que brilló á sus ojos la nueva luz filosófica. Aun habian ido mas allá que nosotros en esta doctrina que nos echan en cara, porque como es propio de los que no siguen ninguna regla pasar de un extremo á otro, habian excluido de la salvacion á cuantos no se adherian á su propia secta, aun cuando una ignorancia invencible los retenia en otra.

Tambien se nos tacha que la máxima que defendemos da una idea indigna de Dios, y que no es mas que una fábula inventada por la supersticion en tiempos de ignorancia.

El primero de estos cargos es propio de un incrédulo ó de un insensato, porque es sentar que Dios obra injustamente condenando á las penas eternas al hombre

que muere sin arrepentirse en estado de pecado mortal.

En cuanto al segundo respondo que el dogma en cuestion, lejos de ser una invencion de la supersticion y de la ignorancia, está contenido manifiestamente en la revelacion y en la simple palabra de Dios escrita, que se glorían los protestantes de tener por regla única de la fé. Pero esta inconsecuencia de su parte no debe admirar, porque siempre que la palabra de Dios escrita contiene algo que no concuerda con los principios de estos supuestos sabios, ó la desechan ó eluden su sentido, prefiriendo á la doctrina de Jesucristo los raciocinios vanos de la filosofía ó de la incredulidad.

Tales son los argumentos ó mas bien las declamaciones que nos oponen los sectarios en este asunto de la mas alta importancia. Trátase de su salvacion eterna, y la exponen por una duda: ¿qué sucederá si se engañan? A ellos les toca el pensarlo.

PROPOSICION DUODÉCIMA.

La tolerancia religiosa es impia y absurda.

Hay dos especies de tolerancia: la tolerancia política y civil que puede llamarse exterior, y la teológica y religiosa que puede llamarse interior. La tolerancia política es la libertad que el gobierno, príncipe ó república concede á los ciudadanos de profesar la religion que cada cual prefiere; y la tolerancia religiosa es el reconocimiento expreso ó tácito que hacen los mismos gobiernos de la verdad de todas las religiones y de todas las sectas; con cuyo reconocimiento declaran que todas ellas son igualmente verdaderas, igualmente buenas y de consiguiente igualmente útiles y saludables al hombre. Segun este principio ninguna religion ni secta puede acusar á otra de falsa y desecharla; y de aquí nace lo que se llama *indiferentismo* hácia todas las religiones,

porque pudiendo todas ser buenas, verdaderas y divinas, importa poco profesar una mas bien que otra. No hablamos aqui de la tolerancia política, porque hay circunstancias tales en que no solamente es permitida, sino aun necesaria.

En cuanto á la tolerancia religiosa la llamamos impía y absurda, y lo probamos: 1.° Si se admite, viene á ser enteramente inútil la revelacion; porque ¿á qué habria de haber manifestado Dios su voluntad á los hombres si son igualmente buenas y saludables todas las religiones cristianas y anticristianas? ¿A qué habia de habernos amenazado con suplicios eternos si nos resistiamos á su voluntad? ¿No serian unas contradicciones vanas? Mas Dios no es como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para variar. Y ¡qué! ¿dijo, y no hará? ¿habló, y no cumplirá?

2.° En la hipótesis de nuestros adversarios una ó varias verdades serian contrarias entre sí; lo cual es absurdo hasta el mas alto punto. La verdad es una y esencialmente simple, y no puede combatirse á sí misma, ni tiene otro enemigo que el error. La verdad, vuelvo á decir, no puede de modo alguno subsistir con el error y la falsedad, y los excluye necesariamente como la luz á las tinieblas.

3.° En esta hipótesis Dios protegeria igualmente la verdad y el error: amaria y salvaria igualmente á los que le obedecen y á los que se resisten voluntaria y criminalmente á sus órdenes desechando las verdades que él mismo les propuso creer; y seria indiferente á la verdad y al error, á la virtud y al vicio, á la obediencia y á la rebelion. ¿No es esto destruir la nocion misma de la divinidad é introducir en el mundo el Dios de Epicuro?

4.° Jesucristo en la misma hipótesis de nuestros adversarios, si hablamos aqui de las diferentes sectas cristianas, seria el autor y revelante de todas las opiniones

contrarias que corren en estas diversas y casi innumerables sectas, no solo separadas de la iglesia católica, sino divididas entre sí. Jesucristo habria revelado que es Dios y no lo es, ó á lo menos le seria indiferente que se creyese lo uno ó lo otro, es decir, que se le adorase como Dios ó se le mirase como una simple criatura; y lo que digo de este punto de la fé, hay que decirlo de todos los demas. Asi le seria indiferente que uno enseñase ó creyese absolutamente lo contrario de lo que él mismo enseñó, y no por ignorancia, sino por una perfidia y obstinacion voluntarias. Y ¿quién no ve que estas consecuencias y otras mas que podriamos sacar de la hipótesis de nuestros adversarios, demuestran plenamente que la tolerancia religiosa es no solo falsa, impía é injuriosa á Dios, sino tambien absurda, como contraria á la revelacion y á la razon misma?

Asi lo habian entendido los protestantes casi hasta estos últimos tiempos. De ahí provienen tantos sínodos entre ellos, donde sus diferentes sectas se anatematizaban entre sí con furor, dándose una á otra el nombre de heréticas y rebeldes sin ninguna esperanza de salvacion (y por esta vez á lo menos decian verdad). De ahí, porque dejo á un lado épocas mas antiguas, viene ese sínodo de presbiterianos celebrado en Irlanda el año 1828, en el que fueron proscritos los nuevos arrianos y los unitarios. Pero los protestantes en sus disputas no se han contentado con palabras, sino que pasando á los hechos han perseguido generalmente como reos de un crímen capital á todos los que llegaban á pensar de otro modo que la secta á que pertenecian. La historia del protestantismo suministra innumerables ejemplares de hombres atormentados, despedazados y hasta quemados vivos por esta causa; y hablo aqui de protestantes condenados á muerte por otros protestantes, porque respecto de los católicos es cosa demasiado

sabida que el protestantismo, sin exceptuar ninguna secta, les ha hecho desde su nacimiento una guerra tan constante como atroz, que todavía dura en algunos paises no obstante el sistema de tolerancia universal introducido últimamente por ellos, porque hay que tener entendido que siempre son exceptuados los católicos de esta tolerancia. En efecto muchos protestantes no vacilan en manifestar con palabras y hasta con acciones el odio que les profesan. Y sin embargo ¿á qué es ese odio, á qué ese zelo ardiente de proselitismo y esas misiones establecidas con tantos dispendios en paises remotos, si todas las religiones son igualmente buenas y aceptas á Dios, ó cuando menos le es indiferente que se profese una mas bien que otra? Si todo hombre puede salvarse en su comunion, ¿de donde procede que se afanan tanto por propagar la suya, y que persiguen con tanto ardor á los que vuelven al seno de la iglesia católica? Quieran ó no los protestantes, es evidente que se contradicen á sí mismos, y que á lo menos en la práctica su conciencia se manifiesta convencida del absurdo é impiedad de esa tolerancia religiosa que tan falsamente han inventado de poco acá.

Síguese de todo esto:

1.° Que la tolerancia religiosa universal es perjudicial á todas las religiones, porque suponiéndolas todas igualmente verdaderas, las declara todas falsas ó á lo menos dudosas.

2.° Que solo pueden defender esta tolerancia las personas que no tienen fé ni religion, como los ateos, los deistas y los protestantes, á quienes su perpetua incertidumbre obliga á buscar asi una especie de tranquilidad y paz de conciencia que no pueden hallar en otra parte. Ademas es bueno observar que los protestantes no han proclamado esta tolerancia, hasta que progresando rápidamente el racionalismo y la nueva

filosofía entre ellos, desapareció del todo la fé en la religion revelada. Esto dió orígen á la sociedad instituida para emprender la reforma de sus tres iglesias principales, y corregir á Lutero, Zuinglio y Calvino.

3.º Que la paz buscada por los indiferentistas y los tolerantes no es una verdadera paz del alma, sino una languidez, un sueño poco diferente de la muerte misma. Agradanles las tinieblas, ó á lo menos no les desagradan la muerte y la nada. Gustan de la tranquilidad del sepulcro, y esta enfermedad del corazon y del entendimiento de que adolecen, es tanto mas grave é incurable, cuanto que la descuidan, la ignoran ó se la ocultan á sí mismos. ¿Qué ha de hacerse con un hombre que no quiere curarse, que niega que está enfermo, y que en el instante en que le amenaza la muerte se cree sano y piensa solamente que no es inmortal? Su herida es desesperada, para valerme de las palabras del profeta Miqueas.

4.º Tal es la causa principal por qué los deistas y sectarios de toda especie tienen tanto horror á esta máxima: *Fuera de la iglesia católica no hay salvacion.* Sumergidos en un sueño de muerte se hallan gustosos y no quieren que se los despierte. Hacen mas: semejantes á aquellos enfermos que se irritan contra su médico, se indignan contra nosotros porque no queremos unir nuestra voz á la suya cuando proclaman su tolerancia religiosa. Mas á pesar del odio y de los sarcasmos con que nos acosan, no nos cansemos de cumplir este deber de caridad con ellos, y repitámosles sin cesar aquella máxima saludable. Aunque ahora los turba y los inquieta, tal vez esa turbacion los salve. La duda que agita la conciencia, es ordinariamente el primer paso que dan hácia la verdad los que estan en el error. Por eso debe sentirse vivamente que algunos escritores modernos se atrevan apenas á defender

abiertamente este dogma de nuestra fé, y le debiliten en términos que pierda toda su utilidad, no sabemos por qué falso pretesto y por qué vana esperanza, sobre todo en los paises en que el mal, por ser mas grande y general, exige un remedio mas eficaz. Asi acontece que los protestantes no sacan ningun fruto de esos lenitivos temerarios que encubren la verdad, y los católicos vacilantes en su fé estan expuestos cada dia á un peligro mas inminente.

Respondennos nuestros adversarios que la diferencia de las religiones, lejos de excitar la cólera de Dios, le agrada por el contrario. Dios se complace con esta variedad de ritos y ceremonias que emplean los hombres para reverenciarle: asi nos embelesa la variedad de frutas y flores en nuestros jardines: asi los emperadores sentados en su trono reciben con gusto la obediencia que expresan de diversos modos los numerosos pueblos sujetos á ellos.

Esta objecion apenas merece respuesta. Dios que es la verdad, no puede complacerse con la falsedad y el error, ni por consiguiente con la diferencia de religiones. La variedad de flores en nuestros jardines y de empleos en los palacios de los príncipes va encaminada al mismo objeto: los diversos modos de obediencia pueden agradar á los reyes si se conforman con el respeto que se les debe; pero la verdad, la religion y la supersticion no pueden convenir entre sí mas que el desprecio con el respeto, y la obediencia con la rebelion.

La tranquilidad pública, prosiguen nuestros contrarios, exige que cada uno profese la religion de su pais: de otro modo son despreciadas las leyes del estado: de ahí provienen esas guerras, esas sediciones, esos desastres que tantas veces ha producido la intolerancia de los católicos. Pero si no debe seguirse la religion

de su pais, y la religion cristiana es la única en que puede uno obrar su salvacion, será uno digno de una pena eterna por no creer en la revelacion, aun cuando no haya oido hablar jamás de ella. Y como esto es absurdo, hay que confesar que el que profesa una religion falsa creyéndola verdadera, está por esto solo limpio de toda culpa, y que puede ser tan agradable á Dios como el que profesa una religion verdadera, porque Dios nos juzga á todos por la intencion. Se puede pues servir y honrar al Señor en todas las religiones, y alcanzar la salvacion eterna en todas.

La primera parte de esta objecion pudiera volverse con ventaja contra los deistas y los primeros reformadores. En efecto si la tranquilidad pública exige que nadie obre ni escriba contra la religion de su pais, los deistas y los primeros protestantes que publicaron tantos escritos contra la religion católica, que entonces era la de su pais, fueron evidentemente unos rebeldes y pecaron contra el mismo Dios.

Pero para responder directamente á esta objecion diremos que la tranquilidad pública no exige que cada cual siga la religion de su pais cuando esta es falsa. Los hombres no deben dar jamás su consentimiento á la mentira. Tan poco derecho tienen los príncipes á admitir una religion falsa en sus estados, que por el contrario estan obligados expresamente á abrazar la verdadera. Por lo demas aunque nadie deba abrazar una religion falsa, aun cuando lo mandasen las leyes humanas y prohibiesen profesar la verdadera, debe mantenerse la paz de modo que no se turbe el órden público. En todos estos casos ha de oponerse la resistencia pasiva, como lo enseña la religion y como lo practicaron los primeros cristianos. Obrando asi no se altera la tranquilidad pública, sin que haya necesidad de profesar la religion falsa del pais que uno habita.

Pero á lo menos, se me responde, eso es negar la obediencia á las leyes del estado. — Sí, pero es negarla porque no está uno obligado á prestarla: tales leyes son esencialmente nulas porque se han hecho contra Dios; y cuando un hombre nos manda cosas contrarias á la voluntad de Dios, debemos responder con el Apóstol: «Conviene obedecer á Dios antes que á los hombres.»

Esas guerras, esas sediciones, esas matanzas que se nos oponen, no han sido fruto de la intolerancia religiosa, sino de la civil: ya lo hemos probado en su lugar. Ademas si el modo de discurrir de nuestros adversarios probase algo; seria solamente que ocurren tales circunstancias de tiempo y de lugares, en que el estado debe tolerar la diferencia de religion; lo que no tenemos ningun reparo en conceder.

La religion católica condena á las llamas eternas á aquellos mismos que no han podido conocerla, por no haberla profesado. — Esta es una de las mentiras mas impías de Rousseau. La doctrina de la iglesia católica por el contrario enseña que si alguno está en el error por una ignorancia invencible de la verdadera fé, es inocente bajo este respeto y no está expuesto á ningun castigo, porque Dios no manda lo imposible. Asi es que los teólogos enseñan que la infidelidad negativa no es pecado.

El que profesa una religion falsa juzgándola verdadera, es inocente delante de Dios, porque Dios nos juzga á todos por la intencion; de suerte que el Señor puede ser reverenciado igualmente con todos los cultos, y en todos puede el hombre conseguir su salvacion. — El hombre que sigue una religion falsa reputándola por verdadera, es sin duda inocente bajo este concepto cuando su ignorancia es invencible, como acabamos de decir; pero si se admitiera la consecuencia

que deducen de ahí nuestros adversarios, se seguiria que no menos adorarian á Dios los que ofrecen sangre humana á falsas divinidades, que los que tributan al Señor un culto legítimo; y es tan horrible el decir esto, que hasta los oidos de los incrédulos se ofenden.

Nuestros adversarios nos hacen otra objecion. Todas las religiones, dicen, parecen á lo menos verdaderas en el sentido de que son otros tantos idiomas diferentes, por los cuales la criatura flaca expresa su respeto, reconocimiento y amor hácia el soberano dominador del universo. Cualquiera que sea la ignorancia ó la barbarie del hombre, por grandes que sean los errores que obscurecen su inteligencia, no por eso van menos dirigidos á Dios sus homenajes: siempre los recibe el Dios del universo bajo cualquiera nombre que se le ofrezcan. Los pueblos salvajes y bárbaros reconocen la accion de Dios en el rayo que manifiesta su ira, su bondad en la lluvia que fertiliza los campos, su providencia en la calentura que debilita las fuerzas del hombre, y en esa corteza saludable del árbol de América que le restituye la salud. Buscan á Dios y creen haberle hallado unas veces en sus chozas, otras en el bosque inmediato, muchas en un peñasco informe, un tronco de árbol, una ave &c. Estos pueblos se equivocan sin duda; pero sin embargo mientras ofrecen sus oraciones á estos diversos objetos, tienen en el pensamiento el ser invisible cuya accion es invisible á lo menos; ser mas poderoso que el hombre á quien recompensa ó castiga y cuya proteccion imploran. Pues este ser es el único que es en el mundo.

Esta objecion es la misma bajo otra forma que acabamos de refutar. Ciertamente si Dios no hubiera manifestado su voluntad sobre el culto que le es agradable y que exige al hombre: de cualquiera manera que este expresara su veneracion y respeto hácia su criador,

con tal que la forma de este homenaje no repugnase á la recta razon, cumpliria el hombre igualmente su deber. Pero si el modo con que Dios quiere ser honrado, y que él mismo ha prescrito, es conocido del hombre, no puede este variarle: de lo contrario se hace reo de desobediencia. Asi cae la vana argumentacion de nuestro adversario, que no es otra cosa que una descripcion poética, tómese como se quiera. Ese hombre salvaje é ignorante que se imagina buscando á Dios en su choza, en el bosque próximo &c., es por decirlo asi, un ser abstracto; porque es imposible que un hombre, si vive en la sociedad de sus semejantes, no llegue á conocer el error grosero en que está sumergido, y que algunos rayos de una luz interior no le adviertan que se engaña cuando toma por criador verdadero de este universo un tronco de arbol ó un peñasco informe. Pero hay mas: si busca á Dios con un espíritu sincero y un corazon recto, es indudable que este Dios vendrá en su ayuda, é impedirá á lo menos con una luz interior que caiga en una idolatría tan torpe. De ahí viene esta máxima recibida en nuestras escuelas: « Dios no niega su gracia al que hace todo lo que está en su mano. » Por lo cual no hay ignorancia, por mas profunda que se suponga, que sea invencible, ó á lo menos que lo sea siempre: de ahí procede tambien el juicio diferente que formó el apostol S. Pablo sobre el culto idolátrico y los « que han convertido la gloria del Dios incorruptible en la imagen del hombre corruptible, de aves, cuadrúpedos y serpientes. » Y no basta, como suponen nuestros adversarios, que el culto se refiera por interpretacion al Dios único y verdadero, á no ser que suceda esto por una ignorancia invencible, si es que puede existir tal ignorancia; sino que es menester que el culto se dirija abiertamente, ó en términos de escuela, *formalmente* al verdadero Dios: de lo contrario hasta la mas torpe

idolatría, la que mancha los altares con sangre humana y ritos obscenos, seria un culto inocente, agradable y meritorio delante de Dios.

Pero se insiste diciendo: el cristiano convencido de que puede equivocarse no emplea jamás la fuerza para que los demas adopten sus propias opiniones: esto seria segun su pensamiento precipitarlos en las llamas eternas. No desechará jamás de su comunion á unos hombres cuyas creencias pueden ser mas puras y mejores que las suyas, y que tal vez son preferidos á él por Jesucristo. Siempre respetará las opiniones de sus hermanos, guardándose muy bien de mirarlos como herejes, de perseguirlos con su odio, y de echarlos lejos de sí á causa de su fé. Tal es el raciocinio del ministro ginebrino Chastel, el cual refiere ademas que la iglesia á que pertenece, ha declarado que todos los que admiten á Dios, Jesucristo y las Escrituras, son verdaderos cristianos. Despues de recordar esta declaracion prosigue en estos términos: «Todos los reformados, de cualquiera manera que entiendan y expliquen las santas escrituras, deben mirarse como hermanos, apartar de sí los anatemas, los cismas y las disputas, y por fin amarse y respetarse mútuamente como hermanos en Jesucristo. En cuanto á los católicos si los desechamos de nuestra comunion, no es á causa de sus dogmas ó de sus ceremonias, sino por ese espíritu de intolerancia que profesa su iglesia, y por el sistema de autoridad humana que está en vigor entre ellos.»

Lo que el ministro ginebrino dice aqui del cristiano protestante, no puede decirlo en ninguna manera del católico. Sí, si el protestante quiere estar acorde consigo mismo y con el principio fundamental de la reforma, no tiene ningun derecho de acusar á los otros de error, de rechazarlos, de anatematizarlos, de exigirles cierta profesion de fé etc. ¿Cómo ha de tener este derecho

cuando es regla entre ellos que cada cual puede creer lo que quiere? Si los primeros autores del protestantismo violaron este supuesto derecho; si Calvino entre otros mandó quemar vivo á Serveto porque este queria usarle, y aunque era un verdadero cristiano, segun la declaracion de la iglesia de Ginebra, por reconocer á Dios, á Jesucristo y las escrituras; si los otros reformados siguieron generalmente este detestable ejemplo mientras se conservó entre ellos el verdadero espíritu del protestantismo; ¿deberemos nosotros felicitarlos por haber pensado asi antes y pensar hoy de otra manera? Es propiedad del error ser versatil y mudable. Los católicos, apoyados en una autoridad infalible, no pueden mezclar asi todas las doctrinas y todos los deberes sin dejar de ser católicos en el mismo hecho.

La iglesia de Ginebra ha usado de su derecho en esta declaracion, y ha reformado á sus reformadores. Tal vez no está lejano el tiempo en que declare esa misma iglesia que no deja uno de ser cristiano por desechar las escrituras, como lo hacen ya muchos reformados. Segun esta declaracion de la iglesia de Ginebra los mahometanos son verdaderos cristianos, porque reconocen á Dios á Jesucristo (como un gran profeta del mismo modo que la iglesia de Ginebra) y las escrituras, á lo menos en parte. Se ve pues que la iglesia de Ginebra ha aumentado mucho su importancia y su extension con esta declaracion.

En cuanto al amor que deben profesarse mútuamente los cristianos, y á la paz que debe reinar entre ellos, estamos enteramente de acuerdo con el ministro ginebrino en todo esto; pero le preguntaremos cómo pueden conciliarse este amor y esta paz con lo que Tertuliano escribia de los herejes de su tiempo. «Turban, dice, la paz en todo y en todas partes. Poco les importa ser juntos de diferente parecer, con tal que ca-

da uno de ellos haga la guerra á la verdad. El cisma es su unidad.» Tan cierto es que el mismo espíritu ha movido á los protestantes y á los herejes en todos los siglos.

Por lo demas los católicos no se quejan de ser desechados de la comunion de los herejes y rechazados por ellos: no se tome el ministro ginebrino ningun cuidado por nosotros. Ni buscamos ni deseamos ser recibidos en la comunion de los llamados reformados, y aun cuando nos lo ofrecieran voluntariamente, lo rehusaríamos. Bastanos la autoridad que nuestro adversario llama una autoridad humana, y somos tan intolerantes que la preferimos á cualquier otra.

Todavia insisten los herejes diciendo: La religion no es un dogma: consiste en la relacion del hombre con su Dios, y de ningun modo en la nocion que cada uno de nosotros se forma de la divinidad, ó en las palabras que expresan esta nocion. La religion es cierto afecto del alma y no una ciencia: es la expresion misma del amor que la produce.

A esto digo que la religion no es un dogma; pero propone dogmas á nuestra fé. Es una virtud moral que inclina al hombre á tributar á Dios el culto que le es debido, y el objeto de este culto son los dogmas que el mismo Dios nos ha revelado y mandado creer. Todo hombre que rehusa dar fé á Dios que revela, ó á la iglesia por la cual nos transmite aquel su revelacion, rehusa evidentemente adorar á Dios del modo con que el Señor quiere serlo. Pues sobre esta fé estriba como sobre su único fundamento la relacion que el hombre tiene con su Dios, porque por ella le ha enseñado este á conocerle verdaderamente, y por ella tambien le enseña los mas de los términos de que el hombre debe usar para expresar este conocimiento.

El afecto del alma de que se nos habla, no es la re-

ligion misma, sino el fruto ó el efecto que produce la religion. No deben confundirse las nociones de las cosas para que no se introduzca la confusion en los entendimientos. Asi la expresion del amor es un sentimiento que nace de la religion y no la produce, porque la religion, absolutamente hablando, puede existir sin esta expresion.

El judio Salvador hace la última objecion que tenemos que combatir. «Dios mismo, dice, manda la tolerancia religiosa. En el principio quiso criar el cielo y la tierra para el bien comun de los hombres. —Hizo alianza con Noé, de donde descendemos todos. —No se ve que Moisés intentase por ningun medio desviar á su suegro del culto de sus dioses. — La buena Noemi decia á sus nueras: id, volved á vuestros pueblos y á vuestros dioses. —Los embajadores de Jefté hablan con respeto de Kamos, dios de los amonitas; y por fin Miqueas llega á profetizar del modo mas formal y positivo los tiempos de la tolerancia general. «Un dia, dice, cesarán todos los pueblos de combatir y se complacerán en la paz: cada uno caminará invocando el nombre de su Dios: Israel siempre el nombre de Jehova.»

Sin duda quiso Dios criar el cielo y la tierra para el bien de todos los hombres, es decir, para que todos los hombres colmados de beneficios por él le rindiesen un homenaje digno de obediencia y amor; pero de esta proposicion, sentada por nuestro adversario, y que nosotros aceptamos, ¿se sigue que la tolerancia religiosa sea acepta á Dios, en otros términos que haya querido aprobar y recibir con complacencia los homenajes que han inspirado al hombre las supersticiones vergonzosas? ¿Quién puede concebir un pensamiento semejante, á no ser el ateo mas empedernido? Supongamos que este raciocinio del filósofo judío Salvador, en vez de ser una impiedad escandalosa, tenga en efecto al-

gun fundamento: ¿qué resultará de aqui? Que los homicidios, los robos, las blasfemias, los vicios de toda clase á que se abandonan tan fácilmente los hombres corrompidos, agradan á Dios, porque no menos crió el cielo y la tierra para estos hombres que para los demas, y porque hace llover igualmente sobre los justos y los injustos. Sin embargo es bueno recordar al sofista que impugnamos, que Dios crió tambien el paraiso y el infierno á fin de recompensar ó castigar á cada hombre despues de esta vida segun sus méritos. Sin duda Dios desea que se salven todos los hombres y que vengan todos al conocimiento de la verdad; pero si los hombres se apartan de ella y prefieren entregarse á sus pasiones; si adoran la obra de sus propias manos y olvidan al único Dios verdadero que los hizo; este, aunque haya criado el cielo y la tierra para ellos, los castigará ciertamente por toda la eternidad, aunque se arrepientan antes de su muerte.

La alianza que hizo Dios con Noé, significaba que el linaje humano no pereceria ya todo en el dilivio, y lejos de ser el objeto de esta alianza establecer la tolerancia religiosa sobre la tierra renovada, Dios á fin que las invenciones del hombre no pusieran en olvido ó desfiguraran la verdadera religion, eligió en Abraham y en su posteridad un pueblo particular, á quien quiso confiar su revelacion hasta que viniese la plenitud de los tiempos en que todas las naciones debian ser llamadas de sus errores al conocimiento y amor del Señor.

Del sofisma que es una mentira disfrazada, pasa el autor judío á la mentira descarada. Moises, dice, no persuadió á su suegro que abandonara sus dioses.— Pero ¡como! si Jetro era adorador y aun sacerdote del verdadero Dios, y le ofreció holocaustos y víctimas en el desierto, segun se ve en el cap. XVIII,

versículo 12 del Exodo. ¿Cómo pues pudiera Moises haber persuadido á Jetro que dejara el culto de los falsos dioses á quienes no adoraba? Ademas es otra mentira que Moises no persuadiese á su suegro que se uniera al pueblo de Israel y abrazara su culto; y para convencerse de esto basta leer los versículos 29 y 31 del cap. X del libro de los Números, donde le exhorta á ello con instancia, prometiéndole grandes bienes. ¿Es esta la buena fé judia ó mas bien filosófica de que se jacta el íntegro Salvador?

Las palabras que pone este sofista en boca de Noemi, ó no se hallan en la Biblia, ó está torjiversado su sentido. No dice Noemi como le hace decir aquel: id, volved á vuestro pueblo y á vuestros dioses, sino solamente: volved hijas mias y marchaos. Luego que la dejó Orfa dijo Noemi á Ruth: «Mira que tu hermana se ha vuelto á su pueblo y á sus dioses, vete con ella;» es decir, vuelvete tú tambien á tu patria. Y segun todos los intérpretes si Noemi habló asi á Ruth fue para probar su constancia y resolucion. ¿Qué hay pues en esto que tenga relacion con la tolerancia religiosa?

En las instrucciones dadas por Jefté á los embajadores que envia al rey de los amonitas y moabitas, habla de los falsos dioses de estos pueblos bajo el punto de vista de los mismos: esto es evidente. Supongamos por ejemplo que en una discusion con un mahometano le dijeramos: Si vuestro profeta Mahoma os ha prescrito esto etc.; ¿habrá de inferrirse de aqui que nosotros miramos á Mahoma como un verdadero profeta y que hablamos de él con respeto? No lo creo asi. Pues tal es el sentido claro y positivo del pasaje de la Biblia en que se funda nuestro adversario.

No es este mas feliz, ó mejor dicho, no emplea mas buena fé en la interpretacion de las palabras del profeta Miqueas. Vease el verdadero sentido de estas:

Aunque todas las naciones caminan en la vanidad de sus pensamientos adorando falsos dioses é ídolos; nosotros sin embargo caminamos y caminaremos siempre en nombre de Jehova nuestro Dios.»—Se ve cuán contrario es este sentido al que le atribuye el filósofo judio: he aqui cómo Rosenmuller, tantas veces citado por Salvador, traduce este pasaje del profeta: «Porque todos los pueblos caminan en nombre de su Dios; pero nosotros caminamos en nombre de Jehova, nuestro Dios, en el siglo y en la eternidad.» Y parafraseando despues el pasaje en cuestion se expresa así: «Pues que Jehova os da la esperanza de una restauracion tan gloriosa, confiad y apoyaos en sus promesas, perseverad en su culto, aunque los otros pueblos sirvan á sus dioses y se envanezcan de sus supersticiones.» El sentido que da el parafrasta caldeo á este pasaje, es casi el mismo: «Porque todos los pueblos, dice, caminan unánimemente en la adoracion de los ídolos; pero nosotros por nuestra parte confiamos en la palabra de Jehova, nuestro Dios, en el siglo y en el siglo de los siglos.» El filósofo judio debia tener noticia de estas explicaciones. ¿Dónde está pues la prediccion positiva y mas formal, segun sus términos, de una tolerancia general en lo venidero? No respondo á la cita que hace del cap. II de Isaias, en el versículo 4, porque no veo que tenga la menor relacion con la materia de que se trata.

La intolerancia civil, prosiguen los incrédulos, no puede distinguirse de la intolerancia religiosa. Estas dos especies de intolerancia son indivisibles, porque es imposible vivir en paz con unos hombres á quienes se mira como enemigos de Dios.

Niego esta objecion en todas sus partes. No solamente pueden, sino que deben distinguirse esencialmente estas dos clases de intolerancia, como se distingue el objeto temporal del objeto espiritual. Correspon-

de á los reyes y magistrados decretar penas y aplicarlas á los ciudadanos que turban la seguridad de la república: corresponde á la religion declarar cuáles son los que por sus errores caminan fuera de la senda de salvacion; pero al mismo tiempo le corresponde sobre todo sufrirlos, amarlos, hacerles bien y procurar su salvacion por todos los medios posibles á ejemplo de Jesucristo y los apóstoles, que no solamente vivieron en paz con los incrédulos mas obstinados, sino que los colmaron de todo género de beneficios á fin de ganarlos. Tal es pues nuestro deber, mucho mas cuando ignoramos si estos desgraciados que estan actualmente en el error, se arrepentirán algun dia y volverán á la verdad. En tanto que viven, nos complacemos en alimentar la dulce esperanza de su conversion; y esta esperanza se ha realizado felizmente muchas veces.

CONCLUSION.

La discusion precedente prueba bastante que el sistema entero de la religion cristiana está fundado en la autoridad. Dios quiso que el hombre, ser limitado y sujeto al error, sometiese su razon al ser infinito é infalible que le crió; y con este objeto, ademas de las verdades naturales que puede comprender su razon, le reveló ciertas verdades sobrenaturales que son muy superiores á su inteligencia y alcances, enseñándole asi que su deber es someter su razon á las cosas de la religion y de la fé, porque la fé es la que ha de salvar el mundo.

Dios mismo por una providencia extraordinaria conservó pura é intacta la revelacion que habia hecho al hombre hasta que vino la plenitud de los tiempos. Llegados estos tiempos, es decir, cuando envió á su hijo para arrancar á los hombres de las tinieblas de la

ignorancia en que se habian sumergido ellos mismos y atraerlos á las verdades que habia tenido á bien manifestarles en otro tiempo, y ellos habian olvidado, á lo menos en su mayor parte, quiso que hubiese en adelante una autoridad doctrinante, infalible, visible y perpetua sobre la tierra, que los dirigiese con seguridad por el camino de la salvacion, y los impidiese abandonar la senda de la verdad, como lo habian hecho antes. Puso esta autoridad en la iglesia que fundó Jesucristo y adquirió con su sangre, y quiso expresamente que el fundamento de esta iglesia, edificio indestructible levantado para la salvacion de los hombres, estribase todo entero en la congregacion de los pastores bajo el gobierno de una sola y misma cabeza visible, que animase todas las partes de aquel. Quiso ademas que todos los hombres estuviesen sujetos á esta iglesia, só pena de ser mirados como gentiles y publicanos, es decir, como excluidos de esta sociedad santa instituida por él, como reos de rebelion, y por consecuencia destinados á las llamas del infierno.

Entregó á esta iglesia el depósito de la revelacion, y la mandó predicar en su nombre el Evangelio á toda criatura, es decir, en todo tiempo y lugar, prometiéndole su asistencia para que pudiera desempeñar perpetuamente este gran ministerio sin diminucion ni error. Quiso que por prueba patente de la asistencia que le prometia, y que no le faltaria jamás, mostrase á los hombres milagros, profecías, dones ó gracias magníficas, y sobre todo ese poder fecundo, no solamente de adquirir nuevos hijos todos los dias, sino tambien de guiarlos á la mas alta santidad.

Ahora bien habiendo durado sin interrupcion y llena de vigor hasta nuestros dias esta iglesia que comenzó en Pedro y en los apóstoles, semejante á una persona moral, fortalecida con las promesas divinas;

durará tambien siempre una, siempre infalible hasta la consumacion de los siglos, llenando todos los lugares y todos los tiempos, y llevando siempre delante de sí las pruebas y testimonios de la proteccion del Altísimo. Ella ha permanecido en pie firme é invencible contra las maquinaciones del infierno que se le habian predicho, contra las guerras exteriores que le han hecho los paganos y los infieles, y contra las guerras civiles que algunos hijos ingratos han promovido en su seno. Bastándose á sí misma, ó mas bien fortalecida con el auxilio divino y con las promesas infalibles que ha recibido, se halla tan independiente del favor de los hombres como de su fuerza. Mira la proteccion humana como un medio en que no se apoya, y las persecuciones y el odio como una prueba que no teme. Atravesando los siglos de triunfo en triunfo, y produciendo sin interrupcion frutos prodigiosos de santidad, quiero decir, hombres admirables á quienes adorna de todas las virtudes y dones de la gracia, no cesa de enviar nuevos hijos al cielo, hasta que habiéndose completado el número de los elegidos vaya ella misma, sin arruga y sin mancha, á reinar por eternidades de eternidades.

Pero asi como Dios quiso que la unidad de su iglesia se fundase en el principio de autoridad; del mismo modo las sectas, al separarse de esta autoridad divinamente instituida por seguir el pensamiento independiente de la razon individual, sustituyeron un principio de disolucion y division á la autoridad de la iglesia. Una vez sentado este principio ha sucedido que estas sectas no han podido jamás conservar la unidad de doctrina entre sí, ni ser constantes mas que en su inconstancia misma yendo de novedad en novedad y de error en error, y publicando sin cesar nuevas confesiones de fé, hasta que divididas en fracciones casi imperceptibles, se las

vió consumirse y perecer por sí mismas como la sal se disuelve en el agua. Esto acontecia á las sectas antiguas, y esto acontece en nuestros dias á las nuevas, que concluyen en el naturalismo ó el racionalismo, esa última herejía como la llama Leibnitz. Si á veces y por un tiempo mas ó menos corto parece que se ha establecido una especie de unidad entre los protestantes, herejes antiguos y modernos, ha sido porque ellos mismos han abandonado su principio sustituyendo abierta ú ocultamente su autoridad propia á la de la iglesia que habian dejado. En efecto quítese esta autoridad y necesariamente desaparecerá la unidad: digo mas, es preciso que deje de existir el principio de unidad y por consecuencia la iglesia misma, porque una vez quitada esta autoridad no queda mas que la libertad individual ó el sentido particular de cada uno. Rompese el vínculo comun que une al cuerpo los diferentes miembros de que se compone; de suerte que todas estas sectas no son mas que una agregacion tumultuosa de individuos sin otro lazo entre sí que un principio de disolucion y division, en otros términos una unidad negativa, que no es otra cosa que la privacion esencial y absoluta de todo vínculo y de toda unidad.

Y no hay que decir, como hacen los protestantes, que la autoridad de la Escritura suple á favor de ellos la falta de la autoridad de la iglesia católica, porque ademas de no poder conocer ellos con certeza el número, la integridad y la inspiracion divina de los libros sagrados ó de sus diversas partes sino por el testimonio y autoridad de la misma iglesia católica cuyos lazos se glorían de haber roto, para hablar su lenguaje, desde que á ejemplo de todos los protestantes antiguos sientan por principio fundamental el derecho de admitir y desechar aquellos libros que les agradan ó no les acomodan; es evidente que presentan como remedio lo que es

orígen del mal, porque segun habia observado muy bien S. Agustin, las herejías y los dogmas perversos que cautivan las almas y las precipitan en el abismo, han nacido únicamente de que se han interpretado mal las escrituras que son buenas en sí mismas, y de que estas interpretaciones malas se han sostenido con audacia y temeridad. Y es tanto mas sorprendente por su verdad la explicacion del santo doctor, como que no ha habido una sola secta de herejes que no haya apoyado sus errores con alguna autoridad en las escrituras.

Sin embargo Dios permitió por una providencia admirable que naciesen sectas y herejías aun en vida de los apóstoles, para que por el modo con que se condujeran estos con los novadores de su tiempo, conociesen los siglos siguientes sin poder equivocarse cuál era el orígen de toda herejía, y cómo debia tratar la iglesia á los herejes ó protestantes que la turbasen en lo sucesivo, con el fin de que los expulsase de su seno, defendiese á sus hijos fieles de las violencias y artificios de aquellos, y les anunciase la certeza absoluta de su castigo eterno si no se arrepentian, no distinguiendo entre las herejías de diversas clases, sino condenándolas todas sin excepcion. En efecto todo el que es culpable de protestantismo, es decir, de protesta contra la iglesia que instituyó Jesucristo, depositaria perpetua de la revelacion, maestra é intérprete, ó como dice S. Pablo, columna y fundamento de la verdad, es digno tambien de las llamas del infierno.

Ademas no ha sido una leve ventaja para la iglesia católica ver nacer y morir á su rededor tantas sectas diversas por su propia movilidad. Primeramente los errores que en diferentes tiempos han inundado el orbe cristiano, han presentado siempre á aquella la ocasion de examinar mas atentamente su propia fé, y exponer la

verdadera doctrina en términos mas claros y explícitos: asi se ha evidenciado mas y mas la conexion íntima de todas las verdades que profesa, y siempre ha aparecido mas brillante la belleza del sistema católico despues de cada una de estas pruebas. En segundo lugar este combate de todos los dias y todos los instantes que se ve forzada á sostener con los herejes, dispierta mas su vigilancia y afirma mas su autoridad; porque á la manera que el odio de los malos prueba al justo y da á sus virtudes mas vivo esplendor, asi tambien la iglesia aparece mas hermosa y brillante enmedio de las maquinaciones, de los artificios, de las calumnias y aun á veces de las hogueras y de las espadas con que la combaten sus enemigos. Aun hay mas: la estabilidad de la iglesia, comparada con la movilidad de las obras humanas y su disolucion las mas veces tan rápida, demuestra á todos los hombres dónde estan realmente las promesas de Dios. Las sectas heréticas son tan estériles como la iglesia católica fecunda; y tambien se ve la mano de Dios en este resultado, porque como dice la Escritura: «Si Dios no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican. —No vale nada el que planta ó el que riega, sino Dios que da el incremento.» Finalmente la última ventaja de esta diferencia entre la iglesia católica y las diversas sectas es enseñar á los hombres que la fé es un don gratuito de Dios, que no puede adquirirse ni con la ciencia, ni con ningun talento, habilidad é industria, virtudes ó fuerzas humanas, que nuestros sectarios ponen en el mas alto grado; y les manifiesta que nadie debe presumir de sí mismo, conforme á estas palabras del Apóstol: «El que cree estar firme, cuide de no caer.» En efecto Dios entregó los presuntuosos á los deseos de su corazon, y mientras ellos se decian ángeles, se volvieron insensatos, tropezando acá y acullá bajo la mano de Dios como unos

hombres ebrios. Por eso no hay cosa tan monstruosa que no hayan aventurado estos llamados sabios, asi en la teoría como en la práctica, ni contradiccion tan torpe en que no hayan incurrido; y de aqui resulta esta verdad, que la humildad y la oracion son los únicos medios de conseguir la fé y perseverar en ella; porque como nos dice el apóstol Santiago, Dios resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Si alguno se admira de ver tan grande multitud de hombres en la herejía y en el cisma, debe reflexionar, y cesará su admiracion, que antes de la venida de Cristo habia dejado Dios á todas las naciones caminar por sus caminos á excepcion del pueblo judio; pero que despues del Salvador han sido llamadas por el contrario todas las naciones á la fé, y solo el pueblo judio ha sido abandonado á la ceguedad de corazon y entendimiento en que él mismo cayó.

En resumen la discusion entre nuestros adversarios y nosotros se reduce á esto: solamente hay dos caminos para llegar á la verdad: estos dos caminos son la autoridad y la razon: ¿cuál es el bueno? Todas las disputas de religion vienen á parar forzosamente á este punto: ¿ha de preferirse la autoridad á la razon ó la razon á la autoridad en las materias religiosas? O mas claro, ¿se debe proceder en estas materias por via de investigacion y de exámen prescindiendo de toda autoridad, ó por via de fé y sumision á la autoridad pública y legítima de la iglesia? Por último ¿es preciso atenerse á la autoridad de la iglesia católica, ó dejando á un lado esta autoridad dar á cada hombre el derecho de admitir é interpretar las escrituras segun su sentido propio y particular, es decir, de formarse él mismo su religion sobre opiniones mas ó menos probables? He dicho expresamente la *autoridad de la iglesia católica*, porque si se admite el sistema de autoridad, no cabe duda que esta

iglesia, superior á todas las demas por su antigüedad, su universalidad, su unidad y su armonía, aventaja á todas ellas en autoridad en términos que ninguna puede compararse ni aun remotamente con ella.

Supongamos por el contrario que admitamos la via del sentido particular: al punto caemos en todos los absurdos indicados circunstanciadamente mas arriba, los cuales conducen al hombre á una pérdida total de la fé, y le precipitan en el mas completo escepticismo religioso. En este estado no sabe ya ni lo que ha de creer, ni lo que ha de desechar; y la mayor ó menor probabilidad de las cosas viene á ser su única regla de fé, es decir, que se extingue toda fé. En efecto una vez admitido este principio es lícito disputar sobre la religion, del mismo modo que los filósofos de la Grecia disputaban en otro tiempo. La religion no es ya mas que un sistema filosófico, y las sectas otras tantas academias y escuelas filosóficas, donde cada uno puede libremente creer y profesar lo que le parece bien. Ahora pregunto: ¿es posible que un hombre cuerdo y en su cabal juicio se persuada que Dios dió su revelacion con tales condiciones, y que la entregó indefensa á los caprichos de los hombres, permitiéndoles disputar sin regla sobre el verdadero sentido de aquella revelacion y sobre su existencia misma, turbándolo y confundiéndolo todo, de manera que degenere la religion en pirronismo, es decir, en una vana cuestion de filosofía? En este sistema el protestante separado de la iglesia universal de todos los siglos, sin estar asociado siquiera con los cómplices de su rebelion, cada uno de los cuales tiene el derecho de formarse su religion, el protestante, repito, está solo, parecido á un escollo situado enmedio de los mares, que azotan las olas y las tempestades por todos lados. ¿Qué esperanza pues, ni qué consuelo puede proporcionarle su religion? ¿Qué sucederá si se equivoca? ¿Qué juicio

puede esperar de Jesucristo despues de su muerte? Todo en este sistema inspira profundamente el temor y el horror. Al contrario el católico vive en plena seguridad bajo el sistema de autoridad: está en comunicacion con la iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares, y en sociedad con los apóstoles, los mártires y los santos de todas las edades. La profesion de su religion no puede hacerle correr ningun riesgo, á no ser que pudiese correrse alguno en el seno de la iglesia católica universal; lo cual es completamente absurdo. Mírase como un miembro de esa gran familia, cuya cabeza invisible es Jesucristo, que nos dejó su imágen en Pedro y los pontífices sus sucesores: en esta familia todos los bienes son comunes: un amor universal lo anima y gobierna todo: subsiste un órden admirable bajo la mano de Jesucristo desde el principio hasta nosotros, y todos se sientan á la mesa eucarística; y si se contraen algunas manchas por la fragilidad humana, basta una humilde confesion de sus culpas hecha con arrepentimiento y sinceridad para alcanzar un perdon lleno de consuelo y de dulzura del padre mas tierno. El protestante está siempre solo: el católico no lo está jamás ni en la vida ni en la muerte. Como tiene con todos sus hermanos un mismo Dios, una misma fé, un solo bautismo y un mismo espíritu, tiene tambien con ellos una sola y misma esperanza, cada uno segun su vocacion. Ni aun despues de su muerte es abandonado, porque continúa comunicando ya con la iglesia militante que le ayuda con sus sufragios, ya con la triunfante que le tiende los brazos y le llama hácia ella.

Asi ó ninguna religion ó la sola religion católica: no hay término medio, ó si los hombres establecen uno, no es mas que una completa contradiccion; porque si Dios existe, si su divina providencia lo gobierna todo, resalta forzosamente la verdad de la fé católica del enla-

ce de todas las cosas y de la fuerza misma de la razon.

Sin embargo para concluir apelamos otra vez con gusto al testimonio y á la autoridad del gran doctor San Agustin, cuyo ingenio viene en ayuda de nuestra pequeñez. En unas cuantas líneas llenas de vigor, de verdad y de elegancia resume todas las cuestiones que nosotros hemos presentado y expuesto largamente en las dos partes de esta obra.

« Si la providencia de Dios, dice, no dirige las cosas humanas, inútil es pensar en la religion; mas si por el contrario el aspecto de la naturaleza que nos rodea y que debemos creer, sin duda emanada de alguna fuente de perfecta y suma belleza; si no sé qué conciencia interior grita á los entendimientos mas privilegiados en público y en particular, por decirlo asi, que es menester buscar á Dios y servirle; debemos esperar que este mismo Dios haya establecido una autoridad, con cuyo auxilio podamos subir con toda seguridad y de grado en grado hasta él. Pues esta autoridad, dejando á un lado la razon de que ya hemos dicho repetidas veces que es muy difícil que los ignorantes hagan un uso legítimo, nos persuade y nos mueve de dos maneras, parte con los milagros, parte con la multitud de los que estan sometidos á ella..... Llamo milagro todo lo que es difícil ó insólito, de modo que sobrepuja ya á la expectacion, ya á la inteligencia del espectador; y en este género nada hay mas acomodado á la índole del pueblo y del vulgo que lo que hiere los sentidos. Sin embargo en este género mismo hay dos especies de milagros: los unos solo causan admiracion, y los otros juntamente con la admiracion inspiran la gratitud y el amor. Por ejemplo, si uno ve volar á un hombre, como este espectáculo no le trae ninguna utilidad, solamente le causa admiracion. Al contrario si alguno padece una enfermedad grave y desesperada, y con una sola palabra recobra inmediata-

mente la salud; la admiracion que le inspira su curacion, cede á la gratitud y al amor que siente hácia el que le curó Pues estos últimos milagros son los que vieron los hombres cuando humanado el mismo Dios se manifestó y vivió entre ellos. Los leprosos fueron curados y purificados, los cojos echaron á andar, los ciegos recobraron la vista, y los sordos el uso del oido. Los hombres de aquel tiempo vieron el vino convertido en agua, cinco mil personas saciadas con cinco panes, los mares atravesados á pie enjuto, y los muertos resucitados. De estos milagros unos eran útiles á los hombres por un beneficio evidente y manifiesto para el cuerpo, otros por una accion secreta sobre el espíritu, y todos por el testimonio majestuoso que daban del que los producia. Asi la autoridad divina persuadia entonces y llamaba á sí las almas de los mortales entregados al error. ¿Por qué, me decís, no suceden estas cosas en nuestros dias? Porque no nos moverian si dejaran de ser asombrosas. La sucesion alternativa del dia y de la noche, el curso constante de los cuerpos celestes, las hojas de los árboles que caen y vuelven á nacer, la fortaleza secreta é infinita de las semillas echadas en la tierra, la hermosura de la luz, la variedad de los colores y sabores, suponed que alguno con quien podamos hablar, las vea y sienta por la primera vez, queda mudo y pasmado de admiracion á presencia de estos milagros; y nosotros casi los despreciamos, no ciertamente por la facilidad de comprenderlos, porque nada hay mas incomprensible que las causas que producen estos efectos, sino por la costumbre de verlos. Los milagros pues de que hablamos poco há, ocurrieron en la ocasion mas oportuna para que reuniéndose por ellos una multitud de creyentes y propagándose á paises lejanos, penetrase la autoridad que mantiene la fé, y se introdujese en las costumbres mismas. Estas tienen tan gran poder sobre el espíritu

humano, que como sucede las mas veces cuando nos arrebatan las pasiones, nos es mas fácil desaprobar y detestar lo que es malo, que abandonarlo y enmendarnos. ¿Creeis que importa poco á la humanidad que no sean ya solamente unos pocos doctos entre los doctos los que disputando entre sí de la naturaleza de Dios dicen que no es nada terreno, nada que esté sujeto á los sentidos, y que únicamente es perceptible al alma, sino que el vulgo ignorante de ambos sexos crea y predique esta gran verdad en tantas naciones diferentes? ¿Creeis que importa poco á la humanidad que el espíritu haya vencido á la materia hasta el punto de haber llegado el ayuno á la abstinencia completa de todo alimento por muchos dias, la castidad hasta el menosprecio de las satisfacciones conyugales y paternales, la paciencia hasta no hacer ningun caso de las cruces y las hogueras, la liberalidad hasta distribuir su patrimonio á los pobres, y por fin el desprecio absoluto de todas las cosas de este mundo hasta desear la muerte? Pocos hombres sin duda hacen estos sacrificios, y menos aun los hacen como se debe: pero la multitud ve, aprende, aplaude y ama al cabo: se acusa con amargura de no poder hacer estas cosas grandes, y esta confesion de su flaqueza no carece de alguna aspiracion provechosa del alma hácia Dios, y de algun destello de virtud. Pero ¿quién ha hecho esto? La Providencia divina. ¿Cómo lo ha hecho? Con los oráculos de los profetas, con la humanidad y la doctrina de Cristo, con las peregrinaciones de los apóstoles, con los oprobios, la cruz, la sangre y la muerte de los mártires, con la vida admirable de los santos y con esos milagros innumerables, en que brillan las virtudes mas resplandecientes y diversas segun la oportunidad de los tiempos. Al aspecto de estos auxilios divinos tan poderosos y de estas ventajas tan grandes y visibles ¿podremos titubear en entrar en el seno de la iglesia, que por una

sucesion no interrumpida de obispos desde los apóstoles hasta nosotros ha poseido y posee aun la autoridad suprema por confesion del género humano entero, á pesar de los clamores de los herejes que se extremecian á su rededor, y cuyos errores fueron condenados parte por el juicio del pueblo mismo, parte por la sabiduria imponente de los concilios, parte por la fama soberana de los milagros? Negar á la iglesia la obediencia que se le debe entre todas las demas, es el colmo de la impiedad ó de la presuncion mas insensata; porque si para llegar á la sabiduría y á la salvacion es necesario que la fé abra el camino á la razon, ¿cómo puede mostrarse el hombre mas ingrato hácia Dios que rehusando los auxilios que le ofrece el mismo Dios, es decir, resistiendo á la autoridad que fundó con tanto cuidado? Y si cada ciencia, por sencilla y fácil que sea, exige sin embargo un maestro para que la enseñe; ¿qué cosa hay mas orgullosa y temeraria que no querer conocer los libros sagrados por sus intérpretes, y condenar los que no se entienden? Por lo tanto si la razon ó nuestra exhortacion os persuade; si como creo os interesa el cuidado de vuestra salvacion; ¡ojalá que me escucheis confiando con fé, esperanza y caridad en los maestros legítimos de la cristiandad católica, y no cesando de pedir á aquel Dios cuya bondad nos crió, cuya justicia nos castiga, y cuya clemencia nos liberta. Asi no os faltarán ni las lecciones y explicaciones de hombres doctos y verdaderamente cristianos, ni los libros, ni aun los buenos pensamientos para conseguir fácilmente el objeto á que os encaminais.»

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

FIN.